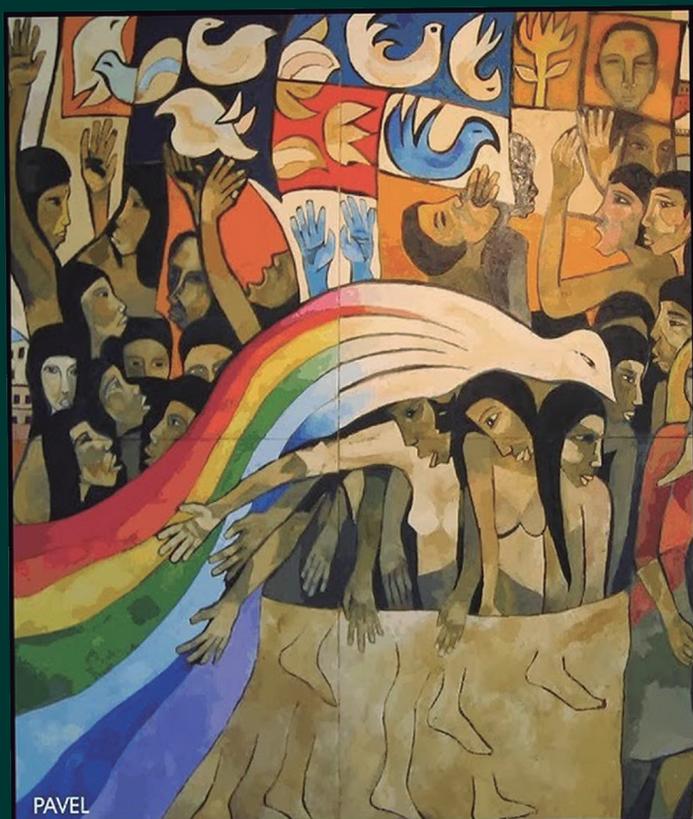


UNA MALETA COLOMBIANA

Carlos Martín Beristain

Prólogo de Héctor Abad Faciolince



PAVEL



UNA MALETA COLOMBIANA

Carlos Martín Beristain

Prólogo de Héctor Abad Faciolince



 VERDAD SIN
FRONTERAS



Los contenidos de este documento son responsabilidad exclusiva de su autor y en ningún caso pueden considerarse como una opinión de la Agencia Catalana de Cooperación al Desarrollo (ACCD) o del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Edita: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición (CEV)

Una maleta colombiana. La experiencia del exilio colombiano y la Comisión de la Verdad

Carlos Martín Beristain

Portada: Pavel Egüez, “El grito de los excluidos”.

Ilustraciones: Carlos Martín Beristain, e imágenes cedidas por Pavel Egüez, Carlos Andrés Pérez,

Iñaki Palmou, Federico Guzmán, ericailne.org,

Jaime Andrés Ramírez, Sandra Trujillo,

Fabio Manosalva y Juan Fernando Vélez.

Prólogo: Héctor Abad Faciolince.

2021

Diseño y Maquetación: Marra, S. L.

Imprime: Printheus S. L.

Depósito legal: BI 00033-2021

ISBN: 978-84-120567-7-8



Este documento está bajo una licencia de Creative Commons.

Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra con libertad, siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use

para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada

a partir de esta obra. Licencia completa: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Y lo sabe

El viento no puede
Atajar un sueño

La noche se hace luz
En el pensamiento

Yo vivo aquí
Pero
pienso allá...

Y mi pueblo lo sabe

Humberto Ak'abal
(Tejedor de palabras)

El pan ajeno

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

*Si he vivido exiliada ha sido porque era el único modo
que tenía de ser española*

María Zambrano

Es curioso escribir el prólogo al libro de un autor que no hemos visto nunca en la vida, cuyo rostro es solamente una foto y cuya vida es apenas lo que de él me han contado –siempre con elogios– algunos amigos comunes. Es curioso, sin duda, pero quizá sea mejor así, porque él me mandó pedir estas palabras sin conocerme personalmente, y porque yo las escribo tan solo por haber leído, antes, algunas de sus historias guatemaltecas y mexicanas, y ahora sus textos sobre el exilio colombiano. Es un acto de confianza recíproca entre dos extraños que apenas se han leído y que, por un instante, comparten un tema: el destierro, el exilio, la pérdida del piso que es la propia tierra.

Como sé que Carlos Martín Beristain nació en el País Vasco, pero es muy andariego y ha vivido en muchas otras partes, y durante largos años en mi país, Colombia, quiero suponer que él es español, como decía Luis Cernuda, *a la manera de aquellos que no pueden ser otra cosa*, y, en otras palabras, de la misma manera en que yo me resigno a ser colombiano: como algo inevitable. El exilio existe solamente si uno no es eso que llaman “ciudadano del mundo” o un devoto cosmopolita. En este sentido hay, en el exiliado, un cierto nacionalismo vergonzoso como el que alguna vez señaló Alberto Aguirre, desterrado en Madrid: “Es horrible la añoranza de la arepa”. O, de un modo más tajante todavía, el exiliado cubano Guillermo Cabrera Infante, en Londres: “la nostalgia es la puta del recuerdo”.

Una de las reflexiones más antiguas y potentes sobre el exilio las escribió en endecasílabos Dante Alighieri, a manera de profecía para sí mismo (una falsa profecía, pues lo dicho allí ya le había sucedido), en el canto 17 del Paradiso:

Tu lascerai ogne cosa diletta
più caramente; e questo è quello strale
che l'arco de lo essilio pria saetta.

Tu proverai sì come sa di sale
lo pane altrui, e come è duro calle
lo scendere e 'l salir per l'altrui scale.

E quel che più ti graverà le spalle,
sarà la compagnia malvagia e scempia
con la qual tu cadrai in questa valle;

che tutta ingrata, tutta matta ed empia
si farà contr' a te; ma, poco appresso,
ella, non tu, n'avrà rossa la tempia.

Propongo una traducción más, de las muchas que hay:

Tú dejarás todo lo que más quieres
con puro afecto; esta es la flecha
que antes te clava el arco del exilio.

Tú probarás lo salado que sabe
el pan ajeno, y qué empinada calle
es bajar y subir ajena escala.

Y lo que más te pesará a la espalda
será la compañía mala y necia
con la cual te hallarás en este valle;

que siempre ingrata, despiadada y loca
se pondrá contra ti; pero enseguida
será ella, y no tú, la ensangrentada.

Cualquiera que haya probado el pan toscano, el pan de la Florencia de Dante, sabe que allá es costumbre (todavía hoy como en el Trecientos) hacerlo soso, casi sin sal. Por eso todo el pan de los demás, para Alighieri, es muy salado, y por motivos más psicológicos que gustativos, las escaleras de las personas a quienes se pide posada o auxilio en el exilio, parecen siempre muy duras y empinadas, tanto

cuando se suben, con temerosa ilusión, a la entrada, como cuando se bajan, con desilusión resignada, a la salida.

Muchas de las historias que Martín Beristain recoge en este libro tienen la sencillez de estas palabras de Dante sobre el pan, las calles o las escaleras del exilio. La misma sencillez y, también, momentos de una poesía semejante. Aquí se recogen el dolor, la culpa, la inseguridad, la rabia, el abandono de no tener ya un sitio en el que siempre te tienen que recibir y del que nunca te pueden echar legalmente. Porque una patria se requiere, en primer lugar, para eso: para sentir que ahí siempre podrás quedarte sin miedo de que te expulsen. Y esto es lo que Colombia no les ha dado a miles, a millones de compatriotas amenazados, desplazados, despojados de sus pocos o muchos bienes, de su parcela de fríjol y maíz, o de su hacienda de vacas, de su rancho de paja y bahareque, o de su mansión con piscina y caballos. Naturalmente cuando el destierro no conlleva solo desolación, sino también pobreza y carencias, la situación es doblemente dolorosa, pero los textos de Martín Beristain, tienen la capacidad empática, el buen oído y el buen corazón, de hablar de todos ellos, con una mirada siempre solidaria, que además intenta conservar y resaltar siempre la dignidad del desarraigado, sin caer en esa lástima que, en últimas, no es sino una forma del desdén.

Leer este libro será como abrir un gran baúl, una inmensa maleta que se hizo de afán, con el último aliento, antes de huir corriendo por un camino de montaña, hacia una frontera terrestre, a través de un río crecido que marca el límite de dos países, o por un aeropuerto que no se sabe si será una trampa a la entrada o a la salida. Una maleta que se abre con sus pocas o muchas prendas, con unos cuantos amuletos que ayuden a no olvidar, o que conserven un aroma o una vista de la tierra perdida. Una maleta como esa que perdió Antonio Machado al salir de Barcelona y entrar, enfermo, en Francia, al final de la Guerra Civil, para morir allí, en Colliure, tan ligero de equipaje, que la vida agonizante de él y de su madre fue su único equipaje. Una maleta con sus últimos poemas, que nadie ha encontrado, pero que existió, y que requeriría de alguien como Carlos Martín Beristain para siquiera poder imaginarla.

Dedicatoria

Este libro es sobre todo un camino de vuelta y agradecimiento a las víctimas y sobrevivientes en el exilio colombiano que han dado su testimonio a la Comisión de la Verdad de Colombia. Una experiencia que tiene distintos nombres, refugio, asilo, víctimas en el exterior, desplazamiento transfronterizo, en más de 20 países del mundo, y una escucha llevada a cabo por la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad, de esa Colombia fuera de Colombia.

Las víctimas que tuvieron que huir. Los defensores de derechos humanos perseguidos. Los militantes políticos o sindicalistas que huyeron detrás de las balas. Las mujeres campesinas que salieron con sus familias. Líderes cuya vida corría peligro. Jueces, fiscales y funcionarios del Estado que hacían bien su trabajo. Periodistas que defendieron la libertad de la palabra y la información. Familiares que perdieron sus seres queridos, o que los buscaban porque habían sido desaparecidos, y contra los cuales se extendió la amenaza de vivir en un paisaje que no les dejaba ser. Miembros de comunidades indígenas o afrodescendientes arrancados de su ser colectivo y sus territorios. Las personas secuestradas que se fueron después de ser liberadas o sus familiares en medio del miedo. Las amenazas para la vida que unen tantas diferencias de periodos históricos, responsables y afectados, incluyendo familias y comunidades. De todas esas víctimas, sobrevivientes, historias y escucha, somos testigos.

En el exilio no puedes llevarte el territorio, te llevas mapas de lo que has vivido que puedes desplegar en noches de insomnio y volver a recorrer con el dedo, o calentarte en una tertulia, o imaginar en ese árbol que se parece tanto a aquel. Los croquis son trazos de vidas vividas que aún no han sido contadas, y que muestran verdades que laten, que sienten, que hablan. Y ojalá, que movilicen la curiosidad que acompaña un viaje por el mundo de esta herida, y de sus lecciones de las vidas que lo habitan.

| Una maleta colombiana

Por esas cosas de la vida, en el avión veo la película que se titula “La maleta mexicana”. Una misteriosa historia sobre una maleta llena de fotografías de Robert Capa, Gerda Taro y David Seymour “Chim” que desapareció durante la guerra civil española entre 1936 y 1939. Nadie sabía si existía o si era un mito o un deseo. Como un eslabón perdido entre el recuerdo de lo vivido y la materialización de una existencia.

En 2004, mientras una mujer agonizaba, le decía a su hijo: mira en el armario. Y lo que había ahí era una bolsa amarilla con varias cajas con fotografías. Negativos ordenados en unas cuadrículas con leyenda, fecha y hechos. Todo había sido hecho a mano. El general mexicano Francisco Aguilar González, se la había traído desde Francia, después de que las fotos viajaron en bicicleta desde París a Burdeos. Chim, Capa y Taro fueron los primeros corresponsales de guerra. Y esa, la primera guerra que convirtió a la población civil en objetivo militar. Esas fotografías narran desde la proximidad, la vida, la resistencia y el horror.

La posguerra española fue una razia con cientos de miles de muertos, después de que el franquismo hubiera ganado militarmente e impuesto el terror. 200.000 refugiados españoles huyeron de la guerra y la posguerra, ese tiempo que, como dice un amigo mexicano en el documental, nunca se sabe cuándo se acaba. Mientras en Francia hubo campos de concentración para civiles españoles, el presidente de México practicó la hospitalidad a espaldas –algo que no es impensable, precisamente porque México lo hizo posible–, en la primera migración masiva por motivos políticos en el siglo XX. Una lección, desde 1939 hasta hoy en día, para la política de Europa y del mundo. Lo que se encontraron del otro lado, además de frutas y colores, olores y maíz, fue gente acogedora y manos de bienvenida.

Los negativos también sobrevivieron en el exilio, y se convirtieron en un testimonio de la guerra civil española. Una caja huyendo tiene otro valor que solo los exiliados pueden entender y salvar –dice el escritor y amigo Juan Villor–. La maleta estuvo durante 75 años viviendo el olvido, en

un desván en la Ciudad de México en una casa, a pocas cuadras de donde vivía el laboratorista del cuarto oscuro que reveló las fotos en París, que tuvo que refugiarse también en México cuando los nazis llegaron a su puerta. Los refugiados saben que el refugio es una historia que atraviesa el cuerpo y, de tantas maneras, es una biografía. El actor Juan Diego Botto, con su padre desaparecido en Argentina y que tuvo que exiliarse con su madre cuando tenía 3 años, dice al final del documental que cuando esas fotografías salen, ya no se pueden dejar de ver, la historia no se puede volver a cerrar.

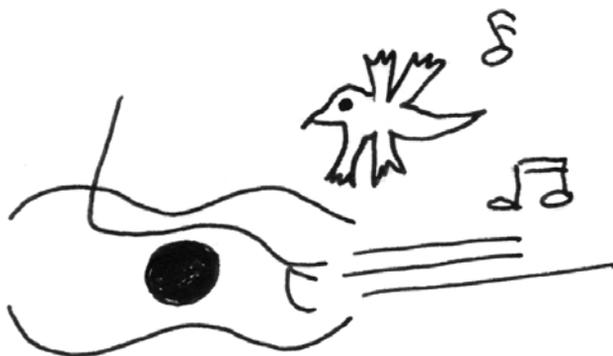
Tal vez el trabajo de la Comisión sobre el exilio, tenga un día también ese destino. Pero necesitamos que no se pierda en ningún desván del olvido.

Recuerdos e insistencias

“Me duele Tumaco”, ella es una mujer afrodescendiente refugiada en Washington. Al dolor del exilio, que incluye no solo lo que la gente dejó atrás, o los impactos de arrastra en silencio, añade lo que sigue pasando en Colombia.

Otro refugiado que estaba preparando su retorno desde Canadá dice, después de empeñarse tanto en ello, que ya no ve condiciones para hacerlo, por cómo está el proceso de paz. La desistencia.

Otras son formas de insistencia. Como la canción de una artista colombiana en una reunión en Barcelona, que con guitarra en mano le canta a la vida: “paz chiquita, no te vayas, que no te he disfrutado todavía”.



| Maletas

Algunos traen poemas o historias que escribieron al hermano asesinado, su viaje al cielo tan habitado de gente querida. En otros casos, la familia sobrevivió y el refugio fue de a 25 familiares. En varios países, el refugio fue así de lazos extensos, porque alguien determinó que habían cometido el delito de ser familia del que era el objetivo. Cuando no se puede dañar a la persona directamente se trata de hacerlo así, en lo que más duele.

En alguno de cuentos que leí y devoré de Benedetti, el querido poeta con el que crecimos tantos y que yo había conocido en su refugio de Madrid, en aquella casa acogedora donde los poemas y la política nos acompañaron toda la tarde, sabía de lo que hablaba cuando decía que el exilio es cuando el país te cabe en una maleta. Colombia está llena de cientos de miles de maletas por medio mundo, o más. Nadie tiene la estadística, a la que no le caben tantas vidas.

| Abriendo espacios

Los talleres con víctimas en España, Estados Unidos y Canadá, muestran la importancia que tienen para estas personas el reconocimiento de sus experiencias y el agradecimiento a la Comisión por hacerse presente en el exilio y no dejarles fuera.

En los talleres, hay muchas reflexiones sobre el olvido. Ese olvido que ellos y ellas han tratado de forzar para dejar atrás sus historias e integrarse en el nuevo país, sumado a ese otro olvido de no querer saber nada de su país porque duele demasiado.

Otras veces, el olvido es una amenaza que dificulta los procesos colectivos, hace difícil que se junten los colombianos, “ve a saber quién es el otro”. En otros casos, “que se olviden de mí porque no me siento reconocido, porque no comparto su ideología”.

Aquí hubo de todo, víctimas del Estado, de los paramilitares, muchas, pero también de las FARC o del ELN. Historias que se vinieron con las exiliadas y los exiliados, que no están completas en Colombia si no se escuchan estos pedazos de sus propias vidas. Historias que necesitamos conocer y sobre las que escucho en estos días en Canadá: “Tenemos hambre y sed de la verdad”.

| Verdades incluyentes

En Washington, compartimos las historias cruzadas de la violencia de la guerra en Colombia. En New Jersey habitan afrodescendientes de Buenaventura que hablan esta tarde de los ríos que echan de menos. Allí toma la palabra una víctima de secuestro a la que tuvieron tiempo encadenada para asegurar que no se escapase y hacerle sentir el peso de su cautiverio. Mientras que Jorge, un empresario que tiene contactos con políticos en el Congreso, los pone a disposición de la Comisión para lo que se pueda hacer en Estados Unidos. Los dos extremos, tal vez, del poder están en esta mesa. Unos, vienen de la exclusión étnica y social; otros, de estar hacia arriba en la pirámide. Ambos, golpeados por la misma guerra y un exilio que tiene tantos puntos en común, incluyendo la importancia de la paz.

Cuando Jorge, termina de hablar, así a bocajarro, recoge los papeles que había puesto encima de la mesa mientras hablaba. Después dice: “Ahora que ya terminé, me voy, porque ya no me van a dejar estar aquí”.

Mientras llena su maletín, y dice que así le ha pasado en otras reuniones, lo tomo del brazo.

– ¿Quién le dijo eso? Quédese, aquí nadie le va a decir que se vaya.

Los estereotipos del otro pasan por su ideología o del lado de la política del que estás. Cada uno tiene la suya, que a veces se expresa y otras se guarda. Las diferencias son normales, pero aquí, entre las víctimas, a nadie se le excluye. Ni los dolores se comparan ni se miden.

El desafío de construir una verdad incluyente no es darle la razón a cada uno. Como nos dijo en Bogotá una víctima de las FARC que trabajaba apoyando a otras en sus búsquedas, aquí no se trata de quien tiene razón, sino de conocer la verdad.

| Nomás

Jorge se mantiene en silencio, con los dedos cruzados y una mirada al fondo de algo que los demás no vemos.

– Me siento encerrado, afectado mentalmente.

Para él, lo psicológico es lo peor. Le daña la mente que se utilice la vida para destruir al mismo tiempo. Hace años que está en el exilio, pero tiene una demanda permanentemente activa:

– Que no nos humillen más.

En los debates de qué hacer y cómo llegar a la gente, salen ideas de todo tipo. Mientras en Colombia hablábamos de crear Casas de la Verdad. En Washington salen nuevas ideas como la de un Carro por la Verdad, que se acerque dónde está la gente. Hay que hacer pedagogía para que las víctimas entiendan qué es la Comisión. También hay que hacerla con los funcionarios de inmigración. Varios señalan que si dices que fuiste atacado por la izquierda, está OK. Pero si dices que fuiste atacado por agentes del Estado, no van a creer que lo fuiste por uno de los suyos.

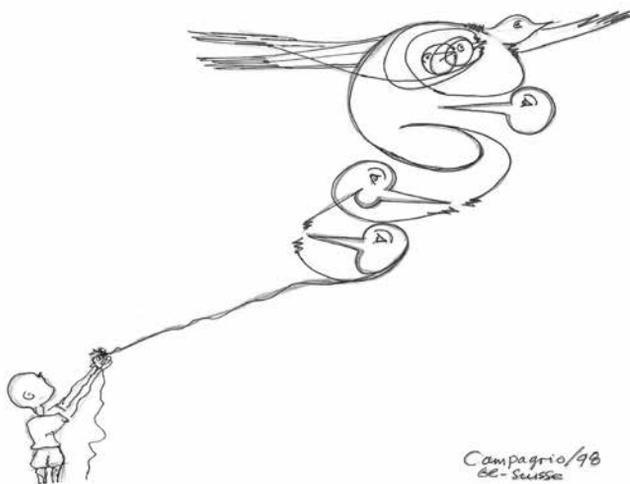
Este trabajo en el exilio está empezando en estos días, los primeros pasos balbucean sin saber aún cómo lo haremos. Cuando escuchas ese dolor, tienes la dimensión de la autenticidad que lo reclama.

| Bajando por la escalera

El exilio te baja a la categoría del silencio. Sin derecho a la palabra. La identidad también se tambalea, la búsqueda de nosotros mismos se convierte en una forma de negación.

El ingeniero o la profesora pasaron al sector de limpieza, en este norte del mundo donde la gente necesita de otros que vienen de lejos para que les limpien los baños. Muchos de los que hoy están aquí iniciaron de nuevo su vida así. Limpiando váteres. 60 al día. Todos los días.

Para mucha gente que entrevistamos en estos días, los efectos se sintetizan en una frase de la que los demás no tenemos la dimensión: “Perder tu vida y volver a nacer, aprenderlo todo de nuevo”.



| La culpa que sobrevive

La culpa es una forma de dar sentido a algo que no lo tiene. Cuando no encuentran sentido a las cosas, cuando no hay justicia o responsables identificados, las víctimas pueden llegar a sentirse culpables para tratar de asumir lo vivido.

Otras veces se les culpabiliza desde fuera. Las víctimas en Colombia tienen una larga historia de acusaciones que justifican la agresión y legitiman la violencia contra ellas, esos son otros impactos de la impunidad. Frente a esto, la verdad puede desestigmatizar y ayudar a que las personas pongan las responsabilidades en su sitio. Una verdad que les ayude a los exiliados a tener un lugar en la historia de Colombia.

Para muchos, el dolor del exilio no se acaba, es una imposición que continúa y de la cual nunca te deshaces. Con él te levantas y con él te acuestas, y, de múltiples maneras, sin el derecho que te reivindica, sin derecho a quejarte.

| Líder

La siguiente generación es también víctima de este destierro. Vanesa tenía 14 años, mala edad para dejarlo todo. No hay buena edad para eso.

Habló con su papá y le dijo que quería estudiar. Él, que viene de la dura vida de las comunidades afrodescendientes, le dijo:

– ¿Quieres hacerlo por resentimiento o por amor?

Y ella le dijo: “Por amor”.

Él respiró aliviado, no porque sea su padre, se sintió reconfortado porque es líder.

| Cuánto tiempo lleva cruzar una frontera

Vida en espejo. Aída era trabajadora social en Colombia. Ayudó a mucha gente, porque la solidaridad fue siempre su anhelo y su trabajo. En el exilio, a ella le tocó estar al otro lado. Acudir a una trabajadora social para que le ayudara con las búsquedas o la atención sanitaria, una como ella que también tenía su trabajo y su anhelo. Ese estar al otro lado de la mesa y de la vida, fue un impacto duro. Aunque tal vez, es también un aprendizaje.

Ahora Aída se dedica también a la atención psicosocial a otros migrantes y refugiados. Pero cuando describe el exilio, como tantos, no habla de cruzar una frontera. La frontera no es una línea que se traspasa, es una enorme zona gris por la que deambulas mucho tiempo después de la huida. Cruzar la frontera no es un acto, ni un salto, es un proceso. Lleva meses o años. Es todo ese recorrido, es el espacio en el que te vuelves a encontrar con derechos y te vas integrando de mil maneras distintas. Un espacio que tiene su largo tiempo, en el que entras y cambias.

Como en la teoría cuántica, se deforma el espacio-tiempo, y las partículas que nos hacen son a la vez materia y onda. El exilio es a la vez también una forma de partícula que está, y una onda que se mueve.

| El nivel de donde empiezas

Una de las cosas más golpeadas por la violencia política es la confianza. Si hay algo que se instala en una guerra es no pensar que el otro es un humano como tú, que tal vez te ayude. Aunque los milagros del apoyo mutuo se multiplican, la desconfianza en los otros, en Dios, en ti mismo, también acumulan toneladas invisibles. Si otro tú te agrade o te viola, nada te asegura que otros no sean parte de lo mismo. El nivel de desconfianza es el punto de partida. En el exilio que te ha expulsado de todo, el termómetro está bastante más abajo que en cualquier otro lugar. Toca explicar y escuchar. Cada duda tiene detrás una experiencia. Lo vivido tiene otro peso en el corazón.

Hoy tenemos en Ecuador un taller de formación de víctimas, académicos y equipo de ONG o sectores de Iglesia. Grupos que están tantas veces a los dos lados de la mesa, esta vez juntos con una tarea y un ánimo colectivo.

Mónica tiene otra pregunta cuando parece que el consenso de extiende entre nosotros. Su palabra parece una crítica, pero es más bien el altavoz de tanta gente que conoce. Escuchándola, nos preparamos:

– ¿Cómo sabemos que esta vez se va a hacer algo con lo que nosotros contemos?

La gente dice que ha tenido experiencias de trato del Estado, una tras otra. Una que les amenazó. Otra que les prometió, otra que no les escuchó. Ahora, la Comisión de la Verdad. Y esto tiene que ser diferente, me digo por dentro, y comparto:

– Sí o sí.

| Sudor

Visita al consulado de cualquier país. Es el lugar donde se hacen los trámites, pero debería ser un trocito de tu país en el que sentirte acogido. Ella acudió a dar su testimonio para la declaración que le permitiera ser reconocida como víctima. Pero uno no sabe con quién está hablando. La persona que toma una declaración debe tener sensibilidad, capacidad de escuchar y generar confianza.

Pero los relatos del exilio están tejidos de miedo, no ese miedo que fue el aliado de la huida, sino de ese otro que extiende la amenaza. ¿A quién le estaré hablando?

– Cuando fui a dar la versión al consulado, sudaba. Tenía la voz entrecortada.



| El dolor y la confianza

En esta reunión con amigos, que se ven de tiempo en tiempo para tomar o cenar juntos, se comparten muchas cosas de la nueva vida. Pero raramente se habla de lo vivido. Hoy, en las presentaciones, cada uno dice en una ráfaga de tiempo algo de lo que le pasó.

– Yo sufrí dos atentados y la cárcel. Me secuestraron los paramilitares. Al liberarme, la fiscalía me dijo que me fuera del país.

– Trabajaba en la salud, dos compañeras fueron asesinadas. Un funcionario de la gobernación me dijo que había orden de quitar de en medio a los sindicalistas.

– Yo trabajaba en comedores infantiles, me hicieron un atentado. Me dieron tres impactos de bala, y tardé meses para recuperarme aquí.

Juan resume algo de lo que puede ser una comisión de la verdad. Abrir un espacio, o una oportunidad para hacer procesos para los que nunca hubo tiempo:

– Cuando nos juntamos, casi nunca podemos hablar de esto.

| Los nombres del exilio

Lo que vivimos los exiliados está a veces peleando con el nombre. Los que nos reivindicamos así, y los no queremos que así se nos diga, por el estigma político que conlleva. Otros dicen: yo soy víctima en el exterior. Yo soy diáspora. Pero están ahí, y no es de viaje.

La gente que tuvo que salir del país y pedir protección internacional u ocultarse para sentirse protegida, porque en Colombia no se podía ya vivir, en general no salió de una. Como los desplazados del Perú, antes tuvieron varios desplazamientos, que allí llamaban “a dos pies”. Ir a una comunidad, volver a la suya para ver si podían quedarse. De nuevo huir. A veces, como en todos los desplazamientos forzados o refugios, los mayores dijeron a los jóvenes: salgan ustedes, nosotros nos quedamos a proteger la casa o la tierra. La guerra siempre quiere carne fresca –me advirtió una noche Mario Benedetti después de hablar del asesinato de su amigo el poeta Roque Dalton, y mi trabajo entonces en El Salvador.

El desplazamiento forzado precede casi siempre al refugio. La gente busca alternativas para vivir en su país, pero tantas veces no puede. En el taller de retornados de estos días, aprendemos que también hay un “retorno a dos pies”, gente que trató de volver y volvió a salir porque no había cómo vivir. El retorno no es un problema individual sino algo que necesita condiciones políticas. Y la primera, necesita la paz.

| Marcando ocupado

Cuando había teléfonos fijos en las casas, una estirpe de aparatos en vías de extinción, si no querías que te llamaran o que una llamada inoportuna te despertara del sueño, podías descolgar, y el teléfono daba “ocupado”. ¡Cuánto tiempo habla esta gente! No hay manera de que respondan.

Cuando empezaron a llegar refugiados colombianos a muchos países, las organizaciones que trabajan sobre esa problemática, se sentían muchas veces desbordadas. No solo por la cantidad de casos, sino por la complejidad de las historias. Ahí ya no era solo persecución política del Estado, también de guerrillas y paramilitares, y esas formas de crimen organizado que lindan con todo. Como me dijeron mis amigos cuando fui a Colombia la primera vez: “¡Cómo vas allá si eso no hay quien lo entienda!”. Inventamos el dicho que Colombia es un conflicto complejo, no confuso, y que hay que pasar de la confusión a la complejidad. Con una diversidad enorme de casos y situaciones, la complejidad aumenta y la capacidad de evaluar disminuye.

No teníamos hace años conocimiento ni aliados en Colombia, que nos permitieran entender mejor la dinámica de la guerra y los efectos que se manifestaban aquí.

Todavía hoy, instituciones de Costa Rica, Canadá o España preguntan qué pasa en Colombia, porque sigue llegando gente por miedo o persecución. En muchos casos, las demandas de refugio son rechazadas porque no son creídas, porque en Colombia hay un proceso de paz con las FARC. En el imaginario de lejos, la paz es una cosa de un día para otro. Además, aún falta el ELN y las disidencias de las FARC, así como una desmilitarización de otros grupos paramilitares y sectores que siguen ejerciendo violencia, para que la paz sea completa. Las nuevas complejidades hacen que muchos refugiados sigan encontrando el teléfono de quienes tienen que responder a sus llamadas de asilo, ocupado.

| La necesaria hospitalidad

El filósofo Paul Ricoeur habla de la hospitalidad narrativa. La hospitalidad es lo que las personas exiliadas y víctimas que tuvieron que salir del país, necesitan al llegar. Muchas veces, la han tenido. Otras, los refugiados son vistos con sospecha y se les aplican medidas de orden público, en lugar de políticas de derechos humanos.

La hospitalidad narrativa es aquella en la que puedes contar tu historia que entra en un diálogo con las de otros. También, necesitamos una hospitalidad lingüística, para que las palabras expresen lo que sentimos o cómo nos identificamos, y no sean una forma más de exclusión, como el lenguaje de la formalidad o el del enemigo.

Las personas a quienes les toca buscar protección internacional, porque no la hay en el país, se identifican de formas diferentes. También, los responsables son distintos, el Estado, los paramilitares, la guerrilla. Todas caben en el trabajo de la Comisión, porque tienen que ver con el conflicto armado.

Este inmenso dolor invisible, es parte de nuestro mandato y compromiso. El desafío es cómo llegar a tantos lugares y países y escuchar. Y convertir esta historia de desprecio en la dignidad de la gente que resiste. Y que esa voz se escuche en Colombia.

Hay una Colombia fuera de sus fronteras, que ha aprendido a no tenerlas. Cuando se apagan los focos informativos, los problemas y las realidades no dejan de existir. Solo se invisibilizan. El refugio, dice mi amigo Darío, profesor de psicología y refugiado de la dictadura chilena, es una mitad de camino hacia ninguna parte, un país al que no puedes volver y otro del que no terminas de ser. Pero también es un crisol de identidades y de aprendizajes.

| Un tipo de bicho

Berta es abogada. También lo fue entonces, antes de salir en el año 2009. Es rara la persona que en el exilio ha podido mantener su profesión. En general, conlleva pérdidas de casi todo, incluyendo el estatus. Se baja por las escaleras a trompicones, y toca volver a empezar todo. La vida, reaprenderla. Idioma, comida, trabajo, olores. ¿A qué huele tu pueblo? No lo sabes hasta que lo echas en falta. Y luego tratas de encontrarlo, de tiempo en tiempo, aquella carnita asada o ese mar que nunca es igual.

A Berta le tocó salir con toda la familia. Una trabajaba con los indígenas, otro con las comunidades negras, otra allá en la educación. El otro, en las luchas de campesinos y tierras. Me recuerda los tiempos en El Salvador de después de la guerra, donde los jóvenes de algunas comunidades se alfabetizaron cantando a Víctor Jara, aunque a los dirigentes políticos no les convenía la canción: “A desalambrar”.

Hay muchos lugares en los que la violencia que sufrió la gente tuvo un tiempo antes, que era el tiempo de la buena vida.

Cuando le pregunto a Berta por el motivo del exilio, no habla de una de las muchas amenazas que le tocó enfrentar. Su motivo, como el de toda su familia, es biológico:

– A todos nos picó el bicho del liderazgo.

| Vale la pena

– Canadá era para mí un país donde vivía Papá Noel y había mucha nieve. Eso pensábamos y nunca imaginamos tener que llegar aquí.

A toda su familia le tocó desplazarse de Cartagena a Valledupar, de ahí para Bogotá. No había ya sitio en un país en el que todos los paisajes se habían vuelto peligrosos. Pero se termina normalizando todo, en una mezcla de adaptación a un contexto hostil y una forma de negar lo que no se puede integrar: aquí no pasa nada. Cuando finalmente fueron conscientes de que ya no había espacio para vivir en Colombia, que el desplazamiento forzado se volvió como una cadena, ya no había cobijo ni escondite. Esos momentos en que piensas que para todo es demasiado tarde. De ahí salieron para Ecuador y al cabo de unos meses, una reubicación más a través de la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR). El exilio tiene a veces muchos desplazamientos internos previos e incluso refugios caminantes.

Los hechos que has vivido vienen contigo, pero a veces no te acompañan las palabras, que se quedan rezagadas, escondidas, mudas. Otras, gritan. El refugio es un camino para poder quedarte en otro paisaje que te acoge, pero del que no formas parte y tiene siempre que buscar su historia.

Que lo vivido se encuentre con las palabras que lo habitan no tiene que ver solo contigo mismo. Es un ejercicio social. En el diálogo en este taller en el que compartimos las aceptaciones y los rechazos, una de las refugiadas expresa:

– Pedir asilo es tratar de convencer al otro de que tu verdad vale la pena.

| La importancia de la memoria

Gracia es centroamericana. Pero su historia del exilio es universal.

– Lo humano, lo humano señala su abogada, es lo importante.

Le tocó salir de su país después del asesinato de su compañero, que trabajaba en una organización de derechos humanos: “Me sienta mal hablar, pero ya no desestabiliza mi vida. Aprendí a estar consciente de que no es ahora. Estoy recordando lo que escuché, lo que me dolió, lo que vi, pero no es ahora”.

Gracia habla de la diferencia entre revivir y recordar. Entre cuando hablar, pensar o sentir, te lleva a quedarte en algo que no te deja vivir, y cuando eso ya es pasado, aunque duela. Muchos refugiados y refugiadas colombianos están aún en un tiempo de dolor, aunque hayan pasado años.

También habla de la importancia de la memoria y la verdad para la no repetición. Cuando empezaron las maras en Centroamérica, la gente empezó a decir, mejor no hablar, no digas nada, cuidado. Y así, las maras fueron creciendo. El pasado es un tipo que necesita que se hable de él, para conjurarlo, para no repetirlo. Ser honestos: esto sí pasó. Pero también hay que reconocer que un conflicto armado interno no nace de un día para otro. A veces viene de lejos, por generaciones que fueron viviendo lo invivable.

Termina su charla hoy con una reflexión para nosotros, que no pone énfasis en la persona individual ni en una sociedad aséptica:

– Hay que ir a la raíz, cambiar la forma de relacionarnos.

| Violencia sexual y las pruebas del exilio

Cada vez más, los países piden pruebas. Durante años, especialmente en los años 80 y 90, cuando la gente salió para defender su vida, se le creyó. Después, las miles de personas que llegaron porque todo se puso peor, se vieron como una inflación, y junto a la xenofobia frente al refugiado llevaron a una política restrictiva. En la actualidad, en Costa Rica se conceden entre un 8 y 10% de estatutos de refugiado del total de las solicitudes, mientras que hace años se reconocían el 75%. Así es en muchos países. Así que mucha gente prefiere el resguardo del anonimato.

Juana había sufrido violación sexual y por eso salió de Colombia. La violencia sexual contra las mujeres es una forma extendida y silenciada de guerra contra la vida. Y te la encuentras también aquí fuera. Cuando fue a la entrevista para el estatuto de refugiada, habló de algo de lo sucedido, pero no estaba en condiciones de hablar de “eso”. Cuando pasó lo que pasó.

A veces, en una entrevista, el relato aparece como algo latente o evasivo. Y se necesita saber escuchar. Tenía miedo, estaba asustada. No podía demostrarlo como se pedía, entonces ni siquiera habló de la violación.

Después, llegó a una oficina donde reciben tantas veces a la gente rechazada. Volver a empezar. Ahí la muchacha encontró el valor y las palabras para su silencio. Con ese tipo de tiempo que se requiere para que se sienta el respeto, contó otras cosas que sufrió cuando se resistía. En una conversación con su abogado, entre algunos detalles de los hechos, apareció la prueba que necesitaba y que siempre estuvo ahí, un diente quebrado que se veía a simple vista. No era eso lo que le dolía, pero el forense dijo que la rotura era traumática y correspondía aproximadamente a esa fecha.

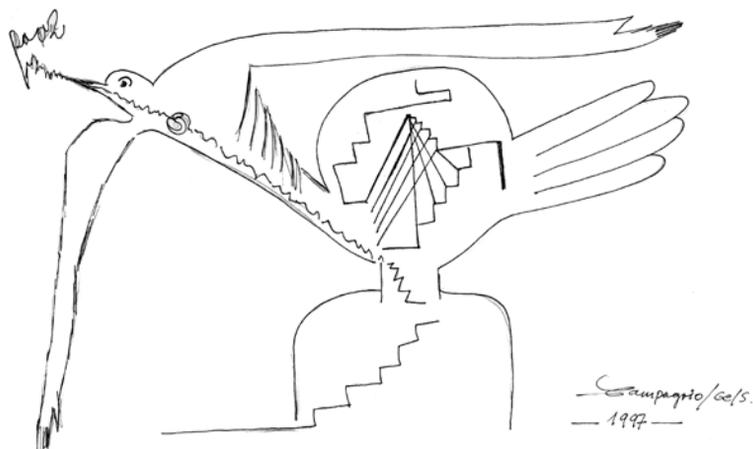
Las pruebas del exilio, que tiene una causa social y política, están en el alma, y deberían ser suficientes y saber ser escuchadas, pero ayuda si tienes, como en ese caso, la huella en el cuerpo.

| La reconstrucción

El refugio supone aprender a manejar duelos múltiples. El de la vida que tuviste. El de la tierra. El de tus afectos. Tu familia, muchas veces. Tu paisito, del que renegaste tantas veces como lo quisiste. Un pasado que no deja de ser presente. Luego está el duelo de lo que eras.

Gracia matiza su reflexión, buscando entre palabras cercanas en la estantería de los significados. Dice que hay que reinventarse. No reconstruirse, porque para reconstruirse usas parte de los escombros, y en el refugio no hay nada, solo cenizas.

Ella es una prueba de que sí se puede, su latido contagia.



| Refugiados y migrantes

La diferencia entre migrante y refugiado se haya establecida en los supuestos de la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951. Algunas cosas han cambiado desde entonces, pero no ella. Entre los que huyen para defender la vida y los que lo hacen para tener una que merezca ese nombre, hay diferencias, pero tantas zonas grises.

Después, la Declaración de Cartagena recogió como motivo de refugio la violencia generalizada. Es decir, cuando las amenazas para la vida vienen de todos lados. Eso amplió el espectro hacia algo que se pareciera a la realidad que se estaba ya viviendo. La declaración se hizo en Colombia en 1984, un tiempo de violencia política y represión, que después de convirtió en barbarie generalizada en la que ha sido necesario aplicar la Declaración de su capital del Caribe. En una investigación en el País Vasco, entre los migrantes llegados para vivir y trabajar, un 25% resultaron ser víctimas de la guerra. Las fronteras de la migración forzada están llenas de zonas grises.

| La verdad verdadera

En muchas de las conversaciones en estos meses se escuchan certezas, incertidumbres y miedos. Los partidarios del silencio siempre dicen que la memoria es peligrosa. Pero en general se refieren a una memoria que no es la suya. Esa tendencia a decir, como si fueran de todos, cosas que son solo de quien tiene el poder de hablar.

Pero hay una que nunca antes había escuchado: la verdad, ¿no nos polarizará más? La polarización consiste en que la percepción de la realidad se divide en dos extremos excluyentes. No hay arco iris, no hay colores en medio. Y tienes que ponerte en un extremo. Y si no quieres, es igual. Si no te pones, te ponen. Y hablar en los contextos polarizados es peligroso, sobre todo si piensas distinto. Ya no se escucha lo que dices, sino se juzga de qué lado estás. En vez de analizar si eso es cierto o no, se piensa a quien beneficia, o en quien lo dice. Si lo dice alguien con quien me identifico, será cierto. Si es alguien a quien rechazo, ya no le escucho. Por eso una comisión de la verdad tiene que centrarse en lo que una mujer nos dijo en uno de los talleres:

– ¿Será que la comisión dirá la verdad verdadera?

Eso es a la vez un miedo frente al futuro y una convicción de lo que es realmente importante. Vivimos en tiempos en que los que se trata de quitar lo verdadero a la verdad, y convertirla en una opinión más. Cuando se habla de posverdad, el problema no es como ese dicho, que todo es en función del color del cristal con que se mire, sino que la verdad ya no importa. Esa tendencia del poder en el mundo está a punto de acabar con la esperanza en la que se basa la cultura de los derechos humanos. Como señala John Berger, para mucha gente el sólo hecho de darle nombre a lo intolerable constituye en sí mismo una esperanza, ya que cuando se dice que algo es intolerable, resulta inevitable la acción.

| Los significados de naturalizarse

Cuando bajas a la realidad todo tiene otra dimensión. Esta organización trabaja con procesos de reintegración socioeconómica de personas que se “naturalizan”. La naturalización es ese proceso por el que te conviertes en uno de los suyos. Nos pasamos la vida adquiriendo identidades que nos hacen ser nosotros mismos. Pero esto es diferente. Uno de los suyos es alguien que se sabe los dichos y la historia del país. Que reconoce algunas cosas de los mapas y los hitos del tiempo. En realidad hay muchos “naturales” del país que no pasarían el examen de “naturalización”.

Tiene también implicaciones emocionales. Significa que dejas de ser un refugiado de donde vienes y te conviertes en un ciudadano de donde estás. Más bien es un revolcón emocional. Por una parte, puede ayudar a sanar y tener otros derechos, pensar en las nuevas oportunidades. Por otro, es una negación.

Hace tiempo había que firmar una carta para naturalizarse que era de lo más artificial. Me comprometo con este país, y abandono mi ser colombiana. A pesar del tiempo y de que naturalizarse puede verse como algo instrumental, como tener un estatus, formalizar los papeles, tener más seguridad jurídica, hay muchos procesos personales congelados, que se activan cuando se trata de naturalizarse, buscar trabajo y acceder a la vivienda o la educación. Lo que falta siempre tiene un eco conocido:

– Nos falta un trabajo elaborativo, cómo se asimila eso, los desafíos de los papeles hablan también de la identidad, y de una dimensión psicosocial.

| Las pruebas

En las mujeres hemos visto que muchas veces no hablan de los que les pasó, de los vejámenes o de las violaciones que sufrieron. Cuando el gobierno te pide la prueba de la violación, si está con su esposo ni siquiera habla. Las implicaciones subjetivas de la violencia sexual en las mujeres se extienden a sus afectos, parejas y familia. Otra forma de invisibilizarse con ese silencio. En los varones hemos visto las amenazas directas de muerte, son los más perseguidos por el arma de fuego, y no logran quitarse de encima el estigma del narcotráfico. Se les ve con sospecha, como si fueran parte de la delincuencia. Más aún en un país en que se supone que hay un Acuerdo de Paz. O en un país en que, se señaló que ya no había grupos paramilitares sino bandas criminales que llamó Bacrim. Así, el nombre para cambiar la realidad de las cosas, le deja al refugiado sin razones aparentes frente al otro Estado de acogida. Ni protección de donde vienes, ni a donde llegas.

Hay niños y niñas que han visto el sufrimiento de sus padres. El refugio les fue denegado. Ahora esta niña ya grandecita busca su estatus de estudiante. En este país, con un estatus de estudiante de ella, los familiares pueden quedarse. La negación y sus fisuras. O, de otra manera, la resistencia busca las grietas.

| Miedo y valor

Miedo es la palabra que más escuchamos en las reuniones con las víctimas en Colombia, y también en los países de frontera, donde el conflicto llega con su estela de gente que huye y, a veces, victimarios que se presentan. En todos esos casos, toca identificar esas amenazas para no dejarse llevar por ellas.

El miedo es a veces como un perro que muerde. Tenemos que buscar las maneras de enfrentarlo, de protegernos, de despistarlo. Otras veces, el miedo es un cuarto oscuro que te aterroriza y en el que no sabes por donde te van a golpear. Cuando estás en el cuarto oscuro, la angustia te domina y no puedes protegerte. La única forma de salir de ahí es poder convertir un miedo en otro. El del cuarto oscuro, en un perro que muerde. Una amiga salvadoreña dice que el miedo se hace más chiquito cuando se mira en el espejo de su nombre. Cuando lo llamamos por su nombre, podemos ver cómo defendernos o proteger la vida.

Hace años, en un taller con indígenas Nasa en el Putumayo, uno de ellos me dijo que la lucha por la verdad necesita de dos cosas: del miedo y del valor. Como una planta para crecer necesita del sol y de la lluvia. Solo el valor no sirve. Solo el miedo nos acaba.

| ¿Quitarte los sueños?

Hace unas semanas, en un encuentro en el exilio colombiano, un maestro que había tenido que salir del país y de su tierra caribeña hace 20 años, iba a presentarse, pero no pudo hablar. La historia más traumática de su vida se le vino a la memoria. Se levantó y se fue.

Volvió al rato, y esta vez tomó la palabra. Ese nudo en la garganta dejó paso a una parte de su historia. Los atentados sufridos, las heridas. La otra herida del destierro, ese espacio que es un no lugar en la historia de Colombia y es a la vez un destiempo. El maestro recordaba la escuela en la que empezó a trabajar. La escuela era un árbol grande y las paredes eran su sombra. Debajo del árbol, los niños y niñas recibían clases y contribuían a su educación. Los primeros pasos de la educación eran también la escuela de los maestros sobre el mundo campesino. Después, el aula fue teniendo paredes y techo, y se fue consolidando como un proyecto de vida, hasta que la escuela y el maestro fueron declarados objetivo militar, con su rastro de muerte y de olvido.

–Te quitan tu vida, perdí lo que quería hacer con la gente. La construcción de la escuela fue una experiencia maravillosa. Es importante poder decir lo que otros no han podido o tienen miedo.

Los sueños tienen el problema de que son insensatos. Por eso, aún en medio de condiciones difíciles, siguen empeñándose en afirmar otra realidad que la que se impone. El derecho a soñar, como dice Eduardo Galeano, “no figura entre los 30 derechos humanos que las Naciones Unidas proclamaron a fines de 1948, pero si no fuera por él, y por las aguas que da de beber, los demás derechos se morirían de sed”.

| Tomando un testimonio

José entrevista. Cuando pregunta sobre su historia al testificante, siente que tiene el poder que le da haber escuchado otras muchas para un proyecto de memoria colectiva en Colombia. La experiencia más importante es la que te lleva siempre a empezar de nuevo, a ponerte al lado de la gente como si fuera la primera vez.

Pero cuando empieza a entrevistar a Andrés, un exiliado, se queda bloqueado. Cuando hacemos la evaluación, entendemos por qué empezó a ir de tema en tema, sin seguir un hilo.

—Me dio muy duro porque lo que hablaba, me había pasado a mí.

Ese otro tipo de conciencia. Lo que has vivido te toca de otra manera, en otro punto. Y tienes que tener cuidado para no irte a tu propia historia. Para tomar testimonios entrenamos a distintos grupos en diversas regiones del mundo para la escucha, que siempre te sorprende, mientras aprendes.



| 30 vacunas

POLICE dice en la camiseta que lleva el agente al que se dirige a su llegada. El policía les trata bien y les da 20 francos y una dirección para tomar el tren. La primera palabra que no entiende es “bonjour”. Parece una misteriosa palabra clave, que se repite cada vez. “Bonjour”.

Cuando sale a la calle, los árboles están quemados, sin hojas. Es invierno, aunque todavía no sabe qué significa eso aquí. “Bonjour”. Solo este frío en el cuerpo, mientras se frota las manos y esa blanca nieve pinta las montañas y este suelo que pisas.

30 vacunas. No creo que se puedan poner tantas, pero dice que esas le pusieron en Suiza. La memoria es mala para los números, pienso. Pero esa exageración es en realidad el número que mide algo importante.

Al llegar, la familia fue separada en el albergue para refugiados. Era el tiempo de la guerra de Bosnia, en 1994. Pienso en que desde hace 60 años, se podría decir, es el tiempo de la guerra de Colombia. También en que varias guerras se juntan en cada centro de acogida. Uno podría escribir de la guerra desde esta única perspectiva, desde ahí, un centro de atención a refugiados.

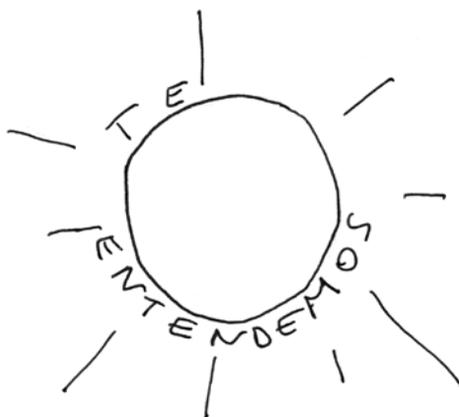
Pero entonces no hay tiempo para eso. Hay que entender del idioma y del futuro. Cuando estás en una situación de ruptura y transitoria así, el presente se esfuma. Lo único presente es el pasado de dónde vienes y la incertidumbre de saber a dónde irás. El futuro es ese lugar en el mundo en el que habitas en medio de la precariedad y esta cama de habitación compartida.

| El sol del idioma

– Les podemos llevar su caso.

Para Andrés la felicidad lo llenó todo cuando escuchó esas palabras de representantes de una organización que se llama Elisa. No solo por la ayuda, sino porque por fin encontraba el mundo común del idioma. Como una cortina que se descorre de repente, y ahí fuera está el sol. Lo que en una conversación entre desconocidos sería una forma de ocupar el tiempo, aquí hace referencia a lo importante. Está nublado, hace sol. Con las nubes no se puede respirar. Sin conocer la lengua no puedes preguntar por qué no hay hojas verdes. Dicen que con la nieve en la cabeza se te cae el pelo, por eso hay que sacudirla cuanto antes.

Hay más miedos en los primeros meses en el nuevo país que incluyen la conexión entre dos mundos. ¿El traductor, no estará cambiando mis palabras? Los miedos que trae la dependencia.



| Traducción húmeda

María es traductora. Cuando explica su trabajo con personas demandantes de asilo, dice que su traducción no es práctica, sino húmeda. Además de la técnica, está la humanidad.

Una vez llegó una de las madres de Soacha. En la Comisión nos hemos entrevistado con varias de ellas. Sus hijos fueron sacados de sus casas con promesas de trabajo, vestidos de guerrilleros y ejecutados para ganar sobresueldos o ascensos, Y hacer así que las estadísticas cuadrasen con los discursos de que “ganamos la guerra”. “Ganamos” es un verbo también disfrazado, la verdad es cruda y ella viene a contarla.

Si no fuera por el amor y el calor de estas Madres de Soacha, probablemente Colombia no hubiera despertado de ese espejismo. Después de traducir esa historia de espanto, y de cómo estas mujeres humildes descubrieron ese horror, también tradujo sus demandas. Cuando terminaron, se fue de compras con ella. Subiendo por las escaleras mecánicas de un centro comercial, comiendo un helado. Esa humanidad es la parte húmeda. El agua que necesitamos para la vida.

| El cuarto renglón y la fuente

– Definitivamente tus lágrimas son de oro. A mí también me hicieron un atentado y la pistola la sentí así, mientras estaba en la moto, imagínate.

No sé si eso puede imaginarse. Pero el dolor compartido tiene otro valor.

– A mí ya me habían avisado, me habían dicho: doctor, cuidado que lo están buscando. Yo estaba en una lista donde era el cuarto renglón, era supuestamente el ideólogo de un frente, entonces sufrí también un atentado.

En Colombia ha habido muchos tiempos donde aparecieron listas, donde el nombre es parte de un mensaje de muerte. También se usa la simbología del terror. Águilas Negras. O a veces toponimias, como si de un grupo de música se tratara. Los Urabeños. O números, Frente 5° de las FARC-EP. Los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), buscaron nombres simbólicos o indígenas. Frente Nutibara.

Hace años, tras el allanamiento a una organización de derechos humanos, apareció una lista perdida que también tenía varios renglones. En el primero, aparecía un amigo. Aquella lista suscitó mucho miedo, y el rumor circuló de boca en boca. Como siempre en esos casos, hay que ir a la fuente. En aquella ocasión, la lista había sido elaborada por un abogado que leyendo un expediente, había hecho un listado de gente a la que aquello le interesaba. Así tuvimos la tranquilidad que necesitábamos, investigando la fuente.

En la historia de décadas en Colombia, no se conoce una investigación de la fiscalía que haya ido hasta la identificación de la fuente. Águilas Negras, Urabeños o Clan del Golfo, nadie sabe quienes son. Pero hay gente que sigue muriendo y huyendo.

| Antofagasta futurista

“De Antofagasta vengo, voy para Iquique”, decía el poeta Nicolás Guillén. A este lugar de Chile, cercano al desierto más árido del mundo, donde no llueve, llegaron miles de colombianos y colombianas del Pacífico, donde la tierra es verde y diluvia. El imaginario de las minas de cobre y el puerto, pueden llevar a pensar que Buenaventura se parece a Antofagasta, pero no.

El imaginario es una categoría sociológica para hablar de las representaciones sociales compartidas en un país, un grupo, una cultura. Pero también es una idea que empuja, por ejemplo, a la migración. El de que vas a tener protección, el de que tendrás el trabajo que te falta, el de que allá no te perseguirán, el de que subirás en la escala social. Todos esos imaginarios y promesas, y todas esas formas de buscarlas, se encuentran aquí.

Dina dice que los negros llegaron aquí a embellecer esta tierra. Y las faldas de la cordillera se han ido llenando de casitas de palo, que van pasando con los años al cemento y al agua. Unas junto a otras, pegaditas y aferradas a una tierra que tiembla frecuente, con 6-7 grados en la escala Richter. Nunca llueve, pero una llovizna ligera de año en año puede convertirse en torrente y llevarse todo por delante, aunque la aridez y los terremotos no son un obstáculo. Mientras los investigadores y la gente en Colombia piensan que todo esto es migración económica, como dicen desde tantas instituciones, una de las víctimas que entrevistamos estos días relata un viaje, pero luego sigue con otro más adentro que incluye amenazas y desplazamiento, y otro, y hasta otro. Como en esas minas en las que hay que escarbar primero un círculo y luego una espiral, aparecen otras cosas debajo del primer relato. Paras, guerrilla, responsabilidad del Estado. Pero también esperanza.

– Aquí la palabra es ayudar. Hay una historia que nos asfixia, que llevamos por dentro. Pero un día va a salir algo de aquí. Soy futurista.

| Las cosas por su nombre

– El gobierno tiene responsabilidad en lo que enseña–, dice Elizabeth Lira, que hace 40 años ya escuchaba los horrores de la dictadura para conjurarlos.

Tras la caída de Pinochet, la demanda fue que había que conocer la historia para aprender del pasado y no repetirlo. Por ello, se incluyó esa historia en los libros con los que las nuevas generaciones entienden de dónde vienen. En los colegios privados, los libros de historia hablaban hasta hace poco de dictadura y de golpe militar, para explicar lo que vivió Chile con Pinochet. En los colegios públicos, en cambio, los libros decían pronunciamiento y régimen militar. La demanda por estas diferencias, y por el ocultamiento que conllevan, llegó al Instituto de Derechos Humanos y al Consejo General de Educación.

Por una vez, en los colegios privados los libros andaban con más libertad y el lenguaje sabía lo que decía. En los públicos, los libros eran usados para suavizar la historia. Es la misma editorial y el mismo Estado. Y probablemente, lo escribió la misma mano. Pienso en los desafíos para Colombia, de llamar a las cosas por su nombre.

| Todos mis nombres

– El miedo nos sigue acompañando –dice Mágina, que investiga la migración forzada colombiana aquí y allá.

Esta mañana, Sofía que tuvo que venir desde Cali y vive en una habitación prestada donde cada día, al levantarse, tiene que guardar todo en su maleta de nuevo, lo complementa:

– Ellos saben quién eres tú, pero tú no sabes quiénes son ellos.

En los países de frontera con Colombia, el conflicto armado también extiende aún las suyas. En Esmeraldas o en Quito, hay gente que cuenta que se encontró con su victimario. A otros, les llegó de nuevo la amenaza. Hay quien piensa que esa es una exageración del miedo. La cantidad de veces que escucho eso, de diferentes interlocutores, haría parte entonces de una locura colectiva. Chile no tiene frontera con Colombia, pero los problemas de allá llegan hasta aquí como si lo fuera.

Margarita tiene razón, y Sofía lo corrobora.

– Hoy me llamo así, Sofía. Mañana Luz. Otro día Judith. Cambio de nombre según con quien hablo. Todos y ninguno son el mío.

| Los otros repatriados

Los únicos repatriados de aquí, son los muertos. En este asentamiento de migrantes forzados, las empresas funerarias tratan de buscar su nicho de negocio. Cuando se muere alguien, los trámites de repatriación de un cuerpo para Colombia cuestan 5 millones de pesos chilenos, 6.500 dólares. 2 millones por el funeral. Las empresas quieren que, pagando poco a poco, el seguro para caso de muerte le salga a la gente bien y a ellas mejor. Pero es difícil que la gente se apunte a un seguro por si la muerte viene, aunque sabe que a todos nos llega, cuando lleva tanto tiempo escapando de ella.



| Cambiando la cultura

La vida del refugiado temporal está hecha de tiempos que llegan a su fin y ojalá se renueven, y de papeles. Papelito habla, dicen en México las víctimas, para referirse a los documentos que certifican lo que tú acreditas. Aquí, además de hablar, hay que escribir y sellar. Hay gente que inventa sus propios negocios, una especie de rebusque. Esa palabra siempre me pareció un lugar de esperanza. Cuando parece que ya todo está perdido, alguien recoge los pedazos para juntar trocitos de cualquier cosa y salir, al menos por un rato, de la miseria. Pero en las condiciones de precariedad y explotación, cualquiera podemos tener la tentación de rebuscar los pedazos de otros.

En el destierro, el precio de los trámites es directamente proporcional a la distancia del lugar donde se depositan. Si la gente no sabe escribir o no sabe de trámites, los precios suben. En esta vereda había gente que cobraba 8 dólares por apostilla, hasta que llegó ella y puso orden en la vergüenza. En cambio 2, es un precio razonable.

– A veces, nosotros mismos reproducimos la misma cultura que padecemos.

| Visas y estadísticas

Los caminos para llegar a un país son muchos. Pero las vías para quedarse, en general, son dos. La vía del refugio es la que proporciona protección internacional. Es la que gestiona el ACNUR, aunque son los gobiernos los que tienen las estadísticas y proporcionan el estatus de refugiado. La otra vía, es la de una visa temporal de estancia para trabajar y buscar otra vida, y que tiene varios nombres según el país de que se trate.

Aunque en algunos casos eso se resuelve en 6 meses, en general el trámite del refugio puede llevar de 2, 4 o 9 años hasta que te lo dan o, en otros casos, te lo rechazan. Mientras tanto, estás con visa provisional de refugio. Pero esa visa es más cara, y tarda más tiempo ir la renovando. Mientras, hay países en los que, si ya tuviste 2 visas temporales de trabajo tienes derecho a que te den una permanente. Sin embargo, en la vía del refugio, necesitas más tiempo, recursos y energía para manejar esa incertidumbre que se alarga. Además, con una visa provisional de refugio, es más difícil encontrar trabajo porque pedir asilo extiende la sospecha sobre la persona, y los que te van a contratar no quieren algo que huelga a problemas. Hay que aprender este nuevo lenguaje del refugio.

Así, hay muchas personas que llegaron para tener protección internacional que se quedan solo con la protección que da la frontera, y pasan a engrosar las estadísticas de la migración económica. En el efecto de los vasos comunicantes, cuando sobre un líquido que está en una columna se ejerce una presión, el líquido se desplaza en un volumen similar a la presión ejercida en la otra. En este caso, la presión del tiempo y del cansancio de los demandantes de asilo, hace que muchos terminen desistiendo y pasándose a pedir una visa de trabajo migratoria. Lo que baja por un lado, sube por otro. El problema es que lo que baja también es la visibilidad de la persona refugiada y las garantías de derechos para la gente, y lo que sube es una realidad que esconde otra.

| Pensando en los hijos e hijas

– Yo era de un Consejo comunitario del Cauca, y la guerrilla llegaba a los pueblos a reclutar a los jóvenes. En ese tiempo, en mi corregimiento, los muchachos en la escuela estaban solo esperando a hacerse mayores para irse al monte. Y a veces, ni eso.

Pienso en la locura y la extensión del reclutamiento de jóvenes, en los menores que son carne fresca para la guerra. También en la sociología de las situaciones de violencia, de la pobreza y la falta de futuro en las comunidades, que lleva a huir al monte. O en la psicología de la adolescencia, y en cómo los modelos armados se convierten en un destello frente a una realidad de exclusión e impotencia. También en las amenazas que vienen con el reclutamiento tantas veces.

– Me llevo uno, pero le dejo los otros.

Una conjunción de factores que llevan fácilmente al horror. El poder corruptor de las situaciones sobre las conductas individuales, ha sido investigado desde la psicología social en la búsqueda de explicaciones sobre lo que hizo posible fenómenos como el nazismo.

Al reclutamiento se han resistido muchas mujeres, yendo a buscar a sus muchachos cuando se los llevaron, o huyendo antes de que se cumpliera el presagio. Muchas mujeres se desplazaron o pidieron refugio como forma de prevenir el reclutamiento de sus hijos e hijas. Cuando Juana termina de contar su experiencia en este grupo de apoyo mutuo, en el que los otros refugiados le comprenden como nadie, habla de un pegamento:

– Aquí nos reúne el sentimiento, no el tema.

Y de un grito:

– Es importante visibilizar a la gente refugiada colombiana, y entender que el refugio es venir contra tu voluntad.

| Un abrazo

Una tarde que se alarga con la confianza, hace que por fin se anime a hablar. Claudia es una mujer de voz enérgica y fuerte presencia:

– Estas lágrimas que usted ve, no son de miedo, son de tristeza. Llegué sin nadie más, no porque era aguerrida ni grosera. Durante mucho tiempo no he encontrado quien me escuche, quien me diga: no está sola. El miedo se me quitó, pero me sale la agresividad.

Hay veces que cuando las cosas puedes verlas con una distancia, aprendes de lo vivido. Pero la ecuación de ese conocimiento no es un algoritmo que tiene una entrada y una salida secuencial, donde se van descartando o reorientando opciones. Muchas veces esos aprendizajes se dieron al toparse con una pared donde no había salida. El proceso del exilio y el refugio es a veces un enorme laberinto, donde la persona se va chocando con espejos donde la comunicación, en lugar de abrir un camino, bloquea.

Claudia recuerda las muchas veces que le hicieron sentir mal, con preguntas como: ¿Qué hiciste para tener que salir? ¿Por qué estás aquí? Hay preguntas que son acusaciones. Ella parecía delincuente. La distancia y la transformación del dolor y del miedo, hacen que ahora trate de volver a aquellas situaciones vividas, no para quedarse callada como entonces, sino para darle al acusador su merecido. Esas pequeñas fantasías que nos dan un control del mundo que no tuvimos en su momento, pero que nos ayudan a pasar de la impotencia a la afirmación.

Cuando nos despedimos me dice:

–¿Puede darme un abrazo?

| La mesita y el yo

Un abogado empieza a atender a una o dos víctimas que llegaron de Colombia demandando asilo y que, entre el miedo y la falta de recursos, buscaron ayuda mientras trataban de cambiar pesos en una casa de cambio. A veces, los lugares de encuentro pasan por esas zonas de lo insospechado. El que trabajaba ahí conocía un abogado y le propuso que les ayudase. Así el abogado empezó a atender en esa esquina. Ahí, en la calle. Claro, esto no pasó en Suecia, sino en un país del sur o del Caribe, donde esas cosas simplemente pasan. En otros lugares, serían impensables.

A la mesita llegó un policía solo para decir que no molesten en la acera, que dejen paso. Pero, en cambio, llegaron muchos migrantes y refugiados. Y de un domingo a otro, el tiempo se convirtió en varios días de la semana. Y que la calle se llenó, no es una metáfora, porque la mesita llevó a que ahí se hicieran manifestaciones y encuentros de gente que cuando se junta aprende y se apoya y, además, tiene una voz ya no entrecortada sino colectiva.

Hay veces que te encuentras con gente que tiene la visión, porque tiene la experiencia. Como el poeta Humberto A'kabal que, caminando hacia atrás, ve el futuro. Esa es una mirada distinta. Este abogado es uno de ellos, le tocó ser refugiado, pero tiene algo más. Está aquí este viernes a las 10 de la noche, hablando conmigo de todo esto. No cobra a la gente, y no se pone medallas. Cuando salimos de la reunión, ya se ha hecho de noche. Caminando por estas calles que cambiaron de paisaje, recuerdo la lección del líder nasa que había organizado un operativo con la guardia indígena para ir a recuperar autoridades de sus pueblos que habían sido secuestradas por las FARC: “El yo es algo que crece muy rápido, la humildad cuesta aprenderla”.

Investigaciones sobre migraciones

Gus está entusiasmado. Hace unos meses que tiene una beca para su tesis doctoral. Cuando uno investiga sobre cosas como esta, al entusiasmo del proceso personal o la relevancia del tema, también se le junta el sentido de esa humanidad que puedes tocar ahí cerca. Estos días que andamos juntos, le pregunto qué es lo nuevo que ve mientras visitamos a la gente.

Ha revisado la bibliografía, como se hace siempre en esos casos, como primer paso para tener un panorama y ver el camino que tiene que trazar. Le llama la atención que la mayor parte de las cosas que ha revisado en la bibliografía, se refieren a las condiciones en el país de acogida, el trabajo, las dificultades de integración. La discusión de si se trata de racismo, de xenofobia o de discriminación. Temas todos importantes. Pero casi nada se habla de lo que le trajo a la gente aquí, y cómo eso condiciona su experiencia y todo lo demás.

Hablamos sobre cómo ponerle a la universidad, esa otra mirada de la conciencia sobre lo forzado de la migración. Por eso está entusiasmado.



| Visa Mercosur

Los países de Mercosur tienen una visa con ese nombre, que permite a la gente quedarse en el país accediendo a una estancia estable. La mayor de la gente que llega, lo hace pidiendo esa visa. Incluyendo los que necesitan refugio. En Brasil, hay 1.600 colombianos reconocidos como refugiados. Muchos en la megaciudad de Sao Paulo. Otros, pasaron por ciudades fronterizas como Manaus hacia otros lugares. En Argentina, son 544, aunque otros 317 esperan todavía una respuesta a su demanda, y 154 están en fase de apelación. Pero ahí no está la realidad.

La realidad habita también en las zonas grises. Al lado del núcleo del refugio, hay otro círculo más amplio de los demandantes de asilo. Uno aún más grande es el de la gente en las mismas condiciones y razones de su huida, que tuvo miedo o no lo pidió porque no cree que se lo vayan a dar, o por las dificultades del proceso. Otro, vino por otras razones, como estudiar o trabajar, pero carga una historia de victimización escondida de la que nunca ha hablado. Hay quien vino sin esa carga personal, pero vivía en lugares donde la vida no lo era. Otra aún, no tiene papeles pero quiere una vida mejor. Del núcleo del refugio hasta este extremo, hay una gama de grises que se trata de entender y visibilizar, para saber de lo que hablamos.

| El tiempo antes

El Muro de Berlín no se cayó, lo tiraron. Fue en 1989. Pero el muro había empezado a tumbarse antes, cuando se acabó el miedo. En Argentina, las Madres de la Plaza de Mayo se habían atrevido a desafiarlo y dando vueltas a la plaza fueron horadando los cimientos de la dictadura, que cayó tras la guerra de las Malvinas. En la descolonización de la India, Gandhi desafió la imposición de un imperio a base de cosas como desobedecer el impuesto sobre la sal y llevar a cabo la larga marcha para traerla del mar. Esas cosas que pasan antes de que sucedan, las que recordamos, son claves para entender los procesos de paz y esta lucha por la verdad.

La guerra moderna se basa en el uso del terror. O sea, de un miedo a gran escala, en donde se busca paralizar a la población o controlarla. Mi amama, mi abuela, sobrevivió al bombardeo de Gernika, una población que fue destruida por los nazis el 26 de abril de 1937, aunque no era un objetivo militar. Bombardearla fue una manera de transmitir un mensaje de terror a toda la población. En ese caso, también se contó una historia que no tenía nada que ver con la realidad, el franquismo dijo durante 40 años que habían sido “los rojos” los responsables.

Otro 26 de abril, el de 1998, Monseñor Juan Gerardi fue asesinado en Guatemala, cuando acabábamos de presentar, dos días antes, el informe “Guatemala Nunca Más” en la Catedral. En esa presentación estuvieron víctimas que subieron al altar y recogieron el informe de sus manos. Algunas no iban a leerlo, pero lo abrazaban, porque ahí estaba su historia y los suyos. Las 5.180 víctimas que empezaron a dar su testimonio dos años antes de que se firmara la paz, y las decenas de responsables que decidieron romper el pacto de silencio, ayudaron a hacer nacer esa verdad que aún sigue caminando entre los volcanes, y que no flaquea ante los intentos de detener su marcha.

El terror, la mentira y el silencio también han formado parte de la guerra en Colombia. Las tres cosas son parte de lo que la Comisión de la Verdad puede ayudar a superar. Hay quien quiere volver atrás la historia, como una máquina del tiempo de las películas, pero no para vivir experiencias nuevas, sino para volver a lo malvivido por 9 millones de víctimas.

Pero la guerra se está cayendo también aquí, tal vez antes de que se termine de quebrar. Aunque en tantos territorios, la tierra y la población aún están siendo objeto de disputa armada, la ola subjetiva de los que perdieron el miedo y que tumbaron esos muros, es la que puede traer la paz.



| La tortura invisible

El exilio está habitado de historias desconocidas en Colombia. Una de ellas, la de la tortura. Esta noche, después de una larga entrevista en un barrio de clase alta de Bogotá, salimos de un encuentro con una víctima. Ahora es un artista famoso, y nadie pensaría que le pasó lo que le pasó. Fue detenido después de un atentado. Estuvo una noche entre la vida y la muerte. Finalmente la balanza se decantó por la vida, después de tanto dolor y desprecio. Una noche puede ser también la inmensidad del océano. Cuando piensas en la tortura vas a un lugar en el que no tienes la dimensión de lo que imaginas. Una cama metálica que te clava los alambres, y en el cuerpo desnudo y las amenazas de que la electricidad te queme por dentro. El escenario de su relato es un conocido cuartel de Bogotá, y sucede antes de la Constitución de 1991. Varios de sus captores, muchos para quien no puede ver con esa banda en los ojos, lo inmovilizan y le meten en la boca un embudo hasta ahogarle.

He visto dibujos de víctimas de tortura de la dictadura de Pinochet que son calcados a este relato. También he tomado testimonios en el Sahara, de mujeres que vivieron el mismo tormento. Los torturadores parecen haber estudiado todos en la misma escuela. Una noche de baldes de agua fría y amenazas de electricidad y de muerte, de esas amenazas que tienen la eficacia de la crueldad de lo que le pasará a tu madre. Una noche y un día de grabar un vídeo de marioneta, donde acusas a quien sea con tal de sobrevivir. Después, meses de cárcel, en los que la asfixia de aquella noche se repitió en cada una de estas en sus pesadillas. El papel de la memoria y el reconocimiento de la verdad no es mirar atrás porque sí. Es mirar a los ojos a lo vivido, para lograr soltarte.

Después de ser liberado, tomó la ruta del exilio. Huida y años de miedo a los uniformes y siempre rehacer la vida, y tomarla entre sus manos para seguir su compromiso en el barrio, organizándose con la gente. Una de nuestras tareas es contar estas heridas y secuelas, y escuchar tanta fuerza y lágrimas, y acompañar con este aliento.

Lo necesario inexistente

Lo necesario inexistente, esa es una buena definición de un ideal. No existe todavía, pero que exista es lo que nos hace ser, así decía Raphael Lemkin, el impulsor de la Declaración de Naciones Unidas contra el Genocidio.

Un ideal como la paz trae el futuro al presente. No queremos estar esperando para que pueda darse, hay que traerla desde el mañana hasta el hoy. Sabemos que eso es difícil en el tiempo que se vive en Colombia.

En muchas guerras el ideal es la “patria”, por la que se mata y por la que se muere. Pero yo estoy más de acuerdo con Eduardo Txillida, un escultor universal de mi pueblo, que decía que la mejor patria de las personas es el horizonte. Esa forma liberadora de lo necesario inexistente. La verdad que se desvela es tal vez sobre el pasado que se obstina en no serlo, que se sigue sufriendo, pero su sentido es ese horizonte necesario.



| Amnesia fría

En Guatemala cuando empezó el proyecto de Reconstrucción de la Memoria Histórica (REMHI), se hizo en la radio un pequeño programa que era un diálogo de dos personajes. Doña REMHI, que hablaba de la importancia de la verdad, y Don Olvido, que decía que había que pasar la página de la historia y mirar hacia el futuro. En la Comisión hemos dicho que para pasar la página hay que leerla y leerla bien. La vida de la gente no es una página que se puede arrancar así nomás.

Las víctimas van a querer tanto olvidar como recordar. Una forma de olvido del dolor, pero de recuerdo a sus seres queridos y de lo sucedido. En todo caso, eso le toca a la persona decidirlo, no es una imposición de quienes proclaman el olvido forzado.

En Alemania, el Acta Rosenberg determinó que en los años 50, todavía el 77% de los funcionarios del Estado eran de la época nazi, y hasta los años 70 los hubo. Esa es otra forma de olvido, que perpetúa en el tiempo el control que los antiguos responsables siguen teniendo de las transiciones políticas. A esa forma de olvido, a esa falta de justicia, se le llamó amnesia fría. Es decir, una forma de dejarlo pasar, de agachar la cabeza, y de tratar de enfriar el repudio. La máquina del Estado siguió funcionando con ellos, hasta que llegaron nuevos juicios e informes, porque la verdad se empeña. Años después, varios presidentes de Alemania tuvieron el valor de reconocer su responsabilidad en el genocidio. Ejemplos para el mundo, incluyendo Colombia.

| Vergüenza reintegrativa

La vergüenza lleva a ocultar las cosas. A veces se refiere a lo que está mal visto socialmente, pero la vergüenza que necesitamos es la de nosotros mismos cuando reconocemos un comportamiento indigno. Las cosas que nos dan vergüenza no las reconocemos.

La vergüenza es un sentimiento a recuperar para la reconstrucción del tejido social. Para eso se necesita repudiar el hecho claramente, lo injusto o rechazable de lo sucedido, sin necesariamente estigmatizar al autor como portador de una marca negativa indeleble. Esa vergüenza ayuda a rescatar la ética que se pierde en la guerra. La ética se sustituye por el pragmatismo instrumental. Es decir, si sirve para mis objetivos, es bueno.

Con el impacto de la guerra que se alarga en Colombia durante décadas, mucha gente aprendió a adaptarse a la violencia. Tantas veces, mirando hacia otro lado mientras todo sucedía. La vergüenza es lo que puede rescatarnos. Esa vergüenza no estigmatiza al otro, sino que nos toca como sociedad, es una vergüenza reintegrativa, que acerca a la llama de la dignidad a quienes son responsables de las violaciones de derechos humanos y a la sociedad que miró para el otro lado.

| Lo que pasa después

La verdad es un territorio en disputa. En tantos países, el relato que más se escucha o que más aparece en los medios de comunicación o en las redes sociales, no es el relato de la verdad, que tiene casi siempre un nivel minoritario o subalterno. La investigadora Leigh Ann Payne dice que la verdad sirve cuando se ve acompañada del contexto político. Como ejemplo de eso pone las fotografías de Abu Graib, donde soldados estadounidenses desnudaban, amenazaban con perros y vejaban a personas detenidas. Esas formas de tortura fueron llamadas apremios, y las fotografías y videos no conllevaron una sacudida de la conciencia y un cambio en los valores y prácticas de Estados Unidos más allá de algunas denuncias valerosas como las de la APA y titulares en la prensa.

Elghalia Djimi, mi hermana saharai, cuando vio aquellas imágenes sintió que su experiencia de estar detenida y desaparecida tres años y siete meses en un centro clandestino de detención llamado PCCMI, un antiguo cartel español en El Aaiún, era reconocida. Todo lo que a ella le pasó, estaba en esas fotografías y videos que conmocionaron unos minutos al mundo. Es la única persona que conozco que cuando vio ese horror, no solo se indignó sino que se vio reconfortada en lo vivido.

Tener un contexto político favorable a la verdad es clave para que esta no se quede en una noticia, sino se transforme en una conciencia. Toca esa tarea en Colombia. Crear a la vez un marco social en el que las víctimas sientan que sus experiencias están reconocidas, y por otra crear un contexto político favorable a la verdad, porque ese es el viento que se convierte en aliento.

| Los despropósitos del desamparo

En 2012, su esposo fue asesinado. 3 meses después, su hijo, que se quedó a evitar el despojo y a pedir justicia, también. Ella lo estaba esperando en Chile, pero en el tiempo de hacer los papeles, llegó la noticia de la nueva tragedia. Con la demanda de refugio te dan una residencia temporal que tiene que renovarse cada 8 meses. En otros países, cada 6. En su caso, el día que iban a llegar para hacer los trámites ella no se presentó, porque la notificación llegó una semana después. Cuando preguntó qué tenía que hacer, le dijeron que pagar una penalización. Como no le llegaba con el día a día para la multa, el tiempo fue pasando y la multa creció.

Hay cosas en la vida que te ponen en el disparadero, y no dejas de rodar. Como se quedó sin la visa temporal, tampoco le renovaron el permiso de trabajo. En esas lágrimas de no saber qué hacer la encontramos estos días. Además tiene que pagar el nicho donde se encuentra su hijo en Colombia. Del cementerio le avisaron que también tiene estancia temporal y hay que volver a pagar. Y que si no, les tocará ponerlo en una fosa común.

Hay cosas en la vida que movilizan todo lo que tienes, la rabia y el dolor. Eso sí, no.

Cuando no tienes permiso tienes que trabajar sin él, aunque sea a ratos. Así pudo pagar un año más. También intentó la cremación, pero de la fiscalía de Colombia le dijeron que no se podía porque se trataba de un asesinato. Hace 6 años de eso, y de la investigación no sabe nada. En la demanda que hizo a la unidad de víctimas le respondieron con un sí por el desplazamiento, pero con un no por el asesinato. Todo lo que puede ser difícil llega aquí a la categoría de tremendo. Sin nada más, bloqueada en las ganas de dejar de vivir, la encontramos esta mañana. Quienes me acompañan, saben cómo ayudar, buscan las rendijas del sistema y tienen esa solidaridad que se necesita para convertirlas en aliento.

| Korpilombolo

Los refugiados y refugiadas toman algo de la mano que les acoge y dan mucho. En todas estas visitas por medio mundo, se encuentran escuelas fundadas, pacientes recuperados, cátedras de la universidad, familias crecidas con ese trabajo invisible de las mujeres y sus triples jornadas, psicólogos que atienden a víctimas de otras tantas guerras, obreros de la construcción que levantan edificios en medio del frío.

Contribuciones de gentes de Colombia dispersas en trocitos por el mundo insospechados. Un día Javier estaba en Korpilombolo. Con ese nombre tan redondo, ahí arriba en Suecia, casi en el círculo polar ártico, las noches son largas pero resisten a la oscuridad con esas luces que llamamos aurora boreal. Trazos rebeldes de luces de colores, que se quedaron fijados en el cielo. O sea, un tipo de memoria del sol, en medio de la noche polar que dura a veces más de 24 horas. Una noche más larga que todo un día. Allí pasan cosas que no se entienden bien desde este ecuador cálido del mundo.

Mientras Javier salía a tomar un poco de aire frío, paró un camión entre la nieve. Del camión, salió un hombre grande, que parecía parte de la noche. Cuando entró al café de la gasolinera, se empezó a quitar ropa, una tras otra, como esas muñecas rusas que habitan una dentro de otra, esas matrioskas como hijas gemelas de la madre, hasta la más pequeña que podría ser la tataranieta. De entre la ropa salió el mismo hombre alto, delgado y fuerte, un afrodescendiente del Pacífico. No sabemos si era refugiado, pero lo que sí quedó grabado fue un cálido encuentro de estos dos colombianos que derritió la nieve. Sin exagerar.

| ¿Pero, por qué?

– Yo no estaba metido en ningún grupo, ni de izquierda ni de derecha, y siempre decía a quien me quería convencer, que yo estaba en el medio, que no me metan en nada. Y sin embargo, aquí estoy. En Centroamérica.

Para Juan funcionaba una lógica de proporcionalidad que no funciona en una guerra. Mucha gente dice en Colombia: si nada debo, nada temo. Como él.

Empezaron las amenazas, luego el desplazamiento interno, luego la muerte de familiares por los paramilitares. Juan tiene una familia extensa que pertenece al ejército y la policía, por lo que todo se le hace más incomprensible. Un día, gracias a las gestiones de la Cruz Roja, se vio sentado en la sede del ministerio del Interior. Un alto cargo le dijo a su secretaria: por favor pásame el expediente de Juan. Juanito se sorprendió tanto, que no sabía si al asombro le cabía el miedo.

El funcionario le preguntó si sabía quién había matado a su familiar. Cuando Juan se lo quiso decir, le cortó con un susurro:

– No, no. Baja la voz. Acércate y dímelo al oído.

Después de eso, Juan decidió decírselo en voz alta a otro país, que tuvo más compromiso en su protección que el suyo.

| Lo que pasa por la cabeza

– ¿Qué pasa en la cabeza de alguien para asesinar a otro para cobrar una recompensa?

Cuando hablas con la gente, la contundencia de su sentido común te tambalea. Para esas madres y familiares, que se han hecho tan conocidas a base de un sufrimiento mucho mayor, la historia también nació de un terremoto que no podía entenderse. ¿Qué pasó con mi hijo? ¿Por qué apareció como muerto en combate? Si no fuera por el coraje de estas madres, no tendríamos la dimensión de los miles de asesinados para subir puestos en la escala, mostrar mejores estadísticas o simplemente tener un sobresueldo. Cuando los casos se dan en tantos lugares, no es una casualidad. Tiene una causalidad.

Las madres de Soacha nos enseñaron a todos a pensar. Cuando de eso no se podía hablar, cuestionaron que sus hijos fueran terroristas. Y esa convicción era tan fuerte, que nos pusieron a todos el problema delante de los ojos. Porque ellas no se cansan de hablar donde les toque. Aunque sí lo sufren, y su salud se deteriora.

Conocí a una de ellas en Suecia. No había venido de paseo, ni a dar una conferencia. Esta vez vino a pedir protección. Le hicieron un atentado. Cuando ves a esta madre que por buscar a su hijo ahora tiene estatuto de refugiada, te preguntas:

– ¿Qué pasa en la cabeza de este país?

I Ideología

Ecuador tiene 66.000 colombianos y colombianas reconocidos como refugiados. Aquí, el exilio masivo llegó especialmente a partir del año 2000. La aplicación del Plan Colombia, incluía el desplazamiento forzado de 200.000 personas. Era el tercer escenario que tenía el gobierno colombiano, los otros incluían cifras menores de gente que iba a ser desplazada de su tierra. Así me lo contó un alto cargo del gobierno colombiano, cuando dialogábamos en Madrid con la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR), en un encuentro sobre reconciliación posconflicto. Paradójicamente, entonces Colombia se aprestaba para la época más dura de la guerra.

Algunos de los que tuvieron que salir en ese tiempo están aquí. En la presentación en este taller con víctimas en Ecuador, eso se calcula por los años. Miguel salió hace 14, fue amenazado por los paramilitares y tuvo que salir de la noche a la mañana. Así, en 10 horas de terror, puso tierra de por medio hasta Ipiales, Nariño, y de ahí cruzó la frontera mientras le seguía la sombra del miedo. Su delito, no pagar.

Como sabemos, no es que te persigan por ningún delito. Los refugiados no son perseguidos por delinquir, sino por otras cosas. Hoy hacemos una lista de motivos, que se basa en lo que a cada uno le pasó. Además de negarse a pagar a los paramilitares, la lista incluye ser maestro en zona roja, o huir del reclutamiento forzado de la guerrilla. También hay un último motivo en esa lista que Bernabé lee esta tarde de sol en Quito: ideología.

Cuando le pregunto por eso y le pido que nos explique, dice:

– Por pensar diferente.

Pocas palabras que lo dicen todo.

| Pensar diferente

Parece algo normal. Casi un atributo humano. Cada quien pensamos distinto. Pero cuando se trata de la guerra y la represión política, pensar diferente puede ser visto como estar al otro lado de la línea que te convierte de amigo en enemigo. No hay puntos intermedios. Conmigo o contra mí. Esa forma de pensar que divide el mundo en dos, y donde siempre el otro lado es el despreciable. Así, el que está en desacuerdo se convierte en amenaza, y por tanto es alguien a eliminar.

Pensamiento único no es que todos pensemos igual, es que eso es lo único que está bien visto pensar. Colombia tiene una alta tradición de partidos políticos y élites empeñadas en ese pensamiento único, y grupos que solucionan los problemas empeorándolos, a tiros, a amenazas, a despojo.

Pensar se puede, como acto íntimo. Pero en cuanto cruzas la barrera del cerebro, el pensamiento puede ser contagioso, y a veces es una condena a muerte, dicen en esta reunión los sindicalistas que han estado en el exilio y regresaron al país. Muchos desplazados y exiliados son parte de ese pensamiento distinto de quien quería tener todo de la gente: su tierra y sus sueños.

La guerra y sus nombres

La guerra inventa su lenguaje para no llamar a las cosas por su nombre. En la medicina, vacuna es algo que se inyecta o se toma, y produce una reacción que te inmuniza. Una pequeña dosis del mal que se evita. Sea difteria o hepatitis. A veces las bacterias o los virus están muertos, en otras solo medio dormidos, pero el cuerpo reacciona defendiéndose, y entonces ya la enfermedad no te hace mella. Vacuna en la guerra es pagar para que no te maten, no recluten a tu hijo o no la violen a ella. Y la vacuna se paga cada tiempo, su modalidad y su cantidad lo deciden los que tienen las armas. No cura nada, perpetúa la enfermedad del control. Es extorsión bajo amenaza a la vida.

En una época, la *pesca milagrosa* se extendió por las carreteras en retenes de la guerrilla. La red de detener a todo el que pasase, buscaba una buena pieza. El tamaño de la pesca, empresario o político, tenía un valor enorme para las finanzas de la guerra. Imponiendo sufrimiento aumenta la tasa para la liberación. No hay ni pesca ni nada milagroso en eso. Es un secuestro extorsivo, hablando en plata.

En otros lenguajes de la guerra, los *falsos positivos* se fueron instalando en el discurso colectivo. Son falsos porque los muertos no eran guerrilleros, sino civiles disfrazados forzosamente por miembros del ejército, que luego los ejecutaron para ganar recompensas. Si hubieran sido guerrilleros, serían simplemente “positivos”. Pero no son falsos positivos, sino ejecuciones extrajudiciales.

En el exilio he encontrado otra gente que tuvo que salir por montajes de investigaciones que los inculpaban y que resultó que no eran ciertas. Ya fuera para mostrar resultados o simplemente por ese ejercicio de extensión de la sospecha. Hay gente que los llama falsos positivos judiciales. Esos procesos no solo hablan de la no culpabilidad del acusado, sino de la responsabilidad del perseguidor. Muchos de ellos fueron reconocidos como refugiados políticos.

En todos esos casos, buscamos un lenguaje que defina lo que de verdad es, porque eso es lo que ayuda a mirarse en el espejo.

| Rupturas de historias invisibles

En la atención a víctimas de tortura he aprendido que lo que se rompe no depende del tiempo. Lo que te quiebra a veces es un detalle en medio de los golpes. Así le pasó a Axun, cuando estando en manos de las fuerzas de seguridad en Madrid, en esa misma época de los años 80, la golpearon y vejaron de mil maneras, pero ella se quebró cuando estaba ya al límite y su torturador se mostraba tranquilo amenazando con todo, mientras daba un puñetazo en la mesa. Ahí se le rompió algo por dentro, que otras víctimas refieren también en sus testimonios. Mariela, otra amiga que sufrió igualmente la tortura, describió que se sintió como una cucaracha aplastada, un crac del alma que llegó a escuchar por dentro. Tras una semana en un centro clandestino en Ecuador, donde la tortura en esa época era parte del tratamiento de la oposición política, María fue liberada y pasó el resto de su vida dando vueltas por países y varias vidas, sin encontrar la suya propia.

Todas estas historias me acompañan cuando escucho a Guillermo, un militante entonces del M-19, exiliado desde hace décadas. Era campeón de lucha libre de Colombia, estaba en el equipo olímpico. Eso no le salvó de sufrir el horror profundo. Guillermo aguantaba los golpes y golpes que le llovieron durante su detención. Era fuerte y estaba preparado para la lucha. De repente, alguien lo agarró de una forma que solo una persona sabía hacerlo. La llave de lucha libre la había practicado con un amigo suyo, que era un teniente del Ejército. La misma llave esa noche lo dejó helado. Era su compañero.

La tortura es una violación invisible en Colombia. Como si fuera una historia lejana del Estatuto de Seguridad de los años ochenta, cuando era generalizada en los detenidos por causas políticas, como si fuese algo desligado de la guerra. La tortura a veces es banalizada, como parte de lo que se considera habitual en esos casos. En ese tiempo se daba por descontada. Y estas y otras personas supervivientes nos enseñan tanto de la intencionalidad del terror como de su resistencia que venció al miedo y al odio. Siento que hay una historia no solo de muchas personas individuales sometidas a ese horror inaceptable, sino de un trauma colectivo de un país que trataba de cambiar, y que contribuyó a todo lo que vino después.

| Cicatrices y oportunidades

Varios de los hombres que comparten su experiencia aquí, un día de sol repartido entre el amanecer de Bogotá y la tarde de Madrid, fueron triturados por la tortura. Esa época del llamado estatuto de seguridad del presidente de Turbay Ayala. Algunos quedaron estériles, después de la tortura para quebrar su resistencia y su identidad sexual. Casi 50 años y apenas se saben cosas de todo eso.

En estos tiempos, nada se parece al nombre que tiene. En este mundo, bajo el título de la seguridad, se atropellan libertades y vidas, y se envenena la conciencia colectiva. El discurso de la seguridad convierte a los mexicanos u hondureños en terroristas en la frontera del muro de Estados Unidos, o en sospechosos a los inmigrantes y refugiados en tantos lugares de Europa. La política de las barreras. No son tiempos para la bienvenida.

Los derechos humanos se ven entonces como una opinión más, sometida a controversia, y no en una conquista de los pueblos, como señala la declaración universal de los derechos humanos aprobada en 1948, después del horror de la segunda guerra mundial. Casi 70 años, y tantas luchas después, a veces todo parece que vuelve a la primera casilla. Estos tiempos de conquistas frágiles tienden a empeorar. A la tortura se le llama apremio. Y se relativiza su horror. Recuerdo que empecé a trabajar en derechos humanos por el dolor que me daba la tortura cuando estudiaba medicina. Apenas había un equipo médico de Amnistía Internacional, otro en Dinamarca y otros pequeños grupos en América Latina y el exilio, que trabajaban para revertir los traumas que ella traía. Hace 40 años. Buscábamos las pruebas de los golpes, de la asfixia, de la electricidad en la piel. Después, en el alma.

– Esas otras cicatrices invisibles –dice Ernestina, que vivió en una época mucho más cercana, la tortura y violación sexual por parte de paramilitares. Hace 14 años, los mismos que hace que está desplazada.

La historia de Colombia está llena de oportunidades perdidas y de violencias repetidas.

| El pensamiento crítico como objetivo

Los estudiantes son otro colectivo colombiano que uno encuentra por el mundo. Muchos salieron a estudiar porque la enseñanza en Colombia es muy cara. Salvo que encuentres plaza en una universidad pública, siempre con mayores recortes de presupuesto, la educación superior tiene precios con los que puedes estudiar y vivir, por ejemplo en Argentina. Pero también hay estudiantes que tuvieron que salir corriendo, precisamente por empeñarse en estudiar cuestiones sociales en temas críticos, que juntan lo académico con la vida. O sea, como tendría que ser. Ese es un colectivo desconocido. Uno los encuentra de Nicaragua, últimamente, exiliados en Costa Rica. Pero hay muchos colombianos en Sudamérica o Centroamérica que vivieron esa persecución del pensamiento. Ella estudiaba precisamente el desplazamiento forzado, antes de tener que desplazarse y exiliarse.

A finales de 2007 e inicios de 2008, hubo una larga huelga de 5 meses en las universidades públicas. Estudiantes de universidades públicas fueron después judicializados como colaboradores de la guerrilla, y las universidades empezaron a ser atacadas por grupos paramilitares. La directora del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) salió entonces a extender la sospecha sobre opositores políticos y estudiantes, pero poco tiempo después se demostró que los perseguía y tuvo que dimitir. El poder del espionaje ha tenido en Colombia un triste récord en ese DAS que persiguió y espió a medio mundo, desde la Corte Suprema de Justicia a defensores de derechos humanos. Ahora sé que también a estos estudiantes que tuvieron que salir al exilio. Los recorridos que te llevan a la frontera dependen de si tienes plata o si estás en alguna lista, o si te bloquea el miedo.

Si hiciéramos un mapa de estos trayectos en Colombia saldría una red inmensa de trazos quebrados. Nada en el desplazamiento interno o exilio es en general una línea recta. Podrían ser esas figuras de las constelaciones en el cielo, multiplicadas en todas esas estrellas, pero esta vez en la tierra.

| Choques culturales

El choque cultural no es que dos culturas andan peleadas, sino que tú andas entre la que traes, de donde eres, y a la que llegas, de donde puedes ser. Las maneras en que estas cosas pasan por el migrante forzado por la guerra o el exiliado, están marcadas por la violencia sufrida, pero también por otras circunstancias de la vida, edad, experiencia, y el contexto en el que se da la huida y la llegada. Entre otras pocas cosas más, el impacto depende de las diferencias culturales, del estatus social con el que llegas o del que bajas, y los prejuicios contra los migrantes o su cultura.

La cultura es ese agua en la que nadamos en la vida sin darnos cuenta. Todo parece natural. Pero cuando te toca cruzar un país o un mundo, la comida cambia, el vestido, el lenguaje, las reglas implícitas, la regulación del tiempo, la sociabilidad con los otros, las diferencias de género. Como decía un líder bosquimano del Kalahari: todos somos iguales, pero a la vez somos diferentes. Esas diferencias son un choque de tren a veces, cuando tienes que huir de tu tierra. Como dice mi amigo Hernando Valencia, el exilio es no solo un destierro, es también un destiempo.

El choque cultural existe siempre, pero el impacto no es igual cuando a las diferencias se suma la discriminación, y acumulas formas de ella. La de ser mujer, la de ser negra, la de ser pobre, junto a la de ser exiliada. En este barrio de Antofagasta, en esta comuna de Chile, en esta zona de Madrid, conviven estos choques que hablan de las desigualdades del mundo. Mientras los países del norte tratan de limitar la llegada de refugiados, o empeoran los índices de intolerancia o xenofobia, en el sur, las nuevas migraciones desplazan a las anteriores de los focos informativos o de los puestos de trabajo que abaratan la mano de obra y aumentan de nuevo las expresiones de racismo. Lo que un día los españoles emigrantes sufrieron en Suiza, lo ejercen contra los inmigrantes africanos. Lo que los colombianos sufrieron al tener que salir de forma forzada de sus propias vidas, y la discriminación que vino con ello, se reproduce fácilmente con los migrantes venezolanos este 2019. Cada vez, la escalada social se reproduce, cuando alguien sube un peldaño, hay otro que viene debajo. Y pronto, a los que subimos un poco, se nos olvida.

| Cuatro formas y dos cosas

Cuando te toca integrarte en otra sociedad, en otra cultura diferente, tienes varias posibilidades que tantas veces tú no buscas, ellas te elijen. Te integras una parte y mantienes tu cultura de origen. Te haces así un híbrido de aquí y de allá. Y a veces, los de un país te consideran del otro, y viceversa. Otra gente trata de quedarse segregada, mantiene la cultura de origen y no se deja tocar por la de acogida mas que para lo que haga falta. Vive así en el círculo de colombianos y colombianas, una especie de barrio chino latino sin territorio.

Otras personas, dejan atrás o echan pestes de Colombia y su cultura, y se asimilan al país que lo acoge o donde llegan. Se hace gringas, argentinas o suiza. A veces, el conflicto armado, el dolor que uno carga o el odio a los que lo hicieron, lleva a renegar de todo, no se quiere saber nada, ni de donde se viene ni tampoco a donde llega, se entra en el círculo de la exclusión social o se genera su nueva subcultura marginal.

Estas cuatro formas de manejar el choque cultural fueron descritas por un estudioso canadiense que se llama Berry, y son espejos en los que podemos mirar nuestras experiencias del exilio. Para los que no tuvimos que huir, son formas de entender la vivencia de otras y otros. Del choque de mundos, también pueden nacer nuevas identidades, aprendizajes compartidos y formas de crecer.

En muchos talleres donde hablamos del exilio, la gente que tuvo que huir reivindica las cosas aprendidas como una lección para Colombia. No hay solo pérdida, también hay crecimiento. Las dos cosas conviven tantas veces.

| San Andrés

Cinco años de vida, y no poder hacer nada. Mientras el hijo mira, la madre es violada. Las palabras así dichas parece que imponen a la víctima una marca indeleble. Pero esa marca no es solo el hecho, sino sobre todo la respuesta social que viene después. A las mujeres se las culpabiliza siempre, en una especie de retórica injusta y nefasta de tantos países y culturas, que parece una imposición más de los violadores que una respuesta frente al horror. Como si el cuerpo de la mujer fuese colectivo, y su violación una responsabilidad de ella y no del perpetrador. Cansa siempre la misma horrible y sexista cantinela. Hoy, esa historia se traduce en lo que a ella le tocó pasar. Maltrato de su marido y ostracismo social.

– Mejor de esto no hablo con nadie, porque la gente no entiende.

Los golpes también le sacaron la mandíbula, y las heridas aún tienen su cicatriz en el cuerpo que te gritan que sí pasó. Las invisibles te lo recuerdan a cada rato. En San Andrés, las playas atraen a turistas del país y el mundo. También hay población desplazada de Colombia. Digo de Colombia, porque, aunque estas islas se reivindican como parte del país y siguen en el mapa, la población desplazada de otros lugares tiene aquí el trato de inmigrante o exiliada. Ella tiene permiso de estancia, pero no de trabajo, ni permanente ni temporal, además, tampoco puede inscribirse en el registro de actividades mercantiles. O sea, no puede poner un negocio. Muchas de las víctimas que llegaron del continente tienen aquí una situación ilegal. Trabajan para vivir, como cualquier hijo de vecino, pero su trabajo es subterráneo y no tienen vecindad en sus papeles. La protección del estatus de las islas y de la población raizal, negra y su lengua que ha sufrido discriminación y racismo es clave. Pero madre e hijo son parte de otras muchas víctimas que aquí buscan hacer su vida. Las reuniones son frente al mar o en la calle peatonal, donde pasean los turistas de otros mundos, ahí nomás.

| Un camino de vuelta

Los puntos en donde se empieza a trabajar importan. Como cuando se trata de calentar un alimento, no es igual empezar de la temperatura ambiente de Cali o comenzar de 5 bajo cero. Lo mismo pasa cuando se trata de hacer un trabajo con las víctimas. La temperatura en estos casos es la confianza, que es directamente proporcional a las relaciones significativas que puedan establecerse.

El exilio te da dos cosas que pueden parecer contradictorias. Te da la seguridad de la distancia, con la que puedes hablar más abiertamente que cuando estás en el país en medio del miedo. Pero, por otra parte, la distancia te limita las relaciones significativas entre aquí y allá, en las que se basa la confianza, y te da también una perspectiva más crítica. Esas dos cosas te bajan el termómetro a bajo cero. El exilio es un tipo de invierno.

Los viajes entre países y víctimas, de aquí para allá, te llevan a ser sensible a estas diferencias de temperatura. El trabajo de la Comisión se basa en generar relaciones significativas en las que la gente pueda recobrar la confianza. Eso conlleva mucha energía. La energía hay que ponerla a caminar desde que miras a la gente a los ojos. La motivación común es escuchar las voces de quienes siempre han sido invisibles en Colombia, y las razones por las que tuvieron que huir. Escuchar y entender son dos verbos con los que tratamos de crecer. Aprendí de los indígenas mayas de Guatemala, que los caminos son de ida y vuelta. Si vas a preguntar es porque vas a hacer. Si vas a enseñar, es porque vas a aprender. Después de cada viaje a cada país, de cada encuentro en el exilio, hay siempre un compromiso. Tal vez para el exilio sea también una tarea, y lo que hacemos al documentar los casos, al compartir las voces, al recoger las demandas, sea un modo de reencontrar el camino de vuelta.

| El retorno y un banco

El retorno es un lugar a la vez mito y tarea. En realidad, el retorno es siempre un nuevo desplazamiento. Toca empezarlo todo de nuevo. En la experiencia de otros refugiados, cuando la gente ha estado fuera de su país más de tres años, o ha tenido hijos que crecieron lejos y se fueron haciendo de otra tierra, la perspectiva de volver es más difícil, genera siempre nuevos conflictos familiares y también con uno mismo. Quienes retornan no son los mismos que se fueron. Y los que se quedaron, tampoco. El país cambió y también nosotros.

– Yo regresé a mi pueblo después de veinte años y soy un desconocido. Llegué a mi calle, a mi barrio, y ya no existe ni ninguna persona conocida. No tengo ni un solo amigo. Mi papá y mi mamá murieron –dice Miguel.

La vuelta es un nuevo proceso activo al que toca adaptarse con lo aprendido. En Colombia el desplazamiento y el retorno, han sido vistos más como un problema de ayuda humanitaria que de derechos humanos. Y el retorno, cuando tuviste que huir para defender la vida, debería ser un camino para recuperar tus derechos. Necesita una política que los reconozca. Qué pasó con la tierra que tuviste que dejar. Con tu casa. Con el trabajo.

Hace años, un grupo de exiliados, entre ellos Miguel, plantearon una propuesta novedosa para financiar y apoyar el retorno. Cuando le tocó volver, vino con la propuesta bajo el brazo:

– En Colombia entran 5 mil millones de dólares anuales por las remesas de migrantes y exiliados. ¿Por qué no crear el Banco del Migrante? Se trataría de un banco mixto en el que 50% fueran acciones del Estado y el otro 50% de los migrantes, para que fuéramos dueños de nuestra propia riqueza. En nuestros cálculos, la banca se queda con el 8% del dinero enviado. Eso serían unos 400 millones de dólares al año, con eso se pueden financiar políticas para el retorno. Pero los banqueros se opusieron.

Yo no entiendo de economía, pero la propuesta no solo suena bien, sino que también sueña bien. En lugar de ver el retorno como una cuestión individual de cientos de miles y miles de personas, sería una forma de convertirlo, por fin, en un problema colectivo.

| Contar para reconstruir

Esto no se puede ni contar, ni hablar con confianza, si no es con alguien que, además de que te entienda, mantenga la confidencialidad. Necesitas decirle las cosas, si no para qué vas. A veces te sientes devastado, te sientes solo.

Así refiere un exiliado colombiano en México la necesidad de atención psicosocial. En realidad, lo mismo he escuchado muchas veces de las víctimas que están en Colombia. Cuando has tenido que huir a otro país, además la nostalgia y el sentimiento de pérdida lo invaden todo. Y a diferencia de otros exilios, a los colombianos les toca enfrentar el estigma del narcotráfico. Mientras otros son vistos con simpatía cuando huyen de regímenes o situaciones que violan los derechos humanos, en el caso de los colombianos y colombianas, los estigmas les señalan al llegar.

En los años de la dictadura chilena, los terapeutas utilizaron la terapia del testimonio. En la consulta psicológica, las víctimas podían hablar con la confianza de quien entiende y mantiene el secreto. El testimonio ayudaba a juntar los pedacitos de tanta memoria y experiencia rota. Además, el terapeuta validaba lo que la víctima había vivido, en un contexto en el que socialmente no se podía hablar de eso. Cuando las cosas no se pueden hablar, dejan socialmente de existir. Hace 40 años que el testimonio funcionaba en Chile como una terapia social. La víctima guardaba su documento, que además podía servir para poner una denuncia, dentro o fuera del país. A esos pequeños trazos de verdad, se fueron sumando otros, y otros y otros.

La verdad puede ser terapéutica cuando quien está al otro lado sabe escuchar y sobre todo cuando para la víctima tiene sentido. Como me enseñó Fabiola Lalinde, cuyo hijo Luis Fernando fue desaparecido por una patrulla militar en 1986, el sentido habita a veces en que otras madres no pasen por lo mismo y transformar el sufrimiento en un tipo de lucha para que tanto dolor no sea inútil.

| 43 desaparecidos

– Él es mi hijo y yo soy la mamá, lo de nosotros no fue planeado. Creo que ninguno de nosotros estamos aquí por planeación, que quisiéramos venir a vivir acá a Suecia para tener una vida mejor. No. Fue una desesperación lo que nos trajo aquí.

Eloina tuvo seis hijos. Pero también crio tres más huérfanos. En total nueve. Además, cuidó de los marranitos, la yuca y el plátano, una vida bien, con la increíble capacidad y amor de las mujeres campesinas. No había luz en Pueblo Bello en esa época, tampoco televisión, estamos en 1990. La guerrilla del EPL se llevó 42 vacas de Fidel Castaño, él organizó un operativo para llevarse del pueblo 42 hombres, un mes después. Por el camino, pasaba un camión de fruta, y quien lo conducía fue el 43. También quemaron casas y negocios. Varios desaparecidos fueron arrancados de la Iglesia Evangélica, porque estaban en el culto de ese domingo en la noche. Esos paramilitares se llamaban “Los tangueros”. Más nombres. Por el camino de ida y de vuelta, los camiones en los que se llevaron a la gente pasaron por delante del destacamento militar. Los detalles están en la sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos que condenó a Colombia por este caso. En otros casos del exilio, uno cambia aún nombres y lugares por la prevención o el miedo.

Cuando los familiares llegaron a la base militar de San Pedro, a 40 minutos de Pueblo Bello, un teniente les dio la respuesta: “¿Ustedes qué buscan? Lo que hicieron fue cambiar gente por ganado”.

Gente por ganado. Gente por ganado. Puedes escuchar esa respuesta, que queda como un eco en silencio. Cuando Eloína habla de la búsqueda incesante de sus seres queridos, repite una historia siempre diferente de los familiares, pero que tiene una cosa que todas las veces es igual, la búsqueda:

– Nosotros, desde entonces, no queremos más sentarnos.

| Política

– Mi caso es político –señala nada más empezar.

Lo que sigue es un pedazo de la historia de la Unión Patriótica (UP). Esa coalición que se creó en un anterior proceso de paz con las FARC, fallido estrepositosamente hace tres décadas, que conllevó más de 6.000 muertos, desaparecidos y víctimas de tortura, o amenazas entre otras modalidades de atrocidades planificadas y cometidas durante años.

Su compañera era ser del partido comunista y cercana a Pardo Leal, candidato presidencial después asesinado, y no le quedaba otra que irse para el exilio o la guerrilla. Se fue para la segunda y cinco años después se fue para el primero. La familia estuvo huyendo de pueblo en ciudad, hasta llegar a Bogotá. Aparte de poder perderte entre la gente, también de ahí salen los aviones. Ella había quedado exhausta después de aquella experiencia, huyó del país y se salió de todo. En el exilio, las relaciones políticas y afectivas, a veces se estrechan y otras sueltan amarras.

Estamos en Suecia. La asociación Pardo Leal, fue considerada por el gobierno colombiano de esos tiempos una base de las FARC. Y la radio Café Estéreo, un pedazo de lo mismo. Una prolongación del idéntico estigma que te persigue a donde vas. No hay exilio que proteja de eso. Pero antes de salir, sufrió un intento de ser captado como espía, le ofrecieron 1.000 dólares al mes por informar. Hay veces que cuando te dan dinero, el precio lo pagas tú, así que rechazó el ofrecimiento. Tiene dos convicciones esta tarde:

– Tengo mis ideas políticas y aquí tomé más consciencia de que Colombia necesita gente con ideas, que aprenda de política, para que comprenda bien el problema histórico de la violencia. Aunque a mí los derechos como tal, para vivir, para ser colombiano, me los han castrado.

| Duelo de mujer

Los duelos estiran las relaciones afectivas, a veces hasta romperse. Los padres que perdieron un hijo tienen más posibilidades de separarse que los que no han vivido ese dolor profundo. A veces, el dolor es compartido y te lleva a dar más abrazos. Otras, los ritmos de cada quien, los silencios o las necesidades propias se interponen en el camino, y se hace duro seguir juntos. Como una forma de duelo, que lo es, el exilio conlleva muchas pérdidas y, a veces, las relaciones afectivas no aguantan tantas tensiones. También pueden aumentar los conflictos. Las pérdidas generan tensiones en los espacios más íntimos.

En otros casos, las rupturas se dieron antes de salir, con la muerte que trae la guerra implacable. Con Soraya, el duelo viene con su renuncia:

– Cuando le matan a él, yo dejé de ser mujer para ser madre. Desde entonces, me dedico a mis hijos.

Los duelos se elaboran o se aprenden a vivir. También como dolores crónicos que molestan a veces o mientras tanto. Cuando escucho a Soraya, pienso en ese duelo, y en lo que le dice su compañera aquí al lado:

– Si hay vida siempre hay tiempo.

| Nombrar lo intolerable

Ella repite esta mañana que le duele mucho escuchar a las demás, aunque no lo ha vivido:

–Yo no soy víctima, pero me duele el alma escucharlas.

Antes de salir de Colombia, no tenía dinero casi para vivir, menos para estudiar, pero decidió no tomárselo en serio y en todo lo que era gratis ella se metía a estudiar. Jardinería o contabilidad, qué más da cuando el interés es crecer hacia todos los lados. Así, no sabe cómo, un día resultó en un Diplomado de Derecho Internacional Humanitario. Ahí no solo estudió, sino que se empapó. Después, salió de Colombia con una mano amiga que diosito le mandó, y que la invitó a tener otra vida.

Con el cuerpo empapado todavía, está aquí. La Comisión de la Verdad no puede centrarse en esclarecer los casos de migrantes por otras causas no ligadas al conflicto armado, aunque las violaciones de derechos económicos y sociales están en la base de muchas de ellas. Sin embargo, la reconstrucción del tejido social pasa también por esta sensibilidad, porque la convivencia no es solo con las víctimas o responsables, también es con esa otra parte de la sociedad que somos todos.

Cuando estoy con ella, recuerdo las reuniones con los familiares de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa, en México. En muchas de ellas escuchamos a los familiares decir a los funcionarios y autoridades: “Pónganse en nuestro lugar, piensen que es un hijo suyo”. Sin esa empatía no se va a movilizar la energía para transformar la situación, buscar a los desaparecidos y transformar el presente de violencia en Colombia, que algunos se empeñan en que no sea distinto. También hoy en México, cuando se cumplen cinco años de esa herida abierta de Ayotzinapa, la empatía nos sigue convocando a acompañar a los familiares y a demostrar que la impunidad no es el futuro.

| Los zapatos del otro

Ponemos las reglas en este taller con el exilio colombiano en Canadá. Las reglas son lo que cada quien cree que es importante, y no se lo plantea a los otros, es su aporte al proceso. Así, ponemos esa ofrenda en el fuego compartido, que es la imagen de los nativos que habitaban estas tierras antes de que Canadá existiera, con la que empezamos este encuentro.

Aquí está el profe Gustavo, como lo conoce todo el mundo en Colombia por su larga caminata que transmitió al país un mensaje de paz y resistencia cuando su hijo, soldado del ejército, estaba secuestrado por las FARC. Su marcha se constituyó en una voz andante que convocaba a miles y pedía un acuerdo humanitario. Hoy dice que la imagen del fuego puede ser dos cosas, algo que se va consumiendo o algo que da luz y calor. Todos nos apuntamos a la segunda metáfora y vamos aportando en nuestra presentación algo para que la primera no se extinga.

Las ofrendas incluyen la escucha y la empatía, la comprensión y la compasión. Con esos leños estoy seguro de que la cosa va adelante. Juan señala la importancia de esa metáfora, la de ponerte en los zapatos del otro. A veces los zapatos del otro no te quedan bien, son pequeños o grandes o no son los que te gustan. Pero desde ahí puedes ver otra realidad y sentirla, en parte, como tuya. La metáfora no tiene que ver con lo que lleves puesto, es también para los pies descalzos.

Por fin, Mateo tiene una de esas reflexiones que valen todo lo que pesan. La levedad del alma entre las manos:

– De pequeños, aprendemos a hablar en tres años. A veces varios idiomas. Pero nos pasamos la vida aprendiendo a escuchar.

| Medidas del tiempo

Hace años en Urabá, el cura Tarsicio me enseñó que el tiempo de camino en el campo se medía a bocanadas, en cigarrillos. En las condiciones más duras, la gente es más hospitalaria. Por ejemplo, mis amigos beduinos del desierto cuando llega un caminante le abren las puertas de su jaima y les invitan a tres té: uno amargo como la vida, otro dulce como el amor y uno suave como la muerte. Además, te regalan lo que no tienen y te comparten leche de camella o cuscús, lo que haya para comer.

En este caso, además de compartir una buena charla, también la solidaridad alcanza, con informaciones bien precisas, a los deseos de un buen viaje.

– ¿Cuánto queda para la carretera hacia Chigorodó?

– Póngale que le quedan cuatro cigarros.

Un tiempo que se toma así mismo, sin prisa.

Hoy aquí, encuentro otras medidas. Cuando hacemos la presentación de los participantes, dos Jorges toman la palabra.

– Soy Jorge y llevo aquí 31 años, sigo siendo todavía ciudadano colombiano.

Hay en esas palabras una afirmación que resiste a algo que te quieren quitar.

Por su parte, el otro Jorge tiene otra medida del tiempo, que en estos lares pasa también despacio.

– Me llamo Jorge y llevo aquí 32 inviernos.

| El tiempo de las 7

Todas las formas de represión política se basan en el control del tiempo. El tiempo es administrado en la cárcel y en una dictadura se convierte en una realidad que no te deja vivir otra vida. Un tipo de imposición de que esa es la realidad y que no te queda otra que adaptarte.

El tiempo del pasado atrapa a las víctimas en un control del victimario sobre su vida, que no les deja vivir el suyo propio. Lo único que entiendo del concepto de perdón es el de la víctima que decide cortar ese lazo que le ata al poder que el perpetrador tuvo sobre ella, y hasta de su identidad de víctima, y puede vivir su propio tiempo. Con todo lo que eso signifique.

Salimos de un ejercicio en laboratorio de escucha de la Universidad en Montreal, media hora escuchando voces de testimonios que contaban una historia que habían vivido: encerrados en una casa, esperando un ataque, madre e hija. Escuchar sin ver, te da otro tipo de presencia distinta. Tal vez los mejores “escuchahistorias” sean los ciegos. La desesperación de la noche y la amenaza que habita en los ruidos. Un tiempo que se alarga y que no tiene fin. Cuando el miedo atrapa, no hay nada imposible, como esa convicción de que no va a amanecer.

Cuando, después de escuchar, compartimos con una arepa que nos acompaña, nuestros sentires con estos exiliados y exiliadas compañeros de escucha, cada quien no vuelve al ejercicio, vuelve a su vida. Sheila trabaja, investiga, acompaña y aprende con los pueblos ancestrales de Canadá y Colombia. Camina así por un puente de sabidurías que vienen de lejos y de amenazas. Cuando hablamos del sentido de este trabajo de la Comisión, vuelve a sus experiencias, cuenta que los indígenas de América del Norte, antes de tomar una decisión importante, piensan en siete generaciones que seguirán.

Parece un número preciso o mítico, pero nos habla no solo del futuro sino de gente concreta que estará aquí, cuando nosotros ya no estemos. Pienso en los políticos que se creen dueños del tiempo. Que lo administran y definen la única realidad posible como la que ellos crean. La Comisión de la Verdad tiene solo dos años y un mes más de trabajo. Pero el tiempo de los indígenas nos enseña para lo que trabajamos, para las próximas siete.

| La segunda que es primera

La segunda generación, los hijos e hijas del exilio, es también a la que le tocó por primera vez vivir aquí.

– Uno empieza a vivir, a crecer aquí, a buscar como una tranquilidad de una historia que no conoces, pero de la que vienes. Para mi madre era un dolor, porque ella pasó todo el proceso de desaparición de mi padre.

Algunos hijos e hijas que crecieron en el exilio, aprendieron de sus padres. Esas formas de dar sentido a algo que no lo tiene, pasan también por las experiencias de personas significativas para cada uno de nosotros. El exilio es un tiempo de balances, entre lo perdido, lo dejado, lo aprendido, lo por hacer.

– Cuando llegué a Suecia, pensé en seguir esa tónica de trabajar por los derechos humanos, no tal vez como lo hizo mi padre desde el nivel político, sino a través de organizaciones, haciendo trabajos de defensa de derechos humanos en otros países y creo que esa es la forma de la segunda generación de poder decir: “Valió la pena, porque pudo cambiar la mentalidad de mucha gente, y también la mía”.

Julio llegó a Suecia solo con su padre, y el refugio les empujó a un abrazo que no habían compartido durante tantos años de desplazamiento y fatigas. El de padre e hijo.

| Idiomas y medidas

La relación con la lengua tiene ires y venires, y tiempos decisivos. El lenguaje es una forma de presencia y de identidad. También tiene tantas veces que ver con el dolor o el miedo. Por ejemplo, el silencio es una forma de protegerse de lo que te amenaza o de lo que no puedes asimilar. También es una imposición del terror: si hablas, te mato. O como dicen aquí: si habla, se muere. Como si esa muerte fuera culpa de un efecto tóxico de las palabras y no de la intención de silenciar del victimario. Hay otro silencio que es una forma de diálogo interno. A veces, ese calma. Otras, el silencio trama los siguientes pasos. La palabra en cambio es una ventana abierta. En los testimonios del exilio, la palabra vuelve a lo vivido para contarlo de otra manera. Y vuelve a la lengua en la que viviste los hechos, aunque lleves 30 años en Noruega o Canadá. La lengua se llama materna, tal vez no solo porque se transmite como la leche del pecho de la madre, sino porque es un territorio en el que sientes ese lazo con la vida.

Los susurros de esa noche escondidas en un casa de madera. El pensamiento interno, te habla de que la madera es muy fina y las balas pueden traspasarla. Casi no puedes hablar porque las palabras pueden ser entonces un tipo de ruido que llame la atención. Cuando, esta tarde, la hija toma la palabra, se pasa al francés, que no es su lengua materna pero es con la que empezó a socializarse con los otros en este país. Hay algunos exiliados que no quisieron que sus hijos o hijas aprendieran su lengua, esa es una medida que muestra el tamaño de la herida, de la cantidad de tierra que quisieron poner por medio frente a ese dolor y desprecio.

Esa muchacha habla el idioma del país de acogida. Aunque recordaba aquella larga noche encerradas en su casa en Putumayo, ésta era su protección y su amenaza. Ahora, cuando conversa de cuando llegaron a Canadá, termina su testimonio hablando de “la maison”. La casa en francés. La medida de lo que significa la protección del refugio.

| Es posible

– Cuando yo llegué a este país, dije: “Es posible”. Es posible vivir con los recursos, con las necesidades básicas completas en una sociedad, es posible.

Nelly reflexiona sobre la soberanía. No es la del país y sus fronteras defendidas a capa y espada. Es la que da de comer y respeta los derechos de su pueblo. Dice que comparando la riqueza, Noruega es más pobre que Colombia que tiene tantos recursos naturales. Y sin embargo es posible vivir, tener derecho a la escuela y a un hogar.

El contraste de las vidas a veces te da la proporción de la injusticia. Otras, es un ejemplo que te estimula. Luis Eduardo, líder de la comunidad de San José Apartadó, tomó la palabra en la evaluación de un taller sobre experiencias de resistencia civil en medio de la guerra en 1998, para decir que le había parecido muy importante porque lo que ellos estaban tratando de hacer en San José, otra gente de las Comunidades de Población en Resistencia en Guatemala, con quienes yo había trabajado en los años finales de la guerra, ya lo habían hecho.

– Uno a veces piensa que está tal vez loco, que eso que estamos tratando de hacer no se puede, es imposible.

Luis Eduardo fue años después asesinado por una patrulla militar, junto con su familia, en un hecho atroz. No estaba loco, y aunque el dolor de su asesinato aún pone triste, su comunidad sigue resistiendo.

Nelly es matrona. Su trabajo ahora es ayudar a nacer niños y niñas todos los días.

– Cuando yo veo nacer un niño, digo: “Tienes suerte de nacer aquí, porque naciste con tu derecho de valor humano”.

El exilio le ha enseñado muchas cosas, por ejemplo que la comparación es también un aprendizaje de que eso es posible. También en Colombia.

| Tipos de salidas

– Mi salida de Colombia fue por una situación preventiva. Teníamos reflexiones ya acerca del exilio antes de mi salida, yo trabajaba en derechos humanos y en educación popular. En ese tiempo, muchas de las discusiones políticas eran quién tenía el mérito de salir al exilio, como para ser refugiado. Unas discusiones absurdas en medio de una guerra, sobre quien era más o menos amenazado.

Javier no calificaba para tanto mérito, pero los nubarrones estaban demasiado cerca. Él se fue a Suecia. Y no quiso pedir asilo. Se dedica desde entonces a atender a refugiados de 35 guerras que le han tocado. Duró en ese proceso de salir o no salir un par de años. Al final necesitó el empujón del Colectivo de Abogados, que le dijeron que se iba al exilio o iba a terminar en la cárcel o muerto. Pero antes, le tocó tres veces un exilio interno.

La historia del refugio está habitada de desplazamientos internos anteriores. La gente no sale en estampida. La evaluación del riesgo forma parte de la historia previa antes de salir. Como los refugiados en los campamentos de Chiapas, México, me contaron cuando preparábamos el retorno en 1993: “Los refugiados somos hijos del miedo, así defendimos la vida”.

De las 35 guerras que ha escuchado Javier a través de los testimonios y la consulta psicológica, la de Colombia es la que mejor conoce. Pero también los dolores cruzados. Paramilitares afectados por pesadillas que no les dejan dormir. Defensores de derechos humanos que denunciaron a las autoridades y tuvieron que salir. Hay mujeres que salieron con su vientre habitado:

– A mí también me tocó salir, hace seis años. Viví un año y pedacito en Ecuador por amenazas de la guerrilla, a la que había que pagarle una vacuna, digámosle así, entonces mi papá no tenía esa plata. Para asustarlo nos amenazaron a nosotras que, si no le pagaban, entonces nos sacaban a nosotros por los pies adelante. Tenía tan solo 19 semanas de embarazo.

En esta reunión, Eloísa hace un resumen esta mañana de lo que le pasó a ella señalando que en Colombia, para cuando te van a matar ya te has muerto varias veces.

| Arraigos y desarraigos

El exilio en una suma de pérdidas y a veces una multiplicación de identidades. En los relatos de la gente se acumulan ejemplos y reflexiones de cómo se pierde identidad. Ese algo en el que sientes lo que eres. La identidad tiene un componente personal y otro colectivo. Él es Pancho, tiene 45 años, es alegre y asmático. Pero también tiene un componente social. Es hermano de Juana, de Valledupar y pertenece a un colectivo comunitario y a un equipo de fútbol, y tiene convicciones sobre el mundo compartidas con otros. Estas dos identidades nos hacen ser lo que somos, incluyendo lo que queremos ser. La identidad social te da un arraigo con los otros, con tu país, con tu pertenencia. El sentido de ser parte de algo más amplio.

Ese algo es también la familia. 20 años sin verla, sin estar con las hermanas o los padres, es muy duro. Uno de los mayores factores de estrés en el refugio es la separación familiar crónica. La distancia te quita el afecto que se deja tocar todos los días, y que tanto necesitamos. Los hijos también crecen entre aquí y el allá. Afrontar ese desarraigo se basa en juntar esos pedazos.

Cuando hablamos de si el retorno es una opción, la mirada se queda a lo lejos. Por una parte, la evaluación de las condiciones de Colombia en las que la inseguridad en muchos territorios lo hace imposible, o la falta de políticas que acompañen. En Colombia, el retorno es visto como un problema individual, aunque la causa del exilio es política y social. Pero también pesan los afectos que se quedan.

– Mi familia se ha arraigado en Noruega, y ya pesa eso más que de pronto la posibilidad de volver, pero no significa que Colombia no siga siendo nuestro punto de referencia y vamos a seguir luchando por ella, desde que podamos.

El arraigo no es solo en la tierra en la que te quedás, sino la que quieres transformar.

| Para qué hacemos lo que hacemos

En este ejercicio de escucha hay cosas que pasaron después del exilio, tan traumáticas como antes. En algunos países, los refugiados colombianos fueron vigilados o incluso amenazados de nuevo, en periodos en los que la guerra se agudizaba en el país, o cuando algunas autoridades se aliaron con el paramilitarismo. O viceversa. Esos casos en los que no se sabe quién es quién. En relatos de víctimas en lugares tan distintos como Ecuador, Costa Rica, Bélgica, España o Canadá, se cruzan historias de estigma, amenazas y miedos en ciertas épocas, cuando se suponía que el país era seguro. Son ejemplos de cómo se extiende la guerra que no te deja en paz, y de que las fronteras o los mares no son suficiente barrera para el desprecio. Para acabar con eso hay que ir a la raíz, de donde nace todo, y transformarla por otra raíz, la de la paz y la equidad.

Otros son más duros todavía. A un profesor de la universidad de Santander lo deportaron, porque su abogado no se tomó en serio el trabajo de hacerlo bien. Muerte a los Secuestradores (MAS) lo había amenazado. La deportación lo devolvió a la boca del lobo.

– Mes y medio duró vivo allá. La viuda logré salvarla, ella está aquí, pero no quiere tener ningún contacto con nadie.

En otros casos duros que escuchamos en Londres, la persona exiliada quiso volver para retomar su trabajo y, tras la vuelta, fue asesinada. Hay familias que vivieron varios desplazamientos previos, muertos antes de salir, muertos al volver y, los sobrevivientes tuvieron dos exilios. Cuando escuchas historias así, tomas conciencia de la profundidad del dolor pero también de lo que significa la no-repetición, es decir, para qué hacemos lo que hacemos.

| Tres idiomas

Martha era muy buena abogada, aunque ese trabajo de defensa de la vida usando la palabra, le llevó a muchos escenarios peligrosos. Consejos de guerra en los que había que aguantar el tipo y el miedo. Visitas a territorios donde no sabes los ojos que te observan. Escuchar los dolores de las víctimas, de los familiares que vienen pidiendo ayuda.

Roberto Garretón, abogado de la Vicaría de solidaridad de Chile, fue uno de los que en la dictadura hizo más recursos de habeas corpus para buscar a los desaparecidos. Cuando hablaba con él de esa época, pensaba en la audacia y en la sensibilidad, en la fortaleza y en la necesidad de empezar siempre de nuevo, con la experiencia acumulada, pero también como si fuera la primera vez. Aunque ningún recurso de habeas corpus sirvió para encontrar a los desaparecidos, te preguntas qué es lo más digno que uno puede hacer siendo abogado en esas circunstancias. Ser como él. Los recursos que nunca sirvieron, un día fueron las pruebas para la detención de Pinochet. Sin ese trabajo de respeto y de lucha contra la impotencia, tantas cosas en América Latina no habrían sucedido.

A Martha le tocó ver colegas y amigos muertos, varios del comité de derechos humanos de Antioquia. Llegó ese momento en que no había otro camino que el exilio.

La palabra se le daba bien, pero aprender sueco ya es otra cosa. Está en un consejo de guerra, y tiene que hablar para defender al acusado. Y busca las palabras debajo de donde sea. El tribunal parece que no entiende. ¿Cómo está ahora en un consejo de guerra en Suecia? No sabe. Y por más que busca palabras, no le salen. Entonces va subiendo la impotencia, hasta que se despierta en medio del del sueño. Todo se basa en la palabra.

Le tocó evaluar las cosas con ese realismo que te da la perspectiva. En la clase de sueco iba rezagada, como esos ciclistas que en la carrera se van quedando cuando la cosa se pone cuesta arriba. Como no iba a poder tener un trabajo en su segundo idioma en el que la palabra fuera su herramienta, le tocó aprender un tercero.

– Estudié informática y fui la primera a la que emplearon en el municipio. A usted ya no la soltamos, me dijeron. Claro, ¡en sueco!

| Conversaciones de viaje

Participar en la Comisión de la Verdad supone para la gente hacer un viaje. Es un viaje dentro de otro, como el que esta mañana hacen en carro para llegar al taller. Los debates entre el asiento del conductor y del copiloto se alargan, durante 700 kilómetros. No es que se necesite tema de conversación, esa distancia no es casi nada para acercarse a esa experiencia del exilio de nuevo y poder hablarla.

– Es necesario sacar estas cosas y porque yo vengo de una región que es todavía la cuna del paramilitarismo, Montería.

Hay muchas historias como la que ellos comparten esta mañana de la persecución a estudiantes, profesores y sindicalistas que viven en otros países. Esta noche, después del viaje, mientras cenamos juntos, también hay tiempo para seguir el viaje. Lo que más le entristece a Juan no solo es el recuerdo de los compañeros asesinados. Entre 1996 y 2000, vio morir a mucha gente que se sentaba a su lado en la clase o en el sindicato. A pesar de que denunciaron todas esas muertes, no pasó nada. Cuando estaba ya en el exilio, escuchó sobre el atentado de las FARC contra el Club El Nogal, donde murieron 36 personas, y cerca de 200 fueron heridas. Su reflexión antes de dormir, es una para amanecer:

– Mira, todo eso lo decía yo. Cuántas muertes no se hubiesen evitado. Y es bien triste porque cada uno tiene su historia, tú tienes la tuya yo tengo la mía, y lo bueno en estos encuentros es poder decir, sacar un poco y que nuestra historia sea un granito de arena.

Hoy, cuando escucho tambores de guerra, pienso como Juan.

Las mujeres víctimas nos dicen al dar su testimonio que tienen miedo de hablar, pero también necesidad de expresarse y hablan. Los muchos silencios pueden convertirse en pequeñas voces de un rumor más grande que quiere la paz. Los niños y niñas víctimas de la guerra quieren otro futuro. No somos dueños del tiempo de las nuevas generaciones que llaman a la puerta.

| La resistencia de las mujeres

Escucha:

– Rescatar la capacidad de resistencia, de que somos capaces de empezar de cero. Nosotras somos cuatro mujeres y nos ha tocado siempre entre nosotras mismas ayudarnos, y estar ahí como hermanas y mamá. Del exilio hay muchas cosas que uno cree que jamás en la vida va a experimentar, y superar. Mi hermano va cumplir ocho años de muerto el 25 de julio y es un dolor que no pasa, no pasa, no va a parar creo que nunca, siempre que lo menciono, siempre que lo hablo, siempre tengo que llorar, siempre es el mismo dolor, o sea, la herida está ahí, está abierta, pero yo sé que soy más fuerte, sé que hemos aprendido mucho juntas, que nos hemos aprendido a querer mucho más como familia, a valorar mucho más los momentos de nosotras. Perderlo fue en el momento algo que nosotras creíamos que eso no le podía estar pasando a mi familia, porque es que era mi hermanito, el panadero, cómo podían matar al panadero que no había hecho nada, solamente trabajar.

Cuando le pregunto por esa resistencia, ella habla de las cosas que ha sacado del exilio:

– Claro sí, se sacan muchas cosas buenas del exilio porque es otro estilo de vida, he tenido la oportunidad de pertenecer a organizaciones, he conocido historias que te hacen ver que a mí no me pasó nada, que hay gente que, juemadre, cómo están ahí parados hablando y contando, y yo me digo, cómo pueden estar haciendo tantos trabajos en el exilio. José trabaja hasta media noche haciendo documentos, se levanta temprano, sigue, yo lo miro y yo veo a él, veo a Alfredo, veo a tanta gente en ese trabajo así como tan metido, a Gladys, día y noche, siempre en lo mismo. Se aprende a entender que no solamente es mi problema, mi tristeza y lo que yo perdí, sino la de todos, y si nos unimos, podemos hacer que las nuevas generaciones tengan una Colombia diferente. Y yo creo que esa es la lucha, porque algún día mi hijo vuelva, no sé, como turista, pero vuelva a una Colombia en paz.

| Poetas

En las reuniones en el exilio se alcanza también el arte y la poesía. Mi amigo César dice que la cantidad de poetas por metro cuadrado más grande está en la cárcel. La poesía te hace, tal vez, salir de donde estás.

Esta tarde, en uno de estos muchos talleres de escucha, donde empezamos a tejer los hilos de esta historia, José pide la palabra para terminar con un poema. Por hoy, le decimos. Y él se lanza al vacío, llenándonos a todos con la belleza. Fabiola es una maestra que estuvo en el exilio muchos años.

¿Qué es asilarse, mamá?

Has cumplido siete años, pasajero del plantea, sabes las razones de partida, te desvelaste, preguntabas sin llanto, viste los muertos, y escuchaste los relatos ¿qué pensaste? No lo sé, pero palideciste.

¿Qué es asilarse, mamá?

Estamos de nuevo en la protesta, vuelves a escuchar las canciones y el tecleo, el tecleo de mi máquina.

Pero ¿qué es asilarse, mamá?

Mira hacia la pared, no solo está el mapa de mi tierra, otro diferente lo acompaña, en medio el del mundo le hace trío.

Mamá, no me has dicho qué es asilarse.

Asilarse, hijo, es abrir espacio, continuar sin esquemas de caminos, ampliar tu mapa y apostar por el mañana, continuar viviendo con el orgullo de ayer, el coraje del presente, es abrir fronteras, por eso somos transfronterizos, sentir la alegría y la nostalgia, con tiempo, sin espacio.

Asilarse, hijo, es otro instante, elevar tus sentimientos y abrir el ángulo a 180 grados.

| Fracasos y esperanzas

La huida con unas pocas cosas en la mochila. Toca salir antes de que las cosas sean irremediables. Pienso en la distancia que hay entre que las cosas se pongan peor y en que sea demasiado tarde. Esa evaluación teje el 100% de los testimonios de los sobrevivientes. Casi no hay nada en la vida que sea 100%, salvo el embarazo o la vida misma, pero esto sí.

Para salir con la esperanza de la ayuda, le dieron una larga lista de nombres de los que ninguno responde. Nadie se acuerda de aquel que estuvo en el encuentro movimiento bolivariano y que es la referencia, aunque finalmente le ayudan, aún en medio de la desesperación, porque alguien siempre hace lo que puede. Un ciego en el parque es el contacto. Parece una broma, pero los ciegos también son uno de nosotros, por qué no va a ser él. El mensaje es que no se pueden quedar ya más aquí cerca de la frontera. Después, ya estamos en otro país. Entonces toca pasar un retén y otro retén, donde la extorsión es parte del salvoconducto.

La desesperación, el no tener para comer, el no tener donde dormir. La noche y el sueño que parece que sean sólo un lugar de desamparo. Cruzar un país entero y luego otro país. La sospecha de que eres colombiana y por lo tanto narcotraficante. El tiempo que va pasando, son ya tres meses cuando cruzas la última frontera. Estás en Argentina. Hay veces que las cosas no son lo que parecen. Con esos antecedentes, cualquiera que te dirá que eras miembro de la guerrilla, pero no has hecho nada más que apostarle a la paz del Caguán desde la sociedad civil. El fracaso de los procesos siempre trae su bola represiva. Cuando llegas por fin, tienes alguna respuesta a la doble pregunta que te has estado haciendo todo el tiempo: qué pasará con qué pasará conmigo.

Estamos en un nuevo proceso, un nuevo inicio de la esperanza, ella dice:

– Es el tercer proceso de paz al que le apuesto. Me tocó de muy joven la Constitución de 1991 y el proceso con el M19; después, el intento de El Caguán; ahora, este en el que estamos. Y las amenazas que quieren frustrarlo.

| Una cita con él

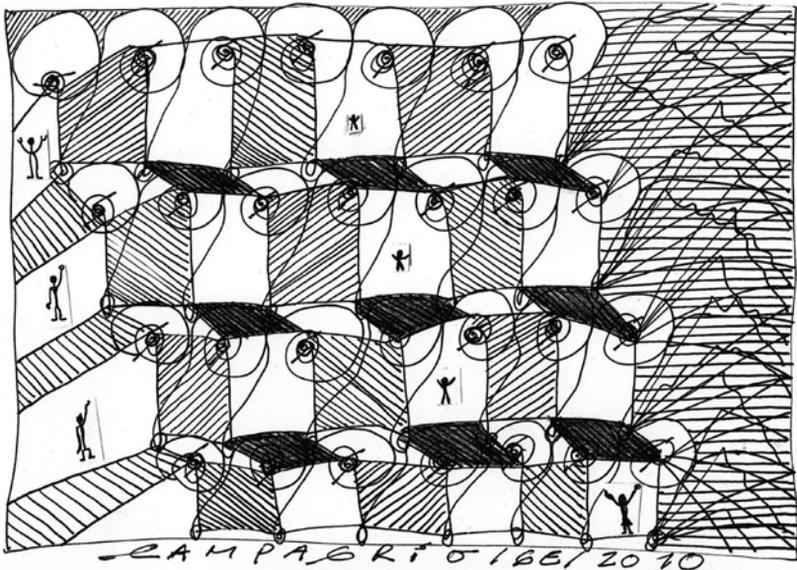
Hay días que estuvieron largo tiempo buscando el suyo. Hoy es uno de ellos en Guatemala. Es el juicio por la desaparición forzada de Marco Antonio Molina Theissen. O sea, también es Lucrecia, doña Emma la mamá, María Emma, Eugenia y toda la familia que conozco hace tiempo, y con la que compartí tantas veces el dolor de su ausencia y la lucha firme contra la impunidad de la desaparición forzada. Guatemala 1981, Marco Antonio tenía 14 años. Hoy vamos a volver a allá, y hacer el recorrido de los familiares desde entonces porque se abre el juicio público por el caso, después de tres décadas de impunidad. Me toca presentar un peritaje sobre el impacto psicosocial en la familia. Es el primer juicio por el caso de un niño desaparecido, un milagro que la familia ha hecho posible. No solo Dios puede, qué haríamos sin estos milagros de la gente.

En el banquillo, nombres siniestros, a estas alturas con cara de viejitos, pero con la misma determinación de ocultarlo todo, de no decir qué hicieron y dónde está Marco Antonio. Conocer eso aliviaría 30 años de sufrimiento. Hoy él tendría 50 años. Unos poquitos menos que yo, así para rebajarme la edad. Es un día esperado de esos que nunca sabes si serán posibles, bueno no es de esos porque este es único. Conozco algo de lo que estará pasando por sus corazones, como si un latido pudiera ser compartido. Todo lo que tal vez puedo hacer por Marco Antonio y la familia se reunió esta tarde en Guatemala, en un peritaje ante los jueces. Hay algo muy bello que habita este tiempo, es una cita con él.

La familia tuvo que huír al exilio del que solo ha regresado para el juicio. Estuvo dispuesta a no seguir con el juicio, si los responsables decían donde está Marco Antonio y qué hicieron con él, desaparecido como represalia porque su hermana que era miembro del partido comunista PGT, se había escapado después de ser detenida, sufrir violación y tortura. Otra guerra y otro país, pero las atrocidades lo son en cualquier parte.

La lucha por la verdad te muestra los dilemas de la justicia, y qué es lo más importante para los familiares de los desaparecidos. Pienso en la Jurisdicción Especial para la Paz y en la Unidad de Búsqueda de Personas desaparecidas en Colombia, y el camino para los próximos años. Quién estará dispuesto a decir la verdad de todos los marcoantonios de todas las edades de este país. En el enorme sufrimiento que cargan esas familias, en el nuevo delito que supone negarles un descanso.

También hay otros aprendizajes para nosotros. La familia tuvo que salir al exilio hace 30 años y desde ahí buscar la verdad y la justicia. Esos ejemplos que nos mueven en la vida.



| Tiempos

El tiempo de espera en el aeropuerto te da para ser muy observador. Después de estos tres días de taller de formación en Quito, con 40 personas de organizaciones, víctimas y universidades, el tiempo se detiene en esta fila de la migración en el aeropuerto, donde los anuncios se te meten por los ojos. Una red de hospitales en Estados Unidos. Una tarjeta de crédito que te da acceso a la felicidad. La nueva era de la explotación de la minería de cobre, que te muestra fotografías de una gallina, una niña en brazos de su padre y un cultivador de cacao, como puede verse todo tiene una enorme relación con la minería. Café de Ecuador entre las manos, una ropa que podría ser de Indiana Jones. Otro hospital de la lucha contra el cáncer en Miami, que parece un hotel de cinco estrellas. Todo al alcance de la mano.

Pero yo vengo con otras imágenes que me acompañan, y que me abrazan al salir. Las de toda esa gente colombiana a la que le tocó huir del país, y con la que estos días trabajamos buscando el sentido de la verdad, y haciéndolo piel, corazón y proyecto. Como en casi todos los sitios del mundo, después de la migra hay una gran tienda que se parece en todos los aeropuertos. Las marcas de perfumes, relojes, joyería, whisky como única patria del consumo. Como decía Lars, mi amigo sueco ingeniero aeronáutico, las tiendas deberían estar en el aeropuerto de llegada no en el de salida, porque así se consume más combustible con el peso de todo lo que, de todas formas, se puede comprar en cualquier lado. Disquisiciones de este tiempo en los aeropuertos. También hay una voz humana detrás del sello del pasaporte. El policía de migración me dice al devolvérmelo: vuelva pronto.

Así lo haré.

| E/A=S

– La visa sometida a contrato es esclavitud –dice María.

Hablamos de Chile, pero podría ser cualquier otro lugar. Las condiciones para el refugio o la estancia humanitaria o la visa para quedarse son cada vez más restrictivas en todos los países. Los nuevos gobiernos de esta época, ponen más limitaciones a la inmigración y el refugio. La violencia y la desigualdad expulsan a la gente, y a la vez el abrazo se hace más tacaño. La ecuación matemática de este tiempo es $E/A=S$. Es decir, más expulsión y menos acogida igual a más sufrimiento.

Además de este empeoramiento general, a los colombianos y colombianas hay países que, para darles estancia, les piden contrato de trabajo. O el contrato de alquiler de una casa. Cosas que no ocurren con otros. Esas formas de discriminación te hablan del estigma, esa una marca moral negativa que acompaña a las víctimas tantas veces. Eso que han escuchado: por algo será. Al dolor de las pérdidas se suma esa marca moral que les acusa. Cuando a la gente se le pregunta en una encuesta, frente a las víctimas en general se tiene una actitud positiva. Pero el comportamiento está lejos de lo que se dice: mejor que no estén aquí.

Después de estos meses de viajes, pienso en cómo te transforma lo que ves.

| Silencios entre generaciones

Las cosas que suceden en las familias son parte también de procesos colectivos. Hace tiempo, la Ruta Pacífica de las Mujeres en Colombia, inició un proyecto que se llamó una Comisión de Verdad de las Mujeres, de esos proyectos que hay que hacer cuando las cosas no se pueden hacer, para que en otro momento, más adelante, sean posibles. Empezamos a pensar ese proyecto con las compañeras de la Ruta de nueve regiones del país, cuando no se podía hablar de conflicto armado, y cuando el horizonte de la paz ni siquiera se veía a lo lejos. Sin embargo, esa red de mujeres fue capaz de tomar 1.000 testimonios, entre la confianza de las mujeres, incluso en el territorio del miedo. Cuando hicimos la presentación del informe La Verdad de las Mujeres, en 2013, entregamos un resumen de 100 páginas. Una de las mujeres víctimas que dio su testimonio y participó en todo el proceso, se lo llevó a su familia.

Cuando llegó a la casa, le dijo a sus hijos:

– Miren esto que me dieron en la calle, léanlo a ver qué les parece.

Al cabo de unos días, en un desayuno sus dos hijos le dijeron:

– Mamá, ¡todo eso ha pasado en este país!

Y lo que contaba ese libro le había pasado también a su madre. Historias que te dan una medida de la profundidad de los silencios, y también de la necesidad de comprender lo que llega hasta la siguiente generación.

Hoy, en un taller en Canadá, una de las jóvenes que asiste le dice a Arantxa:

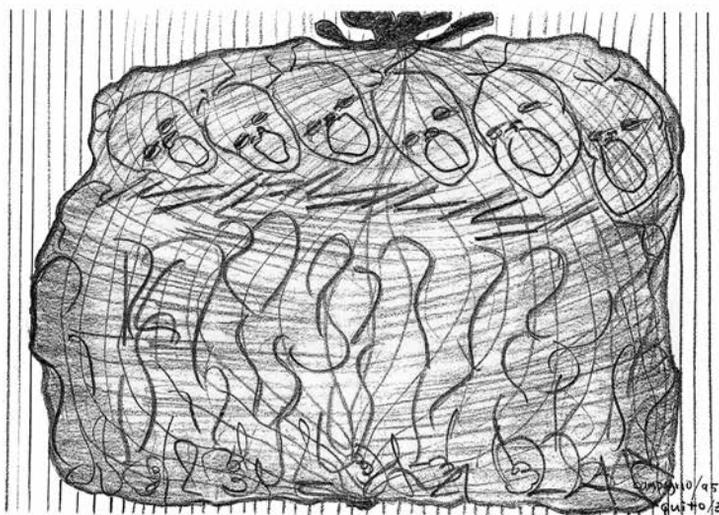
– Yo quiero estar para entender las cosas de las que me han hablado en casa, y también las que no me han contado.

| Pecho y balas

Lo que para otros es un tema político, o una discusión académica, para las víctimas es su vida y el sentido que puedan darle al dolor. El proceso de paz con las FARC dio un aliento a muchas víctimas y sobrevivientes, en territorios donde se empezaba a respirar de otra manera. Y el riesgo político actual, no es algo genérico, es un dolor de piel y corazón de nuevo.

Hoy es 20 de mayo de 2019, porque la historia tiene muchas fechas que nos recuerdan lo que estaba siendo antes de ser o poder ser.

– Esperanzados de que podamos volver a hacer un proceso. Pero no vemos garantías en Colombia, siguen asesinando a esos líderes que están intentando construir esa Colombia mejor. Nuestra preocupación es por nuestra gente que sigue poniéndole el pecho a las balas.



| Crisis de humanidad

Estos días preparamos a un equipo de documentadores para que tengan la capacidad de escuchar testimonios de tortura. La tortura tiene el objetivo no solo de buscar información o de obtener una confesión, también es un ataque a la identidad. Las investigaciones sobre el impacto de la tortura que llevaron a cabo amigos psiquiatras como Jorge Barudy en Chile o Marcelo Viñar en Uruguay, muestran que su objetivo es quebrar la resistencia y que la despersonalización es parte de los mecanismos con que se impone. No solo es el dolor intencional o el sufrimiento extremo, también la deshumanización. La tortura te lleva hasta el estado de objeto, que no tengas control de nada de ti mismo, de lo que dices o de tu silencio, ni de lo que puedes evitar ni de cómo protegerte, ni de los esfínteres. Te quita el poder sobre tu propia vida.

Muchas veces también te quita el nombre. En varias dictaduras y regímenes autoritarios que he conocido, a los detenidos se les trató de quitar hasta la identidad.

– De hoy en adelante eres un número. “Tú el 17. Cuando diga 17, levanta la mano”. “No hables. No te equivoques. No tardes”.

Estamos en los tiempos oscuros del Estatuto de Seguridad de principios de los años ochenta en Colombia:

– Donde yo estaba detenido, los torturadores pusieron nombre de animales a los detenidos. Gato. Perro. Durante la tortura nos obligaban a maullar, a ladrar.

Las humillaciones son ataques a la dignidad, y un potente método para quebrarte. Lo más cruel de todo es la planificación que eso supone, porque la deshumanización empieza por el torturador. Pero también la resistencia tiene sus métodos de recuperación:

– Cuando podíamos comunicarnos, no seguíamos las reglas impuestas.

La tortura fue en ese tiempo un potente mecanismo de escalada del conflicto armado. Mostró que no era posible un cambio. En El Salvador de finales de los años ochenta, si la víctima de tortura sobrevivía, tenía dos caminos: irse a la guerra o irse al exilio. Si se quedaba haciendo su trabajo, cualquiera de los dos bandos podía matarlo. La sospecha se extendía sobre el sobreviviente, y la amenaza de la primera vez, se mantenía actualizada en un contexto en el que ya no se podía vivir.

Frente a las huellas de la tortura, el apoyo psicosocial consiste también en generar condiciones para retomar el control de la propia vida. No volver a la gente dependiente o confirmarle en su sufrimiento, sino ayudarle a ponerse de pie. En Colombia donde la tortura se usó luego a gran escala y de forma pública como forma de terror en las comunidades, tal vez la recuperación consista en generar una crisis de humanización, que empiece con pequeños pasos.

– Hola Efraín. ¿Cómo estás Myriam?

| Amar y extrañar

Generalmente lo que amamos lo extrañamos. Los amores, los lugares, los afectos, las cosas que nos hacen vivir. Sentimos la pérdida, y nos pasamos tiempos largos o cortos queriendo recuperar lo vivido o queriendo volver atrás. Muchos refugiados tienen una visión idealizada de lo perdido. Como ese dicho que habla de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Cuando pierdes algo, así, de esta forma que alguien te obligó a huir, no cuando te vas sino cuando te echan, el extrañamiento es mayor. Sin embargo, ella esta noche en Londres nos sorprende.

– Yo amo donde estoy. Cuando estaba en Colombia, amaba mi país. Ahora que estoy aquí, amo esta ciudad.

La fórmula de amar el presente, esa vida que palpita, tiene su miga. Nuestra amiga estuvo en la cárcel unos meses y también ahí amó estar, el trabajo con las mujeres presas, las clases de alfabetización, la limpieza. Esta capacidad de centrarse en el presente y quererlo para sentir su latido o no amargarse la vida. Uno podría pensar en que los lazos así parecen débiles, que no son importantes, pero ella tiene un regalo para nosotros:

– Yo no sé mañana, pero en este instante estoy acá y doy gracias al universo, a Dios, a la vida, de estar con ustedes.

En el exilio también hay familiares de desaparecidos. Cuando habla de su marido, desaparecido hace 23 años, hay una particular relación entre el amar y extrañar que no necesita papeles que acrediten su condición.

– No tengo documentos de que estuve con él, ningún papel. Los únicos documentos que tengo son mis tres hijos.

| Geoestratégico

En cada uno de los territorios de Colombia, donde hablamos con las víctimas o diferentes sectores, en todas las conversaciones sale siempre una razón, que es también una afirmación de la importancia de lo vivido y de los intereses que pueden explicarlo.

– Este territorio es geoestratégico.

Cada una de estas referencias habla de un porqué. Las reservas de agua. El territorio de la producción de coca. El puerto naval más importante. El corredor estratégico de la guerra. La industria extractivista de recursos naturales. Aquí tenemos el petróleo. Esta es la que llaman la mejor esquina de América. Aquí estamos en la frontera, que es clave para la financiación y el control. Cada lugar parece ser el más geoestratégico, aunque probablemente lo son todos.

Lo estratégico en la guerra no pasa solo por la lógica de enfrentamiento militar del conflicto, sino por el control de la población y el territorio, que es objetivo de la guerra moderna. También lo es por algo que la gente sabe.

Cuando el equipo de Justicia y Paz, una organización religiosa de derechos humanos, llegó a un campamento de desplazados a mediados de los años noventa, Javier le preguntó a una mujer que tenía una virgencita en su casita de palo, qué le pedía en sus oraciones. Ella dijo: “Le pido que no haya nada bajo los pies. Porque en un anterior desplazamiento había algo bajo los pies: oro”.

El único territorio en el que no aparece esa calificación, es el exilio. O tal vez es el que recoge todos los demás. Las víctimas colombianas que están por el mundo vienen de todos esos lugares. Por eso es multigeoestratégico.

| Liderazgos y pérdidas

Mucha de la gente en el exilio, eran líderes en sus comunidades, parte de movimientos sociales o miembros de organizaciones políticas, y hasta jueces o fiscales. Hay mucha gente valiosa que le tocó salir precisamente porque sobresalía. Intipa Churi, el hijo del sol, es un indígena quechua, maestro y líder en Ayacucho, que era siempre muy visible, porque era albino. No tenía cómo esconderse cuando fueron a buscarlo y tuvo que huir en 1982. Entre estos exiliados, hay varios intipachuris, uno lideraba tal grupo, otro investigaba sobre derechos humanos, otra trabajaba con las mujeres campesinas, otra hacía mediación como parte de la Cruz Roja.

Nadie ha evaluado la pérdida que eso supuso para las organizaciones o instituciones de las que formaban parte. Los años de experiencia perdidos. Las luchas que se cayeron. Las organizaciones que proporcionaban apoyo a las víctimas o comunidades. La pérdida para otros, porque todos terminamos siendo únicos. La cantidad de depresión o ansiedad, insomnios o pesadillas que trajo para las familias que quedaron divididas. Las pérdidas para el país llamado Colombia de esta fractura. Esa pérdida se siente de los dos lados de la herida.

– Fue muy impactante. Yo sentía que dejaba a todas las mujeres de ASFADDES, todos esos familiares sentí que los dejaba, me sentí muy cobarde y lloraba mucho aquí, con Teresa llorábamos. Creo que llegó el momento de la verdad, que no nos podemos morir sin saber la verdad, aunque que se llegue a la paz de verdad ya la veo difícil, hay que empujarla.

I Las explicaciones debajo de las explicaciones

En un taller sobre el fenómeno de migración, para ver qué es eso ¿hasta dónde se llega con la respuesta?

– Salimos porque no tuvimos oportunidades. Cuando la gente nos pregunta, esa es la respuesta que le damos, y no se señalan responsables de esa falta.

El debate lleva a las responsabilidades sobre la inequidad social, y de que no haya oportunidades, o que la existencia de un conflicto obligue a la gente a salir del país, amenazado o forzado. Algunos terminan diciendo: porque ese es nuestro destino. Y otros: porque Dios lo quiere así. Pero el destino y Dios tienen poco que ver con las desigualdades. Otro mito, sobre el que se va es que llega a la tierra prometida. Pero en estos relatos que escuchamos, carro, casa, beca, siguen esperando diez años después.

– Los que no pueden acceder a mejorar su vida, terminan medio locos, yo los he visto en la calle, llevados por la nostalgia y saber que no puede volver, cuando dejó los hijos y solamente lo reconocen a usted por lo que manda.

En inglés, nostalgia se dice homesick. Home es casa y sick enfermedad. Estás enfermo por lo que echas de menos. El diálogo termina esta tarde, con un nuevo concepto para Colombia, que explica esa violación de derechos económicos y sociales. El segundo país más desigual en América Latina, y el séptimo más desigual del mundo. La medida de la desigualdad es también la de una democracia restringida.

| Violencia y naturaleza

El señalamiento de ser colombiano como un ser violento por naturaleza o por cultura está extendido. Hace años, cuando iba a dar una charla sobre el impacto de la violencia en los niños y niñas inmigrantes en España, en la época en que estaba empezando a llegar mucha población colombiana afectada por la guerra, una radio nacional me hizo una entrevista. Una de las preguntas fue:

– ¿Dr. usted cree que los niños colombianos son violentos?

– No, no creo que los niños de Colombia sean violentos. Los niños y niñas que han sido víctimas de la violencia pueden estar afectados por procesos de duelo por sus pérdidas. Y a veces pueden mostrarse retraídos, distantes o con rabia y agresividad, como manifestaciones de ese duelo.

– Entonces, ¿confirma que los niños colombianos son violentos?

Hay gente que encuentra siempre las cosas que le confirman lo que ya piensa.

Tantas veces se culpa a la cultura de la violencia, lo que termina naturalizando lo que ha sido construido socialmente: somos así. También en Ruanda se explicaba desde fuera la violencia de una forma colonialista, con la explicación de una guerra étnica, entre los poco civilizados, aunque los diferentes grupos eran variaciones con una base común. La civilización occidental, de la mano del estado de Bélgica, hizo de lo étnico algo rígido con la introducción del carné de identidad entre la población en 1926, que llevó a la gente a ser hutu o tutsi de forma oficial y excluyente. El criterio para ser tutsi era tener 10 o más vacas, porque ese grupo era mayoritariamente ganadero.

Ahora bien, ahora que hemos desculpabilizado a la cultura, pongamos los puntos sobre las íes. La guerra prolongada cambia las actitudes y comportamientos colectivos. El miedo es una reacción, dice el profesor Rivera en EE. UU., pero también un clima emocional. Es decir, algo que nos envuelve, por ciertos periodos de tiempo, cuando la violencia arrecia.

También hay una cultura del miedo, cuando el comportamiento se convierte en algo más estable, que se mantiene en el tiempo si no hay otros cambios sociales que se muestren.

| La experiencia subjetiva

La investigación y esclarecimiento de la verdad tiene que dar la voz a las víctimas y los diferentes sectores afectados, incluyendo los responsables que ojalá cuenten lo que saben. Las víctimas y sobrevivientes llegan a dar su palabra de lo que conocen, porque lo han visto y lo han vivido. Una comisión de la verdad le cree a las víctimas. Luego contrasta la información también y busca otras en los archivos, y lee las investigaciones y escucha a los testigos.

Los testimonios hablan de lo sucedido. De los hechos. Aunque nosotros también preguntamos por las consecuencias, por lo sufrido, por lo que las víctimas reivindican y piensan que hay que hacer. En el exilio también le preguntamos sobre lo que pasó después de salir de Colombia. Con las preguntas, buscamos las cosas que menos se conocen, porque la profundidad de la experiencia es una verdad más transformadora.

Hace tiempo, trabajando con las mujeres de la Ruta Pacífica de las Mujeres estábamos evaluando para qué sirvió contribuir con su testimonio a una verdad colectiva de las mujeres afectadas por el conflicto armado. Ahí aprendimos que para construir esa verdad profunda, se requiere también que las personas puedan contar no solo lo que han guardado en su corazón por tanto tiempo, sino también por lo que no le han preguntado.

Una de las mujeres que dio su testimonio nos dijo:

– Lo que más me gustó del testimonio es que yo había hablado varias veces de lo que pasó, pero nadie me había preguntado nunca por lo que me pasó a mi.

Esta experiencia subjetiva es parte de una verdad colectiva. También la del exilio deberá incluir este lo que nos pasó.

| Vínculos

El exilio es una ruptura de los vínculos. Tienes que dejarlo todo y huir. Y tantas veces tienes que dejarlos a todos y todas, esos que son los tuyos. La familia, los amigos y amigas, los compañeros de organización o equipo de trabajo, la comunidad. Y en otros muchos casos, hay un vínculo perdido antes, por la muerte o la desaparición forzada.

En la psicología a cómo enfrentamos las pérdidas lo llamamos proceso de duelo. En el desplazamiento forzado y el exilio, también se pierde la identidad. La identidad no es lo que haces, sino lo que eres. Y todos somos en una ecología de relaciones. La tierra no es solo un objeto o una fuente de recursos sino parte de la identidad del campesino, la afro, o el indígena. Así también la comunidad. Desgarrado de la tierra y de la gente, te conviertes en alguien distinto. Y si estás en una ciudad o en otro país, aunque seas tú, en algo también distinto.

Para abordar esos duelos, hay que aceptarlos y dejar que se expresen. Adaptarse a la nueva situación, porque ya no puedes seguir viviendo como entonces. Aunque las condiciones para hacerlo son de mucho más estrés, porque las víctimas de la violencia, además de la pérdida, se enfrentan a un ambiente frecuentemente hostil.

Reconstruir los vínculos es lo que ayuda a la recuperación personal y, en cierto sentido, sería una buena definición de la reconciliación. La verdad y la reparación, la sanción social sobre la injusticia de lo vivido, son parte de la reconciliación en las relaciones asimétricas. Cuando el poder es incomparable entre las dos partes, la reconciliación no es solo que cada quien dé pasos para restaurar el vínculo. También es reequilibrar el poder.

| Las cosas no son así

Paulo Freire nos ayudó a tomar conciencia de lo que era una educación transformadora. El conocimiento académico toma los datos y las experiencias, y las sistematiza o las analiza con sus métodos, y ese conocimiento forma parte de un nuevo lenguaje que tantas veces la gente no entiende. Los dos focos de esa verdad con la que la Comisión trabaja son la consistencia y la construcción colectiva. ¿Cómo recogemos esos saberes de la gente que le han permitido sobrevivir, y que tienen tanto que enseñar?

Hace años, en la universidad estábamos revisando algunas entrevistas de las comunidades de población en resistencia de Guatemala, que hablaban sobre el impacto comunitario. Miguel, nos había dado su testimonio en aquella reunión en medio de una emergencia en la selva del Ixcán, huyendo a México:

– El impacto no es igual en todos. La gente más afectada es la que no logra ver un horizonte. La gente que no entiende cual es el batz de la violencia. Cuando la gente le ve la cara de la represión, entonces la enfrenta mejor.

Batz es a la vez ojo y cara, en ixil. Yo diría, cuando la gente puede darle sentido a la violencia, entonces se encuentra mejor o puede ver el camino de la recuperación. Pero el conocimiento es de Miguel y sus comunidades. Yo solo escucho y aprendo. Y a veces explico y comparto. Darío, un amigo y profesor con una gran experiencia en investigación en psicología social dice:

– ¿Donde está Miguel? Tenemos que invitarlo a dar unas clases.

Paulo Freire estuvo en Paraguay, compartiendo su experiencia con las comunidades campesinas. Las Ligas Agrarias eran una red de comunidades que querían hacer el Reino de Dios en la tierra. Y dejaron de ir a la escuela de la dictadura de Stroessner, y decretaron que todos aprendían y enseñaban. Así el campesino explicaba a los demás cómo trabajar la tierra o educar a los hijos, en un intercambio profesor-alumno de ida y vuelta. En esa espiral, recuerdo uno de esos aprendizajes en los que Freire fue maestro y yo alumno: Las cosas no son así. Están así. Por eso podemos cambiarlas.

| Tres presencias

El exilio es una ruptura de los vínculos. Tienes que dejarlos. Diana es una psiquiatra que se dedica a trabajar con familias con problemas en las afueras de Londres. Con muchos problemas, porque a esa madre hindú de los suburbios se le acumulan los problemas y mal comportamiento. Ella aplica la no violencia de Gandhi a los problemas familiares. Para encontrar los caminos de solución plantea que hay que tener tres tipos de presencia. La física, porque hay que estar; la corporalizada porque hay que hacer sentir la disposición a escuchar y resolver problemas; y la comunitaria porque el problema no es solo familiar sino colectivo, y hay que tener la red que apoya.

En Colombia se habla tantas veces del Estado ausente, aunque ausente es un tipo de estado cercano, no otro que se ha puesto lejos de la gente. También pienso en los tipos de presencia de la Comisión. En la Colombia dentro y fuera de sus fronteras, las tres presencias son fundamentales.

Pero Diana dice que, para poder enfrentar los problemas graves, lo primero es mostrar que no vamos a tolerar esta situación, y vamos a hacer todo para superarla. Esa determinación de estar al lado de la gente es parte fundamental para ayudar a poner un contexto y una intención. Ese tiempo de las condiciones que ayudan a ver que habrá salida, antes siquiera de ponerse a realizarla. Podríamos decir que eso fue el proceso hacia el establecimiento de los Acuerdos de Paz en todos los países. Lo que falta después es poner esa cercanía, corporalidad y comunidad a los procesos que vienen después de la firma. A este.

¿Cómo es la reconciliación en las relaciones asimétricas?

A veces a la reconciliación le sobra el re. Porque no se trata de volver a algo que fue, ya que no existía ninguna conciliación previa. Para algunos, tiene una dimensión religiosa, para otros que no son creyentes o tienen otra perspectiva, no tiene sentido. El peso de la reconciliación se pone tantas veces en la espalda de las víctimas, como si el obstáculo fuera su sufrimiento, y no el desprecio y el poder de los victimarios. Los responsables tienen que estar dispuestos a contribuir a la verdad, a someterse a la justicia y reparar. A veces el diálogo se da entre la víctima y el victimario. Otras, la reconciliación es un diálogo respetuoso entre las víctimas de diferentes responsables o con diferencias políticas que parecen insalvables. Todas esas son contribuciones a un proceso más amplio, y que llevará mucho más tiempo.

La Comisión de la Verdad del Perú, dijo al presentar su informe que la reconciliación en el Perú no era solo la de después de la guerra entre Sendero Luminoso o el Movimiento Revolucionario TUPAC Amaru (MRT) A y el Estado, que en realidad se convirtió en una guerra contra la gente especialmente en las comunidades andinas, sino la reconciliación entre los dos Perús. El de los Andes, excluido social y políticamente durante siglos, y el Perú de Lima y la costa.

También Colombia hay al menos dos. Y esa inequidad, desafía no solo los conceptos, sino las posibilidades de la convivencia. Poca reconciliación habrá si no se estrecha este abismo. Para los que se tuvieron que ir, excluidos de esa Colombia en donde no había posibilidades de vida, la reconciliación tiene su primer paso en que sus historias sean tenidas en cuenta y escuchadas. También por enfrentar esa ambivalencia entre no querer saber nada del país que los expulsó y hablar de lo que les pasó como una contribución a poner puentes en esa fractura. Para eso necesitamos palabras y análisis, y también la poesía. Es una buena mezcla para la reconciliación, esa de superar la inequidad, abrir espacios para hablar, y la cultura que nos teje.

| Significados para entendernos

En República Centroafricana (RCA), evaluando casos de violencia presentados ante la Corte Penal Internacional (CPI), trabajaba con traductores del sango para entrevistar a las mujeres víctimas. La CPI señala en sus documentos la importancia de la participación de las víctimas, aunque hay una gigantesca distancia física y emocional entre La Haya y el centro de África. En 2012, Bangui era la capital del país, último en la fila del índice desarrollo humano del mundo, junto con Somalia.

– ¿Cómo se dice participación en sango?

Los traductores discuten acaloradamente entre sí, largo y tendido, y por fin llegan a un consenso.

– Hay tres palabras para ello. *Linda* es entrar, estar presente en algo. *Sará na* es ir a una acción con otros. *Güe na* es hacer algo juntos,

Es lúcido, el sango. Pero entonces, hablando de lo que significa participar con su denuncia ante la CPI, les pregunto ¿cómo lo traducimos? Pienso lo mismo en embera o wayú. Qué significa la participación de los pueblos indígenas y afros. Incluso los que hablamos el mismo idioma, a veces necesitamos traducción para ponernos de acuerdo.

| Los periódicos y la paz

Cuando los tiempos de la polarización social se pusieron más duros en Venezuela, todo un sector que no se veía representado en los extremos, buscó ocupar esos espacios intermedios. Por un tiempo, consiguieron abrir espacios de diálogo. Después, todo se puso peor. En ese tiempo, las gentes que buscaban ese otro espacio organizaron una exposición de dibujos de los niños y niñas de la escuela. En una de ellas, la iniciativa de los chavalos fue hacer un periódico porque los medios de comunicación estiraban mucho la realidad hasta hacerla irreconocible. La maestra les preguntó en una escuela de La Guaira, que había sido afectada por la catástrofe de Vargas en 1999, las inundaciones que se llevaron poblaciones enteras y 20.000 vidas:

– ¿Y cómo se llamará el periódico?

– Lluvia de verdades, nada de mentiras.

Y la maestra les preguntó:

– ¿Y qué saldrá en la prensa?

– Chávez y la oposición, diciendo la verdad. Y además, el periódico no tendrá página de sucesos.

La clarividencia de la infancia se deja tocar de otra forma por las realidades que los niños y niñas ven y que conocen de otra manera. Eso fue hace 14 años. Muchos de esos niños son hoy jóvenes o adultos. Algunos de ellos serán parte de los que han salido del país buscando otra vida. Otros serán parte de las milicias. Otros, estudiantes que están en las manifestaciones. Las cosas siempre pueden ponerse peor, aunque parezca que hemos tocado fondo. Lo peor son los tambores de guerra. Y la salida la tenían los niños hace años en sus sueños. Hoy, el riesgo es que se les escurra entre las manos. Cada vez más, las salidas políticas entre los dos países son interdependientes. Pienso también en Colombia y sus oportunidades, que pasan por esa clarividencia. En Colombia, para la paz, la verdad y los medios de comunicación son uno de los grandes temas.

| Lecciones de física

En la física de la termodinámica, la entropía hace que la que energía se vaya equilibrando y se pase a formas más estables. Sin embargo, hay personas que van en contra de la física en situaciones en las que el orden necesita estar patas arriba. Así les ha pasado a muchas madres de los desaparecidos en Colombia. Doña Fabiola Lalinde, fue a buscar a su hijo Luis Fernando, que había sido detenido y desaparecido, cuyos restos se encontraban en una fosa clandestina cerca de un lugar, de bello nombre y triste historia, llamado Jardín. La búsqueda de los desaparecidos también está en el exilio. Uno de sus otros hijos, el más implicado aquellos primeros años de la búsqueda, tuvo que buscar protección en Canadá.

Un día, Fabiola guiaba a la comisión judicial que llegó a un lugar en pendiente, donde el juez dijo que había que excavar abajo, porque la hipótesis era que el cuerpo había caído y por la ley de la gravedad, los restos deberían estar en ese lugar siguiendo las leyes de la física.

Adriana, su hija, había soñado que los restos de Luis Fernando estaban debajo de un árbol, había uno allá en lo alto. Fabiola se empeñó en que había que excavar arriba, aunque el juez ordenaba hacerlo abajo: “Señora, por la ley de la gravedad los restos deben estar aquí, donde se encontró ese trocito de hueso en la superficie”.

“Por la ley de la gravedad, sí. Pero por la ley de la impunidad, no. La ley de la impunidad va en sentido contrario a la ley de la gravedad”, le respondió Fabiola.

Y el cuerpo apareció arriba. La búsqueda de los desaparecidos se enfrenta a oscuridades insondables. Antes, a Fabiola la habían detenido después de ponerle 2 kilogramos de coca en el closet de la habitación de su hijo desaparecido, y ella fue presentada como la más grande terrorista de Antioquia. Su historia es la de la Operación Sirirí, que inventó para representar su persistencia e insistencia. Ese pequeño pájaro que persigue al gavián hasta que suelta sus polluelos, a base de un chillido ensordecedor.

Hacerse “molestas” ha sido la única manera de ser escuchadas, porque duele eso que no se ha querido oír. De estas mujeres y familiares en su lucha, aprendimos que los desaparecidos nos faltan a todos. La argamasa de la impunidad son esos pactos de silencio de los responsables que ellas fueron las primeras en ayudar a quebrar. A pesar de que el gavilán no quiera.

El cura de su barrio le dijo después de años que ya tenía que descansar, que no siguiera adelante, que había que olvidarse de tanta memoria. Ella le respondió: “Si siguiéramos su consejo no existiría la Iglesia católica. Estamos en Semana Santa y la Iglesia lleva 2.000 años conmemorando la tortura y la muerte de Jesús”.

A la operación Cirirí de la insistencia y la persistencia, habría que añadirle esa otra forma de resistencia. Cuando la voy a ver en estos días en que la edad le pone el cuerpo maltrecho, sigue con el mismo humor de siempre. Antes era su otro hijo, pero desde que se ha hecho más mayor, se ha abuelizado, y me llama nieto. Su hijo Mauricio, el que dejó todo para buscar a su hermano, tuvo que salir al exilio.

| El exilio que necesitamos para la vida

El exilio es una pérdida colectiva. ¡Qué cantidad y calidad de experiencia de Colombia tuvo que huir del país! Hay capacidad que se pierde en comunidades y organizaciones sociales o de derechos humanos, cuando los líderes son asesinados o se vieron forzados a huir.

En una de las entrevistas que repasa la historia reciente del conflicto armado, Óscar que tiene una lucidez de esas que te ayuda a entender, dice que formar un líder lleva 20 años. La que llevaba la base de datos del sindicato. El responsable de la coordinación de los maestros. El agente del Cuerpo Técnico de Investigaciones (CTI) que estaba avanzando en investigaciones que alguien quiso detener. La periodista que se adelantaba en otras que se metían en la boca del lobo.

También hay dos herencias que se pierden en el país, la que se transmite de generación en generación, y esa otra que se transmite en los ejemplos que necesitamos para la vida. Tomar estos testimonios que hablan de tanta gente que ya no está, es tal vez una forma de volver a recuperar la experiencia perdida que nos dice, que si fue, debe ser aún posible y el horizonte no es esta imposición de la impotencia aprendida.

| Reterritorializar el exilio

Las personas exiliadas son desterritorializadas. Tienen un territorio simbólico siempre en la cabeza, con el que continúan hablando, en el que siguen paseando o, a veces, del que no quieren saber nada. En ese país desmembrado del exilio, los miembros expulsados quieren tener su voz.

Probablemente, no hay nada más desterritorializador que la violación sexual. Primero, porque no se habla, y porque la palabra es un territorio compartido que describe la realidad o que reconstruye las verdades escondidas.

Superar la expulsión del territorio de la palabra es parte de nuestra agenda de trabajo. Con las entrevistas para tomar testimonios, en el grupo focal con mujeres en el que cada quien pone su trocito para una construcción colectiva, en realidad estamos volviendo a ese expolio.

Cuando llevas la impotencia de la violencia por dentro, el cuerpo también deja de ser tuyo. La discusión del territorio en la violencia sexual ha sido parte de la consigna de las mujeres: “nuestro cuerpo como territorio de paz y la violencia sexual como ataque a lo más íntimo, la dignidad”.

Si la verdad puede ser un territorio para poder vivir, necesitamos incorporar, a ese lugar, este exilio y estos silencios de la violencia sexual que han estado esperando, por tantos años, su tiempo.

| Pasados que son presentes

Durante muchos años de la guerra en Colombia, el exilio fue un lugar en el que la gente quedó resguardada por un tiempo, y a la vez olvidada, o sirvió para seguir hablando de Colombia desde fuera. En otros casos, se pusieron tantas veces colores idílicos a este impacto. El exilio dorado es un mito que solo habita en la cabeza de quien no lo vive.

Los exiliados y exiliadas han sido, todo lo más, un aliado. Apoyar para hacer una gira. Hacer lobby. Buscar dinero para apoyar a la gente en el país. Difundir información sobre las comunidades afectadas o las organizaciones vulneradas. Pero no tuvo entidad en sí mismo. Lo que le pasó a los exiliados y exiliadas fue en realidad un recuerdo o un silencio.

– Ah, ese indígena que estuvo en el Cauca, y que luchó contra la represa que expulsaba a la gente de su vida. Y ya se fue.

Las cosas se hablan en pasado. Y la verdad, aunque hable de cosas que sucedieron, es siempre una forma de presente. El filósofo Reyes Mate dice que la memoria trae al presente lo vivido, y no solo recuerda lo sucedido como algo pasado. Yo diría que el exilio no es un pasado sino un presente que no encuentra su camino. Alba lo resume así:

– El reconocimiento de esta historia nuestra, que traemos por ser líderes sociales también, significa que estamos liderando cambios desde fuera, y eso tiene que tener un lugar dentro de esta historia.

| Prevención del exilio

Los programas de defensores y defensoras de derechos humanos han ido surgiendo desde 1998 en Colombia, en que Amnistía Internacional empezó un programa para ayudar a los defensores en peligro a defender sus vidas y las de sus familias como un valor para todos. Hasta entonces, las salidas se habían ido dando como se pudo, por aquí y por allá. Después de tanto goteo, de a poco o de a chorro, en países como Canadá, Uruguay, Gran Bretaña o el Estado español, se trató de dar una respuesta más articulada y colectiva. Otros programas de defensores han sido surgiendo desde entonces.

Muchas de las gentes con que me encuentro en estos viajes, están vivos gracias a eso. Este sobreviviente de varios atentados, es un tipo de náufrago, alguien que sobrevivió al desamparo extremo frente a la bala y es testigo de algo que otros no han visto. Otros interlocutores son los que fueron la mano amiga que les ayudó a salir. Muchos que fueron saliendo desde esa época, no pudieron volver. A pesar de que el tiempo previsto era de un año, las cosas después se pusieron peor y el peligro no había disminuido. Y se fueron quedando sin quererlo.

Itziar habla esta mañana de que los programas que sacan a algunos defensores y defensoras por unos meses a otros países, como intentos de prevenir el exilio. Esos mini exilios pueden ayudar a tomar distancia, a descansar, a ver las cosas con otra claridad, o a seguir llevando a cabo acciones que no te desconectan. Después toca evaluar cómo y dónde volver, y acompañar ese retorno, si es posible. Acompañar. Pienso en esa palabra que viene conmigo desde hace décadas. El miniexilio es una especie de vacuna, pero la estrategia de protección tiene que tener en cuenta los siguientes pasos, porque las soluciones provisionales tienden a convertirse en problemas definitivos. Prevenir la muerte y el exilio. Los campesinos de La Felicidad, que habían sido desplazados en medio de la guerra en Barrancabermeja en 1998, tenían un perro al que llamaban peligro. Tal vez se conjura el miedo así, y el exilio, hablando del mismo.

| Guerra y violencia crónica

Estos días andamos en debates entre la investigación y la acción. Ese ir y venir definido entre otros por Fals Borda, es parte del sentido de lo que hacemos. Jenny Pearce, que es pionera en los estudios de paz en el mundo, investiga sobre el conflicto armado colombiano y la guerra en varios territorios de América Latina. Hoy hablamos de que además de conflicto armado hay que hablar de la violencia crónica que lo prolonga. Esas otras violencias que están debajo de la guerra o, le siguen, transformándose desde los objetivos políticos a otros como la corrupción, las armas o la industria del tráfico de drogas.

Las Madres de jóvenes negros asesinados en las chacinas por la policía en las favelas de Río o São Paulo, han tenido que enfrentar no solo esas muertes violentas de quienes antes ya habían sido excluidos, sino la impunidad que las acompaña. En Brasil no hay guerra, pero 5.000 muertes salen de balas de la policía cada año. Hay favelas que tienen las mejores vistas sobre Copacabana, y la gente de esos barrios baja los domingos a vender lo que sea para ganarse otra vida. Esos son territorios con fronteras invisibles. De aquí para allá no se puede pasar. El narco manda en algunas favelas. El control es compartido con las autoridades policiales o militares, o sus milicias. La gente es la que sigue poniendo los muertos.

Hace años hicimos un encuentro entre familiares de desaparecidos de Colombia y las madres de favelas y chacinas como Vicario Geral o Candelaria. Cada país tiene sus nombres propios que resuenan. Esas familias son muy vulnerables pero también muy firmes. Han logrado cosas imposibles, como algunas condenas a agentes que antes habían sido condecorados por los mismos hechos. Quebrar la impunidad es lo único que puede detener estos círculos viciosos de violencia que se hace crónica, violaciones de derechos humanos, corrupción y economías criminales como el narcotráfico. En realidad es una industria. En lugar de matar a la gente habría que perseguir al dinero. Sin eso, la violencia en México no tiene remedio. Cuando trabajé allá la gente decía que el país se colombianiza. En Colombia ahora se dice que el país se mexicaniza. La cuestión no es ponerle un nombre que sea de otro. Es tomar las medidas que ya sabemos que son eficaces, y que necesitan cooperación, voluntad y aliento, si no queremos que la violencia crónica sea el futuro.

| Extravíos lejos y cerca de Colombia

Bujumbura 2011. Asisto a una discusión sobre la aplicación de los Acuerdos de Paz de Arusha que se fueron quedando en el camino. Un debate sobre una futura Comisión de la Verdad que ya había sido acordada, pero que hasta ahora no arranca. Luis Mukeke, compara la situación de los acuerdos con un viaje:

– Hay un bus que se llama Burundi. En él vamos todos. Ocho millones de gentes pueblan los asientos. Vamos juntos. Un bus es un destino común. Hay gente que dice: ¡por aquí no!, que quiere cambiar de camino. Hay varios conductores que se van quitando el volante de las manos. Y vamos sin mapa.

Luis resume así los desafíos de este tiempo en su país. Los Acuerdos de Paz impulsados por Nelson Mandela, serían el mapa, si no fuera porque sigue sin pasarse por esos caminos, y se fueron cayendo pedazos de carretera de cosas ya firmadas. ¿A estas alturas, dónde va ese bus? Un pedazo de ese mapa era una comisión de la verdad que nunca pudo caminar.

La incertidumbre y la falta de cumplimiento de Acuerdos de Paz, va parando las energías de la reconstrucción. Mientras, otras cosas siguen pasando al lado a toda velocidad. Alrededor de 340.000 refugiados tuvieron que buscar su vida fuera después de que ese bus se extraviara en el país de las mil y un colinas.

Hemos vivido extravíos de procesos de paz ya varias veces en el mundo. No hay que mirar muy lejos para ver esos peligros. Algunos se dan ahí cerquita, en Centroamérica. Otros pueblan por dentro, las últimas décadas de Colombia desde los intentos de los Acuerdos de La Uribe en 1984, la Constitución de 1991, el proceso del Caguán en 1998, el de los paramilitares de 2006. Después de la firma de los acuerdos con las FARC, y la necesidad de extender esa luz a todo el territorio, estamos a tiempo de seguir el mapa de la paz.

| Conceptos y experiencias

En distintas culturas indígenas, el miedo es algo que viene de fuera. El susto entre los mayas es algo que hay que sacar del cuerpo. Las amenazas llegan de un daño intencional, de un ataque, de un peligro que habita alrededor o lejos. En sango, que es otra lengua de quienes estaban antes del tiempo de este calendario occidental, el miedo viene de fuera y te manipula. Mbérò asára mbi. La tristeza en cambio es algo que se tiene: vundú. Cuando uno está contento en Bangui dice que tiene alegría en su corazón. En Santa Cruz del Quiché, la tristeza es sentimiento y también duele el corazón. En euskera, el corazón no duele, quema.

En los lenguajes de los ancestros, no existe el concepto de víctima. Este es una creación occidental, que inventó antes otro que le da sentido: el del imperio. Bokassa se autoproclamó emperador y almirante, aunque en República Centro Africana no hay mar, solo cayucos que cruzan los ríos con historias. Tal vez eso no fuera una grandilocuencia propia de un sátrapa, ni una equivocación, sino un ejemplo del control que hay que tener de las historias para ser el jefe de un imperio.

En sango o en ixil, dos idiomas de dos pueblos indígenas, uno negro y otro maya, que han sido tremendamente golpeados en la historia de los últimos siglos, víctima se dice: el que tiene sufrimiento. Esto podría ser un concepto que nosotros llamaríamos psicosocial, si no fuera porque no nos necesita, habla por sí mismo.

| El miedo y el pensamiento

El miedo habita los lugares más insospechados. Todos los dueños del mundo son en realidad dueños del miedo. En el Paraguay de después de la dictadura de Stroessner, cuando se trataba de tomar testimonios de lo que había pasado, la gente hablaba en voz baja, casi en silencio. Hasta las paredes pueden escuchar. Piragüé, en guaraní, es el que anda con pies de piel de oveja. Es decir, no se le oye. En todas las conversaciones de la comisión de la verdad de aquel tiempo, aparecía siempre esta palabra. Los piragüés eran agentes de inteligencia insospechados. La vendedora de chicles, el colega de trabajo. Como en la ex RDA el sistema de delaciones podía pasar por el más cercano o casualizado. El miedo así se extiende y te paraliza. En Guatemala, los agentes que te vigilaban o te denunciaban se llamaban orejas. El miedo a que te lean el pensamiento.

En la España que se despertó en 1998 después de 20 años de silencio tras la transición política, los historiadores y familiares empezaron a encontrarse en fosas comunes y testimonios. Paco es un historiador de Sevilla, y escribió un libro que se llama La columna de la muerte, que describe la estrategia paramilitar franquista que fue conquistando territorio y matando a la población civil sospechosa. El original de lo que Colombia ha vivido recientemente. Efraín es un hombre que vivió todo ese horror y tuvo todo que guardarlo en su corazón durante tres cuartos de siglo. Cuando Paco lo entrevistó, tenía 90 años y era uno de los pocos sobrevivientes de ese infierno. En el documental que comparte esta mañana, entran a la casa, y Efraín se sienta. Paco llega con la grabadora y la confianza que se tienen. Antes de empezar, Efraín se levanta y cierra las contraventanas. Paco le dice que es mejor con luz, pero él se resiste, y comienza hablar en voz baja. 75 años después, es el miedo.

En Colombia y en el exilio, el miedo a hablar sigue habitando muchos lugares. A veces no es por uno mismo, el miedo por los familiares que están todavía en el país es uno de los que más atrapa en el exilio.

| Sintraexilio y el derecho al futuro

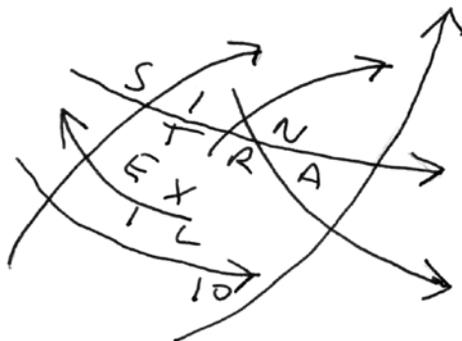
Hoy el mundo sindical entrega a la Comisión muchos pedacitos rotos de su historia. Los ha pegado con el compromiso por la verdad. Son informes para la Comisión que nos ayudarán a reivindicar su valor y sus aportes, esa verdad negada por décadas.

El primer testimonio que tomó la Comisión fue de un sindicalista de Fecode en el exilio. Después hemos tomado otros muchos, aquí y allá que tienen que ver con denuncias de corrupción al servicio de la politiquería, la venta de empresas a punta de pistola y con la guerra. Hace 20 años, en muchas regiones del país, los paramilitares empezaron a controlar las finanzas de organismos públicos mientras se dedicaban a extender la matazón. Aquel municipio, esa universidad. El obispo Jaime Prieto de Barrancabermeja me dijo en esa época que para entender el avance paramilitar había que medir los kilómetros de alambre de espino que se vendían en los almacenes. Esa forma de proteger la rapiña. Esa mirada lúcida del obispo que, mientras estábamos en la urgencia de defender la vida, entendía lo que estaba pasando.

El liderazgo sindical se convirtió en tantos lugares en un estorbo. Eliminar la palabra y, si no se calla a la gente que se atreve. El exilio tiene algo que se da paso a paso y luego todo sucede en un abrir y cerrar de ojos. “Primero llegaron las amenazas, declarándonos objetivo militar, luego las llamadas a casa, y el allanamiento. Pero de la noche a la mañana, yo, que era una funcionaria, era una desplazada, y cuando llegué aquí me convertí en una refugiada, y después una inmigrante”.

En el refugio te encuentras muchos sindicalistas. Maestras, trabajadores del petróleo, de servicios públicos, funcionarios. En el mundo están repartidos pedacitos de todos los sindicatos que hubo y de los que aún existen, en un país en el que el sindicalismo fue atacado como un enemigo interno. Miriam era una persona muy conocida en su medio, que se comía el mundo. La guerra la despojó de sí misma y también de sus derechos, incluyendo los laborales. Como su expediente quedó en algún cajón o archivo, no sabemos lo que dirá. Tal vez, que no se presentó al trabajo. Cuando hace balance

de esta vida partida en dos, además de todos esos dolores, señala que el sindicalismo trabaja en dos tiempos, los derechos del presente y el derecho al futuro. Los Estados deberían de tener convenios para que se junte lo que tuviste con lo que tienes. Esos años acumulados de trabajar para vivir, no solo ahora sino para más adelante, que la guerra rompió en dos pedazos, y que la verdad tiene que contribuir a unir. El sindicalismo de esa Colombia fuera de Colombia reivindica los derechos laborales de esas vidas partidas en dos. Mientras hay Sintrainagro, Sintraofam, Sintraminerenergética, tal vez habría que hacer un sintraexilio.



| Defensa de la vida

Para nosotros el territorio es algo sagrado, es la vida entera, no solo de uno sino de la comunidad. Y nosotros somos parte de esa naturaleza. El aire y el agua son también nuestra tierra. En este salir forzado, se desquebraja todo el modelo cultural en que vivíamos y del que éramos parte.

Pienso en lo que significa resquebrajar una cultura. El ataque a lugares sagrados, la destrucción de la piedra de moler, la deforestación de montañas de las que nace el agua o la industria de la palma que seca la selva. Líderes que defienden la naturaleza de la privatización de gobiernos y empresas transnacionales son asesinados en Brasil, Honduras, México o Colombia. La defensa de ese otro derecho que nos permite ser humanos, es un oficio peligroso.

El exilio indígena o afrodescendiente tiene siempre ese énfasis en la naturaleza de la que somos parte. Te da otra dimensión de las causas. En esos casos, en los relatos del exilio no solo aparece una historia, también hay algo cultural y biológico, unas texturas que siguen viviendo, sobresalen unas raíces que quieren volver a su tierra.

José es un líder indígena del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), antes de sufrir un atentado ya sufrió la persecución y las amenazas directas al salir de una audiencia de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en Washington. Pero antes de la amenaza llegó otro intento de acabar con él, cuando le ofrecieron dinero para que cediera en sus posturas de defensa de la tierra y traicionara a la comunidad.

Él todavía responde:

—Mi conciencia no me lo permite.

Te encuentras con ejemplos de humanidad en el exilio que han pagado un alto costo por eso que Ernesto Sábato decía: “Lo esencial de la vida es la fidelidad a lo que uno cree su destino, que se revela en esos momentos decisivos”.

| El chip y los vínculos

Daniel sufrió desde este otro país, que lo acogió para estudiar, el secuestro de su madre en Colombia por la guerrilla. Dos años estuvo secuestrada, tiempo en el que él no tuvo noticias de ella. Dos años es otro tipo de tortura. Si multiplicamos los años de secuestro en Colombia, nos da una pirámide de impactos y dolores en muchas familias y en el país.

Estar fuera es otro tipo de desamparo en una situación así que ya es de desamparo. Ese hecho le llevó a replantearse su retorno porque, aunque fue liberada, la incertidumbre se adueñó de sus vínculos. Le tocó construir redes emocionales que no vinieran de los ancestros porque aquella familia extensa, tan unida, quedó muy tocada después de ese secuestro. Las situaciones traumáticas extremas ponen en tensión y también te dan una medida de la fortaleza de los lazos.

En otro país, las redes toca tejerlas de nuevo. Muchas son entre los mismos exiliados y exiliadas, que entienden mejor que nadie tu experiencia. Pero entre quienes retornan y quienes cambian de ciudad, es difícil mantener un tejido cercano también en el nuevo lugar. Cuando cambias de país y de cultura, tienes que cambiar muchas cosas de ti mismo para hacer dos tareas a la vez: adaptarte y seguir siendo tú. Antes se decía cambiar de casete, ahora que ya no existen tienes que cambiar de chip. Daniel dice algo que es a la vez queja y reivindicación de la capacidad:

– Cuando estás en el exilio, ya tienes el chip de la movilidad.

Nos llevamos los vínculos con nosotros, eso nos salva. Los vínculos son como una tienda del desierto, la *jaima* de los nómadas, el lugar que te protege del sol o el viento, que es un tipo de hogar que viene contigo. Pero a veces se estiran tanto que se rompen, otras nos reclaman esa parte que somos para seguir siendo. Toca desplegar la *jaima* y hacerla crecer en donde estamos.

| Extrañeza

La adaptación a contextos de violencia muestra la resistencia de la gente, pero también tiene un coste emocional. El desafío es no hacerse insensible.

En un grupo focal con mujeres en el exilio repasamos las distintas formas en que lo vivimos:

– Me pusieron escolta, porque las FARC amenazaron a todas las personas que estábamos vinculadas al Estado y me habían secuestrado un mes. Estaba agotada, nunca sabías con quién estabas hablando, vivía en permanente desconfianza.

María Teresa también se endureció:

– Antes de llegar al Caquetá me dolía que matarán a gente. Después, ya normalizas que caiga un muerto a tu lado, normalizas los disparos, las bombas. Se me murió el sentimiento”.

– Para mí lo más duro, fue sentirse como si uno no fuera humano. Me acuerdo que, al principio, cuando contaba lo que me había pasado, era como si yo le contara un cuento a alguien. Entonces llegué a un punto que ni lloraba”.

Al tomar distancia, te asalta la conciencia:

– En este exilio, cuando sales fuera del país, es cuando tú dices: esta vaina que a mí me pasó no es nada normal, lo normal es no sentirse amenazado, no normalizar la violencia”.

Y, sin embargo, necesitamos ese sentimiento de extrañeza. El mismo de Virginia Wolf cuando rechazaba la exaltación del militarismo y el patriarcado entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, y alertaba de la guerra que se venía, afirmando su convicción por la paz y su feminismo.

Ese sentimiento de distancia de una realidad en la que no te reconoces, es la base de la resistencia no violenta.

| Tiempos fundacionales

A veces habitamos en tiempos intermedios. Un proceso de paz es eso. No se sale de una guerra fácilmente, aunque se haya firmado un acuerdo. No se hace la paz si no se acallan no solo las armas sino el miedo, y si no hay un nuevo tiempo en el que creer. Los tiempos fundacionales no son la continuidad de lo vivido. Tienen algo de quiebre y de inicio. La fórmula de más o menos de lo mismo –el cambio 1, según la teoría del cambio– no sirve cuando se necesita un cambio de sistema, el cambio 2. Ese que se refiere al cambio en el modo en cómo se enfrenta el problema.

Para Hannah Arendt hay tiempos históricos y raros periodos intermedios, en los que el tiempo está determinado tanto por cosas que ya no son como por cosas que todavía no son.

Uno de esos tiempos fue el que se dio en Guatemala en 1995, un año antes de la firma de los Acuerdos de Paz. Cuando la gente se atrevió a hablar y la ola de esa verdad nos llevó de la mano por todo el país, escuchando el tesoro del testimonio de miles de víctimas y tocando una promesa.

En Colombia, se vive uno de esos momentos en que la verdad sobre el conflicto armado, las responsabilidades y los cambios que tiene que traer, pueden convertirse en una realidad tangible y en una nueva perplejidad compartida que rompa con los ciclos del pasado, o que reinicie un nuevo ciclo de la guerra. Hay fuerzas que quieren volver atrás, no quieren tiempos intermedios que acerquen el futuro soñado y que se empezó a probar, sino ese tiempo crónico, desgastado de tanto prometer miedo y desigualdad.

En la historia de la humanidad no hay memoria de esos tiempos que engendran algo nuevo, pronto se nos olvidan. Hay momentos decisivos, donde comprendemos la urgencia que nos reclama y necesitamos la luz que nos oriente. La paciencia de la insistencia.

| Cuando las cosas no se pueden hacer

La visión del ahora, a veces tan pesada, no nos deja mirar la horizonte. No solo para saber hacia dónde vamos, sino para ver las estrategias para el camino. Para hacer las cosas posibles hay que empezar a realizarlas cuando no se pueden hacer. En 2012, cuando el horizonte de una salida política al conflicto parecía a años luz, la Ruta Pacífica de las Mujeres inició un proyecto para dar voz y contar la experiencia de la violencia contra las mujeres en el conflicto armado colombiano. Cuando llegó el proceso de paz con las FARC, la Ruta era una de las pocas organizaciones que estaba preparada para llevar un trabajo ya realizado con su informe La Verdad de las Mujeres, basado en testimonios de mil mujeres víctimas que habían sido recogidos en silencio.

Cuando el horizonte del diálogo en el País Vasco estaba aún más lejos, en 2007 y en medio de una enorme polarización social, iniciamos una iniciativa que se llamó Gleencre, por el lugar en Irlanda donde habían comenzado los diálogos que dieron lugar a los Acuerdos de Viernes Santo en Irlanda del Norte. En él iniciamos esa experiencia de diálogo entre víctimas de ETA, del GAL y otros grupos parapoliciales, al que después se sumaron víctimas de agentes del Estado. Cuando el diálogo político era impensable, ellas estaban no solo dialogando sino construyendo puentes entre los extremos del sufrimiento del conflicto. Después de cinco años de trabajo en silencio, esas víctimas salieron públicamente a contar sus historias y a darnos a todos una lección moral que ha ido engendrando otras experiencias poco a poco.

En Colombia, aunque el proceso anda tambaleándose, la apuesta por la paz no tiene que dejarse llevar por la coyuntura. Los exiliados han estado esperando demasiados años, estigmas y silencios como para no tomarse el micrófono. La lucha por la paz en los territorios tiene la urgencia de un grito. Los líderes y lideresas defienden algo que es de todos. Y sus amenazas, que destruyen el futuro, ojalá las sintamos como lo que son: también nuestras.

| La ecuación de la protección

Vuelvo esta noche del Cauca. Hace dos semanas, un atentado con dos granadas trató de hacer una matanza de todos los líderes afro del Norte del Cauca. Ahí estaban personas más conocidas que otras, pero igualmente valiosas. Francia, una lideresa reconocida internacionalmente desde que recibió el premio Goldman. En el 2015, fue Berta Cáceres, otra mujer valiente, quien recibió ese premio, una indígena lenca de Honduras que fue asesinada en el 2016 por su lucha en defensa del río y territorio.

El 22 de abril de 2018 nadie se preocupaba por Francia, el 23 de abril recibió el premio y cientos de llamadas de felicitación, alguna gente muy conocida le llamó para decirle que estaba orgullosa de que ella fuera colombiana. El orgullo por ser del país no parece que le sirva de mucho a ella y a su pueblo. El atentado fue contra todos los líderes, que estaban en reunión, o sea quería producir una masacre. Pienso en el impacto que hubiera tenido de conseguir su macabro objetivo.

Hoy damos espacio a la palabra en esta reunión con los sobrevivientes. Ella circula entre nosotros como un abrazo. Cuando hablamos todo este día que se alarga bajo la lluvia, pienso en el asesinato de más de 400 líderes en estos dos años después de la firma del Acuerdo de Paz del gobierno y las FARC. En lo que sus familias o grupos estarán viviendo. Y en la persistencia de esta gente querida. Han recibido muchas llamadas de solidaridad que agradecen desde su corazón y del de estas tierras, de distintos sectores preocupados por lo que está pasando y les ofrecen salir del país para su protección. Lo llamativo es que algunas llamadas no son para decir que se va a hacer algo para que se queden.

Carlos ya estuvo asilado tres veces, y regresó. Y esta vez no se va. En la última reunión que hicieron, aquí al ladito, había 72 escoltas y una larga fila de carros blindados. Casi una asamblea al lado de la otra. ¿Qué significa

que haya más escoltas que líderes? ¿Qué impacto tiene eso también en las comunidades? La ecuación de la protección no resulta cuando la única alternativa es aumentar el parque móvil y el de armas. La seguridad es otra. Te la da la confianza. El poder hablar en tu tierra, con quien caminas, con quien te acompaña, con quien te protege.

De tantas maneras, regresé al Cauca de hace 20 años, en los tiempos de noches muy oscuras. Todos estos líderes y lideresas apoyaron el proceso de paz y siguen comprometidos con él. He encontrado uno de esos líderes también en el exilio, un indicador de tantas cosas que siguen pasando en el país. Ahora hay una fuerza colectiva a la que se le acumulan los impactos, pero en la que se refuerzan las alianzas y los afectos. También este.



| Del otro lado de la frontera

Las fronteras del mundo son tan artificiales como las guerras que las trazaron. En otros casos, detrás de cada línea recta en África, hay una historia de potencias coloniales que trazaron el objeto de su rapiña. Los procesos de descolonización en general tomaron los países ya dibujados en el mapa por otros. Tantas veces separando comunidades y convirtiendo identidades en algo excluyente. Las marcas de fronteras han proliferado en guerras y en paces, como las de la ExYugoeslavia. Entre Perú y Ecuador hubo otra a mediados de los años 90, en donde los Achuar fueron parte de los dos ejércitos.

En Colombia, los pueblos Kuna, Wuayú, Bari o Cofán, entre otros, están divididos por fronteras, con Venezuela, Panamá o Ecuador, y han sufrido las consecuencias de la guerra. El hecho de estar a los dos lados, no suma protección sino que multiplica la indefensión. Hoy están aquí, los siona de este lado. La casa de José, su gobernador, está en Ecuador, ahí pasando nomás el río. La violencia cruza la frontera pero no los investigadores. La impunidad, que en otros casos se mide en tanto por cien, aquí se mediría en el doble, porque a la que existe se añade la de que nadie se hace cargo.

Conocí a los siona del otro lado de la frontera, en su lucha contra la contaminación petrolera. Humberto Piaguaje.

– La situación se agudiza en nuestro pueblo, después de la firma de los Acuerdos de Paz.

Me recuerda el año 2004, los tiempos en la frontera con Venezuela donde la situación se medía con mucha claridad y no tanta precisión, cuando preguntábamos y la cosa no estaba para ir:

– Está caliente.

Su territorio tiene petróleo, trasiego de coca, armas que suben y bajan, y tantas veces se quedan. No es un exilio como los demás, donde el refugio está en otro país, en este caso es en su propia tierra dividida por una frontera. De varias maneras, un exilio que afecta no solo a la gente, sino al territorio.

| Nos ha tocado duro

Uno escucha esta declaración que lo dice todo, que resume tantas cosas sin otro nombre, aquí, allá, acullá. Cuántas historias habitan en esa frase.

Estos días trabajamos con líderes sindicalistas que por su lucha por los derechos laborales y la democracia, tuvieron que salir del país y que han regresado. Varios de ellos tienen cicatrices en su cuerpo, que son parte de su presentación esta mañana.

Ellas y ellos volvieron después de veinticuatro años, quince o diez. Muchos volvieron con la esperanza del proceso de paz. Lo que más llama la atención es que, de mil maneras, se mantuvieron activos fuera, a pesar del peso de los días y las nostalgias. Y regresaron para seguir.

El exilio fue una exclusión, pero no fue una derrota. Y la vuelta ha sido dura. No ha habido políticas para el retorno, y los sindicatos a los que pertenecieron tienen aún menos espacio del que había cuando salieron. Hay sindicatos desaparecidos. Trabajos tercerizados. Amenazas de no tener trabajo si entras al círculo de los inconformes. Estos líderes también han sufrido amenazas directas y hasta atentados al volver. El miedo acecha también ahora. Cuál es tu país a estas alturas, es parte de esta identidad compartida. Cómo combinar la alegría de Colombia con la tranquilidad de Suecia. La atención a salud de Canadá con la militancia que sigue en sus venas aquí. Ellos y ellas dejaron de nuevo todo al volver. Aún hay pedazos suyos fuera, porque el retorno no es solo un hecho, lleva su tiempo.

– Estamos aquí, pero llevamos tiempo tratando de regresar.

La ética del desorden

PARA ALFREDO MOLANO

Dos refugiados dialogan en una estación de tren en el exilio de Alemania en 1940. Como están en guerra, miran también siempre hacia los lados. Hablan de una película de Charlie Chaplin en la que el actor cierra una maleta con sus cosas todas desarregladas, y que no hay forma de cerrar. Le sobran pedazos de camisa o de pantalón.

Entonces, en ese cine mudo que sin embargo iba más rápido que el tiempo, se mueve buscando y rascándose la cabeza, hasta que encuentra la solución. Con unas tijeras tal vez demasiado grandes para la idea, corta todo lo que queda fuera. Los refugiados hablan de las ventajas del desorden, de la desobediencia que ha salvado a miles de personas. Uno de ellos, Kalle, dice que en la guerra un ligero incumplimiento bastó muchas veces para que una persona escapase con vida. Porque la orden era de bombardear un edificio y el aviador pensó en las futuras víctimas que estaban tiritando debajo de su botón de descarga de bombas, y él también tembló porque no estaba hecho para ver la virtud de apegarse al orden. La ideología del orden está en el discurso de todas las dictaduras.

En Colombia ha habido militares que se negaron en épocas de permiso para la muerte, a seguir órdenes o inercias de ejecutar a un detenido indefenso. Fiscales se negaron a dejar la investigación tirada en el polvo del tiempo. Investigadores del CTI que se tomaron en serio su trabajo y no acudieron al llamado de cerrar filas para dejar paso a la impunidad. Algunos de los que dijeron no, cortaron su carrera, otros fueron amenazados y esa ética también tiene su trocito de exilio porque a otros les llevó a tener que dejarlo todo para no dejarse a sí mismos. He entrevistado a varios, soy testigo.

Hace 40 años, en un juicio en Grecia a un oficial del régimen de los coroneles, su madre se presentó a pedir a los jueces que investigaran por

qué su hijo, educado en los valores de la obediencia y la religión católica, se había convertido en un torturador. La ética del desorden.

A tantas maletas colombianas que viajaron al exilio también les sobraban muchas cosas que no entraban en lo que puedes llevarte al destierro. Sin embargo, todas esas cosas invisibles, esos cordones umbilicales con los que andamos por la vida, se fueron con ellos y ellas, forman parte de esas nostalgias que son a la vez agujero y presencia.

Como en las esculturas de Jorge de Oteiza, la presencia a veces no tiene masa, tiene un boquete. Tu no eras escultor sino escritor. Y has buscado siempre taladrar esas verdades que parecían opacas a todo. Un tipo de transparencia. El agujero que nos dejaste Alfredo, no es una orfandad, también es una presencia en la que solo encajas tú y la ética del desorden de la que eres maestro.



| Una lección

Julia tuvo que salir de Colombia, al vecino Ecuador amigo. Salir perseguida por taxis con distintos números de placa, por tipos y armas que merodeaban su casa, su hija, su sueño.

Después de seis meses de trabajo y refugio no pudo seguir ocultándole a Juanita los motivos de su viaje. A ella que le acompañó todo este tiempo. Julia pensó que sería demasiado el susto para los ocho años de ella. Pero Juanita le dio una lección y una sorpresa:

– ¿Por qué no me lo dijiste antes, mamá? ¡Te hubiera dado muchos más abrazos!

Mientras en este taller de formación de entrevistadores en Ecuador, hacemos la línea del tiempo del conflicto que hizo a la gente traspasar la frontera, recuerdo esa historia que me tocó vivir en el año 2000. Cuando hablamos de las políticas que del otro lado de la frontera expulsaban a la gente, se me vino esta historia de la persecución del DAS a defensores de derechos humanos. Mientras dibujamos en la pared los años y los hitos.

Los fenómenos del desplazamiento transfronterizo y el exilio, cada uno piensa también en las historias que se sitúan en ese espacio y tiempo que se prolonga, y que nos tocó vivir. Las flechas en el dibujo hablan de la expulsión, pero no hay ninguna que alimente el retorno, aunque Juanita y Julia volvieron en silencio.

| A la manera afro

Aprender de las culturas hace esta vida apasionante. Mientras trabajábamos en un caso ante la Corte Penal Internacional en Congo, a cada rato Bonifacio, uno de los entrevistadores de las víctimas, decía: “Podemos hacerlo a la manera africana”.

Y seguía conversando. Hablábamos de cómo llegar a las víctimas, yendo a sus casas, dándole tiempo, hablándole suave y respetando la palabra. Que no haya más que un paso entre lo que digo y lo que hago.

Después de todo el día de entrevistas, hablamos de esas otras cosas de la vida que hay que seguir resolviendo, por ejemplo ¿cómo pasar un carro sobre el río? Mientras tú buscas un imposible, ellos ya lo han resuelto: juntando varios cayucos y subiéndolo encima.

La manera africana en esta Colombia del Pacífico y del Caribe, se ha ido haciendo afrodescendiente transmitiéndose de generación en generación. Desde la isla de Gore, en Senegal, fueron traídos los esclavos y esclavas hasta las tierras americanas. En esa isla, hay una mazmorra donde eran encerrados hasta convertirse en una mercancía más de los barcos esclavistas. En las mazmorras había una especial para los resistentes. Quienes no se dejaban marcar o no seguían las órdenes. La desobediencia era castigada con una cueva en la que tenías que estar doblado, sin luz ni aire, amontonado. Caminando por aquella memoria del horror, tienes otra medida de lo sobrevivido.

La manera africana de esa resistencia, que sigue caminando, es hacerla juntos.

| Lo importante es la gente

Javi era mi amigo sindicalista. Había andado por las luchas de la transición política española que trataba de dejar atrás el franquismo, en medio de una violencia de la que pensó siempre que no era la salida. Había conocido de cerca sus estragos, y eso no le había hecho más duro sino más sensible.

En los momentos límite, cuando lo has perdido todo, la lucidez tiene otra medida. Los griegos consideraban que para hacerse más libre había que salir al exilio. Ahí se tiene la dimensión de lo que significa el despojo, no solo como pérdida sino como liberación de los pesos de la vida. Pero el exiliado era el más libre en su interior, y a la vez el más esclavo, porque había perdido sus derechos, porque ya no era ciudadano de donde venía ni a donde llegaba. Y el ciudadano es el que puede hablar. El exiliado, según Foucault, no tenía parresia. La parresia es la libertad de la palabra.

En el mundo, donde las relaciones de poder asimétricas no han hecho sino crecer desde entonces, la parresia es también una verdad que desafía, porque el otro al que se la dices puede castigar tu osadía. Una comisión de la verdad debe hacer ese trabajo de parresia y poner esa verdad por delante de los cálculos. El profeta tiene una verdad que anuncia otra. El sabio es experto en un tema o muchos y también es consciente de lo que sabe y lo que no. El parresiasista no es el dueño de la verdad, pero tiene que expresarla para ser transformadora.

En agosto de 2015, estaba con Javi hablándole de la verdad que estábamos descubriendo en el caso del grupo de expertos de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, sobre el caso de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa, México. Yo andaba indignado con las mentiras que se habían contado sobre eso, sobre la versión de la llamada verdad histórica por la Procuraduría General de la República de México, una verdad construida para ocultar otra. Él estaba muy malito, y en su cama del hospital, el último día de su vida, mientras yo trataba de contarle cosas sobre la perversidad del sistema en México, en un susurro me dijo:

– Importanteena jendea da.

Lo importante es la gente. Se le iba la conciencia a cada rato, pero cuando volvía, la tenía toda.

| Dialécticas del exilio

En 1939, dos refugiados alemanes discuten en Helsinki, Finlandia, sobre la filosofía de Hegel. De la dialéctica de los extremos de las cosas que no pueden vivir una sin la otra, ni tampoco con ella. Y de que en esos dos extremos, que a veces se niegan, habitan los matices de lo importante.

La valentía de los cobardes y la cobardía de los valientes.

Me gusta esa idea. A veces estás de acuerdo con algo, aunque no hayas terminado de captar sus matices. La valentía de los cobardes es esa que no se deja convencer de que, incluso cuando el miedo lo ocupa todo, no haya nada que hacer. La cobardía de los valientes es esa autenticidad que hace humano al héroe o a la heroína, que así dejan de ser objetos de admiración.

Las dos son formas de no creer la totalidad de lo que se impone. Un tipo de humor en medio de esas dos seriedades. En sus “Diálogos de refugiados”, Bertold Brecht recoge conversaciones que bien podrían ser para hablar de otra dialéctica, la de la Colombia fuera de las fronteras y la de dentro:

– ¡Qué bello país tendríamos si lo tuviéramos?

– Es duro vivir sin humor, pero también vivir en un país en que es tan necesario.

| Dejar de correr

Miguel Sebastián fue detenido cuando apenas tenía una edad en la que yo también andaba terminando mi bachiller. La primera vez, por ser líder estudiantil en su escuela. En los años 70, la militancia empezaba temprano, tantas veces a una edad en la que ni siquiera se puede votar. Pero la minoría de edad no te salva de los palos. Esa primera vez fue más suave, aunque solo pensarlo duela. La segunda fue unos meses después, cuando estaba en la universidad en la que se interesaba más por la revolución que por la ciencia.

Era la época del Estatuto de Seguridad de Turbay Ayala, en 1979. La protesta era considerada un crimen por un régimen que lo practicaba. Ahí ya la cosa fue peor. Le hicieron siete u ocho veces la bañera, el submarino, esas maniobras de asfixia en agua y porquería que te llevan al borde de la muerte en un momento, y que han formado parte del entrenamiento de todos los agentes del terror en tantos países.

– Muy, muy duro, muy, muy duro.

De ahí salió maltrecho y con una convicción. Que no le iba a pasar más. Y también con una penumbra, que no había camino para la lucha pacífica. Pienso en la cantidad de gente que he conocido así, en Sudáfrica, El Salvador o Guatemala. La historia habría sido otra. Es difícil establecer un punto de partida para una violencia que se recicla en espirales crecientes como en Colombia. Pero sin duda, el cierre de los espacios es una de ellas. Y la tortura, pareja de hecho de la impunidad, es su herida.

Un día Miguel fue a darse un baño a un río en las montañas de los Alpes. El agua estaba fría, pero con ese calor de verano, buceó cerca del fondo. Cuando salió estaba casi ahogándose. Respiraba entrecortado, a bocanadas, con miedo. Entonces volvió de tantas maneras a la asfixia del Cantón Norte. Un trauma es una experiencia que se queda abierta, que vuelve de tantas maneras y no te deja mirar hacia adelante.

La hermana Diana Ortiz, una monja norteamericana, también fue torturada en Guatemala. Tras la tortura, cuando fue sacada en una noche con rumbo a un destino que no quería para ella, se escapó, y no la encontraron. Años después se presentó al congreso de EE. UU. a pedir la desclasificación de los papeles de la CIA que hablaban sobre Guatemala. Lo hizo porque saltó de aquel vehículo hacía nueve años y llevaba todo ese tiempo tratando de dejar de correr.

Pienso en los lugares donde se cambiaron tantos sueños por pesadillas. Y también en la importancia de la verdad para dejar de estar atado a un pasado que te asfixia.



| ¿Con cuántos años?

– No es lo mismo salir con 2 años que con 6.

– A los diez te das cuenta de todo, y padeces más el silencio que en otros tiempos de la vida.

Estos días tomo testimonios del exilio, escucho historias en las conversaciones compartidas. En esta familia, la niña que salió con 5 años, es la que más alemana se siente. El niño que fue traído con dos, en cambio, se reconoce más colombiano. Las identidades, al fin y al cabo, se van construyendo, eso es aquí más evidente. A los 5 años tienes más idea de que fuiste arrancado, más conciencia del miedo, más necesidad de mantener lejos la amenaza. A los dos años, la separación afecta, se nota, duele a su manera, pero la pérdida no tiene esa conciencia.

Hago disquisiciones compartidas con José, su papá, que se pregunta por esos efectos diferentes del exilio. Carolina es hija de otra familia rota, tenía 10 años al salir y sufrió el impacto de los silencios acumulados desde entonces. Ahora, escribe que te escribe, está narrando su vida. Narrar es otra forma de volver a los lugares que duelen y a los aprendizajes que has ido acumulando. Revisitarlos, te da otra perspectiva. Entender a tu madre o tus hermanos, es otra forma de comprenderte a ti misma. Esa es la ecología de los vínculos. La muerte violenta, la desaparición o las amenazas, la violación, las bombas, el reclutamiento y las combinaciones de varios de esos horrores, están siempre en el inicio del exilio, que es a la vez una pérdida y un punto de partida. En la niñez todo es más maleable, los impactos marcan pero también los niños y niñas tienen una capacidad de recuperación que aún no comprendemos. En los campamentos de refugiados de Bosnia, Anel, un niño de ocho años hizo un reloj con los números cambiados, cuando la maestra de la escuela le dijo que dibujara el futuro. Cuando le preguntó qué era eso, expresó algo que podría ser un deseo o una convicción.

– El mal del que hablan los adultos, pasará.

Esa es la responsabilidad.

| Las otras resistencias

La literatura académica sobre el impacto de la violencia y el exilio, hace más énfasis en el daño que en la resistencia. Sabemos más de cómo la gente queda golpeada, que de cómo resiste y se reconstruye. La historia de la humanidad está escrita sobre el poder que se impone a la gente. La que tiene más aprendizajes es, en cambio, la más despreciada.

El exilio está habitado también de esta historia de los vencidos. Un policía que se toma en serio su trabajo, e investiga hechos criminales a pesar de las presiones que tiene para cambiar el guión de las responsabilidades. Un procurador que no se plantea otra cosa que no sea poner su inteligencia al servicio de la verdad. Una jueza que evalúa los hechos y las pruebas, y aunque le tiembla el pulso del miedo, no le tiembla el de la conciencia, esa compañera con la que puedes ir tranquilo por la vida. Ese pequeño y formidable músculo del que hablaba Eduardo Galeano, y que no está en los atlas de anatomía con los que estudié medicina. A veces el músculo se vuelve indomable.

Estas son historias de personas que ante los dilemas que se les presentaron en momentos cruciales de la vida, como una disyuntiva trágica, optaron por perderlo todo, menos a así mismos. Y al hacerlo, nos salvaron a todos. Aquí están, en estos días, son gente de carne y hueso, eso tiene otro sentido. Escuchar a estas personas es una oportunidad única de entender no solo los hechos, sino la profundidad de las historias que pasan desapercibidas, y que nunca llegan a un titular de la prensa. Pienso en el tamaño que tendría que tener esa buena noticia en la primera página.

La historia de los vencidos se escribe apenas en susurros. Como el latido, no se oye, el soplo de la vida no necesita ruido. El destierro que esas decisiones han supuesto, no solo constituye una tremenda injusticia. La resistencia es una lección que necesita ser escuchada, para que se convierte en una enfermedad contagiosa.

| Secretos a voces

El impacto de las cosas no dichas tiene otra dimensión. El silencio es algo a lo que siempre hay que dar sentido. Puede ser una forma de respeto, una escucha, un rechazo, un terror a expresarse o una regla de que no hay que hablar. También un silencio puede ser un reconocimiento de que no hay palabras. El silencio en las víctimas y sobrevivientes es muchas veces una forma de protección frente a los otros: mejor no contarle, para no hacerle daño, no preocuparlo, aislarle del problema.

Hace años, en un taller con las mujeres desplazadas en Barrancabermeja, una niña de nueve años escuchaba cómo hablábamos del miedo en los niños y niñas, y una de las mujeres presentes le preguntó:

– Marcela, usted que está aquí escuchándonos, ¿qué cree que tendríamos que hacer las madres y padres para ayudarles a ustedes a enfrentar el miedo?

Y Marcela, desde la atalaya de sus 9 años, respondió:

– Cuando nosotros preguntamos, nos tienen que responder, porque preguntamos pero ya sabemos, preguntamos para saber si es verdad lo que ya sabemos.

Esa podría ser una declaración contra varias de esas formas de silencio. A veces el pacto de silencio es también de hijos e hijas hacia arriba, para no molestar dejando de preguntar cosas que necesitas para crecer, pero hacen daño. En el caso del Diario Militar, un caso que llegó a la Corte Interamericana y en el que entrevisté a 24 familias, los hijos e hijas crecieron en ese terror y no preguntaron para evitar poner peor a sus madres que lloraban en la noche en silencio, mientras ellas pensaban que no sabían nada.

En esta segunda generación del exilio, el silencio también se escucha en las familias. Como en el caso de los desaparecidos, es un secreto a voces. En este taller con padres, madres, hijos e hijas en el exilio, reconstruimos los vericuetos de estos vínculos, y le ponemos palabras y expresiones a los sentimientos que se han ido acumulando con los años, las distancias y las necesidades de asimilar el impacto de lo vivido y la integración en el presente. Una palabra que circula entre nosotros, asombrada, que camina y acaricia con cuidado.

| Leyendas y verdades trans

En Colombia tenía un salón de belleza. No una peluquería, porque peluquearse es solo una parte de ese sentirte bien contigo misma. Pero el peligro de todos los días y las varias cuchilladas en su cuerpo, la llevaron a huir.

París, 1990. Ser trans es un tipo de exilio de las identidades dominantes que no reconocen la tuya propia. En un contexto de violencia, esas identidades son siempre las más vulneradas.

—La persecución era múltiple. No solo las llamadas limpiezas sociales. Pandillas, instituciones, conflicto armado. Vivíamos una incitación permanente a la violencia. Incluso por algunas mujeres de ese tiempo. No quería tener que llevar un cuchillo en mi bolso para defenderme.

Giovanna es una líder del movimiento LGBTI. Habla de una reparación del Estado y de la sociedad, que ha sido parte de un linchamiento social, incluyendo algunos movimientos emergentes. Un reconocimiento que incluya la injusticia y el desprecio, y reivindique el valor de sus maneras de ser.

El tiempo pasa, pero el exilio forzado, por múltiples razones, daña gravemente la existencia. Reconstruirse es una prueba fuerte, marcada por la tristeza de lo que quedó, de dónde venimos y de lo que vamos perdiendo.

Dejaste allá cosas malísimas, violencia, exclusión, discriminaciones múltiples, dificultades de acceso a la salud. Dejaste atrás todo eso, pero no has dejado un sentimiento de que estás forzada a este exilio. Es una contradicción, venir de todas esas cosas que se dan, y a la vez amar el sitio que las produce.

—¿Por qué otros resistieron y yo me vine acá? Están viviendo el dolor del que yo escapé, pero yo aquí viviendo este otro del exilio y las exclusiones que vienen con él. Al final de mi vida, siempre creo que tendré una pregunta que me rondará: ¿Por qué?

Por qué. Hay preguntas que tienen respuesta. Otras, son un tipo de búsqueda.

| Chasquis del exilio

Mucho antes de que existieran estas redes digitales por las que enviamos historias y abrazos, los Incas tenían otra red por la que volaban los mensajes, a través de caminos de 16.000 kilómetros. Los mensajes eran llevados por los Chasquis, corredores entrenados desde niños, que con un sistema de relevos iban más rápidos que cualquier corcel. Los relevos eran de a pocos kilómetros, y antes de llegar a la nueva posta, tocaban un cuerno para avisar al siguiente para que se pusiera en marcha. El mensaje se transmitía mientras los dos corredores corrían. Una versión ancestral de las carreras de relevos. A veces, los chasquis llevaban un quipu, un mensaje cifrado en nudos de cuerdas de colores, que solo los entendidos sabían leer. Hace 1.000 años.

En las Comunidades de Población en Resistencia en Guatemala, a principios de los años 90, el sistema de comunicación entre comunidades escondidas en el Ixcán eran otro tipo de chasquis que corrían entre los caminos ocultos de la selva. A veces, fui con ellos un ratito, imposible de seguir su paso. Los mensajes llegaban a la siguiente comunidad con los anuncios para las autoridades, los abrazos para la familia o el amor que tenía prisa antes del próximo encuentro. También los mensajes de que se avecinaba una ofensiva y que había que salir corriendo. Una adaptación del conocimiento ancestral indígena a la resistencia a la guerra. Los correos llevaban un morral lleno de papellitos metidos en pequeñas bolsitas de plástico de cigarrillos cerradas con llama de fuego, que se reciclaban hasta 10 veces. Un tesoro en medio de la selva para evitar que el mensaje se perdiera con la lluvia o el río.

Mónica dice que este trabajo es como un chasqui del exilio. Y los mensajes, un tipo de quipu que fue recogido entre la gente, una noticia o una reflexión para compartir. Pienso en la red de complicidades que eso supone, aunque sea más fácil darle a la tecla que correr dos kilómetros a toda máquina. Y en que todo eso se basa en una energía que cuanto más se ejercita, más se produce: la confianza.

| Historias de memorias y de exilios

La Fábrica de Colores no era una tienda de pinturas, sino la industria química más potente del régimen nazi. Había una fábrica en Frankfurt y otra en el campo de concentración de Auschwitz. Allí se producía el gas Zyklon-B, que se usaba para fumigaciones y que luego se convirtió en la forma más eficaz para acabar con la gente. La eficacia es un valor de las armas de destrucción masiva que se ha ido reproduciendo en múltiples modalidades desde entonces. Las rondas del exilio, te llevan a otros paisajes de los que aprender.

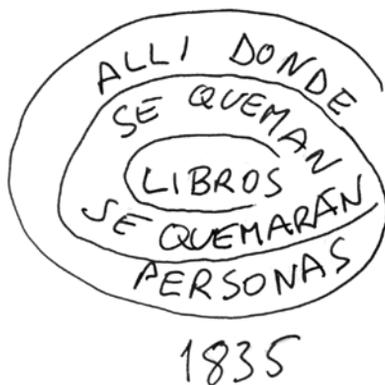
Hoy paseamos por este Frankfurt financiero. Allí, una residencia de artistas era en esa época el lugar donde se quedaba Hitler cuando llegaba a esta ciudad. En frente, una casa convertida en un centro de torturas, donde fueron llevados muchos estudiantes. Nada lo recuerda. Pero en este teatro de la ópera, hay una placa con los nombres de 24 barítonos, dramaturgos, violinistas asesinados por el régimen nazi. En otro antiguo edificio, sede de una famosa empresa de todo tipo de máquinas, tampoco hay nada que recuerde que ahí, desde los sótanos, se oían los gritos en la calle. Un poco más adelante, el hotel que se llama “Montaña de Piedras”, tenía hasta hace veinte años un plato típico que se llamaba sopa marrón. Marrón era el color del partido nazi.

La ciudad vieja de Frankfurt fue destruida en 1944 por los bombarderos aliados. En 2018, el centro histórico fue reconstruido dejando los edificios de la época como si nada hubiera pasado. La belleza de esta parte antigua, con sus casas de fachadas de cuento, no es una forma de memoria, fue un proyecto de poner las cosas como estaban entonces. Dejarlo todo como antes, muestra una belleza desprovista de recuerdos. Como un puente ficticio que pasa de puntillas por la tragedia. Paseo pensando en la diferencia entre representar una realidad y asimilarla.

En el centro de la parte vieja, está el único recuerdo verdadero. Una inscripción en el suelo de un texto de Heinrich Heine, el poeta alemán de origen judío de principios del siglo XIX, que dice: “Allí donde se queman

libros, se quemarán personas”. Un aviso 100 años antes que nadie escuchó. Una de esas verdades que solo sabe decir la poesía.

Heine tuvo que exiliarse por sus ideas políticas en París en 1835. Este paseo por Frankfurt, bien podría ser por Colombia. Pienso en los lugares que necesitan su memoria para hacerla compartida y en los exiliados y refugiados de hoy, en lo que nos avisa en el presente y lo que nos recuerda lo que pasó.



| El derecho al abrazo

Eduardo Galeano decía que hay otro tipo de hambre muy extendida, el hambre de abrazos. Ese es un potente estresor para la gente en el exilio. Los estresores son aquellas cosas que hacen daño, que aumentan tu malestar o la tensión que te toca vivir. Estar separado de la gente que quieres es, probablemente, uno de los mayores.

Por miedo a las represalias, no hablas mucho con ellos. Tú no puedes viajar allá, y ellos poco pueden hacerlo acá. La separación familiar es un daño invisible, no solo por la pérdida del apoyo, de la fiesta, de las salidas juntos, de una presencia que te abraza. También porque unos piensan en otros de otra manera. Manuel era un alto funcionario del Estado. Por ser honesto está aquí.

—¿Cómo le estará yendo en Bonn? Con ese alemán tan difícil, ahora sin plata, con ese trabajo tan bueno que tenía aquí, piensa la madre.

— ¿Podrán seguir sin mí? ¿Les harán daño a mis padres para afectarlo a uno?, piensa él.

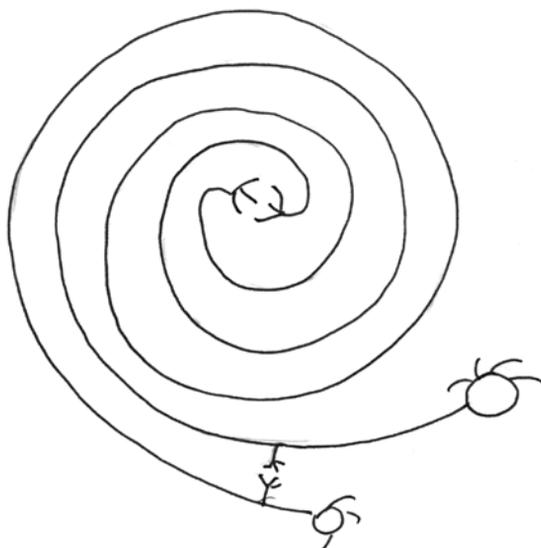
Ninguna de esas preguntas se pronuncia. Simplemente están. Y no tienen respuesta, si no hay un cambio de situación en el país, y si no hay justicia frente a los responsables. El refugio a veces es un corsé que no te deja respirar. Hace años, Efraín vino con su familia, pero como su hijo recién había cumplido los 18 años, lo separaron del resto y de los padres, porque era ya adulto y tenía que vivir independiente. Una locura y un ejemplo de que demasiadas veces la necesidad de cambiar y adaptarse se pone en el refugiado o refugiada, y no del sistema o la sociedad.

La abuela del otro lado le dice al nieto que crece:

— ¿Cuándo los podremos abrazar?

Hace un par de años iba a presentar en El Aaiún, Sahara Occidental, un territorio en el norte de África ocupado militarmente por Marruecos desde 1976, nuestras investigaciones sobre los primeros ocho desaparecidos saharauis encontrados en dos fosas comunes. Cuando bajé del avión, los agentes de inteligencia del aeropuerto me hicieron de nuevo subir. Cuando pedí explicaciones, me dijeron que mi presencia era un problema para el orden público. Meses después se lo dijeron también al Grupo de Trabajo de Desaparición Forzada de Naciones Unidas, cuando se quejó de ese absurdo como una violación del derecho de las víctimas a conocer la verdad.

En este caso, el exiliado de la gente era yo. Y si algo me dolió de aquello no era la amenaza que conllevaba. Es que alguien se cree con el poder para quitarte el derecho al abrazo. La separación familiar forzada, te quita también ese derecho humano.



| Círculos de resistencia

Es raro escuchar a un juez militar hablar de resistencia. Otro de nuestros estereotipos.

– La pareja es la primera unidad de resistencia. Sin ella no hubiera podido seguir adelante. Ella me entendió y me animó, cuando todo a mi alrededor se hizo hostil. Después, vino conmigo en este exilio que lo es menos porque es compartido.

La resistencia se basa en la solidaridad. Cuando estaban en la Iglesia que los acogió, pocas semanas después de llegar, el pastor preguntó si alguien sabía español. Un hombre se levantó e hizo de intérprete. Cuando eres refugiada, tu presentación pasa sin remedio por hablar de por qué estás aquí. Atrás quedaron tantas cosas de lo que eras. Ese es tu nuevo punto de partida. El hombre se puso a traducir lo que ellos habían vivido. Se convirtió en el primer puente con el país, y su solidaridad en el segundo círculo de resistencia.

Las fotografías que vemos esta mañana no son solo del pasado, son también de este presente impuesto en el que encontraron manos amigas:

– Este es el hombre que hizo la traducción aquel día, desde entonces nos hicimos amigos. Jacques. Y esta es la primera foto de mi bebé que nació aquí, y se la regalé a él.

De la resistencia y el apoyo pasamos a contar los hechos que se enlazan unos con otros, en un hilo narrativo que te lleva al submundo de la corrupción y la violencia. Las amenazas, el aislamiento, los señalamientos por investigar lo que se consideraba prohibido. Todo lo que le pasa a la gente, pero esta vez en un alto funcionario del Estado. En esa habitación se encuentran varios mundos que se abrazan en este testimonio. Como si las palabras no solo llenaran un vacío, o expresaran lo indecible, sino porque de repente son un nuevo tipo de vínculo. Estamos aquí, en la Comisión de la Verdad que camina por el exilio. Y esta mañana hay dos convicciones, mientras nos ofrecen un almuerzo:

– Decir la verdad en Colombia es un problema. Por eso estamos aquí.

– No lo hice sola. Otros profesionales que trabajaban conmigo lo hicieron también posible.

Tal vez este trabajo sea el tercer círculo de la resistencia.

| Diálogos de Argentina

En agosto de 1976, en las escaleras de este lugar que dio la bienvenida a tanta gente, estalló una bomba que afortunadamente no hirió a nadie. En el agujero que dejó, hay una inscripción que es una bella forma de reparación: *Felices los que trabajan por la paz... los perseguidos por practicar la justicia y la verdad.*

Mucha gente había entrado esas semanas por esta puerta. Este colegio e Iglesia de Los Pasionistas se convirtieron en un centro de acogida de refugiados internos que huían de la dictadura. Para quienes recibían a la gente, los motivos no importaban:

– Me basta saber que lo necesita, no hace falta que me cuente toda su historia.

Los curas también fueron acusados de comunistas, y alguno de estos refugiadores se convirtió después también en refugiado. Aquí se fundó la Asamblea Permanente de DDHH, aquí se reúnan las Madres de Plaza de Mayo. Aquí también vino el teniente Astiz a infiltrarse entre el amor de las madres por sus hijos desaparecidos, para después contribuir a su desaparición y su tortura. No hay imaginación para tanta perversión. Mientras ellas trataban de protegerlo, él se dedicaba a denunciarlas. De este mismo lugar, en diciembre de ese año, un operativo de la Armada se llevó a 12 personas, varias de las fundadoras de las Madres, y las dos monjas francesas que las acompañaban. Hay veces que estás en lugares en los que los que te han precedido han dejado lecciones de vida.

Fueron llevados a la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), un centro clandestino de detención en pleno centro de la ciudad, antes de ser tirados al río de la Plata en aquellos vuelos de la muerte. Los cuerpos de varios de estos desaparecidos, fueron escupidos por este río-mar, como un acto de desobediencia, una semana después. Solo muchos años más tarde fueron identificados y sacados del olvido.

La guía que nos lleva por esa historia dice:

– Su nueva sepultura en este jardín ya no fue un entierro, sino una siembra.

Hay lugares, como la ESMA, que son un antídoto contra el terror, a los que las escuelas y miles de visitantes, acuden cada día. Otros, como este, son vacunas contra la indolencia.

Estos días hacemos aquí la formación de equipos de Chile, Uruguay y Argentina para la toma de testimonios, ese ejercicio de escucha que conlleva esta Comisión y las historias que habitan el exilio. Lo mejor de este lugar no solo es la memoria que lo habita. Es que entiende de lo que hablamos.



| Por eso estamos como estamos

Las mujeres sindicalistas con las que trabajamos hoy han tenido que enfrentar múltiples estigmas, como el de guerrilleras, consecuencias e impactos que les han marcado la vida de muchas distintas maneras que a los hombres. A las mujeres siempre se las culpabiliza más de todo. Otra modalidad de esos estereotipos sexistas. Han tenido que echarse al hombro sus familias o quedarse solas. Las consecuencias en sus vidas y las de sus hijos están en el centro de esta línea del tiempo que habla sobre los impactos acumulados en los surcos de los años.

Una línea del tiempo es un espacio para juntar los pedazos de lo que, para cada una de ellas, ha sido importante en esta biografía de la violencia antisindical en Colombia. Estas son algunas verdades de ese diálogo.

La mamá de Mónica dice que ahora no pueden tener la puerta abierta de su casa, que la finca tiene problemas porque ella se metió en otros:

– Por que usted decidió ser abogada de los pobres.

Con lo que está pasando con los líderes sociales, también la muerte pasa a la categoría de definición:

– Mataron a un líder social, uno que hacía lo que usted hace.

Pero ser parte del sindicato también te hace conocer más cosas de esa realidad que pide a gritos transformarse:

– Desde que soy del sindicato, he conocido la verdad verdadera, y eso sensibiliza a la familia. La gente tiene los ojos cerrados.

Cuando fue elegida en un alto cargo del sindicato, llegó un día una corona de flores. Ella preguntó quién había muerto:

– Siéntese, la corona vino para usted.

Otra vez llegó una bolsa de sangre. Otro, pusieron una caja en la entrada del sindicato que pensaron que era una bomba. Cuando llegó la policía y la abrió, dentro había una cabeza de perro.

– Yo fui sobreviviente de un atentado en el que dos sicarios dispararon desde una moto. Cuando mi sobrino ve pasar una cerca, se mete corriendo en la tienda.

Para que no sigamos como estamos, hay que capacitarse para ser de la directiva. Las mujeres ya no vamos a aceptar ser parte del tercer renglón para ser elegidas. Lo resume así:

– Hay que enamorarse de este trabajo.

SINDICATO♥

| El detalle que lo es todo

En historias tan llenas de dolores y tragedias de la guerra, los detalles te muestran lo que no entra en las estadísticas sino en los significados. Las cosas que nos tocan en tiempos de megamuerteres, de miradas para otro lado y, a la vez, de solidaridades que cruzan mundos y fronteras.

En este taller en Argentina, mientras nos entrenamos en el ejercicio de escucha, de lo que supone tomar testimonios de las víctimas, aparecen también nuestros miedos.

– ¿Y qué pasa si en un testimonio la gente cuenta detalles que son el drama?

El miedo tiene a veces ese ojo crítico que te pone en el centro las cuestiones decisivas. Hace unos años estábamos trabajando con un grupo de la Ruta Pacífica de las Mujeres en el Cauca, mientras cada una de ellas bordaba unos trozos de tela con su trocito de historia que iba a ser parte de una colcha construida por todas. Mientras trabajábamos esa tarde con hilos y tijeras, con colores y pedazos de nosotras mismas, cada una se concentraba en una imagen o unas palabras que iban a ser parte de un todo.

Una de las mujeres bordaba un perro rojo, con un fondo azul. Así nomás. Todos los demás trocitos de tela tenían flores, lentejuelas, un mensaje. En la puesta en común, Sonia empezó a contar todo lo que le pasó. Duele todo lo que cuenta. Cuando iba saliendo de ese horror, de la muerte de familiares y vecinos, de la destrucción de su casa, y de lo poco que pudo sacar con ella, no había maleta para llevarse nada. Agarró unas pocas cosas en un bulto en la cabeza, y el perro entre los brazos.

Cuando por fin llegó a la carretera, esperó el bus, con el miedo en los talones. Pero al subirse, por fin aliviada, el chofer no quiso llevarla. Le dijo:

– El perro no.

Y no hubo manera, ni lágrimas para ablandarlo. Solo un no que le rompió el corazón.

Mientras lo contaba, andaba milagrosamente entera, pero ahí llegó el detalle de la profundidad de la historia.

| Las mejores armas

Cuando la Procuraduría de derechos humanos empezaba su trabajo, hace ahora 25 años, le tocó investigar un caso de torturas en Urabá. La víctima, que era un trabajador del banano y sindicalista, estaba malherida, así que había que ir a escucharlo a una cama de hospital, maltrecho como andaba. Los relatos de tortura vuelven a detalles que son como lugares del crimen, donde puedes encontrar aún restos de la infamia. A él lo habían colgado de la cadena donde van sujetándose los racimos de banano, colgado boca abajo lo golpearon en toda su humanidad, porque es eso lo que se tortura no solo el cuerpo. Cuando ya no podía más, la cadena se descolgaba, pero no para bajarlo sino para meterle la cabeza en el barro, esa tortura de asfixia tan extendida en los territorios del terror en el mundo.

La Procuraduría estaba inventando las formas de investigación con peritajes, pruebas científicas además de testimonios. El médico recogió muestras de barro de la nariz y los oídos, que coincidían con el barro del lugar donde todo había pasado. La suspensión disciplinaria al capitán por torturas en ese tiempo era de 90 días, y mucha frustración de las víctimas e investigadores. También en España muchos torturadores han tenido condenas de unos meses, porque la tortura se identifica con las lesiones de un accidente de tráfico, y la gravedad con los días en que te dieron la baja laboral. Si hay un delito en el que la ausencia de cualquier atisbo de proporcionalidad del derecho clama al cielo es este.

En su nuevo trabajo, les dieron un curso de armas, pero ella nunca ha querido llevar una. Para hacer los operativos, iba a punta de valor y de coraje. Cuando se estaba llevando a cabo la masacre de La Rochela, su jefe le llamó para decirle que no saliera del hotel, porque ella estaba investigando otros hechos por la zona. Así de duro era todo.

En ese tiempo y en todos los años siguientes, el país no quería escuchar, dice que estaba cerrado a la verdad. Después del asesinato de Mario y Elsa,

los investigadores del CINEP, le tocó salir del país. Hay veces que el exilio es así: hasta aquí hemos llegado. Antes, otro alto cargo del ejército le había dicho que la fama la precedía y que nadie quería caer en sus garras. Pero ella respondió con esas verdades que desarman.

– ¿Garras? Si yo me como las uñas...

En esos tiempos, solo un pequeño grupo de agentes del Estado y organizaciones de derechos humanos trabajaban en esto, los demás no querían saber.

Ahora cree que es diferente, hay mucha más apertura para la verdad, pero tiene que incluir no solo lo que pasó, sino el análisis de los intereses y el costo en vidas humanas que todo ello ha conllevado. De que era una exiliada se dio cuenta un año después de serlo, cuando no pudo volver.

– Hay que hacer algo para que el exiliado deje de ser un paria. ¿Cómo ayudo?

| Hay dos orillas

Estos días, trabajamos en dos grupos. Uno tiene más cumpleaños que otro. Uno son padres y madres, otro de hijos e hijas. Los dos están tejidos por el exilio. Llevamos tres días hablando juntos y después en cada grupo, expresando cómo se han vivido todos estos años, la ruptura, los impactos, la adaptación y resistencias que los habitan. Cada quien lee esta mañana la parte que trabajó el otro grupo. Como si de repente cambiáramos de orilla para ver qué se ve y sobre todo qué se siente de esa otra.

Desde aquí tiramos un cabo de cuerda al otro lado. Desde allá, nos tiran otro cabo. Se trata de hacer un puente entre estas dos generaciones. Pero aún hay que coordinar mejor cómo se cruzan, así se teje un puente.

Cuando le preguntamos a cada quien qué es lo que ha visto en la cartelera que hizo el otro grupo, varios de los que hablan, dicen:

– Ya lo sabía, pero ahora lo conozco. Eso lo dice una de las hijas, cuando lee una frasecilla que dice que dice su madre. Y un padre, les dice a sus hijos eso también.

Sin embargo, hay muchas historias a medias. No solo por lo que se cuenta, sino por lo que no se dice. De eso queremos saber. Los jóvenes resumen lo que más necesitan de los adultos. Que respondan a sus preguntas. Que nos hablen de sí mismos. Que nos dejen volar. Otro de ellos resume todo el trabajo y la vida de este encuentro compartido:

– Entrar, no ya en el relato de la historia, sino en la intimidad de lo que se vive.

| Mochilas

– Mamá, cuéntame que tengo que ir a Bilbao.

José Camilo es un joven exiliado en Reino Unido. Viene al encuentro de segundas generaciones, y quiere que su madre le cuente algo más para poder compartir con otros. Su mamá le promete que le mandará un correo electrónico mañana, al llegar.

Después de leerlo, José Camilo lo agradece, pero se queda como está. Es lo que ya sabía.

Hacemos un trabajo en dos grupos estos días. Los de más y los de menos cumpleaños. Yo soy del grupo de los que más, pero como andamos de testigos de este milagro, paso de grupo en grupo sin que la edad sea una frontera. Los y las jóvenes hablan de las historias que han dividido. En parte son las historias de otros, de sus padres y madres, las que los trajeron hasta aquí. Sin embargo, no saben muchas cosas de esas historias. Muchas veces, los padres no les contaron para no cargarles con esa mochila que ellos trajeron. Otras, el relato es superficial, a veces tanto que te deja igual. José tiene una hija Juanita, de apenas cinco años que ya es la tercera generación si le ponemos secuencia a estas dinámicas colectivas de volver a nacer, que cuando él se queda pensando, como ido, le mira a los ojos y le pregunta qué piensa. Como esas veces que no queremos preocupar:

– Nada, nada.

Pero ella le dice certera:

– Pensabas en Colombia.

Camilo dice que los padres y madres, les han traspasado una mochila de la historia que trajeron al exilio, tantas veces sin saberlo y sin hablarlo. Y que él, que ahora es padre, también tiene su forma de transmitir su pedazo.

Y no es una mochila plagada de historias. Está llena de silencios.

| Líneas del tiempo

Hacemos en los dos grupos una línea del tiempo. Una línea del tiempo es una excusa para poner en relación las distintas historias vividas. Un método para trabajar reconstruyendo los pedazos que aporta cada quien. Qué pasó en Colombia para que tuvieran que salir. Los detalles de fechas y hechos habitan los papelógrafos que se extienden llenando la pared.

En la habitación de al lado, trabajan los jóvenes. Ahí hacen su propia línea, pero protestan por tener que hacer algo que ven tan mecánico. Ellos y ellas quieren algo vivo. De este lado de la pared, nos interesa más la experiencia. Como una frontera de sentires, los ladrillos que separan los dos papelógrafos no saben como entablar un diálogo entre esas historias. Para un diálogo necesitas un mismo idioma. O alguien que haga de traductor. Aquí tienes lo primero, pero necesitas algún tipo de lo segundo.

Los jóvenes dicen que más que una línea del tiempo, su línea es emocional. Y tienen razón. Por eso se identifican más entre sí. Lo que uno cuenta, la otra lo ha vivido. Y los pedazos de cada quien son un tipo de nosotros. Las lecciones de quienes llamamos la segunda generación. Ese nombre en el que no nos reconocemos.

Cuando hablan de las cosas que no les han contado los mayores, no se refieren sobre todo a los hechos. Aunque hay una larga lista de silencios sobre lo sucedido, ponen énfasis en lo que más echan en falta:

– No que nos hablen de lo que pasó, sino de lo que les pasó. De lo que vivieron. De cómo se sintieron.

Para los adultos, la historia política es de lo de hacia afuera. Para los jóvenes, la política es también emocional, y pasa por los hacia dentro. Las emociones tejen la vida compartida. Los hechos son una forma de memoria que se transmite de forma unidireccional. Pero los sentimientos es algo que nos acerca. Así, nos entendemos.

| El cuarto oscuro y la luz



Las metáforas de estos días nos acompañan. Se convierten en un significado compartido, en una forma de complicidad. Una historia de alguien, que ahora es una mirada nuestra.

Para Sofía, hay un cuarto oscuro. En él, los muebles se mueven, alguien los cambia de lugar. Pero no sabes bien qué se toca, ni por qué. En la penumbra algo se adivina, pero nada se sabe. No hay forma de orientarte ni de entender. Así sienten los jóvenes esta historia del exilio y sus silencios, tantas veces. La habitación no es solo el lugar en el que vives, es la propia vida. La de la tarea de ponerle luz tiene que ser compartida.

En la despedida, como muestra de que las metáforas nunca vienen solas, Pilar nos regala otra que dialoga con esa. Ella que es fotógrafa, estaba revelando fotografías con el método antiguo, en el que no tiene que haber ni un mínimo rayito de luz en la oscuridad. Donde no vale la penumbra, sino la noche más oscura. Entonces tienes que tener todas las cosas en su sitio, porque te vuelves ciega para trabajar. Una vez que tienes el mapa de donde está cada cosa, negativos, líquidos, bandejas, todo se oscurece y puedes empezar. Solo el tacto te salva ese tiempo. Si entra la luz, los negativos se velan, porque la película solo quiere verla cuando ya esté todo el trabajo hecho.

– Pero no había manera, había una luz en algún sitio porque yo veía.

Pilar se pasó el tiempo dando vueltas, preocupada, para tapan esa gotera de sol que debía haber en algún sitio. Pero todo estaba cerrado a cal y canto, esa otra metáfora de cuando se taponaban las casas para dejarlas herméticas. El laboratorio de fotografía tiene esas tareas obsesivas. Vuelta que te vuelta, se quedó por fin parada para pensar. Si no había ninguna rendija ni gotera, esa luz venía de dentro de la habitación.

Venía de ella.

| Formas de transmitir

– El amor por la dignidad pasa por la leche materna.

Así habla mamá Rosario, sobre la relación con los hijos y lo que estos aprenden, siguen o elijen. A ella, enamorada de la vida, le tocó empezar su trabajo de médica, haciendo autopsias y describiendo las heridas de motosierra. Y la muerte se le pegó a la piel por muchos años. Cuando trabajaba con víctimas de minas, las amenazas pasaron de la raya de lo inminente, y ella tuvo que cruzar la del exilio. Pilar salió de Colombia con el listado de 2.000 desaparecidos bajo el brazo. Sacaba a la gente de Colombia, antes de enterarse ella misma, cuando le tocó salir, de que eso se llamaba exilio. Tuvo que decírselo otro refugiado.

A Colombia, el país de los asuntos pendientes, Mario quiere poder regresar cuando haya encontrado a su madre desaparecida, ya sin la urgencia de restañar esas heridas. Amenazas, atentados, muertes que pasan de refilón o te dan de lleno, llenan esta pared de historias. Cuando la miras, eres consciente de la cantidad de dolor acumulado en este grupo que hoy busca las palabras para situarlo en algún lugar de sus vidas que no lo ocupe todo. Una comisión de la verdad es un espacio, como este, para poder hacer cosas para las que nunca hay tiempo.

– Los problemas de los padres son tan duros, que te sientes responsable, te los llevas como tuyos.

Supongo que esa es otra forma de mamar, que no pasa por la leche materna.

| La rabia y la convivencia

Esta tarde de confidencias, todos y todas hablamos de la rabia. Por tener que salir. Por sentir que el otro es responsable de lo que me pasó. Por ese dolor acumulado, injusto, provocado, intencional. Porque no me contaste. Porque lo hiciste a medias. Porque perdí mi rol social. Porque no pude seguir con mi trabajo. Porque os hice cargar con las consecuencias de mis opciones. Porque me tocó asumir todo. Porque perdí un pedazo de mi infancia. Porque tuvimos que separarnos.

La rabia aparece por todos lados. La de los jóvenes y la de los mayores, y las diferencias de cada quién. Aunque tienen apellidos diferentes todas vienen de la humanidad a la que no le dejaron ser, y que busca así su pedazo de justicia. Esta rabia no viene con sus fantasías de venganza, que son tantas veces una válvula de escape, ni desde luego con ningún proyecto de odio. Hablar de ella es ponerle palabras a la ira, que se caracteriza precisamente por no tenerlas. Entonces la rabia no sé si se calma, pero se mira en ese espejo. Y cuando es de los varios lados del diálogo, probablemente saldrá algo.

Esa rabia teje no solo relaciones personales sino también actitudes políticas.

– Mi tío dice, cuando llego a su casa. Mejor de política no hablemos, porque vamos a pelear. Y yo le digo: Tío, sí, mejor hablemos, peleemos. Aunque discutamos, aunque no estemos de acuerdo. Cómo vamos a transformar esto, si no es así.

Se trata de encontrar herramientas para conocernos. Un diálogo para la convivencia.

| Desacralizar para humanizar

La verdad puede ayudar a desmitificar tantas cosas que son parte de la guerra. Para desacralizar han que bajar a la gente del pedestal y a las historias de la epopeya.

– Cuénteme lo que vivió. Sí, también hábleme de su duelo.

Para que sea un modelo hay que hablar en horizontal, y tener los matices de la gente, de los hechos, de las cosas. Así te puedes identificar con alguien. Si no, hablas con, o sobre objetos.

También eso forma parte del trato con uno mismo, no solo con los demás. Los contextos de militancia política, la defensa de los derechos humanos o el rol de cuidadores en la familia en medio del peligro, lleva tantas veces a hacerse rígido con uno mismo. La flexibilidad es también una capacidad de resistencia:

– Autoperdonarme es una forma de autocuidado.

| Plan A

Adolfo habla del fracaso de varios procesos de paz en Colombia y de la vuelta a la guerra. En los primeros años de la década del noventa, varios grupos guerrilleros se desmovilizaron.

– En todo proceso hay un plan A y un plan B. El plan A, es cuando todo va bien, y hay cumplimiento por el Estado. El plan B, es para cuando el Estado no cumpla. Y en ese caso, hay que volver a la guerra.

En 1999, en el proceso de paz con las FARC en el Caguán, el plan A era el avance de la negociación, pero el plan B era armarse para seguir la guerra. Esos dos planes guiaron al Estado y los paramilitares, así como a las FARC. En 2014, en el proceso de paz con las FARC, Alfonso Cano, su máximo líder en aquel entonces, murió después de ser detenido, tras un bombardeo. La guerrilla siguió con el plan A. No había otro que la paz. Cuando el Estado empezó a no cumplir o empezaron las muertes de militantes y líderes, las FARC se mantienen en el proceso, aunque otros empezaron con el plan B.

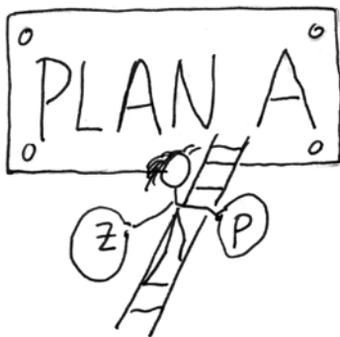
En la desmovilización de la Corriente de Renovación Socialista (CRS) en 1993, Enrique, el líder militar que llevaba la negociación, fue asesinado cuando llegaba al lugar en el que se reuniría con el mediador. Quienes se sintieron engañados, volvieron al monte o se perdieron. Colombia tiene amplia experiencia en que quienes quieren boicotear los procesos de paz, patean la mesa para acabar con la negociación, dan rienda suelta a sus objetivos, y vuelven a las andadas.

Adolfo estuvo metido en la guerra hasta los dientes. Era un guerrillero profesional, a punto de quedarse solo en la vida. Muchos de sus compañeros fueron detenidos, desaparecidos, torturados y asesinados. Cada muerto era un motivo más para seguir. Cuando habla, cada palabra y cada recuerdo le duele. Su reflexión es profunda y no se queda en el análisis político

de quien encuentra razones en la falta de voluntad del otro. Sabe de los incumplimientos y que la falta de voluntad ha sido parte de la historia de Colombia. Pero me asombra su profunda convicción:

– No hay otra alternativa que tener solo el plan A.

Desde el exilio a veces hay visiones rígidas de la historia, pero otras veces hay una lucidez a prueba de bombas. Cuando no hay cumplimiento, la única alternativa es seguir insistiendo, hasta quebrar al horror y sus secuaces..



La conciencia de la medida del conflicto armado interno

Los datos de la violencia señalan que en 60 años de conflicto armado en Colombia ha habido 260.000 muertos y desaparecidos. Cifras tan grandes que cuesta imaginar o tener una dimensión de lo vivido. Si todo ese tiempo se redujera a la medida de una semana, podríamos decir que de cada 100 muertos, 1 había sido entre el lunes y el martes. Eso corresponde a los primeros veinte años de la guerra. El miércoles, las muertes subieron a 6, o sea en la década de los años 80. Ese es el tiempo del estatuto de seguridad, la represión a los movimientos sociales y de las guerrillas que toman fuerza.

El jueves, o sea la década de los años 90, los muertos ascendieron a 32, un tercio del total. Alrededor del proyecto del nuevo país que trataba de construirse con la constitución de 1991 que se aprobó a las 8h de la mañana. Para las 12h, se había dado la desmovilización del EPL, el M-19, el Quintín Lame y la Corriente de Renovación Socialista, pero en las horas siguientes las muertes se multiplicaron de nuevo y mucho más. A medianoche de ese jueves, tuvo lugar la negociación del Caguán durante una hora, en medio de la violencia paramilitar y el rearme de la guerrilla y el Estado. La guerra creció por todos lados, porque el viernes las muertes fueron a mansalva, 55 personas de cada cien que murieron en todo el conflicto armado, ocurrieron ese día a pesar de que en esas últimas horas se dio la desmovilización de miles de paramilitares. Es decir, casi 6 de cada 10 víctimas mortales se dieron anteayer. También en esa época el desplazamiento forzado y el exilio adquirieron proporciones gigantescas. Del total de desplazados y refugiados 9 de cada diez se dieron en esa misma época, hace dos días.

El sábado, las estadísticas del horror bajaron a la proporción de 6. Se avecinaba el Acuerdo de Paz con las FARC. A las 22h, las muertes fueron las más bajas de toda la semana, un descanso antes de ir a dormir. Pero las últimas horas de este sábado, de nuevo las muertes se alargaban, a la vez que el proceso de paz se convertía en motivo de disputa política. Mañana es domingo, estamos ante una nueva década y ante la necesidad de un compromiso y una cultura que haga inaceptable volver atrás.

| Esa cosa del sanar

Las heridas tardan en sanar. Las heridas de la guerra son anfractuosas, no son limpias de esas que se cosen así nomás. Se infectan fácilmente, porque la intencionalidad es un arma muy destructiva que carcome los tejidos. Muchas veces, la herida se va rellenando de una cicatriz fea y deforme, aunque en este caso sea invisible. En otras ocasiones, la tocas un poco y vuelve a sangrar, como si el tiempo no hubiera hecho su aporte a la tarea.

Hay veces que ni sabes de esa herida. La notas cuando algo te roza o te golpea un dolor insospechado. Otras veces, tiene una presencia permanente, que tienes que aprender a tolerar. A veces, hablas de ella para quitarle importancia o para que se sienta bien tratada, porque el silencio ayuda un tiempo, pero luego le sienta mal. Cuando la puedes expresar, puedes dar pasos para entenderla, y entonces entenderte, lo que es parte del camino. Pero en las culturas indígenas, los traumas son una ruptura del equilibrio entre la persona, los demás y la naturaleza. La terapia o el ritual son un mundo, en el que la persona debe también hacer algo, poner de su parte. Los cambios no se dan de fuera hacia dentro. De afuera se aplican estímulos para que dentro se animen las fuerzas curativas.

Las ideas sobre la sanación rondan el trabajo de la verdad. Hablar de lo escondido ayuda, aunque tiene que tener sentido para la persona. La verdad es un marco social para que las experiencias puedan expresarse o colocarse en un panorama compartido. Los hechos tienen una causa social y política, pero no hay espacios colectivos de reconstrucción, porque da miedo hablar o te pueden señalar. La verdad duele también porque saber detalles del horror puede exponer a la persona al poder de los victimarios. En otras, porque hablar es volver al lugar de los hechos, por eso hay que hablarle pasito y, sobre todo, escuchar lo que se mueve. Para las víctimas, la verdad dicha por un tribunal o una comisión es una suerte de “por fin”: alguien dice lo que de verdad es. Como si eso fuera un sol que ilumina, y que ya no se puede tapar. Cuando lo que a mí me pasó, es parte de lo que pasó.

| Desdibujando al refugiado

– La despolitización del refugiado es parte de una tendencia mundial. Se desdibujan las causas de la salida, y la gente se convierte en migrante por una mezcla de cosas que dan una imagen más amorfa. Se limita el acceso a un estatus de protección, y al refugiado se le ve como una persona dedicada a lo económico. Sobrevivir. Se desdibuja el lazo con los hechos. También se desdibuja su capacidad de acción social o política y su defensa de los derechos.

Así habla Carmen desde su acento andaluz en estas tierras. Esa despolitización conlleva más dificultades para acceder al estatus de refugiado, tiene una implicación subjetiva porque te conviertes en alguien que pide ayuda o se busca la vida, dedicado a la subsistencia y a obtener apoyo. Y un impacto discursivo, porque el refugiado queda desautorizado como interlocutor y actor con capacidad reivindicativa. Todas esas verdades juntas, hacen un párrafo clarividente.

El refugiado bueno es aquel que se busca la vida y se invisibiliza. Los refugiados son tolerados si cumplen estas expectativas. El refugiado malo es aquel que reivindica, que toma iniciativas que no entran en el marco de lo previsto.

Debilitar el lazo con los hechos, te quita el derecho de protección. Y externaliza la protección en organizaciones humanitarias, que tienen que aplicar lo que hace tantos años hemos aprendido, que la ayuda humanitaria y los derechos humanos son parte de lo mismo, y no tienen que perder su perspectiva crítica. Convertirte en un agente económico, lleva a una unidimensionalidad de la vida en la que eres visto como objeto de ayuda o sujeto de tu propio emprendimiento. Por su parte, las dificultades para organizarse y convertirse en un agente con voz propia, no alguien del que siempre otros hablan, hacen que la invisibilidad se perpetúe. El miedo a no recibir los apoyos condiciona que puedan escuchar, sin intermediarios, tu voz.

Estas verdades son parte del trabajo de la Comisión de la Verdad. Hace poco en un encuentro con los jóvenes de la segunda generación, uno de ellos reivindicaba lo que sería el reconocimiento:

– Que se sepan los motivos del exilio. Esa verdad te reivindica.

| Datos, estadísticas, números que hablan

Estamos en la universidad FLACSO en Quito, en unas Jornadas de Justicia Transicional sobre Colombia. También desde fuera de las fronteras, se acumulan conocimientos y experiencias. Las presentaciones y debates van sumando verdades:

– Los Estados se excusan de la corresponsabilidad, porque nadie es responsable. Fuera de Colombia, hasta los Acuerdos de Paz se han usado para denegar el refugio, porque ya no habría motivos para pedir asilo.

– Según las estadísticas oficiales, desde 2012 a 2017, 907 personas retornaron a Colombia. En 2018, fueron 161. En 2019, retornaron 98. Es decir, en total han retornado oficialmente 1.166 personas. El punto 5.1.3.5. del Acuerdo de Paz, habla de las políticas de retorno, que todavía andan desaparecidas.

– En Ecuador, desde 1983 hasta ahora ha habido 183.000 demandantes de salido, de ellos 150.000 desde 2004 hasta la actualidad. Después de la firma de los Acuerdos de Paz, 18.000 colombianos han pedido asilo en Ecuador.

– En España, en 2017 hubo 2.500 demandas de asilo colombianas. En 2018, se multiplicaron por más de tres, fueron 8.800.

Los números a veces hablan tan profundo como las letras. Y aunque tantas cosas no les caben, también tienen menos afición a mentir.



Condiciones para la reconciliación desde el exilio

Debatimos sobre las acciones, encuentros y posibilidades del perdón y la reconciliación. Entre tantos sentidos, Carlos investiga los que tiene la población colombiana refugiada en Ecuador. Critica que en muchos espacios en Colombia, las visiones del perdón son interpersonales, como si ocurrieran en el aire, y que se ven solo como un cambio de afectos considerados negativos, como el dolor o la rabia, por otros positivos de aceptación y benevolencia. Y en general predomina el discurso de los victimarios en eso.

Jorge critica que el peso se pone siempre en las víctimas. Y que en un continuum entre el odio como proyecto que busca la venganza y el perdón absoluto, hay una graduación de posibilidades desde la coexistencia fría al dejarlo estar, la colaboración instrumental o la cooperativa. Y que probablemente los extremos son lo menos indicado en estas situaciones. Y la imposición, la peor de las recetas.

En un estudio realizado en Ecuador, en estos meses, el 80% de las víctimas entrevistadas no ven condiciones para el perdón ni la reconciliación. Para abrirse a un proceso así, las cosas tienen que cambiar. Es decir, tiene que haber un marco y significado social. Si tu historia no cuenta, tú tampoco. Si no hay cambios en lo que te llevó a salir, ni en lo que te ayuda a procesarlo, hay palabras que pierden sentido. Tal vez desde el refugio haya una perspectiva más crítica sobre eso, o tal vez más realista y necesitada de una realidad que acompañe. En un estudio realizado en Colombia, cuando los Acuerdos de Paz aún parecían lejos, en ese La Verdad de las Mujeres, las mujeres más afectadas, que se encontraban psicológicamente peor, tenían una actitud más distante con esas mismas palabras.

Para poder hablar de ciertas cosas, la gente tiene que tener una perspectiva. También en Ecuador, las personas más abiertas al discurso de la reconciliación, eran las que tenían algunas condiciones económicas

mejores y los jóvenes que no cargan tanto dolor vivido. Las creencias están ligadas a un conjunto de experiencias, no caen del cielo. La venganza y el odio se han utilizado tanto políticamente en Colombia, que han formado parte de los ciclos del autoritarismo y la violencia. Mientras escucho los debates, pienso en Mayarí de Lion. Su papá fue un escritor maya desaparecido forzosamente en 1982. Cuando le pregunté por qué para ella era tan importante que la reparación por la que estaba luchando incluyese la dotación de la escuela de su pueblito, cerca de Antigua Guatemala, me dijo:

– Mi venganza personal es que cada niño tenga una escuela, mi vecino un aula donde pueda aprender a leer y escribir, lo que mi padre quería y por lo que luchaba.

Poniendo otro significado a las palabras, convocamos las transformaciones que se necesitan. Hay tal vez un tipo de reconciliación, en esta forma de venganza.



| El refugio y la denuncia

A veces, en medio del desastre, hay cosas que se convierten en el centro de la reconstrucción. En el desastre por las inundaciones de Vargas en Venezuela en 1999, en La Guaira, el eje de la reconstrucción fue la escuela. Todo pasaba por allí, las clases, las bodas, las reuniones, los nacimientos. En medio de esta catástrofe política, María se aferró a algo que se convirtió en el centro para sobrevivir: denunciar. John Berger dice que en el mismo momento que se protesta tiene lugar una pequeña victoria.

Como parte de la campaña contra las minas antipersona, ella iba a veredas que estaban vacías, pueblos donde casi no había nadie. Además de minas, se encontró con la violencia contra las niñas, en La Dorada. También conoció las niñas prostituidas porque la base militar estadounidense, como otras muchas, tenía esos efectos que no son colaterales, sino sustanciales. Aquí, además, a los soldados no se les podía denunciar. Sin derecho a esa pequeña victoria.

Mientras ella se abrazaba a esa tarea difícil, para enfrentar otras complicadas, llegaron las amenazas, que también tienen enfoque de género. Dar donde más duele, ella lo aprendió sufriendolas. Un día, llegó un tipo en moto con un sobre con una foto de sus hijos y un mensaje: “Les estás poniendo en peligro, ten cuidado”.

Cuando cuentas la historia de alguien en el exilio, hay un camino que se va dibujando, a veces poco a poco, a veces a bocajarro, que te lleva siempre a un punto de ruptura. Los caminos anteriores o los recorridos son distintos. El motivo también es diferente. Pero hay algo que tienen en común. Leyendo la vida de Víctor Jara, escrita por su compañera Joan, tuve la impresión de una historia que iba a un punto que todos conocíamos. ¿En qué página pasaría? En los testimonios con las víctimas, también hay un momento determinante, que marca la vida. Y está en algún momento de la conversación en Oslo, en Quito, en México o Toronto.

Ella, que se aferró a denunciar, un día, varios años después, en una clase en la universidad de Barcelona donde estudiaba, se dio cuenta de todo lo que le había pasado. Y eso tenía un nombre, refugiada, aunque no se reconocía en él. Ahora no necesita una palabra, se reconoce a sí misma, que es lo que cuenta.

Imagina el futuro

Jeffrey, un investigador de la Universidad Massachussets, preguntó en sus investigaciones a población colombiana refugiada en Ecuador cómo pensaba que sería su vida en 5 años, si se veía en Colombia para ese tiempo. Hizo ese estudio en 2013 y solo un 8% se veían en su país. Un 60% se veía en Ecuador y un 30% en otro país, porque este lo sentía intermedio. Después de la firma de los Acuerdos de Paz, ha repetido esa encuesta en estos días en 2019 y solo un 14% se ve en cinco años más en Colombia. Hay cosas que se empeñan en no cambiar mucho, a pesar del cambio de contexto. O tal vez, precisamente, no cambien porque sigue siendo percibido como amenazante o falta de posibilidades. No te apuntas a un futuro así.

Como a la universidad le gusta poner números al conocimiento, él ha hecho otros estudios interesantes que te ayudan a entender algo más de la realidad y de cómo esta se representa. Durante ocho años, recogió 800 artículos de prensa en Ecuador que hablaban sobre la población colombiana refugiada ahí. La palabra que más se acompañaba en esas noticias era “seguridad”. En 2012, se hablaba más de “refugiados” y del “ACNUR”. En 2019, prácticamente desapareció la palabra refugiados y se transformó en migrantes o movilidad humana. Los cambios no son casualidades, y operan transformando la manera en cómo entendemos lo que pasa.

Sabemos que más allá de la realidad lo que es importante políticamente es su representación. Y, en este caso, su minimización o invisibilización. La realidad de Colombia es que hay 8.000.000 de desplazados internos de forma forzada, pero en la representación de la realidad ellos son un problema de ayuda humanitaria, no de derechos humanos. El medio millón de exiliados, según las estadísticas de ACNUR, ni siquiera existe políticamente en Colombia. Y esta huida buscando protección, no es una cosa que se está quieta en el pasado, sigue sucediendo.

El problema de estas representaciones es que cada vez son más asimétricas y menos compartidas. Los medios de comunicación seleccionan, pintan, ponen el foco o lo quitan. También la Sudáfrica del Arco Iris fue una

representación de la realidad hecha por Desmond Tutú en la Comisión de la Verdad de Suráfrica. Hacía énfasis en la importancia de una historia compartida de futuro, en la construcción de país más que en el peso de la historia de lo vivido. Pero esa representación es incluyente y en ella diferentes sectores pueden tener un espacio, aunque siempre esté en disputa. Colombia necesita una de esas. El problema de estas otras representaciones que niegan la realidad, es que detrás de esa negación hay millones de personas y sueños que tratan de ser borrados del mapa. Y, sin embargo, son la medida de lo que es y de lo que quiere ser.

| El país de los centenares de miles de hogares

– Nos enteramos antes de lo que pasa en Colombia que lo que pasa en este país.

La permanencia en el vínculo pasa por las noticias, como un cordón umbilical que se alargó 1.000 o 12.000 kilómetros, que te hace estar atento a las mínimas señales.

Los espacios se segmentan cuando estás en otro país. Todo lo que está alrededor es una forma de algo con lo que no te identificas. No es una forma de negación, pero a veces lo vives así.

En el exilio te llevas contigo un país que necesitas. En un contexto que te niega de una realidad que te expulsa, necesitas llevarte algo que no se modifique: que sea. Eso hace tantas veces que el refugiado vive en el país que se llevó y que trata de proteger del impacto de las ausencias. Se habita de recuerdos. Las noticias ponen el contrapunto entre aquello y el hoy en día. También los espacios cobran otra dimensión. El país que te llevaste lo recreas en el lugar en el que puedes.

Los refugiados saharauis convierten su casa en el exilio en una jaima en la que te descalzas y tomas té y bienvenida. Las cosas de la casa son un pedacito de país que es Colombia. Música, comida, los libros, el lenguaje.

Los afectos son el hogar. Esa multitud de hogares y apartamentos distribuidos por decenas de países, hacen otro territorio de cientos de miles de casas colombianas distribuidas por el mundo. Un tipo de mapa de vínculos e identidades. Este espacio en el que se da la vida, dentro y fuera. Estos jóvenes que crecieron en otro país, cuando llegan a sus casas tienen la sensación de que no hay umbral en la puerta.

–En realidad cuando entras en casa, cruzas una frontera.

El exilio es un país hecho de pedacitos, de centenares de miles de hogares.

Presentaciones de un nosotros compartido

Nubia suelta coplas al viento, como esas canciones tan largas como la vista que se prolonga en el horizonte de Los Llanos, que se van enlazando una a otra con rimas que te llevan de la mano y que, cuando parece que se quedan sueltas en el aire, vuelven de nuevo a agarrarte el alma. Estamos en las presentaciones en este encuentro y cada una de las personas que llega ofrece lo que ha traído.

Un portarretratos de la primera comunión. Una plantita que ahora está muy grande y representa el arraigo. Yo me traje el recuerdo de cuando matan a Eduardo Umaña, y tuvimos que salir. Una bandera que representa mi familia. Una manilla colombiana, una pulsera que siempre me acompaña. El uniforme del colegio de Sabana de Torres. Un poncho que representa alegría y arraigo, que da un calorcito que no deja que olvide su patria. Una canción de Mercedes Sosa, como las cigarras. Traje un álbum, fotografías de recuerdos de tantas cosas que ya no existen. Una poesía. Traigo aquí unas molas, viví mucho tiempo con los indígenas. Hace 34 años cargo esa foto de mis hermanos desaparecidos.

– Es la primera vez que hablo de esto. No es fácil para mí, y yo hablo mucho.

Hablar mucho puede también convivir con no hablar nada de otras cosas. Después de declarar eso, las lágrimas se escapan. Gina trae un reloj que es un tipo de esperanza. Para el tiempo que nos espera, para algo mejor.

– Yo siempre cargo una mochila. Cuando uno pide el exilio, empieza a ser nadie. Cuando me llegó la primera carta de identidad, ese primer permiso de salida, mi hijo tenía ya 18 años. Finalmente habíamos encontrado una identidad que nos habían robado.

Desde entonces no suelta esa mochila que tiene entre sus brazos. La manera en que se presenta hoy tiene algo que todos reconocemos, es un abrazo de madre.

El otro derecho a saber

– Yo crecí con el orgullo de lo que no se podía contar.

Ese es otro tipo de secreto. Sus papás fueron miembros de una de las guerrillas de Colombia en los años 80. Sin embargo, paradójicamente la firma de la paz les trajo al exilio. Esas son las cosas en las que el testimonio te habla más claro que un estudio que analiza los factores sociopolíticos de un post-Acuerdo de Paz. Colombia tiene sobredosis de estos casos.

En Argentina, fueron HIJOS los que reivindicaron la identidad política de muchos militantes políticos desaparecidos. Pasaron años, después de la caída de la dictadura, antes de que eso se pudiera hacer. En Guatemala, solo 10 años después de la firma de los Acuerdos de Paz, algunos hijos e hijas reivindicaron el pasado militante de sus familiares. De esas cosas antes no se podía hablar. En Colombia, a pesar de que hay muchos más casos y de que mucha gente conoce ese pasado, de esas identidades no se puede hablar. Romper el estigma necesita otro clima social.

Crece con orgullo de lo que no puedes contar, hace que tengas de tomarte muchos sorbos de tiempo con alguien, para ver si puedes abrir tu corazón. Creces como a la sombra de una identidad. Como un árbol al que te arrimas, cuando la realidad que vives te deja frío. Ese juego de identidades te va formando. Pero Camilo necesitaba saber:

– Antes de que muriera mi papá, cuando ya estaba enfermo, muy malito, le dije: cuénteme, necesito saber.

El derecho a saber no solo es una demanda hacia el Estado, sino también es un reclamo a los afectos, con esa firmeza invencible del cariño. Hay gente que quiere saber para llenar, con una parte de la carne que te trajo al mundo, algo del hueco de la ausencia. Para él, en cambio, es una terapia contra las pesadillas. En esos casos, la imaginación es un tipo de certeza que no te deja nunca en paz. También era una oportunidad para escuchar al calor del abrazo con el que creciste. Así las verdades, aunque sean duras, calman el alma.

| Cada lengua tiene su mundo

La lengua de signos es otro idioma. Cada lengua tiene su mundo. Este está hecho de gestos y movimientos con las manos, brazos, muecas. Como una magia que saca pañuelos de la manga, aquí las palabras se construyen con ideogramas que se parecen al chino o el japonés que dibujan los conceptos.

La paz se dice dando una palma suave de un lado y luego del otro, así seguido sin tiempo, porque eso se hace a la vez, por las dos partes. Discriminación es un dedo índice erguido que es aplastado firmemente por la palma de la otra mano. La verdad sale de la boca con los dedos, como un hilo que se alarga hasta el otro, y luego baja fuerte vertical para decir: es así.

La oralidad también tiene su discriminación de la gente contra los sordos, que se llama audismo. Una forma inaudible de discriminación como el sexismo o el racismo.

Pregunto cómo se dice exilio. Gina me devuelve la pregunta, diciéndome cómo se lo explicaría a un niño. No se trata de infantilizar a los sordos, sino hacerme pensar en las partes de esa experiencia.

– Le diría, por ejemplo, que es una persona que tuvo que salir de forma forzada de su casa y huir a otro país.

Entonces ella retoma mi trilogía y la traduce en tres gestos. Uno, es de los dos dedos índice y medio encorvados de las dos manos que se cruzan en movimiento, eso es amenaza de muerte, Si fuera muerte, sería igual, pero con las manos paradas encima del pecho; después, casa, la casa es un tejado hecho con las manos; la tercera parte, es con las dos palmas que se desliza rápido una sobre otra, escapándose hacia fuera.

También aprendemos que hay muchos niños que hasta los 6 o 7 años la familia no se da cuenta de que su hijo es sordo. Ella, que se dedica a poner

puentes entre dos mundos, ha conocido varios casos en que la sordera es evidente para todos cuando se celebraba el cumpleaños en la escuela y tocaba soplar unas velas. Si no era navidad, la niña no entendía por qué era la fiesta. La confusión, era la evidencia de algo que había permanecido en ese doble silencio. El de quien no oye y el de los demás que no entienden. Parece mentira, pero es verdad. Los dedos salen de entre los dientes hacia delante y caen hacia abajo afirmándose.

Las cifras oficiales dicen que hay medio millón de personas sordos y sordas en Colombia. Tantos como exiliados. Tal vez la sordera es un tipo de exilio porque el audismo no te reconoce.

| Exclusiones y milagros

– Aquí te disfrizas. Nadie te ve ni te conoce.

Solo los familiares que han ido viniendo con el tiempo, buscando reunir lazos y buscar otra vida. Ella pasó un año que se asustaba si veía alguien corriendo. Su corazón latía más rápido que los cien metros lisos. En Buenaventura, había sido testigo de dos masacres en 2007. Y no podía más con el miedo. Así que el primer año se lo pasó viviendo aquí, en el desierto de Antofagasta, pero estaba allí. Le costó al alma encontrarse con el cuerpo, porque le faltaba la naturaleza y la gente.

En eso que los académicos llaman proyecto migratorio, es decir el horizonte con el que salen de su país, hay diferentes situaciones. Para algunos, Chile era un punto intermedio antes del paso soñado de saltar a España. Para otros, el lugar más alejado al que se podía llegar en el mismo bus, en cinco días de viaje, solo parando para comer o ir al baño dos veces al día. Para muchos y muchas, terminó siendo su destino, una vez que se cerraron las fronteras de Europa.

Esta noche es la fiesta de la independencia de Colombia. Lo celebramos el día después como esos cumpleaños a los que llegas tarde, porque estuvimos trabajando todo el día, sobre esta tarea de la escucha para la que nos preparamos. Y aunque hoy también llegamos tarde, la reincidencia no pasa factura. Solo toca volver a desenrollar los cables y juntar estas papas rellenas y este guiso antiguo de Buenaventura que ya solo se puede encontrar aquí, en este barrio expulsado de Colombia. La gente fue haciendo su casita de madera arriba de la montaña, porque abajo los precios de la vivienda son imposibles. 300 dólares al mes por alquilar una habitación. Pero desde esta roca pelada se tienen las mejores vistas del mar y de Antofagasta. También en Río de Janeiro se tiene el mejor paisaje sobre la ciudad desde algunas favelas.

Aunque estamos en el desierto más árido del mundo, el cuidado de la tierra y la belleza llega hasta aquí arriba, como esos geranios rojos a la entrada.

Pero también hay cosas que llegan a la categoría de milagro. Al lado, por encima de una pared de madera, asoman unas hojas verdes de banano. Aún no tiene fruto, pero todo se andará. La gente anda más contenta con la naturaleza de la que forma parte.

Este campamento es como una comuna de Medellín en los años 80, cuando la gente llegaba desplazada forzada de Urabá o del Oriente. Los barrios se llamaban de invasión, como si habláramos de una conquista, en vez de una exclusión. Los barrios son tomas porque te agarras a la vida. Y en Buenaventura o Tumaco ya no queda espacio para huir del miedo. Por eso ella está aquí.

| Prejuicios y convicciones

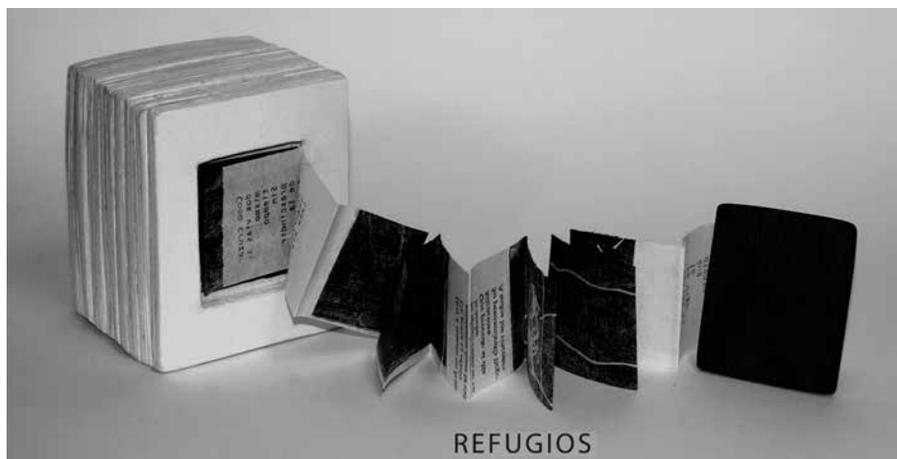
La gente te pregunta qué haces aquí, pero nadie te pregunta qué te pasó. Aquí han llegado mujeres a las que les acabaron la familia, o niños hartos de ver violencia y, que como son una esponjita, fueron traídos por familiares para absorber otros aires. Aquí la gente dice que el agua está muy contaminada. Tiene arsénico y metales pesados. Por eso ahora hay una desaladora que le quita la sal al mar para hacerlo bebestible. Con el exilio viene un tipo de olvido. En este campamento, se corre la voz de una epidemia. Después de pocos meses, la gente se va olvidando del nombre de los vecinos de Tumaco. Los de la familia siguen intactos, pero de esos otros sucumben a algún tipo de problema. La conversación pasa por los por qué, de boca en boca, aunque hay una convicción instalada de que debe ser por los metales pesados que ponen peso a los recuerdos y se dejan volar entre la gente. O tal vez sea que, para mantenerse, los recuerdos quieran su paisaje. O que las ganas de dejar atrás una vida que no lo es, se lleven nombres por delante. Pero también vuelven de improviso las historias, cuando escuchas una moto, y la atmósfera de que entonces no podías irte, ni quedarte, ni estar tranquila. En el exilio no preguntas a la gente muchas cosas, tal vez sea un recuerdo porque entonces se decía que por preguntar mueren los sapos. O que hay manías que te acompañan.

Leili vino acá después de una masacre en Buenaventura en 2005 y ya había afros en Antofagasta. En 2017, llegaron 400 demandantes de asilo a estas tierras áridas del norte. Hay años que marcan la vida colectiva. En 2013, 13.000 colombianos y colombianas tuvieron que desplazarse de Buenaventura, y muchas llegaron a la frontera con Chile. El Instituto de Derechos Humanos de Chile realizó una misión de observación a la frontera para evaluar el rechazo a los refugiados colombianos. Ese mismo año hubo un partido de fútbol entre Chile y Colombia, después del cual se desató una violencia entre hinchadas. Y una semana más tarde, una manifestación desbordada de prejuicios y alimentada por la xenofobia hacía salir los monstruos de dentro. En ella iba un carro con una caja de

muerto, donde aparecían los migrantes y refugiados. En Chile esa fue la noticia, en Colombia una historia más desconocida, que desgraciadamente se repite tantas veces y en tantos países con “el otro”. El otro no solo es de otro país, sobre todo es pobre, empobrecido.

Desde aquí, en Antofagasta, construimos un equipo de trabajo para el apoyo a la Comisión de la Verdad. Mauricio es chileno, y parte del equipo. Habla de una doble negación que no es solo una afirmación, sino una convicción de otra parte de esta sociedad, un puente donde hay tanto abismo:

– Hay heridas que no se van a cerrar tan fácil, pero no estoy de acuerdo en no ser parte de este proceso.



| El exilio de todas las ramas

El sindicalismo es uno de esos sectores que fue expulsado de Colombia en los años más duros de la guerra. También ha sido una forma de fraternidad. Casi todos los casos que escucho tienen que ver con paramilitares a principios de los años 2000. Eso lleva a sospechar de la relación con algunas empresas. En el exilio hay sindicalistas de todas las ramas y ramificaciones. Para entender de esto tienes que aprender de los trabajos. Bertold Brecht dice que de la vida del trabajo, que es la más extenuante, nació el ansia de libertad. Los sindicatos fueron la forma de reclamar una jornada que no te dejara sin fuerzas para otra cosa que ser exprimido al día siguiente.

Tienes que aprender de minería, de petróleo, de la escuela. Las maestras de Fecode, el sindicato de la enseñanza, tuvieron muchas veces que bregar en el campo con las amenazas. Si vives en la ciudad y trabajas en una vereda, vas a tener que cruzar frentes de guerra. Abajo el ejército le dijo que consiguiera información de lo que había arriba. Allá, la guerrilla le dijo que les informara de donde había militares. Los maestros y maestras se convirtieron así en objetivo de todos. Hay más de mil muertos de ese sindicato en la guerra.

En otros casos, las amenazas llegaron al sindicalismo de esas cosas en las que nunca piensas, como la cerveza. Cuando los planes empresariales pasaron a la venta de la empresa, como en todos los sitios sobra gente, o sea la plantilla se reajusta o la fábrica se cierra para dejar paso a una multinacional. Para ajustar las cuentas de los presupuestos y las inversiones, también puede recurrirse a las amenazas. A él, que dirigía esa resistencia, le empezaron a llegar panfletos de las AUC. Después fueron a buscarle al trabajo varios tipos fuertemente armados. Un día, cuando estaba con su hijo en la puerta de su casa, que ya había tenido que asegurar con una doble reja, otros hombres salieron de un carro pistola en mano.

En medio de todas esas historias cruzadas, los lazos se hacen fuertes. Había compañeros que querían ser su escolta, pero él no quería poner a nadie en peligro. Algunos de los que se ofrecieron, fueron después asesinados. Recordamos sus nombres como un homenaje a esa amistad que hoy, mientras tomamos estos testimonios, nos hace mirar al cielo, no vaya a ser que las gotas nos delaten. Me quedo con esa fortaleza.

| Las lágrimas de los hombres

Hospitales cerrados que pasan de manos públicas a sociedades cooperativas controladas por otras manos. Promotoras de salud convertidas en enemigos en los territorios porque, para vacunar, pasan fronteras invisibles que también traspasa la desnutrición o los parásitos. Hospitales destruidos por bombas. Campamentos militares junto a hospitales. Amenazas a sindicalistas que defienden los puestos de trabajo, o esos logros que todos los trabajadores, de ese mundo del trabajo de empresas o instituciones, que los sindicatos han defendido y que llamamos derechos laborales. Gobernadores acusados o condenados por parapolítica que tienen intereses en las nuevas estructuras de salud que se dedican a cuidar la vida. Ser llevados a campamentos de la guerrilla en medio de amenazas. Ser testigos de asesinatos de personas enfermas o en recuperación, bajadas de las ambulancias y asesinadas delante de la impotencia y el terror de los trabajadores de salud que se dedican a cuidar la vida. La violencia contra este mundo sanitario te deja horrorizado y boquiabierto. También hablamos de esos otros temas centrales para los sindicatos, condiciones laborales, emolumentos, pagas por horas extras, del derecho a ponerse enfermo, de nivelación salarial.

– Era incansable. Yo anduve con ella todo el tiempo. Siempre al servicio de la gente, hasta en los lugares más difíciles (*silencio que se alarga*). Ella fue bajada del carro, en un retén paramilitar. Íbamos juntos.

Ella fue asesinada delante de todos. Y después descuartizada. Su cuerpo fue devuelto en pedazos, y sin cabeza. Duele todo cuando lo cuenta Ernesto, también el silencio. Hay dolores que te dan una medida no del horror que describen sino de la amistad que se tenían.

Varios hechos terribles habitan la memoria de cada uno, muchas lágrimas andan contenidas. Un amigo me dijo que a los hombres nos han enseñado a ser la mitad de nosotros mismos, a negar esa parte que llamamos femenina. Esta tarde, hay una ternura desbordada en estos hombres a los que se les escapan esas lágrimas que tanto expresan.

| Contradicciones y verdades

Venezuela acogió a cientos de miles de refugiados y personas necesitadas de protección internacional colombianas. Ese dato está perdido en la memoria del país. 175.000 demandantes de asilo llegaron a Venezuela especialmente la década de 2000, aunque solo 8.000 lograron tener estatuto de refugiados. Nada de esto se sabe en Colombia, ni en el mundo. La memoria es corta y el olvido se politiza. La Comisión de la Verdad tiene también que escucharlos aquí.

Muchos han regresado por la crisis que vive el país. Otros, fueron expulsados en 2015, en una campaña contra los paramilitares que se llevó por delante a muchas de sus víctimas devolviéndolas de forma forzada y súbita al país del que huyeron. Pero muchos otros siguen aquí, y no se quieren ir o han regresado. Aquí tienen salud gratuita. Su rancho. Sus hijos. Y aún en la precariedad, esta tarde dicen que tienen la tranquilidad que en Colombia les falta. Hay casos que han ido quedándose fuera de distintos procesos. En esta reunión con un grupo de víctimas en San Cristóbal, una de las mujeres sigue sin papeles 15 años después.

El paso de la frontera ahora está repleto de gente que sale en las mañanas y vuelve en las noches, va de compras y a buscarse la vida, y regresa luego a Venezuela. Otros van saliendo de a caminos, más adentro de Colombia. Otros salen para media América Latina. Un litro de aceite cuesta 45.000 bolívares, y el sueldo mínimo es de 40.000 o sea cuatro dólares. Una caja de cervezas equivale a 4 salarios mínimos. Antes, los productos venezolanos inundaban los supermercados y las calles de Cúcuta y otras ciudades colombianas de frontera. O sea todo era al revés. A estas horas, aún hay una larga cola de cerca de mil personas para regresar, y quedan menos de dos horas para cerrar el paso.

Es esta misma frontera que hace un par de meses se organizó una manifestación y un concierto que usó la ayuda humanitaria para hacer presión política. De esa retórica y tambores de guerra no quedan huellas esta mañana que pasamos a pie, mas que ese contenedor que cierra el paso

a vehículos en medio del puente internacional. Toda esta historia duele por todos lados. Duele cómo se usa políticamente el dolor y el sufrimiento de la gente. Mientras todo sigue su camino, las trochas por las que pasa la gente siguen funcionando. La apertura de la frontera ha sido una buena noticia. Y es el camino para buscar una solución política entre países. No sé si los países son hermanos, como dice la retórica, pero aquí viven familias de lado y lado, y la solidaridad ha sido su forma de supervivencia desde hace décadas.

| Del mismo lado

– Aquí la economía es ilógica –dice el conductor del carro que me lleva por las calles de San Cristóbal.

No es que la lógica tenga que ser la del beneficio, que mata a tanta gente, no. Pero esta otra situación no da para más. Las variables económicas son un lenguaje incomprensible para los no iniciados. Yo me traté de iniciar varias veces pero fue imposible. Aquí una gandola de gasolina, o sea un camión cisterna de 38.000 litros, cuesta nada, es literalmente gratis, 0,2 dólares. El problema es que la producción en Venezuela ha bajado al 40%. Pero la gasolina también tiene otros usos, como para producir 1 kg de pasta de coca, en que se necesitan 300 litros. Y ese negocio sí tiene beneficio. La gasolina pasa de este lado venezolano al lado colombiano que es donde se cultiva y se laboratoriza la pasta. De este lado venezolano de la frontera no hay cultivos de coca, aunque en otras partes empiezan a florecer.

Mientras, las largas filas de carros o motos, se agolpan de forma ordenada para el turno de repostar. A Miguel, nuestro chófer, le costó desde las 10h de la noche hasta las 3h de la tarde del día siguiente poder llenar el depósito que hoy nos lleva de aquí para allá. Aquí, en las condiciones actuales, el precio no es el dinero, es el tiempo.

Escuchamos estos trocitos de Colombia que están de este otro lado. La frontera divide familias y tráfico. Para la Comisión de la Verdad, las víctimas de ambos lugares están del mismo lado.

| La inteligencia del peluquero

Panamá ha tenido desde hace 20 años exiliados y refugiados colombianos, desde que la vida de comunidades indígenas y afrodescendientes de la región de Urabá se convirtió en objetivo militar, como en las otras fronteras de Colombia con Venezuela y Ecuador. Él era de Buenaventura, y ya había tenido que desplazarse más al norte a Chocó, pero de ahí le tocó irse también. Era peluquero.

Peluquear es un verbo que me gusta. Y además del pelo, tenía mucho más en la cabeza.

– Muy lúcido intelectualmente, aunque no tenía formación académica. Hacía un análisis del conflicto muy claro –dice Alfredo que lo acompañó ese tiempo.

También tenía muy claro por qué le tocó huir. Un día lo amenazaron diciéndole que estaba cortando el cabello a la guerrilla, y que él era base social. A quienes lo incriminaban, les dijo una verdad, que no preguntaba quién es la persona que llega a cortarse el pelo. Pero ellos habían hecho seguimiento, y decían que ese hombre solo se afeitaba ahí. Para poner la verdad aún más completa, Joaquín les dijo que tenía muchos clientes que les gustaba cómo les arreglaba y por eso llegaban ahí. Las verdades completas no importan cuando la cosa no va de inteligencia sino de imposición. A punto de morir de éxito, le dieron unas horas para salir.

Llegó a Panamá, dejándolo todo. El Servicio Jesuita para Refugiados le dio un maletín con una barbería móvil. Y también ahí empezó a hacerse con clientes, aunque esta vez él iba a ellos. La gente de Colombia es muy emprendedora. Aquí no solo hay el *busque*, sino el *rebusque*. Pero la policía lo perseguía también en el refugio. Entonces no aguantó más, y se regresó. Los paramilitares volvieron tras él. Desde allí escribía, porque hay lazos que una vez que se hacen no hay tiempo ni distancia que pueda con ellos. Pero no le perdonaron su audacia.

| Querer hablar

Panamá fue un lugar de refugio cuando las cosas se pusieron mucho peor en Urabá o en Chocó. Las regiones al norte de Colombia. Esa frontera del Darién está llena de poros, entre esa bella selva de ríos. En la reunión participan 30 refugiados. La mayoría son campesinos, algunos profesionales o técnicos de tareas variadas. Un refugio diverso en el tipo de víctimas por la misma causa. Cada quien tiene su trocito de miedo o persecución para estar aquí. Juan, que es un sacerdote católico, va a trabajar con ellos sobre las necesidades del refugio. Pero el grupo le pidió que empezara con una oración.

– Yo dije, vamos a pensar cómo estamos viviendo en estos momentos.

En lugar de aparecer las palabras, se hizo un tremendo silencio que se fue alargando hasta 15 minutos. Cuando Juan iba a retomar la palabra, uno de ellos dijo:

– Yo quiero hablar.

Y no fue el único. La agenda cambió por unanimidad. La gente comenzó a desahogarse y hablar y hablar. Cada historia vivida que sigue viviéndose. Al final dijeron:

– Esto es lo mejor que nos ha pasado.

Ahí se expresaba el desamparo absoluto, y eso que el desamparo ya es de por sí un tipo de absoluto. El rechazo de la sociedad y del propio Estado panameño. El desamparo llevó también al desespero.

– Muchos me dijeron algo que nunca he escuchado en otros países de refugio, como Ecuador o Venezuela: ayúdame a regresar aunque me maten. Estamos hablando entre 2007-2009, y era gente que llevaba varios años allí.

| Llenar el agujero con lo que sea

Las versiones distorsionadas de los hechos habitan el legado de las violaciones de derechos humanos en tantos países del mundo. Después del asesinato o de la mano de la amenaza, viene no solamente el insulto o la justificación, sino también el desvío de la historia. Frente a la necesidad de dar sentido a los hechos, se trata de llenar el agujero con cualquier cosa, sobre todo que no sea lo que es. Cuando mataron al obispo Juan José Gerardi en Guatemala, dos días después de presentar el informe Guatemala Nunca Más, se difundió una versión de que era un problema entre homosexuales. Nada que ver con la realidad, porque la verdad estaba escrita en ese informe por el que lo mataron.

La noche después del asesinato de Digna Ochoa, abogada mexicana que llevaba los casos más duros contra terratenientes en Guerrero, ya se hablaba de que había sido un suicidio, y se inventó una nueva palabra, suicidada. En el caso de los 43 estudiantes desaparecidos en México, y los seis muertos esa noche, la versión es que fueron confundidos con narcotraficantes por otro grupo del narco en Iguala, que después fueron quemados en un basurero y que ya el caso estaba cerrado. Ni una ni otra cosa resultaron ciertas. Y esa versión se empezó a construir cuando hubo que llenar el agujero con lo que fuera, para invisibilizar otras responsabilidades de agentes estatales en los hechos y en su ocultamiento.

La Escuela Nacional Sindical de Colombia tiene una base de datos desde mediados de los años 80, que recoge las violaciones y ataques ocurridas contra los sindicalistas. Fue la Escuela la que empezó a hablar de la violencia antisindical. Sus estadísticas tienen un subregistro, pero incluyen la muerte violenta de 3.200 miembros de sindicatos en estos años. En el asesinato de sindicalistas en Colombia, las versiones sobre los hechos siempre desresponsabilizan a los autores y pervierten la naturaleza de los mismos. El lenguaje de la desfachatez y del machismo. Que si líos de faldas. Que si fue delincuencia común. Que si vete a saber en qué andaba. Que si grupos armados. Como esos documentos desclasificados de la CIA por el National Security Archive, que borran frases, palabras o nombres de documentos de inteligencia, el agujero se va llenando de las versiones de siempre, que tapan tanto como muestran.

| 5 camionetas

El trabajo sobre la violencia antisindical está plagado de referencias al paramilitarismo, como si un ejército paralelo la hubiera tomado con líderes sindicales de la minería, el petróleo, las bebidas gaseosas, la cerveza, la palma o el banano, la educación o la salud. Cada sector de la vida que tiene su sindicato que fue tocado, vulnerado, diezmado o acabado. También exiliado. Muchas cosas juntas no suman una casualidad. Más bien son una forma de causalidad. Especialmente desde 1998, y sobre todo a partir del año 2000, se disparan las agresiones. Sí, disparan.

En la masacre de la embajada de España en Guatemala, llevada a cabo por fuerzas especiales de la policía el 30 de enero de 1980, se utilizó un arma paralizante de origen israelí. El arma, denunciada entonces por Amnistía Internacional, conllevaría un choque de ondas paralizante antes de la utilización de otras armas como las bombas incendiarias, de las que puso salir vivo gritando el embajador Carvajal. Ahí murió Vicente, el padre de Rigoberta Menchú, y otros líderes campesinos del Quiché que la ocuparon para denunciar la represión que estaban viviendo.

A veces no se necesitan disparos para paralizar. Él había sido vigilante de la empresa, y miembro del sindicato en Segovia. Una noche, llegaron cinco camionetas que querían pasar. Y él, fiel a su tarea, les dijo que no, que quiénes eran. Bajaron hombres, muchos fuertemente armados. De entre las armas, se bajó el jefe, que le dio la mano y le dijo que tranquilo. Él explicó que solo hacía su trabajo, y empezó a llamar a los directivos de la misma. Ni el jefe de servicios, ni el encargado de personal se pusieron al teléfono, dijeron no saber nada, y cortaron la comunicación rapidito.

Por fin el jefe paramilitar le dijo: no se preocupe, no va con usted, tiene que hacer su trabajo. Y le dio la mano.

– El señor se portó bien –dice ahora entre aliviado y agradecido.

Te preguntas qué harías en una situación así. Él no vio más, ni tuvo más problemas. Todo el tiempo hizo con normalidad su trabajo. Pero esa noche todavía vive ahí. No hubo lanzallamas, pero el terror es esa arma letal que paraliza. Todavía hoy.

| Preparada para la vida

– Lloré todas las lágrimas que no había podido llorar en 6 años. Lloraba todos los días. Estaba agresiva, peleaba con mis hijas, me estaba enloqueciendo.

Su marido era militar y había sido desaparecido por el Gaula. Esas cosas que parecen incomprensibles, pero que siempre algún detalle te revela algo de lo que había detrás, y que lo explica. Lo sabe, porque ella estaba allí, y todo transcurrió ante sus ojos y su miedo. Tuvo que desplazarse y ocultarse en varios lugares. Después del asesinato de Mario y Elsa, los investigadores del CINEP, y de sus familiares que estaban en la casa cuando llegó un comando disparando a mansalva, la embajada de su posterior destino fue a buscarla y a decirle: ya.

Durante 10 meses vivió en un container, mientras esperaba una respuesta para su demanda de asilo, que tardó 2 años. En los diferentes países, a veces te encuentras con alguien a quien el refugio le llegó en unos días. Pero en la inmensa mayoría, los plazos legales se multiplican por al menos cinco o seis. Mientras, trabajó para ganarse la vida y estar activa, aunque no podía hacerlo. Todos necesitamos un polo a tierra para poder mantenernos, mientras el vértigo gira. El suyo era su madre, que se vino con ella. O tal vez lo fueron una para la otra. No cesó hasta poder venirse las dos cruzando medio mundo para dejar la persecución y el miedo atrás. Aunque les tocó andar de acá para allá, y hacer todo tipo de subtrabajos, lo hicieron juntas.

Desde ese lejos que mira todos los días las noticias de Colombia, su única esperanza es la juventud que está despertando, pero tiene encima una carga demasiado pesada. ¿Cuándo pesarán tres o cuatro generaciones que han vivido la guerra en la espalda de los que llegan? También pone el acento en la cultura que se ha ido tejiendo en Colombia y que dice *mientras no me toque a mí o a mi familia, el resto del mundo no me importa*.

Pero a ella sí le importa. Aunque sea incrédula, pasamos esta tarde volviendo a las escenas del crimen y el largo y duro exilio. Cuando terminó su terapia con la psicóloga, ella le dijo: *estás ya preparada para la vida*. Ella se lo tomó en serio. A los 15 días se enamoró, y ya no ha dejado de vivirla.

| El precio en la vida

– Yo quería ser Fiscal General de la Nación.

En otros países hay fiscales, jueces o policías de Colombia, que no están colaborando con investigaciones internacionales, sino que fueron echados de su país a fuerza de terror. El exilio toca no solo a defensores de derechos humanos o campesinos de las comunidades. En este caso, es un doble exilio, uno el del país del que tuviste que huir, otro el del Estado del que formabas parte y en el que te amenazaron por hacer bien tu trabajo.

La centralización es un mal endémico en Colombia. Se cree que los funcionarios que están en Apartadó o Cali no tienen la capacidad de trabajar con casos complejos. Se ignora lo que se hace y se plantean rivalidades, se toma a la región como ignorante.

Los tiros eran a corta distancia, nada de enfrentamiento. Las botas estaban puestas al revés. Empezaron a llegar las amenazas, y después de que una moto sospechosa anduviese buscándolo. Después de las llamadas a su esposa en la casa, le pusieron escolta. Pero una semana después se la quitaron.

Cuando estaba dando una clase en la universidad en otra región de Colombia, le llegó de nuevo una amenaza que también causó un profundo daño psicológico. Su hijo de apenas 6 años está solo, porque sus amigos no van a jugar con él. También Jacinto estaba solo, y hasta la institución a la que había dedicado tantos años de su vida le había abandonado. En algunas interceptaciones telefónicas, se ponía precio a su cabeza: 800 millones de pesos, 20.000 euros. Un precio muy alto, en el mercado de la muerte en Colombia.

Tuvo que salir del país con su familia. Cuando dices tu familia aquí te refieres solo a una partecita, la más próxima. Cuando analiza los efectos, mira a su alrededor, su esposa tuvo que alejarse de su propia familia, y los abuelos se quedaron lejos de sus nietos. Esas generaciones que siempre se entienden con un tipo de cariño que no depende del deber de criar, la educación o el grado de obediencia. Aprendes a convivir ocultándote. Allí tenía 100 personas bajo su mando. Era alguien. Aquí se convirtió en parte de una estadística de la violencia. Pero tiene una reflexión en el espacio de una grieta sobre el terror que le tocó vivir:

– Una amenaza es una posibilidad de vida –dice.

| Detrás de la cortina

Al movimiento sindical le tocó pasar de sus reivindicaciones tradicionales, como la mejoría en las condiciones de trabajo, a reivindicar el derecho a la vida. ¿Qué pasa en un país donde a los sindicatos les toca convertirse en Amnistía Internacional? Así se pusieron las cosas en Colombia, en un tiempo en el que ser sindicalista era ser considerado guerrillero. Ese tiempo sigue siendo hoy en día, el tiempo de la sospecha alimenta todo tipo de ataques y secuaces. Cuando alguien te definía así, automáticamente te podían matar en el sillón de tu casa, cuando ibas a llevar a tu hijo a escuela o al entrar en la empresa. No hacía falta nada más que un sello, un tipo de estrella amarilla en la época nazi, donde el que la llevaba podía ser objeto de cualquier abuso. En este caso, te la pone un poder oculto que todo el mundo conoce, y que penetra hasta la cultura. La intolerancia con el pensamiento crítico no tiene argumentos, solo estigmas, esas marcas morales negativas, que facilitan la agresión y justifican la violencia contra el otro.

Esa violencia anti sindical sin embargo oculta sus verdaderas intenciones. Al ocuparte del estigma, dejas de observar la eficacia. Esas marcas no son importantes por lo que muestran, sino por lo que ocultan. Por ejemplo, que los sindicalistas se fueron convirtiendo en Colombia en líderes comunitarios, que no solo se ocupan del empleo sino de la comunidad. Que las reestructuraciones de empresas pasaban en la década de 2000 por acabar con derechos a la salud, a la educación de los hijos e hijas y otras conquistas que se consideraban gastos superfluos por el neoliberalismo e impedían la venta a multinacionales. Porque la venta de empresas debía pasar por jubilaciones tempranas y con pocos derechos para los años trabajados, y las amenazas a la vida eran parte de la ecuación: lo tomas o lo dejas, les dijeron a muchos mineros en Segovia. Las leyes liberalizaron el mercado, o convirtieron los servicios públicos en negocios. Todo ello está detrás de lo que hablamos, y se trata de saber a qué distancia.

Hace años, mientras compartíamos en un seminario internacional sobre el trauma comunitario, y comparábamos Camboya y Guatemala, Richard Mollica, un psiquiatra de Harvard, decía que para entender la guerra, donde nada parece lo que es, hay que mirar detrás de la cortina. En eso andamos.

| El exilio y toda la familia

En el exilio los roles cambian y las generaciones se saltan el tiempo. Los niños y niñas se adaptan más rápido que cualquiera. No solo hacen las tareas cotidianas, son los traductores para las compras o las gestiones que se acumulan cuando llegas a un país nuevo y a otro idioma lejano. Los padres son niños, las niñas son madres. Como en el desplazamiento forzado, los hombres pierden más fácil su papel. Las mujeres se adaptan mejor a las situaciones de crisis. También con sus sobrecargas.

Pero hay otra familia extensa que se fracturó. Los padres mayores que se quedaron. Los primos y primas, los tíos, los hermanos y hermanas. Toda esa ruptura afecta a algo más que a quien se tuvo que ir. Esta mañana pregunto por esas otras fracturas, si hay conciencia de ellas, cómo se viven o cómo se reconstruyen. Si el exilio colombiano fuera de medio millón de personas, que es mayor, y estas dejaron otras 10 como familia extensa en su tierra, hablamos entonces de 5 millones de personas afectadas por el exilio, como huida y como pérdida.

Las raíces forman parte de las preguntas y de lo que reafirmas. En Colombia, en cambio, la gente no tiene conciencia del problema. Cuando estás en Colombia, no tienes que confirmar tu país como cuando estás en el exilio.

Hay otros puentes que reconstruir en este trabajo. Escribamos una carta a los que quedaron. ¿A quién sería?

– A los primos. Que supieran la historia de la familia. El resto la conocen, pero callan.

Una carta puede ser otro país entre el aquí y el allá. Una verdad compartida.

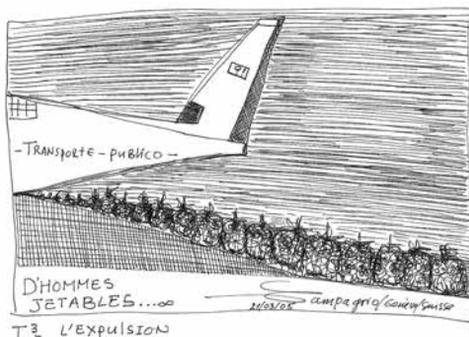
| La otra frontera

Podría escribirse todo un tratado donde la historia de cada quien sería un capítulo, una variedad del mismo desafío. Y aprender dilemas y retos de cada una. La decisión de volver es una mezcla de agotamiento y de búsqueda de sentido. Como si algo te expulsara de nuevo. El retorno es un nuevo desplazamiento forzado. No has estado militando en un sindicato durante años, luchando contra viento y marea, si pudieras darte por vencido. Ese es un virus incurable.

Hay gente que dejó el sindicato y se metió en el movimiento vecinal. Otros regresaron a hacerse ambientalistas. Otros, todavía, volvieron al sindicalismo y sus nuevos tiempos. Muchas cosas se perdieron por el camino, porque desde que saliste, los derechos fueron bajando en el termómetro de la temperatura vital del país, se perdieron muchos grados de respetabilidad. A otros, les tocó aceptar esquemas de seguridad, en los que no creían, para poder quedarse. Los tiempos de cuando salieron no se habían puesto mejor al momento del retorno. Mantener el miedo.

El retorno es un momento tanto de afirmación como de incertidumbre, donde vas midiendo los tiempos que vives y por venir. Pero hay instantes que se confunden con lugares emocionales, que son la verdadera frontera donde se concentra todo el impacto de lo vivido durante diez o quince años:

– Lo más duro es bajarse del avión. Me puse a llorar.



| Astronomía de los desaparecidos

Próxima Centauri es una estrella, un sol a fuego lento, y tiene un planeta que la orbita cuyo año es de 11 días, un planeta que gira que da vértigo. Nadie lo ha visto, pero se sabe de él porque cada ese tiempo, la luz de la estrella disminuye un rato y luego se recupera, y así pasa desde que se observa. Así avanza la ciencia, como un ciego tocando las cosas que aún no conoce por las que no reconoce.

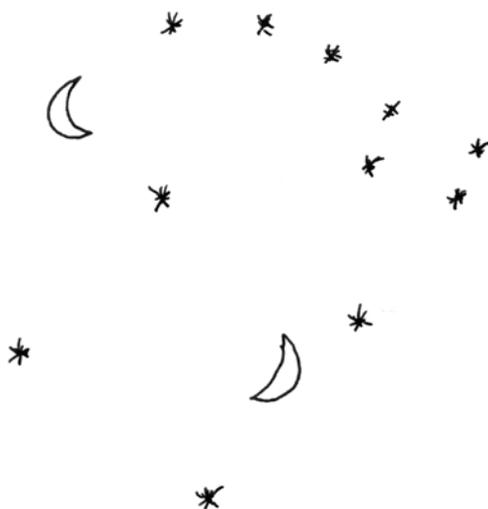
Hace años, el cineasta chileno Patricio Guzmán hizo su película “Nostalgia de la Luz”, en la que los astrónomos hablan de la luz de las estrellas que viene del pasado. Algunas ya no existen, pero nos siguen hablando, porque hasta que llegan a nosotros, y son observables, ha pasado un tiempo kilométrico, como un mensaje lanzado en una botella al mar por un naufrago que nos trae aquí una existencia. En el documental, las mujeres que buscan a los familiares desaparecidos andan tras el destino o paradero de sus seres queridos, y traen al presente sus vidas.

La desaparición forzada es un delito continuo y un dolor que permanece abierto en medio de la ambigüedad y la impunidad. Los antropólogos forenses identifican restos óseos y otras evidencias, pero son personas que tienen una identidad. Eso que trataron de quitarles. No son N.N., porque alguien los quiere, tienen un espacio en el corazón. El nombre es eso que te hace distinto y con lo que te identificas. Cuando te ponen dos, puedes elegir cuál de ellos te gusta más, o si definitivamente quieres la pareja. O en otros casos, se transforma en el diminutivo o el apodo que son una forma de cariño. El nombre te acompaña toda la vida, y viene con las formas de memoria para los que ya no están en este mundo de los vivos.

Pero los desaparecidos nos faltan a todos. Eso hemos aprendido. Porque si solo les faltan a sus familiares, quiere decir que hemos perdido la humanidad compartida. Eso nos lo han enseñado las Madres de Plaza de Mayo en Argentina, el GAM en Guatemala, ASFADDES y otras organizaciones en Colombia, FEDEFAM en América Latina. El Grupo de Trabajo sobre Desapariciones Forzadas o Involuntarias (GTDFI) fue

creado por Naciones Unidas en 1986, es el más antiguo y el primero de los grupos de investigación de sobre derechos humanos, aunque su mandato es humanitario y no tienen poder de sancionar, nos muestra el impacto de esa tragedia. También, están en este Encuentro por la Verdad, las madres de soldados desaparecidos o personas secuestradas de las que se desconoce su paradero, en un ejercicio incluyente de las personas desaparecidas, aún con todas las diferencias y responsabilidades de los hechos.

Los desaparecidos y desaparecidas que tienen sus familiares en el exilio, llegaron a tejer sus lazos con los que están en Colombia en este Encuentro por la Verdad. Son un planeta que a veces no vemos. No está en las evidencias observables, más allá de las denuncias de sus familiares que los han hecho visibles, pero su ausencia es lo que nos habla de su existencia. Y su presencia y recuperación, es parte de esta verdad en la que nos faltan.



| Nudos en la garganta

Beatriz acompañó el litigio de la primera sentencia sobre trabajo esclavo en la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Los trabajadores esclavos en el siglo XXI no son una rémora del pasado. El presente está habitado de mucha esclavitud en las formas de trabajo moderno también. Pero estos trabajadores esclavos en la hacienda Brasil Verde, pasaron meses o años engañados, trabajando para solo comer y acumular deudas si compraba jabón o tenían machete. Ningún salario, ni condiciones para vivir. De ahí los rescató la fiscalía hace años, para devolverlos a sus casas, donde llegaron sin plata y con una historia que sentían con vergüenza y que nadie creía. Pero juntando su analfabetismo nos dieron una lección a todos de cómo, con quienes les acompañaron, llegaron hasta una corte internacional que condenó a Brasil y conllevó una jurisprudencia para otros muchos casos. Cuando los conocí, fui a la casa de uno de los líderes. Apenas tenía nada, pero la casa estaba llena de pájaros. Hablamos largas horas de lo que podría ser la reparación y las condiciones que les hacían vulnerables a bancos y promesas.

Antes de la sentencia, la Corte convocó una audiencia en Brasilia, esa ciudad construida en medio de la nada, un artificio que fue el paraíso de los arquitectos y ahora lo es de los carros. También del poder. Para viajar de Pará a Brasilia, hay que ir en avión, porque 1.700 kilómetros no se aguantan en un bus por carretera. Hay detalles que te dan una dimensión de los profundos desafíos. Son apenas cosas que das por ya hechas, cuando has tenido que dedicarte a prepararlo todo. Los trabajadores esclavizados llegaron al día de viajar. Estaban en el aeropuerto, pero algunos empezaron a echarse para atrás.

– No voy a subirme al avión, me da mucho miedo. Lo siento.

Hoy estamos en Ginebra. Ella es una militante de la UP, un partido creado en el marco de otro proceso de paz a mediados de los años 80, cuando las FARC y el gobierno de Belisario Betancourt llegaron a un acuerdo para ampliar el espacio político de participación, y dejar las

armas. La UP fue la tercera fuerza electoral y tuvo congresistas senadores, alcaldes y concejales por todo el país. Decenas de esos están todavía en el exilio. Más de 3.000 fueron asesinados. Otros tantos, víctimas de otras formas de desprecio por la vida, amenazas, atentados, torturas. Hay casos del exilio en que, treinta años después, el miedo sigue estando a flor de piel. Cuando te toca hablar, de repente se cierra la garganta, y no hay otorrinolaringólogo para eso.

En el caso de los trabajadores esclavos, el miedo a volar se extendió como un rayo en el cielo. Ella se empezó a desesperar. Años esperando ese momento, para quedarse en la punta de los dedos. Buscó en su cabeza, las ideas para sacar la historia de su atolladero, pero no había ninguna más que decirles que no se preocuparan, probando con la estadística, pocos aviones se caen, es el transporte más seguro. Luego, cuando todo estaba perdido, encontró sin saberlo ejemplos y metáforas. ¿Cómo vería un pájaro el mundo, la tierra desde arriba? ¿Han pensado alguna vez sobre eso? Y podremos contárselo a los nietos, que tuvimos el valor de volar, y de hablar. Para alguien que ha sabido lo que es ser esclavo, no hay nada más potente que esas dos alas de libertad. Para nuestro caso ahora de la UP, la palabra es la mejor medicina para la garganta.

| Una verdad que explique

Hubo épocas en Colombia en que los atentados o las desapariciones se dieron en viernes o navidades. Cuando no hay abogados para poner denuncias o las organizaciones de derechos humanos están tomando una rendija de descanso. El 22 de diciembre de 1997, 45 indígenas fueron asesinados en Acteal, en Chiapas, por un grupo paramilitar cercano al partido del gobierno del PRI. De aquella masacre se contó que era por la culpa de la pelea por una cantera o la religión. Esas cosas que explican lo que ocultan.

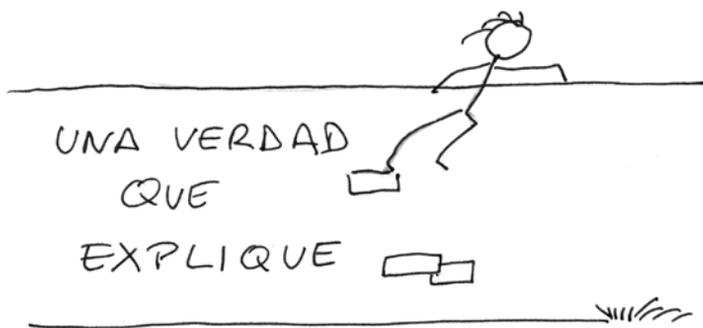
Mario sufrió un atentado al día siguiente en Colombia, a 4.000 kilómetros, cuando era presidente de un comité de derechos humanos de Sabana de Torres. Un municipio con petróleo, oro y arenas de sílice. Las regalías, son el pago porque otro ejerza tu derecho, es decir lo que se cobra por explotar la tierra y sacar beneficios, que se usaban en este caso para financiar a la escuela o los trabajadores del municipio.

Llegaba navidad ya pronto. Los sindicatos tienen nombres que siempre empiezan igual, Sinaltrainal. Sintraminero-energética. Sintraceites. Sintraemcali. El sindicato de los trabajadores del municipio se llamaba Sintraoficiales. Se reunieron el comité de derechos humanos, el sindicato y otras fuerzas vivas que algunos querían muertas. El impacto de la ausencia de salarios amenazaba con el hambre o la falta de regalos de Navidad. Cuando pidieron un informe a la Contraloría, las cosas ya habían sido decididas en otra parte.

En el mes de octubre, Mario recibió la información, de la mano de una maestra, de que los paramilitares preparaban un atentado contra él en diciembre. En esas fechas, dimos el último taller sobre el manejo del miedo en la sede del sindicato de la Unión Sindical Obrera (USO). Sabana de Torres parecía un pueblo de una de esas películas del oeste americano, donde los matones imponen el silencio.

Brigadas Internacionales de Paz, reforzó la protección estando con él casi todo el tiempo. El día X era el 23. En la noche, llamaron a la puerta. Cuando Paco abrió, los paramilitares sacaron sus armas confundidos. El único que no se confundió fue Mario, que salió corriendo por la parte de atrás, y saltó una pared, y corrió en la noche sin parar. La crónica de una muerte anunciada se convirtió en un atentado fallido gracias a un escudo de abrazos.

Los abrazos nos salvan tantas veces en la vida. Tras la tapia, no había solo una carrera sin aliento de casa en casa, también había un océano que le tocó cruzar, donde lo esperaba el exilio. El testimonio ante la Comisión desvela en estos días algo que la gente nos ha pedido en cada encuentro: queremos una verdad que explique. Los paramilitares se financiaban con las regalías, y descubrir ese pastel tenía el costo de aquella muerte que no fue.



| La vida que se empeña

Un día la guerrilla llegó a llevarse jóvenes, cerca de Yumbo. Cultivos de tomate e invernaderos eran su mundo. El reclutamiento ha sido una práctica forzada para mantener el sueño de una guerra convertida en pesadilla para la gente. Su hijo fue llevado con otros a un campamento para iniciar su recorrido por las selvas donde se ocultaban. En la zona, los comandantes eran conocidos y también las manos amigas que ayudaron a que fuera liberado. Así la familia se desplazó para estar más tranquilos unos meses, mientras pasaba el viento. A su nueva casa llegaron un día 8 hombres. Lo sabe porque a pesar del miedo, los contó, porque les obligaron a hacer la comida para todos. Al terminar, se llevaron a su hijo. Esta vez eran los paramilitares. Dos días después, les avisaron que lo habían matado, y que podía ir a recogerlo. Por colaborar con la guerrilla

– Fue una equivocación – dice que le dijeron.

Las amenazas por no pagar la extorsión no pararon. Su hija fue violada por varios hombres parte del mismo grupo, que le dijeron que le iban a dar “donde más le duela”.

La ropa que se pudo en una maleta y corra. No hacía falta mapa para la huida. Se trataba de salir del país por el único lugar posible. Un señor en Cali les dijo que lo más rápido era Ecuador. Así que no se lo pensaron ni una vez. 14 años llevan en el exilio. De aquellos hechos, la hija quedó embarazada, y nació su nieto. En realidad, él hace de papá, así que aunque la edad y las circunstancias lo nieguen, es su padre. Esas son experiencias resignificantes, es decir, aquellas que pueden dar otro sentido a lo vivido y ocupar el espacio donde el terror quiere instalarse. Las heridas pueden sanar, pero no se borran.

– ¿Para qué es importante para usted dar su testimonio? –le pregunta Paola.

– Para poder levantarnos de las cenizas y seguir adelante, y dejarles a los que lo lean esa esperanza. Porque nosotros lo hicimos.

Hablar de la capacidad de resistencia puede volverse a veces un tópico que esconde el profundo dolor e injusticia. O, como en este caso, reivindicar el valor de los ejemplos de vida.

| Sacar el petróleo de la guerra

Él cuenta que esa era su consigna, pero no era fácil. En muchas reuniones con la dirección de la empresa, los directivos preguntaban a los representantes del sindicato de la USO qué pensaban ellos de los ataques a oleoductos o del secuestro de un ingeniero. Las acciones del ELN en el Catatumbo eran parte del tema de discusión:

– Nosotros estamos en contra. En muchos casos hemos pedido que se libere a un ingeniero secuestrado.

Después de varios asesinatos, amenazas y conflictos duros, el sindicato impulsó la Asamblea Civil por la Paz. Cuando revisitas la historia de las últimas décadas de Colombia, te topas no solo con el horror de la guerra, sino con la enorme creatividad y valor de la gente. Las propuestas por la paz, vienen de lejos y al margen de su corta vida, han sido un acumulado de esa otra riqueza que caracteriza a Colombia. Esos otros recursos naturales que no se extraen del suelo o de la selva, que son su gente y la creatividad con la que parece que nacen debajo del brazo.

Un día, un grupo de sicarios, alguno de los cuales resultó ser soldado, llegaron al sindicato a pedir dinero y les enseñaron una lista. Cuando la leyó, estaba él. Los invitaron a comer para sonsacarles información, a ver qué contaban.

– Yo lo iba a matar a usted – le dijo uno. Como usted es el presidente, el precio es más alto. Pero daban muy poco.

El precio de la vida, en el mercado de la muerte. Después de eso, hubo seguimientos y más amenazas, y el sindicato decidió su salida. Entre las formas de salida, hay quien pudo tener protección desde Colombia y salió rumbo a su exilio con una propuesta. Otros muchos, con un boleto de avión y un deseo de buena suerte al llegar. Otros, como él, maleta en mano, cruzando por una trocha.

A las embajadas de distintos países les ha tocado en la guerra de Colombia jugar un papel de protección. Eso le dijeron en Ecuador, cuando se presentó para pedir asilo. El embajador le dijo:

– No podemos seguir así, porque podemos tener un problema.

Pero no era uno sino dos, porque él exigió salir con su compañera, su esposa había sufrido un atentado, y había que traerla. Cuando estaban para salir, en la frontera un funcionario de esos que hace bien su trabajo, le dijo que donde estaba el sello de salida de Colombia. El pasaporte lo delató. A veces, de que alguien se meta en problemas depende que otro se salga de ellos. La embajada esta vez se metió, y él salió.



| ADN

– ¿Qué es lo que te hace ser?

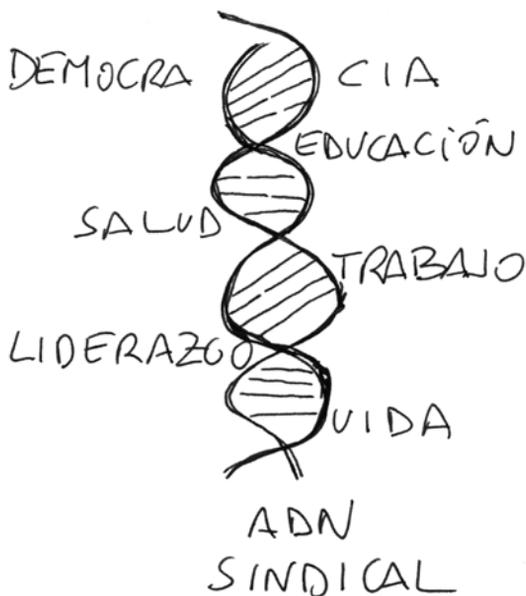
La ciencia moderna avanza cada vez más hacia el papel de la genética en la fisonomía, las enfermedades y las identidades. Una identidad siempre es algo construido entre el ácido desoxirribonucleico que habita en nuestras células, las circunstancias que nos tocó vivir, y la educación que nos dejó crecer, nos enseñó o nos dejó excluidos. Ahí comienza el balance de las desigualdades, y no en la que proclamaba el racismo que medía el cráneo de los negros o consideraba a los indígenas sin alma. Como si el ADN fuera responsable del poder, como proclaman con tanto interés los supremacistas blancos.

El porcentaje de cómo estas cuestiones condicionan nuestras vidas, está siempre en una discusión en espiral, como esa que descubrieron hace 60 años Watson y Krick. Ese secreto de la vida se descubrió en los días en que empezaba la guerra en Colombia, aunque, como todas las guerras, estas empiezan siempre antes, en eso que en el laboratorio llamamos caldo de cultivo. En lugar de agar-agar o proteínas, el caldo de cultivo de la guerra es la exclusión y la violencia de quien se impone sobre la gente, en esas relaciones asimétricas extremas. En *Vigilar y Castigar*, Foucault decía, al revés de Clausewitz, que la política es la continuación de la guerra por otros medios.

Tal vez los movimientos sociales tienen también las tres cosas, ADN, circunstancias y formación. A veces son objetos de deseo, de quien quiere tener control sobre ellos. La mayoría de las veces lo son de desprecio, con una persecución que en Colombia ha llevado a acabar con muchos. El exterminio de la defensa de los derechos es parte del ataque a la genética de la democracia.

El movimiento sindical en Colombia ha sido probablemente el más perseguido del mundo. Como siempre, el estigma es parte de la intención y de las condiciones que facilitan la agresión. El estigma también quiere

justificar los hechos: *era guerrillero, en algo estaría*. Pero los sindicatos son parte de un movimiento más amplio en la sociedad y las comunidades. Son también un motor para el cambio, para una sociedad que respete eso que llamamos derechos humanos y pacto social. Los ataques contra ellos no han sido solo contra derechos laborales, porque no solo se preocuparon del trabajo, también se preocuparon de la educación, de la casa colectiva o la salud. Los sindicalistas han tenido muchos roles. Eso forma parte de su ADN aquí.



| Contextos favorables

El primer testimonio de la Comisión de la Verdad de Colombia, se tomó en el exilio, en una “Casa de la Verdad” que no tiene ese nombre, aunque lo ejerció. Un lugar donde acoger la escucha. Cuando discutíamos en Guatemala cuál podría ser el mejor lugar para la atención a las víctimas de violencia sexual, mujeres mayas sobrevivientes de la guerra, una antropóloga del pueblo caqchiquel nos dijo: “Primero hay que poner un contexto, y luego ver si la gente quiere hablar. El contexto positivo para poder hacer eso, es el temazcal”.

El temazcal es el lugar del cuidado del cuerpo/alma, la sauna tradicional en las comunidades mayas. Antes de poder hablar, hay que buscar entonces ese contexto que es también un lugar de significados. Como si las cosas que se pueden compartir dependen de las geografías del sentido. Una Casa de la Verdad es tal vez un tipo de temazcal, donde se puede decir lo que duele y reconstruir lo que nos sana.

Esta mañana, cuando empezamos a tomar el testimonio, se desata algo nuevo. No es algo que ya está ahí y se toma. Es algo que se desencadena. La energía que se moviliza en un encuentro así tiene la fuerza emocional de una turbina de la historia. El testimonio es como esas aguas, que van como un torrente entre las piedras y se remansan donde nacen los renacuajos que de niños tratábamos de acariciar a dos manos.

Jorge es un hijo de otro Jorge, que fue detenido, desaparecido, torturado y asesinado por una patrulla del comando antisequestros del Gaula y que lo entregó a un grupo paramilitar. Muchos estuvieron en ese operativo contra su padre y otros profesores y trabajadores de la Universidad del Atlántico convertida en objetivo paramilitar.

Pienso en las tantas violencias que habitan en una cadencia de horrores que, una vez que comienzan, van a pasar de forma irremediable. Ese camino dura un continuo tiempo de horas, semanas o años. Pero aquí hay dos tiempos continuos que no se encuentran, aunque se padecen uno a otro.

El que vive la víctima, que se acelera, y el de sus familiares y amigos que lo buscan, en esa pesada y urgente lentitud del desespero.

Jorge hijo tuvo que exiliarse. Hoy lo llamaríamos menor no acompañado. Un adolescente cruzando la frontera, muerto de miedo a pesar de su enorme valor. Hay medidas que son demasiado grandes a cualquier edad, pero también te muestran el tamaño de la injusticia. Jorge hijo investiga no solo los hechos contra su padre, que lo fueron contra toda la familia, sino contra la universidad y el sindicato del que formaba parte. En el lenguaje políticamente correcto, los llamamos hechos victimizantes, como si los hechos no fueran intencionales. Importa lo que hay detrás de los hechos, los profetas del odio y sus secuaces.

| Palabras clave

A diferencia de otras violaciones de derechos humanos, el exilio es caminante. No se queda quieto. Es fruto de otras violaciones sufridas. Antes de huir por alguna de las fronteras, hay otras huidas previas dentro de ellas. A eso lo llamamos desplazamiento forzado. Y para que eso se dé, antes se han dado amenazas de muerte, torturas o atentados. En otros casos, asesinato de familiares o compañeros y desapariciones forzadas. Y la mayoría de las veces una combinación de ellas.

Cuando en la guerra de El Salvador la gente hablaba de las condiciones en que se dio la huida, decían: “Ya no se podía vivir”.

El exilio es una búsqueda de ese poder vivir. Pero no entra en el vademécum de las formas de violencia que exigen una atención y reparación por parte del Estado. El exilio es un movimiento arriesgado porque supone buscar un paraguas frente a la amenaza que te persigue, pero también cortar todos los ombligos de los que nos alimentamos. En cada testimonio podemos encontrar esas palabras: huida, recorrido, frontera, policía, seguridad, estatus, migración, trabajo, choque cultural, racismo, hijos e hijas, nostalgia, educación, oportunidades, miedo. A veces, sin embargo, no hay palabras sino un relato latente.

Los relatos latentes tienen algo que dicen y algo que te imaginas: – Cuando pasó lo que pasó– repite Myriam.

Las palabras y los relatos latentes a veces se encuentran en una historia, que no solo surgen de dentro de quien la sufrió, nacen porque la confianza entre quien habla y quien escucha es una conversación de esa humanidad que reconoce.

| Lo que hay que cambiar

Saúl es comisionado de la Comisión de la Verdad. Él conoce el exilio porque le tocó salir del país al día siguiente del asesinato de Héctor Abad Gómez y Leonardo Betancourt, profesores, defensores de derechos humanos y amigos suyos. En esa época, la gente se veía en funerales masivos. Y tantas veces, el que osara tomar la palabra en el funeral de un amigo o un compañero de partido o de trabajo, podía ser el siguiente.

Así le pasó a él, que habló, a nombre de la universidad, en el sepelio de Pedro Luis Valencia, senador de la Unión Patriótica (UP) que fue asesinado en 1987. Saúl tomó la palabra y alertó de lo que estaba pasando y lo que estaba por venir. Salió del funeral con sus dos amigos que poco después serían asesinados. Le llovieron las llamadas de alerta, porque hacerse visible era asumir un enorme riesgo. Ninguna de ellas era de quienes lo tenían en una lista para ser el siguiente. Fueron las llamadas de solidaridad las que lo llevaron a tener conciencia de un peligro inminente que no se le pasaba por la cabeza.

En las reuniones, Saúl tiene muchas ideas, pero frecuentemente las refiere concentradas en tres cosas. Sus adjetivos son precisos, claros y sutiles. En el contexto de la violencia que se sufría a mediados de los años 80, con el florecimiento de la UP, él no tenía un liderazgo político sino académico. Antioquia era un polo de pensamiento progresista. Un día antes de su salida, fue asesinado Luis Felipe Vélez, líder y maestro. Cuando iban al velorio de Luis Felipe, Héctor Abad y Leonardo fueron asesinados, y él salió esa noche con la ropa puesta. Después, cuando llamaba por teléfono para interesarse por cómo estaban las cosas y saber de la familia, las conversaciones siempre venían con un nuevo golpe:

– ¿Te acuerdas de fulano? Lo mataron hace dos días.

Aunque el exilio siempre se piensa para un rato, un mes se convirtió en dos años y medio y luego en otro tanto. Cuando volvió, lo hizo solo a Bogotá, así que fue mucho más tiempo un exiliado de Antioquia, porque un día encontró al detective que lo había buscado hacía años. Mensajes.

En su testimonio, hay un resumen del exilio que le cabe, esta vez, en dos palabras:

– Es una imposición absoluta. Y lo duro del exilio es la incertidumbre, porque se sabe cómo empieza, pero no cuando se acaba.

Como a él le gusta mirar para adelante, la tercera cosa es que abrió nuevas vías de investigación a partir de su propia materia prima. Él, que era académico e investigador de la malaria, inició los estudios sobre la salud y la violencia. Su positiva obsesión son los contextos explicativos de esa violencia. Tiene un triángulo para explicarla, en el que cada lado comienza por lo que falta: inequidad, impunidad e intolerancia. Cada uno de ellos no mira solo hacia el pasado, muestra el camino de lo que hay que cambiar.

| Ser testigo

Es probablemente la ciudad más cara de Canadá. Aquí la vida cuesta vivirla, en la ciudad que más llueve, al lado del mar, en esa bahía del Pacífico. De aquí a Toronto se tarda 5h de avión, en el mismo país, lo mismo que de Toronto a Bogotá. De aquí a Hong-Kong son 6 horas, con un mar y un océano de por medio. De estas proporciones son las distancias que consideras cerca y lo lejos que las piensas. El otoño acaba de empezar, y Pilar y Alejandra son nuestras anfitrionas, en estos días de un sol que se regala entre nubes y viento.

Hay lugares en que la gente se va juntando en estos días para hablar de Colombia, la verdad y el exilio. Como una historia invisible, que solo se hace evidente cuando se junta en una sala. Esta tarde, ochenta personas estamos en esta universidad para escuchar y celebrar una esperanza. La ceremonia empieza con las palabras de una Elder michja, una anciana que habla de los pueblos originarios y los impactos de la colonización y la violencia. Aquí la violencia contra la población indígena atacó directamente a la cultura, con escuelas especiales para reeducar a los niños y niñas que estaban aquí antes que cualquiera, habitaban la tierra y hablaban con los osos o esculpían cuervos en la madera. La violencia cultural tenía apariencia de educación, en residencias que trataban de extirpar esas células de una comunidad que nos habita. Qué tarea dolorosa y opresiva, qué miopía de la diversidad.

Pero los pueblos indígenas han terminado resistiendo a tanto oprobio, y ahora, antes de comenzar, se pide permiso a esta tierra y se escuchan sus voces para que no olvidemos. La Comisión de la Verdad de Canadá que escuchó y analizó estas prácticas de genocidio cultural, pidió a todos los que escuchaban ser testigos. Cuando fui la primera vez a las Comunidades de Población en Resistencia de Guatemala, que vivieron 12 años entre la vida y la muerte, en ese límite de ser perseguidos y bombardeados en medio de la selva, y tener que cultivar a una hora de distancias de sus comunidades bajo la sombra para no ser identificados, cuando salía de ese primer viaje, me dijeron: ahora usted ya vio.

Tal vez de eso se trate todo esto.

| Solidaridades contra polarización

En el exilio se mantienen muchas diferencias y prodigan las desconfianzas. En el caso del exilio de la guerra de Perú, las clases de inglés en Canadá llegaron a ser segregadas según la ideología o el tipo de responsable, izquierda y derecha. En el caso de Colombia, que tiene un mix de complejidades, habla también el miedo: “Pilas, cuidado con quien estás en clase”.

Pero también hay experiencias que sacan lo mejor que tenemos, incluso en contextos donde parece que todo está perdido. En Quebec, Canadá, una familia entera murió en accidente de tráfico, su carro se estrelló y los refugiados colombianos hicieron una “vaca” para poder pagar los gastos para los que nada había. Una “vaca” en Colombia es una colecta de dinero para sufragar un regalo o, tantas veces, un sepelio. Vete a saber por qué se llamará eso “vaca”, debe ser por esos múltiples pezones, donde cada uno aporta un poco a la leche producida.

También, está el caso del joven que se electrocutó. Ahí llegaron muchos jóvenes con su solidaridad.

Esas formas de afrontar el dolor como una comunidad única, son un tipo de esperanza. Ahí no se preguntó de qué lado estaban los muertos, a quien le pertenecían. Eran parte de una forma de nosotros. Tal vez el gran desafío aquí, y en otros mundos, sea construir una identidad colectiva que no sea solo la selección de fútbol. El accidente no tiene intención, como las muertes, violaciones o torturas de la guerra. La intencionalidad rompe la confianza en el ser humano, en el otro grupo, en la izquierda, en la derecha, en el Estado que es tantas veces parte fundamental o fuente del problema. El fútbol termina y las camisetas pasan al baúl hasta otro día. Tal vez podemos convertir todo en el partido de la vida.

| De dentro

Colombia es uno de los pocos países en que los chalecos antibalas los lleva no ya la policía sino los defensores de derechos humanos. La primera vez que conocí a Alirio y le di un abrazo de despedida, la espalda sonó rígida y no sabía si tenía un corsé para la escoliosis. Desde hace mucho tiempo, los programas de protección incluyen chaleco y avantel, un teléfono para llamar en caso de emergencia, que no es un antídoto contra la inseguridad.

Durante años, los escoltas de los defensores y defensoras eran del DAS. Esa policía hacía y deshacía, controlaba aeropuertos y sobre todo personas. Había escoltas del DAS que no eran muy de fiar, porque hacían inteligencia, o sea informaban a sus superiores de los movimientos, o en otros casos participaban en detenciones y en fechorías. Eso lo sabemos porque en 2011 se descubrieron archivos en los que la vida de defensores de derechos humanos, jueces y otros hijos de vecino, eran espiados hasta en la basura que botaban de su casa. Siempre pensé que esa era una forma de violación de la intimidad que se parece en sus efectos a la violencia sexual. En los archivos, aparecieron informes sobre los movimientos y detalles de la vida de Soraya Gutiérrez, que presidía el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, a quien un día le llegó una muñeca ensangrentada con el cuello roto, como una amenaza para su hija. El DAS se acabó en 2010, pero siguieron otras cosas.

La gente sabía esos detalles antes de que aparecieran en los archivos. En 2007 en Tumaco, el asesinato de líderes hacía ya que nadie pudiera hablar. Ella es una defensora que tuvo que salir a Bogotá, donde le propusieron esas medidas, escolta, chaleco y teléfono. Como no le convenció, de allí había dos opciones para cruzar la frontera, Venezuela o Ecuador. De Ecuador fue reubicada en Canadá, que la aceptó como refugiada invitada. En ese país hay otro tipo de refugio que es el que se pide cuando llegas a la frontera, pero Rosalba fue aceptada ya desde antes de llegar, desde la embajada en Bogotá. Cuando llegó, iba con un firme propósito de no volver a las andadas del liderazgo, porque eso es lo que le había traído problemas. En este encuentro en Toronto, nos cuenta algo que muestra que su proyecto no había contemplado los detalles:

– Pero llegué y comencé otra vez. Las cosas que llevamos dentro, salen de nuevo.

Para pacem

1988. La emoción por la candidatura de la Unión Patriótica (UP) ocupaba casi todo su corazón en ese tiempo de aires de cambio. Se estaba llevando a cabo un proceso de paz con las FARC en gobierno de Belisario Betancur. Había un delegado de la guerrilla para la región que un día amaneció despedazado:

–Ahí me di cuenta de que era muy peligroso.

Eran los tiempos en que abrías el periódico y la página de sucesos parecía un obituario. ¿A quién mataron hoy? La violencia por todos lados no viene sola, trae la búsqueda de sentido abrumada ante el horror. En esas situaciones, la culpa ocupa el espacio del sinsentido:

–Llego un momento en que yo mismo me consideraba sospechoso que no me mataran.

Un alcalde y varios líderes que lo invitaron a hablar por la paz terminaron muertos. Su testimonio es una historia tras otra, tras otra, al lado de una más. Cada una de ellas es en sí misma terrible. Anudadas con ese paso del tiempo y de los nombres, la matazón le dolía y le rozaba cada vez más. En esos tiempos el exilio estaba mal visto. Como si fuera una debilidad. Un día, llegando a la casa, de noche, un tipo leía el periódico resguardado en la pared porque llovía, mientras otro venía hacia él en moto. Así que echó a correr en esa gota que colmó el vaso.

Escuchar tanto horror solo es superado por algo que el testigo tiene, la convicción y empeño en la lucha por la paz. También tiene una enorme claridad sobre lo que está en juego.

De la gente que, en medio de esa tragedia, se pasó de la UP a las FARC, todos están vivos. De los que se quedaron a luchar por la paz porque no creían en las armas, están todos muertos o en el exilio.

Cuando me hice objetor de conciencia, teníamos una máxima que cambiaba una palabra. Como en la historia de José Saramago sobre el Cerco de Lisboa, todo el conflicto empezaba por el cambio en un texto de un sí por un no. Del *si vis pacem para bellum*, o sea si quieres la paz prepara la guerra, inventamos *si vis pacem para pacem*. Si quieres la paz, prepara la paz. No estamos en 1988, sino 30 años después. En otro proceso de paz con las FARC. Y *para pacem* es una exigencia que grita al cielo.

| El limbo

La situación de muchas personas que buscaron refugio fuera del país que les expulsó o no supo protegerles, pasa por diversos estados transitorios. Podríamos decir que es un limbo, como ese borde de las cosas donde no se sabe bien donde está una y termina la otra. El limbo es el lugar donde te deja la falta de un estatus.

Cuando nacen, los niños y niñas ya no traen un pan bajo el brazo, como se decía antes, pero al menos sí una identidad, su nombre y apellidos, un lugar de donde son, sea familia, comunidad o país. El derecho a la identidad ha sido reconocido por Naciones Unidas, aunque antes lo ha sido por los pueblos del mundo y el amor de sus madres y padres. Aunque la Iglesia católica nos enseñó aquello del limbo como un lugar en el que las almas no bautizadas iban al morir, que no era el cielo ni el infierno, el mundo se convierte a veces en este último y por eso la gente huye de la guerra.

Los refugiados, expulsados, demandantes de asilo y todas las variaciones de situaciones que llevan a buscar protección internacional, quedan en un limbo en el que tantas veces nadie se hace cargo de su identidad, que pasa por un papel que diga quien eres. Una carta de refugio, una visa del país, un pasaporte de ACNUR, o cualquier otro papel que certifique que puedes estar aquí. La búsqueda de papeles es una lucha permanente de quien tuvo que huir. En muchos casos, los papeles son provisionales, son parte de un mientras tanto que se alarga en el tiempo. Entonces no puedes alquilar, adquirir una casa o tener un préstamo porque los bancos, a quienes les interesa la confianza en el beneficio, no se fían de que vayas a tener plata o de que vayas a seguir ahí. En este trabajo de la Comisión de la Verdad he conocido personas en ese estatus de provisionalidad que no son de aquí ni de allá, y a algunos estados de acogida que no ejercen de su nombre.

El limbo te deja en un lugar en el que no eres admisible y no eres inadmissible. Juan estuvo quince años así. Zoraima, en otro país, está así hace 18. En ese espacio, por más que busco qué materia hay, solo encuentro algo gaseoso. Las moléculas de la discrecionalidad.

| La paz desde el exilio

Las actitudes políticas frente a la paz pasan también por la Colombia que está fuera de Colombia. Muchas de las personas que entrevistamos celebraron el Acuerdo de Paz como una victoria de la esperanza, como una alegría desbordada que les tocaba el cuerpo en la distancia. El exilio, que en esa guerra larga interminable era un tipo de cordón umbilical que siempre traía noticias que te generaban anticuerpos, ahora era un subidón de vitaminas que estimula las reacciones biológicas del alma.

En Toronto ganó el sí en el plebiscito sobre el Acuerdo de Paz, pero en Canadá el no. Colombia ha vivido ciclos de esperanza y frustración durante las últimas tres décadas, desde aquel tiempo del primer proceso de paz con las FARC en 1985. El problema de todos esos ciclos, es que cada uno empezó más abajo. En 1998 en el País Vasco se vivió la euforia de una negociación que iba a traer la paz, antes de frustrarse de nuevo, porque el Estado y ETA tenían otros planes, y después de ese intento con el PP que llegó a hablar del Movimiento de Liberación Nacional Vasco, vino el rearme y casi una década de nuevos atentados, muertos y torturas. En 2006, el diálogo de Zapatero reinició más abajo, pero generó de nuevo una esperanza contenida que frustró el atentado de la T4, en el que murieron dos ecuatorianos. Aquello dinamitó las posibilidades de una paz que tantos queríamos, y lo que vino después fue siempre más abajo y en peores condiciones. ETA se disolvió, por fin, la política tuvo su espacio pero aún andamos reconstruyendo los pedacitos de tanta memoria rota.

Ella sabe de todas esas dificultades porque las ha vivido en carne propia. Las cosas que vives así, no se quitan ni siquiera raspando con una lija. Toda esa política que llena los análisis de la sociología, traspasa el cuerpo con la persecución, el exilio, el estigma, el miedo. Podríamos decir que se podría entender el conflicto armado mediante esta carne propia de su biografía. Cuando la contactamos para ver si quiere dar su testimonio para la Comisión, dudó por tantas cosas que se cruzan en una decisión así. Pero también hay cosas determinantes en medio de la confusión:

– He querido olvidar tantas veces, pero frente a este conflicto, vengo con el compromiso de no dejar las cosas como están, en lo que pueda, con la responsabilidad de hablar. Somos responsables de no callar.

| Sabidurías escondidas

Las conversaciones muchas veces vienen con su sabiduría. Ella no tuvo miedo en Colombia, a pesar de que ser de la UP se convirtió en 1992 en una condena a muerte y una persecución permanente. Ella estaba luchando por lo que creía, y allá, en medio de todo, no tuvo miedo.

– No se compromete la convicción por miedo. Hay gente que cambia sus convicciones por dinero, pero no por miedo.

Todo se puso en contra, porque después del ataque a las Torres Gemelas, el espectro antiterrorista veía fantasmas en todos lados. En varios países del norte del mundo, los refugiados colombianos fueron sospechosos y sometidos a nuevas formas de control y estigma. El estigma de “terrorista” opera como los muros de una cárcel. Del otro lado puede pasar cualquier cosa, porque es un mundo donde las reglas de fuera no funcionan.

Ella se fue quedando sola, de ser una persona normal, se convirtió en un peligro social.

En la desesperación, echó una botella al mar en internet con un S.O.S. Daniel Tibi, un francés que fue acusado de narcotraficante y fue torturado durante semanas y estuvo en una cárcel que parecía el fin del mundo en Guayaquil, llevó su caso ante el sistema interamericano y logró una sentencia de la Corte Interamericana que en 2004 condenó a Ecuador por su responsabilidad. Por increíble que parezca, el caso empezó porque él hizo una solicitud desde la cárcel en internet. Y aunque nadie le creía, alguien lo tomó entre sus manos.

También aquí, un abogado encontró la botella al mar que ella lanzó y leyó el mensaje. Era judío, y aunque no era comunista, sabía como nadie lo que era el estigma. La pelea fue larga, pero la ganó. Cuando todo se pone de mal en peor, y no quedan ya resquicios para la esperanza, a veces hay gente que nos salva:

– Con él recuperé la fe en la humanidad.

También hablamos de las afectaciones que todo esto le produjo. Conoce el dolor emocional, que es más largo y más difícil de describir:

– Es como otra piel.

Ella no encuentra la manera de cuidarse, pero tiene una reflexión sobre lo que entendemos por psicosocial. Que en el país haya cambios, que nadie más pase por eso, es la terapia para enfrentar ese dolor físico y del alma.

| Iniciativa Baudó

El Chocó y el Urabá, están llenos de nombres que terminan en do, que significa río. Apartadó. Chigorodó, Jiguamiandó y Baudó que significa río que viene y va. En mi pueblo sería una ría, porque tiene la influencia del mar y el nivel sube o baja en función de las mareas.

En Colombia hay que saberse los números de las leyes para seguir una conversación, la 387 es la de desplazamiento forzado, la 1448 la ley de víctimas. La Iniciativa Baudó tenía que ver con la titulación de tierras de la recién aprobada ley 70 en 1993 que regula la titulación de las tierras ancestrales de los pueblos afrodescendientes, aunque aparecen como baldíos. La primera titulación de tierras era en el Bajo Baudó. Allí le tocó ir a él que era veterinario y aprendió no solo de animales sino de tierras y de utopías. Así, en voz baja y con un GPS de la época en la mano, fue con su equipo tomando referencias y hablando con los viejos que eran los que sabían todo de memoria. El proceso se dio sin una letra escrita, reconstruyendo esa memoria histórica con la gente mayor y en un diálogo con las nuevas generaciones. Tal vez más que agrónomo hacía trabajo etnoambiental.

Como la tierra es objeto de mucho deseo para la explotación, no para la vida comunitaria, muchos intereses empezaron a tratar de obstaculizar el proceso. Unos años más tarde, las comunidades del Naya lo buscaron para que les apoyara en eso, pero él estaba ya en el exilio y no había cómo volver. La gente estaba adelantada en su proceso de titulación cuando llegó la masacre del Naya, años más tarde. Para entonces, el equipo de la universidad se había convertido en objetivo militar de las Autodefensas Unidas de Colombia.

Apareció una pintada en una pared en Pizarro, en la desembocadura del río, que decía: “Vamos a limpiar el área de la guerrilla”, pero no había en esa época, esa era la excusa.

La economía que buscaba expandirse desde Medellín quería un territorio libre de gente o con gente atenzada por el miedo. Esa gente que podría formar parte de la reflexión del escritor William Ospina en “La Franja Amarilla”, esa parte de la bandera de Colombia que no está incluida en los partidos tradicionales del rojo y el azul. Unos jóvenes de la universidad que estaban tratando de dar seguimiento a su trabajo con las comunidades fueron asesinados, sus cuerpos picados en trozos y tirados al río, por seguir ese camino. Pienso en la memoria de estos muchachos y de sus familiares que recibieron la llamada de un paramilitar que no se presentó, pero dijo haber sido testigo.

Desde el exilio, donde habitan tantas historias de Colombia, encendimos esta noche una vela en su memoria, tal vez escribir sea una forma de acompañar también, hoy y aquí, la luz de ellos.



| Refugiados autolandestinos

Ecuador está ahí al ladito. Las fronteras son rayas en la tierra y hasta en el mar, pero el paisaje y la gente va cambiando cuando llegas a Pasto, ese lugar de montañas plegaditas como un origame, y donde hay líderes que tienen fama de inteligentes. Cerca de la frontera, la gente se parece a los dos lados.

Pero muchos refugiados y refugiadas han sentido el alivio de cruzarla. Cómo si se cerrara una puerta, contra la que pones exhausto la espalda, y se abriera un mundo.

Aunque a veces la puerta se agujerea. En 1993, estando en una casa de refugio, dos parejas fueron detenidas y estuvieron un mes en la cárcel, aunque nadie sabía de ellas hasta que aparecieron con el cuerpo y el alma amoratados. Les habían acusado de querer atentar contra el presidente Samper que en esos días hacía una visita. Cuando vieron lo que les pasó a sus colegas, pusieron las barbas que no tenían a remojar, y él y su familia inventaron una nueva categoría:

– Nosotros nos autodesaparecimos.

Clandestinizarse en esas circunstancias, es como una vuelta más de tuerca al trauma del exilio. A la responsable de ACNUR en Ecuador le llegó una bala que perforaba la puerta. Era un comunicado de un grupo paramilitar de nombre Macogue, que le pedía que les ayudara a identificar donde estaban algunas personas refugiadas para matarlas porque eran unos subversivos.

Hay lugares en los que la desfachatez no tiene límites, sobrepasa cualquier fantasía. Aquí está el comunicado, que tengo entre las manos 26 años después, en un papel envejecido que ha sido guardado en un cajón de la casa, en su memoria. Esos lugares que solo puede abrir la confianza.

| Sabores y aprendizajes

– Yo soy campesino, y cuando llegué a Suiza aprendí muchas cosas de mí mismo. No sabía que puedes transformar los elementos de la escucha para traducir palabras.

Así aprendió que “transfer” era “traslado” a base de ver como otros refugiados dejaban de estar con ellos.

Los hijos e hijas se integran rápido. Van a una velocidad vital a la que los adultos sólo podemos acercarnos con la lengua fuera. Como si la división celular del crecimiento, tuviera una capacidad de absorber el idioma, los sabores, el paisaje.

– Mi esposa, cada vez que veía la comida aquí, lloraba.

Los sabores son lo que nos acompaña toda la vida, están en las entrañas. Por eso se extrañan tanto.

Su casa en Ginebra, esa ciudad donde la institucionalidad de los derechos humanos tiene su sede en Naciones Unidas, se convierte en un albergue de acogida para otros, en un descanso después de las denuncias o un aliento cuando se preparan sesiones, y en un abrazo para poder volver a los sabores que hacen parte de esa forma de nosotros. Lo sé porque también ahí fui acogido.

Cuando Andrés habla de lo que la familia descubrió, aún a diferentes velocidades, tiene palabras que dan en la diana:

– Aprender es un método de resistencia.

| Miradas desde el exilio

Cuando estaba en el exilio, que le dio muy duro durante largo tiempo, vio a Ingrid Betancourt que había sido secuestrada por las FARC hacía años y aparecía en un vídeo donde decía que tenía que hacer sus necesidades frente a los guerrilleros. Tenía en su rostro el sufrimiento y estaba muy delgada. Él que fue un militante de la Unión Patriótica (UP), y que fue acusado de ser parte de las FARC, se dijo: “Se jodió Colombia”.

Y vino a esta habitación donde hoy tomamos su testimonio a dibujar. Y dibujó con esas mismas manos que habían sido golpeadas, esos dolores, los suyos y los de tanta gente.

Años antes, cuando lo detuvieron, su padre fue a verlo al batallón mientras el vio cómo lo maltrataron. Esa última vez que lo vio mientras preguntaba por él y le dijeron que ahí no estaba. Entonces se dijo: “Se jodió Colombia”.

Cuando habló con el abogado que iba a denunciar las torturas a las que había sido sometido, su abogado le dijo: “No lo hagas, te van a joder”.

El juez no tenía rostro. No es que le faltara la cabeza, es que ese era el sistema de justicia para casos políticos en 1993. Tampoco tenía voz, porque estaba distorsionada como un robot de los que entonces solo aparecían en las películas. Además, estaba distorsionada la escucha. Después de un año de cárcel tuvo que ser liberado y el proceso fue sobreseído. Pero para entonces el alcalde que lo sustituyó había sido asesinado y le tocó salir del país huyendo de esa persecución que llevó a tantos a la muerte.

Hablamos en esta habitación en la que dibujó sin parar 20 cuartillas, donde luchaba contra el horror de la guerra y expresaba una verdad para la que no había palabras. A veces hay cosas que son un antídoto contra el veneno de la historia, y eso nos hace sobrevivir. Él no solo da su testimonio, también es un testigo de que no, por gente como él, no sé jodió Colombia.

| Combatir el sufrimiento

Nació en 1930. Hay veces que cuando preguntas la edad para poner algunos datos básicos en la ficha, tienes una perspectiva de toda una vida.

– Estudié medicina porque me impactó siempre el dolor.

Por eso se hizo anestesióloga. Cuando estudias medicina, hay convicciones que se van haciendo en el camino, o especialidades que te tocaron porque ese era el cupo. Pero ella antes que médica quería ser luchar contra el dolor. En 1955 no había muchas anestesistas en Colombia, y se prodigaba en clínicas de nombre muy conocido. La Marlyn, Clínica Bogotá o Chapinero eran algunos de esos lugares de élite donde ejerció su vocación de aliviar el dolor de otros.

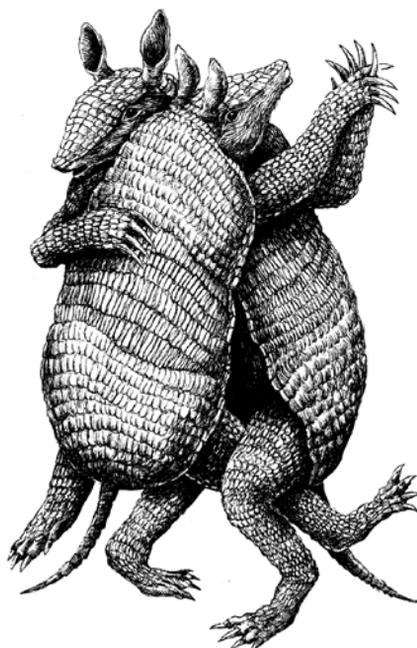
El cirujano tenía conciencia social y atendía también a algunos excluidos de ese mundo. Un día estaba en el quirófano y el cirujano abrió el vientre de una niña y empezó a sacar áscaris con la mano. Los áscaris son gusanos, parásitos del aparato digestivo que habían roto el intestino y se movían entre membranas y pared abdominal, mientras ella la mantenía dormida. En ese tiempo, la anestesia era con éter, y se daba en la nariz abanicándolo con la mano. A veces el anestésico se dispersaba hacia ella. Pero esa vez no salió mareada por eso. Para esa época, tras el asesinato de Gaitán el 9 de abril de 1948, la violencia andaba desatada, contra liberales gaitanistas primero y luego de todos contra todos.

La muchacha se salvó y ella quiso saber donde vivía. Fue a su casa, en medio de aguas negras, donde la familia cultivaba zanahorias. Ahí se entiende todo. Volvió meses después con el mismo problema, y no se pudo hacer nada para salvarla. Ella decidió entonces que solo la anestesia no servía para aliviar los dolores del mundo, y estudió Trabajo social, marxismo y sobre todo humanismo. En el hospital de Fusagasugá le tocó atender a los heridos de la guerra de cualquier bando.

El dolor sigue siendo una referencia en su vida, también cuando analiza la política.

– Hay una Colombia de gente muy sufrida y otra a la que el sufrimiento de los demás no le importa.

El problema no son los áscaris, es la pobreza. Y no es la anestesia, sino la insensibilidad. A los 89 años, sigue estudiando dos horas al día. Para ayudarnos a comprender, dice que se necesita teoría para entender las cosas que hay que cambiar.



EL TIEMPO DE LA VERDAD

| De eso nunca se habla

Eso es como otro pacto de silencio. No uno con el que se atrincheran los responsables, que oculta los hechos o los distorsiona para que no haya justicia, sino el otro, el que trata de proteger, el que sabe que eso duele tanto, de parte y parte, que no se sabe para qué pueda servir la palabra, ni cómo hablarlo. Como el diálogo en la película de Montxo Armendariz, en *El silencio roto*:

—¿Para qué tocar las heridas?

Alguien le responde:

—Para qué va a ser, para curarlas.

Y la mujer añade:

—¿Pero quién se atreve?

El refugio en París no es dorado como parece. Cuando cruzaban juntos el Sena, en uno de esos barcos para turistas en los que tratas de confundirte con lo que no eres los pocos días de paseo que acompañan el exilio, pasaban por el monumento a los deportados de la II Guerra Mundial. Allí, detrás de la catedral de Nôtre Dame, puedes sentir el aislamiento de los judíos deportados a campos de concentración, y ver por una rendija el cielo que nunca volvieron a tocar. Ese lugar le recordaba a la cárcel que había sufrido, eso de lo que nunca se habla. Le gustaba a pesar de su significado, o gracias a él, porque era un lugar en que se reconocía, que le conectaba con ese silencio:

— Ese es el único lugar en el que hablaba de la tortura.

Ese reconocimiento en el lugar de una historia de la que formas parte. Tal vez un monumento a los deportados de una guerra puede convocar un reconocimiento de las víctimas de otra. Y en este diálogo, se pueda romper el silencio de parte y parte. Porque sin reconocimiento no hay elaboración conjunta. Una verdad compartida no es tal vez el primero, sino el paso más maduro de eso que llamamos paz.

| Foto grande y foto pequeña

Cuando estás en medio de las cosas tienes la perspectiva de los detalles, te acostumbras a ver las rendijas y agarrarte a ellas. Pero también a veces pierdes la perspectiva más grande, o no tienes tiempo ni puedes subirte a los árboles para mirar. Pero cuando estás lejos, como en el exilio, ves las cosas mediadas por las noticias que se fabrican a base de horrores o discursos políticos. La brocha gorda corre el riesgo de convertir un paisaje delicado en un tracto de cosas gruesas en las que no puede verse la vida.

Ella estuvo siempre metida en la foto pequeña. Esa es la que corres por los ríos, buscas apoyo para la gente, comes con ella, eres ella, te enfrentas a los peligros, ves el sol de la tarde, y sientes esa confianza en medio de todo de que lo que haces cambia las cosas, así en este lugar alejado del centro del país, en esta selva del Caquetá. En la otra realidad, en la que habita ahora, las cosas desde lejos no te dejan sentir aquel latido. Tienes una fotografía grande que te hace ver las cosas en perspectiva, entiendes más la historia o la desesperanza.

La foto pequeña es esa que te hace vivir entre la gente y las necesarias transformaciones de la vida cotidiana. La grande, es otro tipo de conciencia que no puede desconectarse de la vida ni del territorio si no quiere perderse en una nube estéril, que requiere de ese diálogo para que la perspectiva de la gente no se disuelva en la distancia.

El exilio tiene su propia fotografía pequeña, que hace que no te olvides de que aquí y ahora también se construyen vínculos y vidas, ese otro tipo de país de puntitos que juntos hacen ese gran cuadro impresionista. La foto chiquita te da su latido y el sentimiento del cambio, la grande te da otro tipo de conciencia de lo que hay que cambiar. Tal vez se trate de hacer que la foto chiquita pueda abrazarse con tantas miles y miles que forman parte del dinamismo de Colombia, y nos den la perspectiva no solo de lo que hay que cambiar, sino de lo que hay que unir para ese otro cambio necesario que ya viene. El exilio es parte de esa transformación.

– La decisión implica que, donde uno esté, se trata también de seguir viviendo, incluyendo un proyecto colectivo del que quieres formar parte.

| Diccionario

Las palabras buscan inventarse cuando no saben ya qué hacer para describir lo que se vive. El diccionario es en realidad un invento progresivo, y no algo que ya está escrito. Una forma de avanzar es convertir los sustantivos en verbos. Palabras en acción. Paniquearse. Ella se paniqueó cuando le acusaron de algo que no había hecho, y no había nadie a quien decirle que eso era mentira. Trabajar con las comunidades donde tiene presencia las FARC no era ser de las FARC, ni la población civil, ni ella que trabajaba allí. Pero el militarismo no sabe de matices, o tal vez sí lo sepa pero se hace el loco. Pendejear sería en el nuevo diccionario. El caso es que ella tuvo que salir bajo un tipo sui géneris de amenaza, y es que su teléfono estaba intervenido y su nombre dizque en una lista.

En otros casos la gente se psicosea. Psicosearse es no saber ya qué es verdad y qué es mentira. La psicosis es una enfermedad mental que entre otros síntomas o modalidades incluye alucinaciones o delirios, distorsiones de la percepción de la realidad que te desconectan de los otros y de ti misma. Pero en este caso, la realidad era lo que no parecía. Ese asalto en la oficina. Ese robo del computador. Aquellas llamadas en que nadie contestaba. El vandalismo está duro, había pensado hasta entonces.

Hay veces en la vida que un dato te saca del hoyo de una distorsión de la que no eres consciente. No eres tú la que psicosea, es la realidad disfrazada la que es una forma de locura. Las amenazas son a veces un tipo de oscuridad en la que empiezas a desconfiar de todo, hasta de ti. Cuando eso pasa, todo tiene un nuevo sentido, como si una pieza del puzzle no encaja en el sitio que esperabas, sino que te cambia todo el rompecabezas. Eso le pasó a ella, que tuvo que tomar un avión y salir volando, porque corriendo era poco rápido.

Todo esto pasó en un tiempo en que estaba a punto de firmarse la paz. Sabemos de los tiempos turbulentos en que los que no quieren cambiar se aferran a lo de siempre, al tufo de la muerte. Pero lo que hay detrás es lo que hay que desvelar. Detrás de todo están objetivos declarados, como

pagar rescate por un secuestro, convertir al otro en moneda de presión política, o incluir su proyecto en una forma de chantaje para pagarle a la corrupción el 10%. Otras, son objetivos no declarados, como acabar con los procesos de los que los líderes forman parte. Podríamos llamar a esto interesear, en una página del diccionario aún por escribir, es decir poner sus intereses por encima de la vida. Pero no, tengo otra propuesta, interesear sería interesarse por estas cosas que hay que cambiar.

| De los dos lados, una convicción

Le tocó ver gente de los dos lados en su trabajo atendiendo refugiados de Irán y de Irak. A ella, que había sido antes refugiada de Colombia en su propio país. Hay conflictos armados en los que el refugio no es solo en una dirección como en las dictaduras, sino que en él se juntan víctimas que en su país aparecen como enemigos.

– Me tocó ver cómo el conflicto afecta a todo el mundo, víctimas de diferentes grupos, victimarios y otros sectores de la sociedad.

Ese verse en otros te da a veces claridades de ti mismo. Eso le pasó a ella, que estuvo en Colombia en uno de los lados, aunque solo se dedicaba a la propaganda política, cuando le sorprendió la guerra como un mazazo inesperado. Era el año 1977. Tiempo después, atendiendo en Europa a refugiados del Tigris y el Éufrates, de la Mesopotamia convertida en países enfrentados, vio cómo lo viven los adversarios. Esos contrastes de la vida a veces vienen con sus certezas. Ella tiene tres esta noche que se alarga:

1. No hay maldad absoluta en la gente, y hay verdades relativas o parciales que tienen que ser escuchadas.
2. Los odios se pueden cultivar, reproducir, transmitir. O no.
3. La violencia y la manipulación política distorsionan las percepciones que alimentan lo peor de 1 y 2.

Sus reflexiones forman parte del sanar una sociedad que ha sido golpeada de forma extensiva en los muchos años, aguda en los tiempos y tenue como esa lluvia fina que cala las actitudes como los huesos. Tal vez la verdad tenga que ser extensiva, en la gente a la que llega, aguda en el análisis de las contradicciones tan brutales en la sociedad, y fina para cambiar las actitudes políticas que permitan una cultura del diálogo y del compromiso con la vida.

Hace años, trabajando en mi país con víctimas de ETA, del GAL y las fuerzas de seguridad en el País Vasco, comenzamos los encuentros hablando de los dos lados, mientras empezábamos a escuchar esas verdades del otro, de la otra que estaba ahí, que le pasaron por el cuerpo, su familia y le marcaron de forma traumática su vida.

Esas experiencias se parecían tanto de lado y lado, que acabamos reflexionando, sintiendo y gritando que estábamos del mismo. Aunque políticamente no estuviéramos de acuerdo en el problema, el conflicto o los sentidos de la reconciliación, esa convicción es el mejor pegamento del sentido colectivo que llamamos reconstruir el tejido social. También descubrimos, afirmamos y gritamos, que los políticos no son dueños del tiempo, aunque se lo crean. Y que el examen crítico del pasado y sus responsabilidades es la puerta de salida, la luz en el túnel de la violencia.

| Presentes

Para este 1 de Mayo

Desarchivando que es gerundio. Esta expresión trae el sentir de la acción, de la intención puesta al servicio del cambio. Los archivos guardan muchas verdades. A veces verdades secas. Un número de matrícula, el recibo del restaurante del agente que siguió a la víctimas de su acoso. El Archivo del Terror de Paraguay, de la policía política de la dictadura de Stroessner, tenía las pruebas, los datos, los rastros de detenciones y torturas, de asesinatos y algunos desaparecidos, que estaban en una de las hojas de registro y ya no estaban en las de los días siguientes.

Hay otro gerundio, el *modus operandi*, que no remite a la transformación sino al crimen. El Grupo Interdisciplinario de Derechos Humanos, se ha pasado años desarchivando investigaciones del caso de Sintraofam, el sindicato de los trabajadores municipales de Antioquia. Uno se pregunta por qué los trabajadores municipales se convirtieron en objetivo militar. La lista de muertos es de 38 sindicalistas en 10 años, de 1995-2005. Aunque las amenazas han seguido perpetrándose hasta ahora. Ninguna de esas investigaciones siguió adelante. En dos casos, un fiscal y una magistrada fueron condenados por manipular la justicia porque se demostró su mala fe y colaboración con los responsables. Para hacer este informe que hoy presentan, han tenido que darse a la tarea distinta de cuando uno trata de ordenar papeles y guardar la historia. Aquí lo que hay que hacer es desarchivar.

Cuando escuchas este informe, el impacto del terror te toca duro, la sistematicidad asoma en cada esquina. No se trataba solo de matar o desplazar. También hay numerosos ejemplos, días, horas en que los paramilitares llamaron a los sindicalistas de este pueblo o aquel, para decirles: dejen el sindicato y ya. La desobediencia se ha pagado con la muerte. Y sin embargo, esa desobediencia es la que nos ha traído hasta aquí. La lista de los nombres se va leyendo poco a poco. Cada nombre es seguido por tres “presente”. Como si la repetición fuera una forma de enfatizar que están aquí.

Hay veces que la presencia de los ausentes, es un tipo de fuerza sutil e indestructible, que se desata con esta memoria compartida. Desarchivamos documentos, casos y personas. Presente, presente, presente.

| No ha sido fácil venir y hablar

Pero llegó. Lleva una semana sin dormir pensando en este momento. Cuando escucho hablar de ese insomnio, pienso en cuantos detalles de lo vivido habitarán en cada uno. Pero ni la imaginación ni la intuición llegan al nivel de la experiencia. Como si el tiempo no pudiera apagarse ahora que el momento está cerca.

Todos los sobrevivientes de la UP que llegan estos días a Ginebra, a este ejercicio de escucha conjunto de la Comisión de la Verdad y la Jurisdicción para la Paz de Colombia, vienen con sus días atrasados de sueño. Como si ese ejercicio de que vuelva lo vivido al presente conllevara el trabajo de un tiempo que no cabe en los días. Cada testimonio está habitado de esperanzas y de miedos, de atentados y persecuciones entre casa, ciudades, mítines y campañas electorales. Tiene razón Elizabeth cuando dice que se trataba de una cacería humana. Ella se sintió así mientras sobrevivía mientras no tenía tiempo de pensar en la dimensión de lo que estaba sucediendo.

A Rita, cuando sobrevivió a un segundo atentado le dijeron que era la única, que los otros habían muerto esa segunda vez. Pero ella insistió y sobrevivió a cinco. Los atentados no solo fueron con balas, también fueron intentos de ahogar el municipio quitándole el presupuesto cuando ya había ganado la elección por goleada. Otros alcaldes fueron directamente asesinados, otros detenidos acusados de crímenes horribles. Las historias individuales están llenas de dramas. La historia colectiva busca su nombre en ese escenario de exterminio.

Muchos sobrevivientes están en el exilio, que es a la vez ese lugar donde para algunos se muere el alma, y para otros ese donde puedes sentir el calor humano sin miedo a la muerte. Tal vez las dos cosas tengan su dosis, pero hay una fuerza sutil y poderosa, que les ha hecho vivir, esa misma que les ha traído hasta aquí.

| Los nombres que no sabemos

– El exilio es ese lugar en el que no tienes que elegir el brasier por si te matan.

Hay definiciones que toman pedazos insospechados de la realidad y te hacen el trazo de un dibujo. No de esos dibujos que se basan en la precisión o el realismo de los detalles. Uno que te da una idea sutil, de un todo.

¿Qué significa para una mujer diputada en una asamblea de la que salía con proyectos de ley bajo el brazo, que te puedan matar y que saquen tu foto entre sangre y cuerpo?

No hay forma de prepararse para eso. No hay derecho a que alguien no tenga más remedio que trazar ese dibujo esta mañana que nos cuenta cómo fue. También tiene otras palabras que dibujan el tiempo que ya se nos escapó entre los dedos.

– Cuando nació la UP, en el Gran Diálogo Nacional, sentí que había nacido una esperanza. Y me enamoré de ese proyecto.

Le tocó hacer el trabajo en el Magdalena Medio. El Magdalena es un río que tiene mucha historia de la que no puede hablar, porque los ríos han sido testigos de esta guerra y de este terror de cuerpos que atraviesan la corriente. Los ríos han sido en este conflicto también víctimas del desprecio y esconden fosas que están ahora protegidas por medidas cautelares. Ríos convertidos en fosas comunes, y jueces que tienen que paralizar obras de represas para que se busque a los desaparecidos. Barranca es la capital de esa región en medio del río, ese corazón de la explotación del petróleo en Colombia. Cuando llegué allí la primera vez, los ventiladores me recordaban a los helicópteros de San Salvador en medio de la guerra.

El calor de Barranca es como el del desierto de Atacama pero húmedo. Ella tiene una medida del miedo de aquellos días, en esa tierra de calor insoportable:

– El miedo te dejaba el frío en los huesos.

Ella cuenta las historias de muchos muertos, se acuerda de nombres y apellidos, de lugares de ese tiempo. Recordar a la gente que no está, es un ejercicio de humanidad porque con ellos nos faltan tantas cosas que nos dieron o significaban. Hablar de ellos y ellas, hoy y aquí, marca la memoria y el sentido más que cualquier monumento. Los lugares de memoria deberían ser estos nombres y sus historias. No solo por lo que fueron, sino también por lo que nos enseñaron, y ¡qué carajo!, por lo que les echamos de menos. Ella dice esta mañana, que hay muchos líderes campesinos cuyos nombres ni siquiera sabemos.

| Maestros de guerra

A los maestros y maestras colombianos les ha tocado ver y sufrir de todo en estas décadas. Muertos, desaparecidos, amenazas a tutiplén, torturas, exilios, masacres. En los primeros años de la Escuela Nacional Sindical, la ENS ayudó a salir a Estados Unidos y Canadá más de 100. Cuando se dieron las primeras elecciones libres de alcaldes, en 1986, los maestros se convirtieron en líderes comunitarios que disputaban el poder a los partidos tradicionales o locales. No solo daban clase, también trabajaban con la Junta de Acción Comunal y el comité de agua o tierra, cualquiera de esas necesidades y derechos básicos que se convierten en territorio de disputa.

Después, la guerra se extendió entre militares y paramilitares, guerrillas y milicias. En Colombia se habla de actores armados legales e ilegales. Las categorías que describen en un nivel de abstracción compartido en el que todo el mundo sabe a qué se refiere pero también con ese pudor o miedo por los nombres y apellidos. La gente en el campo, en cambio, tiene los pies en la tierra y no se anda por las ramas.

Cuando la guerra se extendió en Colombia, a mediados de los años 90, se aprobó una legislación por la que se pagaba más a los maestros que aceptaban ir a zonas de conflicto armado. El plus de peligrosidad como si de soldados o policías se tratara, es una aceptación tácita de responsabilidad, de cómo se manda a zonas de peligro sabiendo que lo son y sin más garantías que cotizar el doble de tiempo para la pensión o cosas parecidas. Más adelante, cuando la ola de terror se fue alargando, las víctimas se acumularon y las amenazas se han ido extendiendo. Ahora hay hasta un Comité de Maestros y Maestras Amenazados. La mayoría de los amenazados son en realidad amenazadas.

Un comité de amenazados es un lugar de protección y de exclusión. Hay un conjunto de tareas, de análisis de riesgo, de posibilidades u opciones de lugares donde cambiarse, y a la vez un sentimiento de que sí no hay otros cambios, las personas son piezas intercambiables.

| ¿Para qué?

– Uno ya pierde la credibilidad para poder hablar.

Aquí hay mucha densidad del miedo. La densidad es esa concentración de partículas que muestran desde la fluidez del agua hasta la consistencia de la piedra. En Colombia, en medio de esta nueva lucha por la verdad y la paz, estamos en un camino difícil que corre el riesgo de hacerse sólido. Esta es una apuesta por espantar esas partículas que se van agregando con las noticias de muertos o las declaraciones políticas de los profetas del odio que siguen haciendo de las suyas.

Estamos en Panamá. El miedo no es gratuito. Hasta aquí llegan sus secuaces. Hablar significa sacar eso que está engavetado, y tener la seguridad de que hacerlo no va a ser un nuevo motivo para salir. Los cajones esconden o guardan historias vividas. Son otro tipo de maleta invisible que está aquí, y que hay que abrir con voluntad, apoyo y cuidado.

El exilio a veces te muestra esas otras dimensiones de la inequidad. Ella lleva tres años esperando una respuesta a su petición de refugio. Hay compañeras que llevan esperando 8 años. El problema no es solo el impacto de la incertidumbre que se alarga, y que depende de la burocracia de los papeles a los que se les acumula el polvo del tiempo. El problema son esas cosas prácticas que definen la muerte en vida. Si pides refugio porque te pisan los talones, porque el miedo ya no te deja vivir, porque las pérdidas no quieren seguir acumulándose en el corazón, te dan un cartoncito que explica a quien sea que eres demandante de asilo. Pero ese cartoncito también es tu condena, porque te prohíbe trabajar. ¿De qué vive una persona, o varias de la familia sin poder trabajar durante años?

Los demandantes de asilo que están aquí pasan entonces a dos tipos de mundo unidos por la precariedad. El de pedir aquí y allá para tener con qué vivir, atender la fiebre del bebé, tener escuela y esas cosas que todos necesitamos, techo y plato. Y por otra parte, el submundo de tener que trabajar sin papeles, de tener que vender la fuerza de trabajo a un precio

mínimo que permite la explotación y la arbitrariedad. El submundo te convierte fácilmente en clandestino. A un paso de delincuente. Tener que salir corriendo de la tienda en la que trabajas porque viene la inspección de trabajo y no pueden verte ahí. Pasar a los oscuros sótanos del sistema.

Romper el silencio es también reivindicar tus derechos, que es otra forma de lucha y de verte a ti misma.

| El fondo de las cosas

– El fondo de las cosas no es la muerte o la vida. El fondo es otra cosa que alguna vez sale a la orilla.

Eso dice el poeta argentino Roberto Juarroz. Tomar estos testimonios, escuchar a las víctimas, testigos y responsables, es hacer que este fondo salga a la orilla. Ese es un tipo de misterio que cuando uno escucha, sale de algún lugar desconocido de eso que Roberto llama el fondo, a esta orilla ahora entre las manos.

Hay hechos que hemos conocido por la prensa, que salieron en la televisión, que hicieron parte de un caso o una sentencia, pero cuando estás con la sobreviviente, la historia tiene otra profundidad y otro sentido. “Pensé mucho en lo que iba a decir. El hecho de que hayan llegado hasta aquí y nos escuchen es un acto de dignificación”.

La dignificación no es una acción que viene de fuera, como si los miembros de la Comisión de la Verdad o de la Jurisdicción Especial para la Paz, que estos días en Toronto, Ginebra o Buenos Aires, escuchamos juntos a las víctimas de la Unión Patriótica, fuéramos sus portadores. La escucha es una forma de reconocimiento de la profundidad de la injusticia, de la vergüenza por la insensibilidad que la hizo posible, de las consecuencias para toda Colombia, entre ellas atrasar por décadas la salida política al conflicto armado. La dignificación no viene de arriba abajo, de fuera adentro. Viene de este ejercicio de reconocer la humanidad compartida que otros trataron de arrebatar, convirtiendo a la gente en un objeto de desprecio.

Varias sobrevivientes nos hablaron en estos días del dolor que se extiende en décadas, pero también de algo más profundo, ese tiempo a mediados de los años 80 en Colombia en que mucha gente tocó la esperanza y la fue haciendo posible en municipios, veredas, o la política en el Congreso. Un tiempo que Colombia no ha vuelto a vivir desde entonces, y que fue truncado por esto que en estos días escuchamos y que muestra una sistematicidad de funerales, amenazas, atentados. Lo que cuentan hoy, es ese fondo de Roberto. Ese tiempo no vuelve, pero necesitamos abrazar nosotros lo que la orilla nos trae.

| Por los afectos

– Yo me vinculé por los afectos.

Alfredo se hizo de la Asociación de Estudiantes Universitarios, tratando de recoger los pedazos que quedaban de la profecía del filósofo Fukuyama que hablaba del fin de la historia. También le deslumbraban los discursos y discusiones en esos círculos, que habían leído a Kant, a Marx, a Rosa de Luxemburgo, y que contrastaban teorías y realidades con una luz de la que tanto aprendía y de la que quería ser parte. Algunos de sus amigos se fueron a la guerrilla, otros se hicieron paramilitares. Uno de estos trabajaba en la fiscalía. Le propusieron no dejar caer la bandera y reconstruir la Juventud Comunista, de un nombre que venía de lejos, la JUCO. Hace unas semanas entrevistamos a una sobreviviente de aquella masacre de la JUCO en Medellín en 1987. Hoy escuchamos este testimonio que recogía esos otros pedazos y que poco a poco fue tomando de nuevo vida, en el año 2000.

Cuando hace ahora el recorrido que le tocó desde entonces, con amenazas, atentados, muertos alrededor, habla de la rana que está en el agua fría, luego templadita, más tarde caliente y hacer insoportable, hasta abrasarse cuando ya no puede salir. Antes de llegar a esa ebullición, lo dejó casi todo para retirarse, y dedicarse a la hija que había nacido mientras tanto, porque esos otros afectos vienen a veces con sus frutos.

El estigma de comunista lleva décadas extendido en Colombia por muchas universidades, tal vez porque las ciencias sociales pueden ser fácilmente peligrosas, si ayudan a entender el mundo y sus asimetrías, como las de la salud o la psicología entre otras muchas.

| La rebelión que te da libertad

Sindicalistas de las FARC supongo que los habrá. Pero él no lo era. Aunque como a muchos miembros y directivos en distintos sindicatos les pusieron ese estigma, esa diana en el corazón. Era de la Juventud Comunista, y muy activo en luchas, manifestaciones y las mil tareas que conlleva creer que algo distintos puede ser posible. Un revoltoso para los partidarios del orden a toda costa. Así que tuvo dos procesos por rebelión, y pasó dos años en la cárcel. En La Picota, que así se llama el penal, le tocó elegir patio. La cárcel te iguala y te disciplina, para que aprendas, y a veces te da capacidad de elección. La elección era entre el patio de los paramilitares o el de la guerrilla. Como los paras lo buscaban, no tuvo mucha elección. Así tuvo compañeros de unas armas que él nunca empuñó. Después, cuando fue puesto en libertad y como las cosas no parecían mejorar, se fue al exilio.

Mientras andaba en Venezuela, su madre lo llamó:

– No vengas a verme, porque te meterían en prisión. Pero me estoy muriendo. Me gustaría verte, pero libre.

Hay veces en que tomas conciencia de la profundidad de algo cuando es irremediable. En Venezuela decidió hacerse de las FARC, y pagar por rebelión, ya que toda la vida lo tildaron de guerrillero. No era una forma de darles la razón, ni de buscar cobijo frente al desamparo de la independencia. Era una forma de volver:

– Cuando se dio el proceso de paz, me fui a un campamento, y esperar el indulto. Ahora soy reincorporado, desde hace dos años y poquito.

He conocido otros acusados de rebelión que no tenían nada que ver con las FARC o el ELN, y que tuvieron que decir sí para poder tener la libertad de un estigma que ya los había condenado.

| Exilios y resistencias

En el exilio habita una capacidad de resistencia. La dimensión de la ruptura forzada cruza todas las experiencias de esa vida. Pero en las definiciones o las frecuencias no entra todo. Las ideas genuinas habitan a veces en las rendijas. Como esa naturaleza que se empeña en brotar entre las baldosas.

Freddy se refiere reencontrarse con la resistencia, y saber que no está solo, no en el país que dejaste sino ahí fuera, donde hay un mundo de luchas en las que los exiliados y exiliadas han formado parte. La asociación de vecinos en Valencia. El trabajo en la parroquia de tantos barrios del Cono Sur. La alcaldía en Suecia. El Parlamento alemán. La ONG que apoya a otros refugiados en Canadá. La cooperativa educativa en México. En el tiempo en que le tocó huir, Freddy encontró que el miedo llegaba hasta su casa: no se meta en problemas.

Pero el afuera no solo es el reencuentro con las cosas por hacer. También puede ser una forma de salir de la parada cardíaca:

– El exilio me hizo volver en mí.

Gustavo que había dejado el exilio atrás, y se convirtió en un dirigente vecinal en Madrid, España, me decía en nuestro primer encuentro: ¿Cuánto tiempo se es exiliado?

A lo mejor todo, hasta que el Estado te reconoce, y el empujón que te dieron se convierta en un abrazo, o hasta que te reencuentras, que es una forma de regreso.

| Los tiempos de volver

En este trabajo de la Comisión de la Verdad hemos tomado testimonios hasta de 26 años de exilio. En muchos talleres, empezamos con una raya en la pared, que se va llenando de flechas, hechos o impactos. La multiplicidad de historias termina llenando la pared de notas, nombres y garabatos ilegibles que unen unas con otras. Hay exilios de 1975. Poco después, el Estatuto de Seguridad de Turbay Ayala, instauró la persecución a la oposición o cualquier tipo de pensamiento diferente que se atreviera a cruzar la barrera de la expresión.

De ahí en adelante hay un goteo de huidas de militantes políticos o miembros de guerrillas. Después de 1985, el exilio se llenó de la poca gente de la UP o de A Luchar que quedaba. Más tarde llegaron los cambios legales como la Constitución del 91, y nuevos ciclos de represión y violencia. Sindicalistas y defensores de derechos humanos cruzan distintos tiempos. Los campesinos, indígenas y afrodescendientes y las comunidades rurales de zonas de frontera subieron en los números, aunque esta sociedad no ha tomado conciencia cuando ve una estadística de lo que suponen esas rupturas de tantas vidas. En algunos momentos y lugares, empresarios huyeron de la extorsión o del secuestro.

Algunas veces, como en este taller con sindicalistas retornados, la línea del tiempo incluye los retornos. Esta no es una fecha fija, en realidad son dos. Así dice Juan:

– Cuando decidiste volver y cuando la realidad se dejó conquistar.

Para unos, cuando por fin pudo pensionarse. Otros cuando se quedaron ya sin alternativa. Para otras, cuando pasaron hechos determinantes en sus vidas. Cuando murió su hijo, Freddy decidió volver. Era 2006, y pensó que había cruzado todas las barreras. Pero no pudo hacerlo, hasta conquistar la realidad, 6 años después.

Carlos decidió volver, contra viento y marea, contra todas las predicciones, cuando su hijo, al que no veía en toda su edad, tenía 15 años. Cuando regresó, se encontró con la frialdad del impacto de su ausencia. Ahora, él ya tiene 19. Y por fin se dejó conquistar:

– Ahora me dice, papi, vamos a salir juntos.

| Gracias Hernando

Locard inventó uno de esos principios antes de que a nadie se le ocurriera. La física, las matemáticas, y hasta la filosofía están llenas de esos conocimientos que condensan muchas experiencias, y que una vez que se expresaron así, no han dejado de acompañarnos. Los proverbios ancestrales son otro tipo de principios de los pueblos.

Según Locard, cuando dos objetos están juntos, intercambian restos que se convierten después en rastros del uno en el otro. Tal vez esto nos pasa también a la gente, no solo cuando se investiga la escena del crimen en que el malo se deja un pelo o ADN. Esas evidencias que no mienten. También cuando escuchamos y tomamos testimonios, este principio de la criminología puede convertirse en la contaminación que nos hace más humanos.

Hoy escucho a un procurador que puso por delante de sí mismo, su ética compartida en esa conquista que son los derechos humanos, y por investigar las altas responsabilidades en la desaparición de Nidia Erika Bautista, le tocó dejar su vida y buscar protección internacional. El exilio, dice Ana, es quedarte a la intemperie. No tienes retaguardia, mientras los que están a tu lado tienen ese rastro de otros en sus vidas que te dan algunas certezas.

Pasamos la tarde juntos, volviendo al lugar del crimen que él investigaba, y a los obstáculos que le pusieron en el camino. Cuando escuchas tantas trabas, te das cuenta no solo del tejido de la impunidad sino de la tozuda fuerza de la convicción. Las evidencias hablan por sí mismas. Cuando salgo esta noche de este encuentro, en el que su testimonio nos tejió durante unas horas, hay algo que se me ha pegado al cuerpo y que estos días me acompaña. No se borra. Cualquiera que me investigue, sabría que lo que tengo conmigo se me pegó de él. Gracias Hernando.

| Las calles llenas

Las motivaciones para hablar son siempre un tipo de superación de barreras. Como si lo normal fuera callar, en vez de compartir y gritar. La violencia te quita ese impulso que tratas de reprimir para adaptarte a un contexto hostil. La impunidad trata de sepultar el testimonio en una fosa común de muchos silencios. Dar testimonio es un acto de arrojo. Un tipo de valor que cree que la raíz de la dignidad empuja siempre, independientemente de las condiciones de la tierra y del contexto.

Los sobrevivientes del Holocausto llegaron mudos porque no había palabras con las que contar aquello y que les creyeran. Los de la violencia de la guerra moderna como en Colombia, se enfrentan también a esos dos tipos de silencio, pero también a la inflación de palabras que no dicen nada. En esos casos, el silencio puede ser una trinchera que espera tiempos mejores o en la que se va tejiendo esa esperanza que viene lejos en la historia de la humanidad, que lo intolerable convoque a la acción.

Desde lejos, el exilio es un lugar en el que tienes que cuidar no hacerte un descreído, porque todo lo que en distintos ciclos se ha estado viviendo en Colombia, ya lo habías vivido tú. Aún hay cosas que ver. Esa conciencia está asociada a la juventud. Por eso las calles de Colombia se llenaron estos días exigiendo educación y pensiones, y cumplimiento del Acuerdo de Paz. La única fórmula para traer al presente el futuro de Colombia, que a pesar de tantos intentos, siempre se ha mostrado esquivo.

Cuando el malestar pierde el miedo, sale a abrazarse con otros.

| Nueve niños y el abrazo

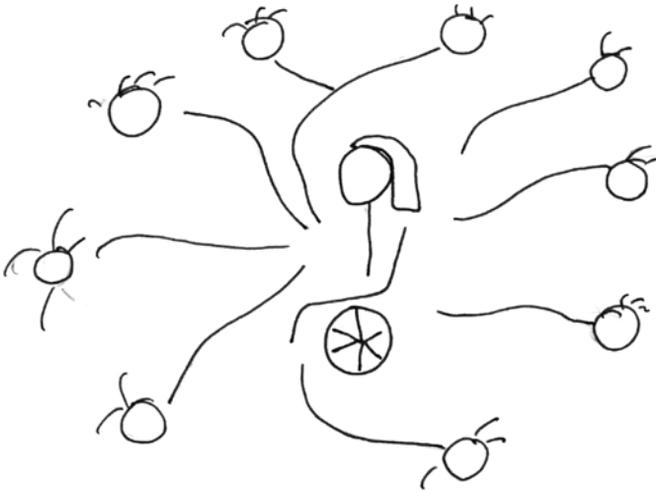
Primero quedaron huérfanos de hermanos que fueron reclutados por las FARC. Después, del padre asesinado por los paramilitares de las AUC porque le declararon colaborador de la guerrilla por tener dos hijos en ella. De aquí para allá tuvieron que huir, en zig-zag hacia un destino que no conocían, cambiar de casa, dejar la tierra. Un día la madre también desapareció, y a pesar del miedo, Manuel, que se había quedado con sus hermanos, se empeñó con su tío en ir a buscarla.

La encontraron hecha pedazos. Uno aquí, otro allá, hasta completarla. Su relato, estremece. Poco antes de conocer a Manuel, había tomado en el exilio en mi tierra el testimonio de una jueza que tuvo que huir por investigar la primera masacre en esas tierras de Urabá, cuando todavía todos esos niños no habían nacido. Los paramilitares acusados le contaron entonces cómo era el curso de entrenamiento. Había que matar y descuartizar en 5 minutos. Ese era el examen de graduación del terror. La jueza, que se aterrorizó al escucharlos, no se quedó paralizada y siguió investigando, hasta que las amenazas le llegaron de muy arriba, y también tuvo que huir en zig-zag.

Cuando encontró el cuerpo de su mamá despedazado, Manuel tenía 13 años, y otros ocho hermanos más de los que hacerse cargo. Salir adelante era imposible pero lo hizo, vendiendo de todo y trabajando la tierra. Un día llegaron voces que le invitaban a la venganza, y más tarde de amenaza para irse a la guerrilla. En medio de la desesperación, se encerró con sus hermanitos en una habitación. Ante tanto abrazo, los guerrilleros salieron de sus vidas cuando él ya pensaba en lo peor.

Deambulando por la montaña los encontró la hermana Rosa que trabajaba en la construcción de las comunidades de paz, esos milagrosos espacios civiles en medio de la guerra, a la que, por esa razón, los paramilitares la habían declarado objetivo militar. Los jefes paramilitares, HH y Carlos

Castaño, dieron la orden. Ella se llevó a los nueve hermanos, primero al convento y luego a la residencia, en uno de esos actos insensatos que a veces nos salvan. Con ese escudo de humanidad, los paras no atinaron a ejecutarla. En este encuentro de reconocimiento a los niños y niñas víctimas del conflicto armado, están Rosa y Manuel. Ella les salvó a ellos y ellos le salvaron a ella.



| Navidad en tierra extraña

Los tiempos especiales marcan la pérdida de una forma única. La Navidad es una fecha clave que convoca recuerdos y ausencias. En esta fría Europa de invierno, el exilio tiene esa dimensión de la imposibilidad de reunirte con tu gente. Quedarse tres días en la casa de tu madre, de tu abuelo, verte con tus primas. Tener esta dimensión de comunidad de familia extensa. A veces, el desplazamiento se ha dado de a 20 de una misma familia, como en este caso, porque el estigma se extiende entre los vínculos o porque la relación con la tierra es compartida por toda la familia, y por tanto sus firmas son objeto de la misma codicia.

Las heridas compartidas necesitan un espacio para curarse juntas. En esta reunión en Bruselas estamos poniendo los pedacitos de lo vivido en los últimos 26 años. La historia empieza en 1993 y afectó al abuelo. De ahí un tío fue asesinado al año siguiente. Su compañera, fue testigo de todo y tuvo que salir corriendo con dos niños pequeños. Dos años después, los que se quedaron sufrieron la presión para que vendieran la tierra. El terror es un potente fragmentador de las vidas de la gente.

– En el exilio, después de tanta fractura, celebramos la navidad juntos.

Las fracturas del tiempo conllevan siempre muchos silencios con los que te toca aprender a vivir. En esta reunión en el exilio hacemos una línea del tiempo de la familia. Cuando juntas en un pedazo de papel las historias que se alargan en los años, tienes otra perspectiva. Ya no son historias sueltas de las que sabemos poco, la línea y los nombres, los hechos y los desplazamientos, nos devuelven un tipo de nosotros. A pesar de que poner esos datos del dolor todos juntos duele, eso nos da fortaleza.

– Esta historia colectiva es una forma de ir al cuartito donde hemos escondido todo. Va a ser duro, pero nos va a sanar. Sacar fuerza del amor, que es una mina que nunca se agota, y además no contamina.

| El hambre del elefante

Una tarde de manifestación en Bruselas para denunciar a un embajador que se quedó con las tierras de muchos campesinos. La avaricia siempre tiene hambre. En 1996, la Finca Bellacruz convocó mucha solidaridad para el apoyo a los campesinos cuyas tierras fueron usurpadas, y llegó hasta el Parlamento Europeo. Hay lugares donde hay que concentrarse para poner el dedo en la llaga. Aunque la llaga en este caso esté en Colombia, a veces hay que poner el dedo donde se toman decisiones, en los fondos de pensiones que financian algunas empresas que llevan a destrucción ambiental, en el Parlamento Europeo que presiona o diluye la responsabilidad, en Nueva York donde Naciones Unidas decide o los países fuertes lo hacen por las naciones.

Había que pedir permiso para la manifestación, y en este mundo europeo regulado, la carta se escribió con todo detalle. La idea era traer un elefante, de un circo que estaba actuando en esas semanas en Bruselas. En el circo estaban de acuerdo, plata por medio. Pero la policía no opinaba igual. Probablemente la sociedad protectora de animales tampoco estaría de acuerdo, aunque el paseo por la calle traería un poco de libertad al querido animal. Frente a la prohibición, hubo que pensar en una alternativa. Iván, que era sastre en una etapa de su vida, antes de ser refugiado, se comprometió a hacer un elefante con ropas usadas que podrían recogerse a toda máquina entre los pedazos que siempre hay en cada hogar. La votación ganó por unanimidad. Pero había que trabajar toda la noche. Iván pidió ropas y algunas gentes voluntarias que ayudaran en la tarea verdaderamente del tamaño que se requería. Una vez estuvo cosido, se trataba de rellenarlo de globos de aire, de bombas como dicen en Colombia aunque había que tener cuidado con la palabra.

El elefante llegó en un camión, pero la policía les recordó que eso estaba prohibido. En medio del trajín de la calle y la marcha, no era fácil explicar a la policía que el elefante no era de verdad, menos en un francés que está en proceso de aprender a expresar los detalles. Por fin, después de mucho tira y afloja, y en medio de la confusión, el elefante salió del camión,

con esas cuerdas que lo sujetaban a las manos, estaba en lo alto y se hizo presente. El elefante era en ese momento el símbolo de la corrupción que se estaba discutiendo en el Parlamento sobre Colombia. Esa era la foto que hablaría por sí misma.

– Pero tenía un problema, con las prisas del coser y el gas que lo habitaba, le había salido una joroba, parecía más un camello.

Nadie entendió qué hacía un camello en esa manifestación, pero a veces hay cosas que nacen de un error. El camello se convirtió en un motivo para hablar, para contar la historia, en lugar de que el camello hablase por sí mismo. La narración supuso la oportunidad de ponerle al símbolo su historia. El despojo de tierras, el paramilitarismo, las responsabilidades de autoridades del Estado y el papel del Parlamento Europeo, la calle y el refugio.



| El primer eslabón de la palabra

Los personeros son el polo a tierra del Estado, y probablemente la gente más olvidada. Los que tienen la memoria de lo vivido por los pueblos y veredas de Colombia. El primer eslabón de la palabra. Muchos de ellos recogieron denuncia tras denuncia, escucharon, se arriesgaron, guardaron en archivos. También su corazón es un archivo invisible. A algunos y algunas de ellas, porque las personeras han sido muchas veces invisibles, deberían ser reconocidos como la gente valiente que ayudó a defender la vida. En algunos casos, como a Marta, le llevó casi a perderla, y a recuperarla en el exilio.

También han sido testigos del dolor. De cómo Josefa murió después de que llegaran tantas veces a su puerta, de lo enferma que se puso luego de que le dejaran allí una cabeza. Ese terror ejemplificante que te enloquece, habita muchos de los territorios del conflicto armado en Colombia. Josefa se quedó en silencio. Las consecuencias en la salud se acumulan a veces en envejecimiento prematuro, en problemas cardiovasculares o diabetes. El cuerpo habla, y a veces grita.

| Familiografías

Los antecedentes de un conflicto armado pasan por las biografías. O mejor, por las familiografías. Los árboles genealógicos nos enseñan mucho de la guerra. Hay unas ramas que se extienden en el mismo tiempo, como cuando familias enteras se convirtieron en objetivo militar. En Urabá, una familia que entrevistamos estos días en el exilio, tiene 19 víctimas entre muertos, desaparecidos, amenazas y exilio. Hermanos, madre, primos, tíos y tías.

Detrás de esos ataques hay dos cosas que tantas veces se conjugan: estigma y tierra. El estigma es la marca moral negativa que no se quita con nada, porque quienes te la pusieron tienen todo el poder para mantenerla viva como una espada de Damocles. Y un factor que aglutina el árbol genealógico, como la tierra y su herencia. Las dos cosas se dan en este caso en el exilio. Y dado que los herederos todavía tienen título, las amenazas siguen todavía hoy en esa zona de disputa. La guerra y la persecución se reciclan cuando tienen bases materiales y emocionales para ello.

También hay nuevas capas de la violencia en ese árbol. Hay ramas maduras fracturadas. Ramas ya convertidas en tronco, como los abuelos y abuelas de quienes venimos todos. Muchos testimonios tienen entre los antecedentes, el desplazamiento o la violencia de la época de la violencia bipartidista de los años 50, antes de que surgiera el conflicto armado moderno como tal con las guerrillas de las FARC, el EPL y ELN en los años 60. El abuelo perseguido, la casa perdida por el desplazamiento, el ser siempre de otra parte que no puede ser nombrada. A finales de los años 90, en la presentación de un taller con población desplazada le pregunté a una víctima de donde era, sin darme cuenta de que esa pregunta que en mi pueblo es una forma de cortesía, era aquí también un peligro.

Hay un pedazo del país que sigue saliendo al exilio. La espada de Damocles es una metáfora, pero también tiene definición en el diccionario: amenaza persistente de un peligro. El árbol tiene ya brotes nuevos. Una nueva sociedad que no puede ser parte de esa misma historia. Los brotes están en la calle en estos días en Colombia con movilizaciones sociales que unen esas dos cosas que tantas veces han estado separadas: las demandas sociales y el cumplimiento de los Acuerdos de Paz. Nos pasamos la vida juntando cosas que nunca tuvieron que separarse.

| Entre los dientes

De pie, con un mapamundi en la pared, vamos señalando los lugares donde cada quien estuvo. En 2013, Evaristo salió a Ecuador, que aunque aparentemente está en la frontera, está muy cerca y muy lejos cuando no puedes volver. Un día, desafiando el miedo, se fue al ladito de la frontera, donde se tomó una foto como jugando entre que estaba y no estaba buscando quién era en ese nuevo contexto. Se encontró en la frontera de Tulcán con una fila larguísima de colombianos y colombianas, campesinos e indígenas, solicitando refugio en condiciones peores de las que él llegaba. Me asombra cómo en medio del desastre, la gente puede ser sensible para ver que hay quien está peor.

– Perdí casa, trabajo, familia, y también la lucha como líder en la que estaba. Cuatro años así. Hasta que un día, cuando se firmó el proceso de paz, salí del closet y junto con otros empezamos a convocar a la población de refugiados y a hacer pedagogía sobre la paz. En ese momento sentí que estaba vivo otra vez.

Su familia no estaba en el closet, pero casi. Cuando hablaba por teléfono, cada vez que le llamaba, se iban para los lugares más oscuros, no iban a cualquier café internet, sino al barrio más lejano. A pesar de las dificultades, decidió jugársela, y regresó a empezar otra vez. Volver a construir ese activismo político después de haberlo tenido y dejado, fue muy complejo, y después todo se puso peor. Pero, a pesar de todo, él es de esa gente que saca siempre aprendizajes.

– Ahora creo que esta experiencia de exilio, me sirvió mucho para crecer como persona, para ser más sensible ante lo que pasa en mi país y todavía continuar con la esperanza de que algo se puede cambiar y que las cosas pueden mejorar.

La esperanza entre los dientes. Evaristo es una prueba de que la tiene y la contagia.

| El ferrocarril subterráneo

El ferrocarril subterráneo es en los tiempos más modernos el metro de ciudades grandes, pero hubo un tiempo que era de países enteros. En 1860, en Estados Unidos el ferrocarril subterráneo no era una forma de escapar de los asaltos de las películas del oeste, sino una red valiente de gente que ayudaba a los esclavos a huir del sur al norte, donde eran personas con derechos. El ferrocarril tenía estaciones, que eran las casas de acogida, y rieles que eran los caminos de la huida. Los fugitivos eran bienvenidos como pasajeros. Ese nuevo lenguaje cifrado ayudó a comunicarse y a cuidar el sigilo. Por la estación de algunas de las familias, que funcionaron durante décadas, pasaron miles de pasajeros, para descansar, cambiarse de ropa, comer o esconderse.

Las estaciones de hoy en día son el Centro Colibrí o la Casita Alitas en Tucson, Arizona, donde las políticas actuales no dejan ya llegar a los migrantes que buscan abrazos. Mientras muchos países se dedican a construir muros para la desigualdad, la gente se empeña en tener futuro y buscarlo donde sea.

También, los insectos desconocen el concepto de frontera o desde luego no se lo toman en serio. La mariposa monarca vuela todos los años 2.500 kilómetros para huir del frío de Canadá a México y viceversa. ¿De dónde son? ¿Son gringas que se van a México de vacaciones? ¿Son migrantes mexicanos que buscan trabajo en el norte? Pasan dos meses de viaje de ida y dos de vuelta. Donde es ida y donde vuelta es otra cosa ya. Vuelven siempre a los mismos árboles o despegan de ellos, según se mire. Y tienen un reloj y una brújula interna que las guía. En el frío del norte morirían. Las mariposas viven solo dos meses, pero las que migran viven nueve, porque la migración es una forma de proteger la especie. La vida.

Leo en estos días historias de migraciones y refugios. La Casa Alitas es una Iglesia que había dejado las misas atrás, para convertirse en una estación a cielo abierto. El exilio y el refugio siguen siendo temas actuales en Colombia y en el este mundo patas arriba. Estos días trabajamos en Estados

Unidos, preparando una red de escucha que sea también un abrazo para los exiliados colombianos que quieran dar su testimonio para la Comisión de la Verdad. Mientras tanto, Elisa, una mujer que se ha hecho amiga a distancia mientras tejíamos la red de apoyos en su búsqueda de protección hacia Europa hace apenas tres meses, tiene la esperanza de poder quedarse en Suiza.

El proceso de paz necesita reforzarse, pero el refugio sigue siendo un derecho que los países cada vez aceptan menos, a veces a regañadientes. Hay mariposas monarca afros o campesinas, mariposas líderes y afortunadamente, estaciones y ferrocarriles subterráneos que cruzan la geografía de las fronteras de la desigualdad y el miedo, con ese aliento del motor de la solidaridad.

| Las lógicas de la guerra

La lógica de la guerra es plural. Al menos tiene dos, si no tres. Una es la de los bandos enfrentados, la dinámica insurgente-contrainsurgente. Dentro de esta lógica, el 10% de un conflicto armado es el enfrentamiento bélico. El 90% del tiempo restante, se trata del control de la población civil como parte de controlar el territorio. Cuando en Guatemala en la época más dura de la guerra preguntamos a un sargento por los enfrentamientos con la guerrilla, nos dijo que en un mes, había tenido dos. El resto del tiempo era algo por lo que no había que preguntar.

La otra lógica de la guerra es el control de los recursos. Segovia es un municipio con la mina más grande de oro de Colombia. La Frontino Gold era la empresa en la que llegó a tener parte el sindicato. Después vinieron las masacres de Segovia y Remedios, y otras varias por la zona, donde los paramilitares y la complicidad militar desplegaron todo su horror. La lógica de todo eso no solo es porque la UP había ganado la alcaldía en 1986, sino porque además de todo había oro. Sabemos de todo eso también por la guerra de Irak, donde el petróleo era el botín. En la guerra de Colombia, el botín tantas veces ha sido la tierra.

Esa es la lógica de la rapiña. Quedarse con las propiedades de la víctima es un potente factor de adhesión a la conducta criminal, que trae un beneficio en forma de control, de poder, de dinero. Destruirlo todo para tratar de ganar algo.

Esta mañana de sábado entrevisto a un líder sindical, que regresó del exilio porque mientras estaba fuera le tocaba estar callado, y para eso prefirió seguir hablando bajito pero aquí. Él me habla de la tercera lógica. Fue perseguido por el Estado varias veces, y es crítico también con la guerrilla. En su reflexión hay muchos datos y a veces esas verdades dichas como una ráfaga:

– La lucha de clases no es entre quienes usan desodorante y los que no. Cuando eso se lleva hasta allá, la lógica de la guerra es la embarrada.

| La indignación que moviliza

Barrancabermeja es uno de los lugares más calientes del mundo. Así me lo pareció siempre. Fue uno de los primeros sitios que conocí de Colombia, donde los grados de calor se acompañaban con lo caliente que estaba la guerra en 1995. Existía un fuerte movimiento sindical y popular. Y era catalogado por la contrainsurgencia como zona roja. Como si todo estuviera determinado por su colorido nombre.

La matazón había empezado en el campo en los años 80, y cada vez más las marchas campesinas llegaban a la ciudad a denunciar los hechos que no se escuchan si no tienes un tímpano en el asfalto. Los primeros cuerpos bajaban por el río. Para recogerlos, la policía usaba unas palas curvas, una especie de cuchara con la que se recogían desde una lancha esos cuerpos hinchados que navegaban por las aguas anchas y profundas del Magdalena.

A él le había tocado ser dirigente sindical de la Unión Sindical Obrera (USO) después de que se dieran despidos masivos en la empresa. Le tocó asumir un liderazgo que años después le llevó al exilio. Pero en esa época mandaron 217 trabajadores a la calle. Hubo que hacer una caja de resistencia, una hucha donde se iban poniendo los días de salario para ayudar a los compañeros expulsados. Los que se quedaron como líderes tenían 25 años y poca experiencia. Como si te dan un bus lleno de gente y no sabes manejar. Un viejo amigo le dio el consejo que más le sirvió en todo ese tiempo: “Allá está todo –mostrándole las plantas de Ecopetrol– pues todos los trabajadores tienen un pedazo de la historia”.

Así tomó la decisión de ir a hablar con la gente, a cada parte de la empresa, meterse con ellos a charlar. En cada charla, alguno de los trabajadores se acordaba de una historia, de cómo habían resuelto aquel problema aquella vez. Así, grupito a grupito, entrando hasta dentro, fue rescatando experiencias e ideas para reconstruir el sindicato. El sindicato se movilizaba con cada asesinato. Se paraba la producción. Así, uno tras otro, como mi padre que se indignaba sin cansarse, cada vez que veía esa serie de injusticias que habita en las noticias de la televisión.

Era la estrategia de la parálisis.

Parar era la forma de movilizar esa conciencia indignada que tanto necesitamos para el Nunca Más.

| El parqueadero de Medellín

Mientras seguía la pista al paramilitarismo en Antioquia, investigando la matazón de las AUC en tantos lugares de la región, la dirección de investigación del CTI empezó a sufrir la suya propia. Uno tras otro, los investigadores fueron asesinados. Fernando, Julio César, Augusto. Jorge, Diego. Hasta 12 agentes asesinados. Cuando estaban avanzando en el optimismo de que era posible acabar con la impunidad, el asesinato de Jesús María Valle, presidente del Comité de Derechos Humanos de Antioquia, fue el jarro de agua fría, la bofetada de la historia.

El 30 de abril de 1998 en la mañana se detectó el desplazamiento de un trupper interceptado de uniformes lo que genera el registro de un parqueadero donde se mantenía el archivo actualizado de la información financiera de los paramilitares de las AUC. Después del descubrimiento mataron a Sergio, subdirector de investigación. El director de ese equipo salió a Bogotá y luego al exilio, porque ese era el único lugar de mundo en el que escapar de la condena a muerte. Tantos agentes de investigación asesinados, uno tras otro, son una deuda que aún sangra.

El expediente de ese caso fue trasladado a Bogotá en carro, pero en el camino el expediente fue interceptado y no llegó a su destino. Por un par de cientos de dólares, el expediente podría haber viajado en avión, pero en Bogotá prefirieron las carreteras. Y el jefe de finanzas de los paramilitares, fue detenido y luego liberado cuando un fiscal trucó una orden de liberación. En los papeles del parqueadero, aparecía una Fundación Fundpazcor de forma repetida. Cuando se hizo el allanamiento en Montería fue en 2001. En esos tres años puede hacerse limpieza hasta borrar cualquier huella del delito. No hay luminol que funcione para ver la sangre tres años después. En el parqueadero había muchos libros de contabilidad, en ellos había entradas y salidas de plata, ingresos en cuentas bancarias, pagos por operativos y toda la industria que la matazón a gran escala supone.

Cuando escucho esta tarde que se alarga, en un tiempo al que no le cabe la historia, los ojos se le aguan cuando pasamos al exilio en Canadá. Entre sus reflexiones hay una que es de tremenda actualidad:

– Cuando descubrimos eso, pensamos que el paramilitarismo estaría desmantelado en 4 meses, porque atacamos su corazón financiero.

Lo escucho, y tiene razón. Pero no se desmanteló, sino que se expandió. Pensar en el por qué, duele. Escucharlo a él, es un ejercicio de fe en la humanidad.



| La lucha por la justicia

– Duré dos años mirando por la ventana. No quise aprender francés. Cada invierno me tocaba defenderme del frío y la nostalgia.

La jueza colombiana se puso a cuidar niños, a hacer aseos, a limpiar habitaciones de un hotel. Pero desde esas tareas, siguió pensando en lo que le había pasado, y los factores que lo hicieron posible. Hacer camas es un punto de vista desde el que la vida se ve de otra manera. Los exiliados, refugiados y refugiadas, migrantes forzados por la guerra, en ese camino hacia abajo también tienen reflexiones de altura. Gandhi lo hizo cuando se fue a limpiar a los intocables y tomar conciencia del mundo después de haber sido abogado educado en la universidad de Londres.

La violencia contra funcionarios judiciales se fue extendiendo en Colombia en épocas en que se empezaban a dar avances en el funcionamiento de instituciones del Estado. Un jefe del CTI. Un procurador. Una jueza. Varios jueces. Un policía. Sus familias. Un fiscal, varios. En todo caso, demasiados. Ecuador, Suiza, Canadá, Estados Unidos, Costa Rica, Noruega, España. Pedacitos de la justicia colombiana están por todos lados.

En su testimonio, a cada rato repite una frase. Un caso en el que le tocó trabajar y una frustración después. Una carta bomba de las FARC. Un bloqueo de la investigación del atentado masivo que investigaba. Una red paramilitar, de donde le llegaron las amenazas que le pusieron en la mira. Cuando le pregunto qué pasó después, en todos esos casos, dice:

–Nada, como siempre.

Con la respuesta viene siempre un suspiro, aunque yo insisto por los detalles de la impunidad. Una jueza que te habla de la impunidad, que además hizo camas de otros para ganarse la vida por luchar contra ella, es una joya.

La lucha por la justicia es un tipo de fe en el futuro. En estas historias habita un camino de lo que hay que cambiar.

| Un colibrí

En el exilio colombiano de las últimas décadas, Venezuela ha sido, junto con Ecuador, el país que más abrió los brazos a las víctimas, especialmente a partir de 1998. Antes, llegaron hasta acá gentes que huían del exterminio de la UP. Después llegaron víctimas de masacres paramilitares como la de La Gabarra. Otras que huían del reclutamiento.

Colombia y Venezuela son hermanas. Hubo un tiempo en que la gente se fue a Venezuela en la bonanza petrolera, donde había plata y trabajo. Cientos de miles fueron allá. Hubo tiempos en que los refugiados colombianos eran perseguidos también allí. Después, cuando el éxodo masivo, Venezuela fue receptora a espuestas de gente que huía para defender la vida. Hay que reconocer ese gran abrazo, aunque más tarde, en otras épocas, también hubo expulsiones.

Hay historias políticas y de violencia cruzadas en esta frontera. La frontera no es una línea, es una zona gris que puede verse en las familias de ambos lados, los pasos de aquí para allá y viceversa. En el lado colombiano, se comían los dulces o el arroz, y con las galletas que venían del otro lado crecieron algunas generaciones. Hace unos meses se trataron de mandar para allá ayudas humanitarias de la mano de la propaganda política, esas cosas que son agua y aceite. Hoy, al lado colombiano llegan muchas gentes que buscan futuro expulsadas por la precariedad, y también aumenta la xenofobia. Otras muchas no se han ido a pesar de todo, porque sienten más seguridad y futuro. Las cosas se nos olvidan pronto. En España, también mucha gente salió al exilio en el franquismo o a trabajar a Suiza, y ahora vemos el rechazo al “otro” que viene de África y aumenta en movimientos políticos de ultraderecha.

Pero, mira por donde, hoy estamos aquí, en Venezuela, mostrando que esas otras fronteras de la desconfianza y el miedo, del estigma entre los dos países, y las del propio país, pueden superarse con el objetivo de la paz, la coherencia y el respeto. Pasamos tres días haciendo un taller de capacitación, probablemente el más difícil que ha tenido la Comisión de la Verdad,

no solo en el exilio sino en Colombia y, a pesar de las previsibles dificultades logísticas o políticas, todo fluyó. Aquí están víctimas y organizaciones diferentes, dispuestas a trabajar por un mismo objetivo. Este es el taller en que una vela encendida por la paz, pasó de mano en mano, y el abrazo fue bendecido por un colibrí que no quiso perderse el milagro, haciéndose parte de él. No solo sí se puede, sino que sí se debe.



| Una política para la esperanza

Conocí a Javier cuando hablábamos en Nuremberg, en 1991, en un triálogo sobre la impunidad. Javier es un sacerdote y amigo, conciencia en gran parte del trabajo de derechos humanos. En ese encuentro había gente de América Latina, de Europa Occidental y de Europa del Este. Se había tumbado el telón de acero, y la discusión sobre transición política e impunidad estaba viva en esas zonas del mundo, y en algunos países, aunque hubieran pasado muchos años. Los participantes alemanes aún discutían sobre la memoria del nazismo y los silencios que vivieron en sus familias. En la Europa del Este se hablaba de que la impunidad era el precio para la paz, pero después vinieron a desmentirlo las guerras de Bosnia y el Cáucaso de la mano de las élites que se quedaron con el poder. Desde España o el País Vasco, se hablaba de cómo se borró la memoria en la transición posfranquismo. En Argentina estaban en plena marcha atrás, con las leyes de Obediencia Debida y Punto final.

Unos años antes, después del asesinato de Héctor Abad presidente del comité de DDHH de Antioquia, él que era sindicalista, salió del país con una carta que le escribió Javier para su llegada a Londres, porque no hablaba ni mu de inglés. Con el sindicalista curtido, llegaron otros dos de Urabá y Cali. Un ejemplo de cómo una bala puede tener una onda expansiva como el radio de acción de una bomba de 500 kg.

– Soy dirigente sindical y tuve que salir de Colombia, le pido al gobierno británico que me conceda asilo político.

Eso decía el mensaje, que entregó dobladito a la policía británica. Allí se quedó más de 20 años, y creció también en saberes y formas de procesar lo vivido. Hasta que decidió regresar. Esta vez vino con su anhelo de paz en el pecho, aunque no lo publicitó en un papelito como en su huida. Y si bien la esperanza no tiene marcha atrás, se fue pinchando lentamente porque hay quienes quieren volver al mundo del miedo.

¿Quién eres al volver? Para que te vean, vas a los recursos de la ley que te reconoce como víctima. Pero ya has hecho ese camino una vez, y no estás para volver a hacer otro tipo de exilio.

– Yo llevaba mucho tiempo reconstruyéndome, diciendo que lo que pasó pasó, como para volver y tener que empezar de nuevo con eso.

El retorno es volver a empezar, pero no desde ese lugar de objeto de desprecio que te expulsó, sino como sujeto de tu propia vida, y tener un papel nuevo en esta sociedad. Un día, eso tendrá que reconocer una política que empuje esta esperanza.

| El ADN de la escucha

Esta tarde de sol, caminamos en las montañas de México, por estas tierras de piedras y polvo que se va metiendo entre los poros, con esta nube que se destapa con el primero y nos va envolviendo como si la tierra estuviera tosiéndonos encima, acumulando en las horas de sol. Buscamos desaparecidos entre árboles y montañas. Los cuerpos, los restos, las presencias, los rastros. Venimos con un testigo que anduvo por aquí que supo donde quedaron. Cuando caminas buscando huellas fosilizadas de la vida, tienes una doble sensación de necesidad de encontrar, y de no saber qué significa eso. El hallazgo es un logro, una chispa que activa otras cosas y que te da una medida de lo que pasó. Los desaparecidos esconden verdades de lo vivido, los restos son muestras de la identidad y de la catástrofe. Caminas mientras piensas en lo que les pasó, encapsulando el horror con el sueño de encontrar.

La búsqueda en distintos países tiene procesos similares. En el testimonio no tienes huesos que observar, ni restos de los que sacas ADN. Y sin embargo, la escucha es un ejercicio que te permite tocar algo de la experiencia de la gente. Tengo amigos forenses expertos en hablarle a los muertos y escuchar lo que dicen, los tratan con cariño como si la caricia del cepillo fuera una forma de cuidado. Cuando hemos trabajado juntos, nos dividimos las tareas. Yo escucho a la gente, ellos hablan con los muertos. Aprendo de lo que hacen, porque esa sensibilidad de trabajar en silencio te hace fijarte en las cosas que hablan solas. Lo que junta las dos metodologías es la importancia de la historia. La narrativa de los hallazgos, parece fría y técnica. La de los vivos tiene el calor de la palabra y las lágrimas que empapan. Los dos son lenguajes que se abrazan.

Mientras camino, pienso en lo que significa la búsqueda de la verdad que se oculta debajo del negacionismo y de la mentira, esas otras verdades que se esconden. Analizas, contrastas, sacas patrones, explicas, vuelves al lugar, pones en su contexto, pero en realidad, el ADN de todo esto, el núcleo donde habitan las verdades, es el corazón de la escucha.

| Desexilios

I

Hemos tomado testimonios de casos de hasta 30 años de exilio. Las líneas del tiempo son una herramienta metodológica para poner los hechos no solo en un dibujo sino en su contexto. En muchos talleres empezamos con una larga raya en la pared que se va llenando de flechas, hechos e impactos. Abajo, lo que pasaba en Colombia y llevó a huir. Arriba, los trayectos, casos, vidas que quedaron en esa otra orilla, y lo que les pasó allí.

La multiplicidad de historias termina llenando la pared de notas, nombres y flechas que unen hechos traumáticos y luchas por la vida. Hay exilios del periodo Turbay Ayala (1978-82) que instauró la persecución a la oposición o cualquier tipo de pensamiento diferente. De ahí en adelante hay un goteo de militancias políticas o de exmiembros de guerrillas. Desde finales de los años 80, las líneas se llenan de gente de la Unión Patriótica, que luego siguió y siguió. También hay flujos de sindicalistas y defensores y defensoras de derechos humanos. En otros lugares, empresarios que huían de la extorsión o del secuestro. En los años del Plan Colombia, a partir del año 2000, el éxodo se convirtió en masivo, cientos de miles tuvieron que salir del país, porque la aplicación del plan incluía su expulsión, y tuvieron que buscarse un plan en Ecuador, Venezuela o Canadá. Vivimos en tiempos en que nada se parece al nombre que tiene.

II

En este taller de sindicalistas que volvieron al país para hacer su aporte al proceso de paz, justo cuando el retorno materializaba esa esperanza, también se incluyen las flechas de vuelta. Pero no es una fecha fija. Freddy dice que en realidad incluye dos, cuando decidiste volver y cuando la realidad se dejó conquistar. Se refiere al retorno como un proceso para reencontrarse con la resistencia, aunque esta no habita solo en el país que dejaste sino ahí afuera. Hay un mundo de luchas del que los exiliados y exiliadas forman parte. La asociación de vecinos. La alcaldía en Suecia o en España. El parlamento alemán, el congreso de EE. UU. La ONG que ayuda a otros refugiados.

III

En el tiempo en que a Freddy le tocó huir, el miedo vivía también en su casa: no se meta en problemas. La mayor parte de la gente en el exilio no ha vuelto, no tiene condiciones personales o familiares, ni políticas que lo acompañen y le devuelvan ese derecho. Gustavo dice en nuestro primer encuentro en Madrid: ¿hasta cuándo se es exiliado? A lo mejor cuando decides de nuevo meterte en problemas, le diría Freddy. Para otros, será cuando tengan condiciones de vida en donde estén, saliendo de la precariedad o del peligro. Imagino diálogos entre la gente que hemos escuchado. Tal vez eso sea también parte de este informe de la Comisión de la Verdad, un abanico de diálogos sobre la resistencia.

| Salir del armario

La relación con las fronteras es ambivalente en el exilio. A mucha gente que tuvo que huir, la frontera le cambió la fisiología de la respiración, que pasó de estar contenida o entrecortada, a otra de a pleno pulmón. Pero a otros, el miedo les ha seguido persiguiendo, siguen pensando en dónde sentarse, de qué lado de la puerta o en el asiento del bus, por si toca correr.

Josué salió a Ecuador y estar en ahí le hizo sentir como si estuviera en cualquier otra parte del mundo. Estaba cerca a Colombia, pero igual muy lejos. La distancia no se mide a veces en kilómetros sino en kilogramos de lo que pesa no poder volver. Un día tomó el carro con una amiga y se presentaron en la frontera de Tulcán, para mirar el paisaje del otro lado, como si estuvieran haciendo algo prohibido. O desafiando que no les pudieran perseguir desde allá.

El día que salió a Ecuador se encontró una larguísima fila de colombianos solicitando refugio en condiciones bastante peores de las que él llegaba, porque se trajo sus títulos universitarios bajo el brazo y en su cabeza una idea muy clara de lo que quería hacer. Pero el cerebro se le fue apagando sin darse cuenta.

De los cinco años que estuvo en Ecuador, cuatro los pasó atenazado por esa mezcla de miedo y pérdidas que caracteriza tantas veces el exilio. Además, a él se le perdió otra cosa: la dimensión política. Eso que decía Paulo Freire, de pensar que las cosas están así pero no son así, y por eso se pueden cambiar. Y tantas veces se debe. Pero cuando en Colombia se empezó a hablar de proceso de paz con las FARC, le volvió el gusanillo:

–Entonces decidimos varios salir del closet.

Hay muchas formas de salir del armario. Pero todas tienen en común que se trata no solo de mostrarse públicamente, sino de asumirse uno

mismo como lo que es. Así, además de ir a visitar a los refugiados y hacer pedagogía sobre el proceso de paz, empezó a sentir que estaba vivo otra vez. Esta mañana tenemos varios objetos en el centro de la reunión sobre el exilio y el retorno. Uno de ellos es un teléfono. Otro, un mapamundi. El teléfono es lo que toma ahora entre sus manos, para contar su historia. Mientras él estaba encerrado en el closet en Ecuador, su familia estaba encerrada en el miedo, iba a llamarlo a un café internet lo más lejano posible a su casa. Como en el caso de las Comunidades de Población en Resistencia en los años 80 en Guatemala, que tenían los trabajaderos a 45 minutos de la zona bajo la selva donde se ocultaba la comunidad para no ser bombardeada.

Después de un año de haber salido del armario en Ecuador, decidieron jugársela y volver. El retornado siempre vuelve distinto de lo que se fue y regresa a una Colombia que ya no es aquella que dejó, aunque se parezca tanto, y a la que también hay que seguir sacando del armario del miedo.

| Dilema

Los procesos de búsqueda de los desaparecidos, llevan décadas esperando su tiempo en Colombia, mientras los números de esas vidas perdidas iban subiendo. A trancas y barrancas, las organizaciones de familiares han empujado una memoria en estos años, que siempre está amenazada: por ese silencio del terror que impone su niebla, luego de esa búsqueda que te expone a la desidia y a los tantos cuerpos con huellas del maltrato; y después el silencio que termina imponiendo la distancia en el tiempo. La responsabilidad se ha puesto tantas veces encima de las familias: díganos donde buscar. A la escala masiva de que hablamos, las estrategias caso a caso tienen pocas oportunidades de encontrar y de saber el destino y el paradero, como señala la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas que habla de 100.000 personas.

Las verdades que buscan están en Colombia, pero los familiares también están fuera de esas fronteras, porque la persecución y el miedo los llevaron lejos. En el exilio laten también esos dolores y sus esperanzas. Con un pañuelo verde en el cuello y un libro de poemas, se hicieron presentes en el encuentro de hace unos meses de la Comisión de la Verdad. La desaparición forzada y esas otras formas de desaparición que se acumulan en las espaldas de las familias, buscan respuestas. Aunque la unidad de búsqueda tiene 20 años para hacer su trabajo, ese tiempo no es el que marca el ritmo de las familias. Los tiempos nacionales y los tiempos individuales casi nunca andan de la mano. Un proceso de transición política como el que Colombia necesita, abre un espacio para esos otros tiempos personales y familiares que nunca encontraron el suyo para hablar o para poder buscar con garantías.

Hay pacientes colombianos con coronavirus en algunas unidades de cuidados intensivos en varios países del mundo, como hay un exilio de familias que buscan a los suyos que también son invisibles. Las tragedias escandalosas y las silentes reclaman políticas con vigor. Tomarse en serio la paz grande que Colombia necesita, es lo que puede traer que los asesinatos de líderes no pasen ahora de puntillas, por estas realidades que nos tienen

aislados. Esta necesaria conciencia en red es la que reclamaba Canetti, y se parece a esa persistencia de los familiares de desaparecidos que mantuvieron el cristal de masa de sus convicciones contra viento y marea, cuando todo parecía perdido, y un día se convirtieron en esa conciencia colectiva que nos moviliza.

Hace años, trabajando con las Mujeres de Negro en Serbia, una red de mujeres en contra de la guerra, entre las palabras incomprensibles de ese idioma eslavo había una que asomaba de vez en cuando en las conversaciones. Era la única que entendía: dilema. En la posguerra que se alargaba en el tiempo, y habláramos de lo que habláramos, dilema estaba invitada a participar. En el torrente de voces y debates de estas queridas mujeres, dilema, que comenzaba siendo una isla, se iba convirtiendo en archipiélago, donde a cada rato aparecían encrucijadas.

Hoy en Colombia, pandemia, transición política, desaparecidos, líderes, verdades escondidas, Acuerdo de Paz, también convocan esa palabra: dilema. Pero no un dilema que se ve abocado a elegir entre dos tragedias, sino uno que ponga el proyecto de vida en el centro de la política, con todas sus aristas, que es lo que se necesita para la reconstrucción del tejido social.

| Caer el 20

María andaba buscando qué estudiar. Cuando tienes 16 años y oportunidades de hacerlo, a lo cual solo hemos accedido una raquílica minoría en el mundo, tratas de buscar algo accesible. Ella buscó qué carreras había en Medellín, para elegir precisamente la carrera que no había: psicología. Aunque aquello no le llamaba mucho la atención, sus ganas estaban puestas en poner tierra de por medio.

Se fue a Bogotá y, entre asambleas universitarias, ya se había hecho de la Juventud Comunista a los 18 añitos. Sus épocas en Bogotá fueron de aquí para allá entre estudios y proyectos colectivos. El suyo tenía suelo, y fueron inventando lugares en los que vivir en las afueras de Bogotá, esas periferias donde se concentra la pobreza. Se inventaron un proyecto que se llamó Cooperativa Multiactiva de Amigos y Vecinos. Hay nombres que lo dicen todo, como ese Sindicato de Oficios Varios que conocí. Además de vivir juntos, montaron una escuela de teatro y danza, y proyectos para cuidar el medio ambiente y convertirlo en naturaleza.

Dos de ellas tenían familiares en la guerrilla, y eso les puso en el punto de mira, aunque no tuvieran nada que ver. El proyecto colectivo de hermoso nombre, Inaia Sue, que en Chibcha, el idioma muisca, significa el Camino de la Amistad. El Chibcha es un idioma que ya no lo habla nadie hace dos siglos, pero hay un diccionario chibcha, y la comunidad se propuso que el idioma no estuviera tan muerto, sino todavía pateando y viviendo en la toponimia.

Salió al exilio en medio de todo tipo de amenazas, una tras otra. Después regresó, pero le tocó volver a salir a los 6 meses, cuando un vocero, que resultó tener vínculos con los paramilitares, la amenazó en el Congreso en plena televisión. Los motivos por los que en Colombia te conviertes en víctima o en el punto de mira, son muchos, pasan por lo que eres, por lo que piensas, por tu tierra, por lo que defiendes, y también, como en este caso, por de quién eres familiar. De nuevo en el exilio, en Amsterdam. La ciudad de los molinos, los canales y las bicicletas, la acogió en un Centro

de Asilo, donde uno puede conocer más que del país que le acoge, del que son los acogidos, de Irán, Afganistán, Kurdistán o el Magreb. Las geografías del despojo en el mundo se concentran en lugares así. Cuando estaba en Holanda, le llamaron por teléfono para decirle que mataron a un amigo y vecino de la cooperativa. Solo entonces se dio cuenta de que era una refugiada:

– Hasta entonces tenía más conciencia de viajera, de que me había tocado huir. Pero no de que no iba a poder volver.

Sara, avecindada en México y que toma su testimonio, le dice, te cayó el 20.

20 centavos tenían las monedas que uno usaba en otras épocas en las cabinas telefónicas en la calle, esas que cuando entraba la llamada, los 20 centavos se caían dentro y te daban un minuto de aliento.

En otros lugares, en vez de caerse el 20, tú caes en la cuenta. De las dos maneras, la gravedad te enseña algo que no habías entendido. Tal vez esa sea la tarea de la Comisión de la Verdad, que a Colombia, con su informe, le caiga el 20, se dé cuenta, y pueda, por fin, entenderse.

| Día de las víctimas

I

Ella, cuyo marido fue asesinado por pensar diferente y cuyo hijo murió al no poder soportar la idea de vivir sin su padre, dice que las ideas no pueden ser asesinadas porque pertenecen al alma. Al alma no se le puede judicializar, aunque las acciones urgentes de Amnistía Internacional están superpobladas de casos de cárcel por expresar las ideas. Y hay muchos cuerpos muertos en esta guerra, en un intento de quitarles esa alma.

La prueba de que no se puede, es que después del exterminio que se cuenta en cifras de más de 5.000 víctimas de todo tipo atrocidades, ella sigue siendo de la Unión Patriótica.

II

Una niña, con su papá en el exilio, no entiende por qué no está con ella. Con apenas cinco años de haber llegado a esta vida, lo ve en estos meses desde Colombia por la pantalla del celular. Los niños y niñas se socializan en este tiempo con pantallas en las que los dedos se deslizan como desafiando una presencia que la tecnología trae y limita. Su papá aparece, ella lo acaricia. Puede sentirse esa caricia desde Alemania, aunque hablemos de exilio y miedo de por medio. La tecnología todavía no puede hacernos sentir, como esa alma que tiene la mirada. Ella no sabe de geografía, no entiende de continentes y dice: “Mi papá está en otro planeta”.

III

Hoy en Colombia es 9 de abril. El Día nacional de la memoria y la solidaridad con las víctimas. Conmemoramos porque el recuerdo trae al presente a tantos y tantas que ya no están, y nos condelemos por las que siguen produciéndose en este país. El 9 de abril de 1948 fue el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán que generó una oleada de muertos que nos trajo luego a otras guerras y a los intentos de salir de ellas. Hoy no tenemos tiempo para análisis. Por eso estas letras, hablan de lo que no se puede asesinar, hablan de esa alma y de ese planeta del exilio, y en silencio, también hablan de este abrazo.

| Gotitas de Flügge

Colombia es especialista en la estigmatización. Desde hace 60 años, y si tienes memoria incluso desde antes, el estigma de comunista ha operado como una forma de justificación, un tipo de desechable y un servicio a la patria. El estigma es esa marca moral negativa que supone que quien la usa contra otro tiene una moral superior y el crimen es menos crimen, es un servicio. La distorsión de la ética. El estigma de comunista se convirtió después en el de guerrillero, que es todavía más duro. Y así, se fue extendiendo como esas gotitas de Flügge que contagian gripas y virus al hablar o al toser. Carl Flügge era un bacteriólogo e higienista que demostró que incluso en un discurso tranquilo, las gotitas salen de la boca y se quedan en el aire un buen rato, y pueden transmitir algunas enfermedades. Investigó en condiciones que podríamos decir normales.

En una guerra o en un contexto de represión política, las gotitas se extienden en discursos incendiarios o en señalamientos silenciosos, y contaminan al que van dirigidas o al que pasaba por allí. No le transmiten enfermedades, sino marcas. Como la estrella amarilla de los judíos, en este país a los defensores de derechos humanos se les ha tildado de guerrilleros, esa antesala de la muerte. A los miembros de la Unión Patriótica eso los llevó al matadero. A Wilson, que era dirigente sindical, lo llevó al exilio:

– Lo mío es una historia rosa, comparada con lo que han vivido otros compañeros, muertes, desapariciones, torturas.

Me asombra siempre la capacidad de tantas víctimas de relativizar su propia historia comparándola con otros que lo pasaron peor. En psicología, se le llama a eso “comparación social ventajosa”, y es vista como un mecanismo de afrontamiento positivo. Pero a mí, llamarlo así siempre me pareció una forma de minimizar la generosidad de poner a los otros por delante.

A Wilson el exilio lo llevó a Chicago. Una de las primeras cosas que hizo, además de liberarse del peso de la amenaza, fue ir a la plaza donde se conmemora la masacre de los trabajadores que en su exigencia de la

jornada laboral de ocho horas fueron asesinados en 1886. Un sindicalista en el diálogo con una placa de memoria de un hecho que dio lugar a la conmemoración del Día del Trabajo el primero de mayo. Aquellos obreros fueron tildados de anarquistas, que no solo es una tendencia política, sino un estigma, como comunista.

Para él, la vida es siempre una posibilidad aún en las peores condiciones. La organización que lo acogió en Estados Unidos no tenía psicólogos, pero tenía psicología, y ese colchón de respeto mutuo le hizo mucho bien. Lo más duro le dio en el exilio fue tener que estar lejos de otros colombianos, por si acaso. En una de las muchas conferencias que le llevaron a recorrer ese Estados Unidos como una geografía de la solidaridad y no ya de la visión estereotipada que tenía del país, un colombiano que estaba en el público le echó de nuevo esas gotitas de Flügge que le habían llevado al exilio. Qué triste. Pero él había desarrollado mascarilla para ese estigma:

– No me desanimé. Volví del exilio más tolerante, me había bajado la temperatura.

Cuando le preguntamos qué le ayudó a superar todo eso, vuelve a sus orígenes. Un sindicato que se llame Sintrapopular, del que él venía, ya tiene varios puntos para inscribirse. El sindicato le permitió pensar más en los demás que en sí mismo. Pienso en esta y otras historias rosas, que son tan de verdad.

| La mejor canción del mundo

Cuando regresaba a su pueblo, se puso a escuchar música en los auriculares, rodeado de gente en el bus. En los viajes habitan otros rumbos, que aunque estemos al lado, desconocemos. Él volvía después de su exilio. Y aunque casi nadie que retorna lo hace al mismo lugar, probó un rato, aunque los sucesores de quienes lo amenazaron, todavía campan con su miedo.

– Ya vamos llegando, me voy acercando, no puedo evitar que los ojos se me ajen, dice el estribillo de la canción.

La mejor canción del mundo es la que une los pedazos rotos de tu historia. Es una especie de antibolero, esas canciones que suman desgarros tras desgarros al elenco de versos, y que paradójicamente tanto nos gustan. Es la contradicción de la que hablaba Vigotsky, entre el fondo y la forma, ese espacio en el que el arte sabe dibujar nuevas realidades.

En mi casa, en tantas casas de mi pueblo, siempre nos acompañó un Guernica. El cuadro de Picasso trazaba su relato entre la denuncia cuando apenas llegaban las primeras noticias del bombardeo y esa materialización emocional del hacernos parte de un horror que generó tanta conciencia.

Él había pensado muchas veces: cuando vuelva voy a hacerles, voy a decirles... imaginando su trocito de venganza contra quienes lo expulsaron. En lugar de llenarse de odio, que es lo que más daño le hace a uno, decidió hacerle un espacio a la belleza y a la conciencia. También piensa que mientras no se ataque a los gestores del odio, aquí no va a haber cambios, porque siempre va a haber gente, desafortunadamente en nuestra sociedad, que se compra y que se vende para matar a un hermano.

Las desigualdades sociales y la intolerancia son las que hacen que el cultivo de la violencia se eternice en Colombia. La mejor canción del mundo, dice

que el pueblito ya está cerca, pero el bus se quedó varado en el camino. Toca empujar para traerlo ya.

– Esto no hay como repararlo. Por eso le digo que lo que hay es que entenderlo.

Para apoyar el proceso de paz se metió a estudiar. Y pensó en derecho. Aunque a mitad de camino ya se había dado cuenta de que no era lo suyo. Pero decidió convertir sus dudas en el motivo de su tesis. Su título: ¿El derecho es una carrera al servicio de qué? Definitivamente, escuchar los testimonios es una escuela de la vida.

| Una traición protesta

– Cuando regresé de mi exilio, y eso que no duró mucho, mi hijo que era hincha del América, pero ahora se ponía la del Deportivo de Cali.

En mi tierra sería impensable que un hincha del Athletic de Bilbao se hiciera de la Real Sociedad. O uno del Barcelona se pasara al Real Madrid. Algo incomprensible tendría que haber pasado, para que en las fiestas de Gubbio en Italia, que se celebran en mayo en medio de un calor que acecha, un miembro del grupo de San Ubaldo se pasara el bando de San Antonio Abad o de San Giorgio mientras recorren las calles estrechas de la ciudad corriendo como locos, cada uno con su imagen del santo que pesa unos cientos de kilos, para llegar primero a la ermita arriba de la colina que protege la ciudad, en una competición basada en las alegorías a la primavera y la fecundación, llena de códigos incomprensibles, porque todo el mundo corre por calles estrechas con el santo a cuestas, donde no se pueden adelantar.

Hay indicadores del impacto que parecen nimios, con tantas cosas que hay para contar del desgarro. En su ausencia, el hijo de Wilson se pasó de bando. Una muestra de que el exilio te lleva a una ruptura, que dejas de ser parte de algo colectivo. Las camisetas de los equipos que aglutinan tanta emoción compartida, también tienen historias de duelos vividos y de derrotas debidas a un día fatal o de resurrecciones épicas cuando todo parecía perdido. Aquella Copa. Aquel partido. Los penaltis. El árbitro, tantas veces villano.

Cuando todo eso estaba pasando, él, en sus noches de soledad, pensaba en qué había hecho de malo, sabiendo que todo por lo que se tuvo que ir se debía a que había hecho cosas de bueno. Al regresar, esas noches se le vinieron encima, mientras miraba la camiseta secarse al sol. Ahora que escucho su historia, tal vez haya otra explicación para las cosas incomprensibles. Tal vez el cambio de camiseta no fuera una traición, sino una llamada desesperada, que por fin logró su objetivo.

| Desafiar la distancia

Las mujeres de Negro en Serbia, trataron en todos esos años del conflicto armado de Bosnia, de empujar las fronteras como una forma de hacer avanzar la historia, no solo en el tiempo sino en la humanidad. Cuando en medio de la guerra sacaban a los desertores del país, esos insumisos serbios que no querían ser carne de cañón ni que sus familias a la vuelta les preguntaran en silencio: ¿qué hiciste? Estas mujeres llenas de una energía que nace de un sentimiento de responsabilidad compartida, no desfallecieron en los momentos más duros del conflicto, ni cuando el polvo del tiempo trató de dejarlas en el olvido. Siempre tienen tarea por delante, porque no se trata solo de la resistencia a la guerra, sino del proyecto de vida.

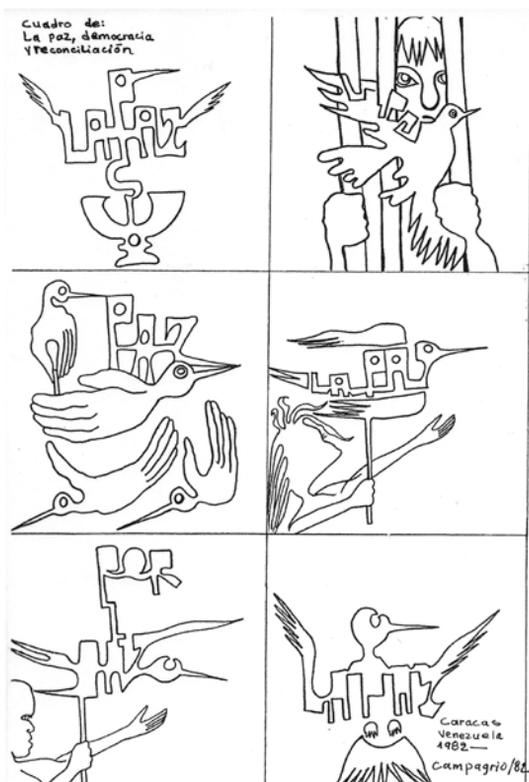
En estos días de encierro, donde el aislamiento es una forma de proteger a los abuelos y abuelas, esa memoria viva que nos va a faltar a todos después de esta pandemia, circulan muchos videos de música, donde descubrimos la creatividad de la gente y las posibilidades de la tecnología para despistar a ese peso de la soledad, aunque sea compartida. El Orfeon Donostiarra canta Aleluya como si se tratara de una reunión por zoom, de las que en esas semanas todos estamos llenos.

La Comisión de la Verdad en el exilio ya tiene práctica en teletrabajo y telereuniones, pero estas semanas estiramos el tiempo. En uno de esos videos de estos días que nos teletransportan, dos músicos afro en Nueva Orleans (Estados Unidos) tocan en el porche de sus casas, que están a una prudente distancia de cuatro metros. Cada uno, desde su puerta, toca su parte, en un tipo de dúo inédito. Como se trata de jazz en esa tierra donde nació y creció, lo hacen con ese instrumento que siempre quise tocar, el trombón de varas. Con la música, el brazo del trombón crece y se acerca al otro, como en un juego que desafía la distancia entre los cobertizos, como esas manos de la Capilla Sixtina que casi se tocan con los dedos. La música une y nos toca, sin transmitir otra cosa que esa tarde cálida en la que nace.

Mientras trabajaba con las Mujeres de Negro, conocí dos casas distintas pero casi iguales, eran las dos rosas. Las dos mujeres, viudas y solas por

la guerra, las pintaron así cuando se quedaron sin nadie. Sus familias asesinadas. Ahora se tenían solo a ellas. Cada una vivía en su casa, pero pintaron las dos como si fueran una. De un rosa que se veía a la legua. Un día una iba a casa de la otra a comer. Al día siguiente, la otra en la de la una. Lo mismo a dormir. También los desayunos eran compartidos. Les quitaron sus familias, pero ellas se hicieron hermanas. Hasta las casas, a pocos metros una de la otra.

El exilio separa a la gente. La separación familiar crónica se vuelve el mayor y más potente estresor de esa distancia. Si las Mujeres de Negro de las casas rosas pudieron desafiarla, si los músicos de Nueva Orleans pueden jugar con ella, si el exilio cruzó esa frontera que hay entre el desprecio y el respeto, algo tendremos que aprender de este tiempo.



| Los dos tiempos, Eduardo y el insilio

En una conversación hace unos años en Madrid, España, Darío Fo, escritor y bufón italiano premio Nobel de Literatura, decía que una de las conquistas del poder ha consistido en convertir la historia en un armario lleno de polvo por el que nadie se interesa. Sin embargo, los pueblos han tenido maneras de rehacerse a base de reconstruir sus propias historias. Colombia ha convertido la historia en algo inexistente, hasta hace poco, del currículum escolar. Y la no repetición en este país depende de que se asimile un pasado de terror que se niega a ser pasado todavía.

El éxodo forzado por la violencia de muchos pueblos ha sido parte de su historia. Ese exilio conlleva también lo que en esta mañana de teledialogos en tiempos de pandemia, Bety llama el insilio. Cuando vas metiéndote en el dolor y la experiencia de la gente, aparecen nuevos matices y desafíos, cosas en las que nunca has pensado si no lo has vivido. El insilio se refiere a los familiares afectados por el exilio de sus familiares, pero que se quedaron aquí. Los dos tiempos de este tipo de confinamiento: los que tuvieron que irse expulsados por el peligro de muerte, y los que se quedaron y tuvieron que vivir con esa ausencia.

Como el malo de las películas vuelve a la escena del crimen para borrar las huellas, el exiliado y el insiliado vuelven a muchos lugares en donde estaban juntos. Las huellas de ese impacto solo se asimilan visitándolas y hablando con ellas. De una forma más amplia, si Colombia no visita las huellas de su historia, incluyendo las que están frescas de ayer, va a seguir estando exiliada de sus propias raíces y repitiendo lo que nosotros llamamos “factores de persistencia” del conflicto armado.

La historia de los excluidos debe ser parte de esa verdad, de una historia que no habite en el armario, sino que sea como ese pájaro frágil, cálido que tiembla entre las manos, del que hace ahora veinte años nos hablaba Eduardo Galeano en Guatemala. Hoy hace cinco que nos dejó y su ausencia, en este 13 de abril, es un tipo de insilio de los que nos quedamos, y de sus palabras con las que aprendimos a tomar conciencia. Un aniversario paradójico, en el que su ausencia nos recuerda que siempre nos acompaña su presencia.

| Una verdad en la que reconocerse

El Tribunal Permanente de los Pueblos (TPP) nació en 1979, basándose en la experiencia previa del Tribunal Russell que juzgó las responsabilidades de Estados Unidos en la guerra del Vietnam, como una herramienta que usara el derecho al lado de la gente y no frente a ella, en defensa de la vida de las personas y los pueblos. El TPP organizó una sesión en 1991, en la que se juzgó a la impunidad en las violaciones de derechos humanos en Colombia; y una segunda, entre 2006 y 2008, sobre el impacto de las multinacionales, en donde la impunidad tiene además otra dimensión, la del dinero.

Gianni es su secretario general desde que nació. Echarse al hombro esa responsabilidad de aquí para allá en este mundo adolorido, entre Bangladesh y las mujeres trabajadoras textiles en condiciones de esclavitud, o los refugiados rohinyá víctimas de un genocidio que se alarga durante décadas, no es tarea para sensatos. Nos conocimos porque un amigo común, imprescindible en nuestras vidas, nos dijo, con unos días de diferencia: él es tu alma gemela. Y en nuestro encuentro en Lyon, Francia, después de miles de kilómetros para buscar un punto intermedio, la tarde se nos fue entre las manos. Como si la mitad de la frase que uno empezaba la completara el otro y viceversa.

Fui parte del Tribunal que juzgaba la pérdida del futuro en México, la de esos jóvenes que sufren las consecuencias de la desaparición forzada de sus familiares o los proyectos extractivos que dejan el clima y la vida hipotecadas. O en el TPP en Barcelona (España) y en Sicilia (Italia), que juzgaba las responsabilidades de la Europa que destruyó el norte de África y dejó luego que los refugiados murieran ahogados en el Mare Nostrum.

Si analizamos la genética de cada uno de nosotros, resulta que tenemos genes de África por todos lados, no por la colonización impuesta sino por un largo viaje hecho por esos pueblos hasta Europa o América Latina hace

decenas de miles de años, antes de la otra genética afrodescendiente de la esclavitud. O sea que todos somos hijos e hijas de ese exilio. Con este otro exilio de la guerra, la genética colombiana está ahora de vuelta en más de 30 países.

Este punto de vista de los excluidos, que escucha el TPP, me interesa, porque los derrotados tienen tantas veces en sí la memoria de la esperanza. Hoy leemos los documentos que se fueron acumulando durante estas décadas. Colombia asocia a la producción oficial, mucho conocimiento escrito en las vidas que no pudieron ser vividas y en los testimonios de los sobrevivientes y familiares. Nueve millones de víctimas dicen las estadísticas oficiales, o sea nueve millones, al menos, de historias. Que si además incluimos el millón en el exilio que no está en las estadísticas, serían diez. Si un informe pudiera incluir solo una línea de cada una de ellas, serían mil tomos. La verdad tiene que ser algo en lo que la gente se reconozca, como esa mitad de frase compartida.

| El hueso de la espalda

En física clásica, la resistencia se mide en relaciones entre la fuerza y la superficie, y también en esa atracción entre los objetos. La física también tiene su gente que gira alrededor y nos hace movernos. Todo el sistema solar gira en un movimiento que marea en la Vía Láctea, y en esta los cuerpos se dejan atraer y ponen espacio de por medio. En los viajes en el exilio, encuentras memorias sobre las que giran las vidas. Muchos defensores de derechos humanos, sindicalistas, miembros de partidos, familiares de desaparecidos y hasta exguerrilleros que he conocido en este tiempo trajinante, están vivos porque un abogado hecho de una consistencia especial les ayudó, los defendió, los acompañó. También los sindicalistas que siguieron aquí en medio de la violencia, de la USO o Telecom, lo tuvieron como defensor.

En todos esos recorridos tomando testimonios en México, Bruselas, Londres, o Toronto esas verdades salieron entre los relatos del miedo, de la cárcel, de las bombas o del exilio. Hace 22 años, poco antes de que mataran a monseñor Juan José Gerardi en Guatemala, tras presentar el informe “Guatemala Nunca Más”, que me tocó coordinar, mataron a Eduardo Umaña en Bogotá. Apenas cinco días de diferencia, en esos dos queridos países entre los que andaba dando vueltas en ese tiempo. En el caso de Gerardi, ni él ni nosotros pensamos que iban a matarlo ya, después de los intentos que sufrió en el pasado.

En el caso de Eduardo, él nunca dejó de creer que, aunque lo hubieran intentado, no lo iban a tratar de seguir haciendo. A monseñor Gerardi lo mataron con un bloque de concreto en la cabeza, apuntando a su sensibilidad e inteligencia y al informe “Guatemala Nunca Más”. Una de las balas que mató a Eduardo Umaña quedó incrustada en un libro de la estantería que se llama “Un Abogado para todos”, lo que él era, aunque de ese libro no murió en el atentado. En este aniversario no recordamos por su muerte a la gente querida, aunque nos duela, ni siquiera queremos regalarles ese tiempo a los profetas del odio o a sus franquicias.

Los aniversarios son a veces ese recuerdo que se queda lejos, para dejarnos vivir, y luego un día se acerca en estos ciclos de la vida hasta casi rozarnos de nuevo. En la física cuántica, las partículas elementales son a la vez partícula y onda. Un recuerdo a esa escala que nos conmueve es también una materia y una luz.

Cuando pienso en tanta gente querida que nos ha traído hasta aquí, me vuelven las palabras de Jon Sobrino, un jesuita de mi pueblo que sobrevivió a la masacre de sus amigos en El Salvador en 1989, porque estaba de viaje en Japón. Él dice que la solidaridad es una forma de devolver el amor que otros han tenido por nosotros, que nos trajeron al mundo en un acto de amor antes de que pudiéramos sentirlo. En esa devolución nos pasamos la vida. También con una muerte así, arrancada de cuajo a tanta gente que lo quería, hay una materia que pesa y una luz que ilumina. Eduardo Umaña tenía eso que Henry Thoreau decía hablando de la resistencia no violenta: “Ese hombre tiene un hueso en la espalda, imposible de doblar con la mano”.



Regreso al futuro. Viaje a través de la pandemia

I

Viaje a Madrid. Lo humanitario era hasta ahora el lenguaje de la ayuda en las catástrofes, para las poblaciones afectadas. En este tiempo, todo el mundo ha pasado a ser población afectada. Por el virus, por el miedo o por la pobreza. Este viaje es organizado por la embajada y es humanitario para que la gente que esté del otro lado venga a este o los de este vayamos a aquel.

Hay pasajeros que llevan mascarilla de quirófano. Otros llevamos estas hechas ad hoc para la ocasión. Hay gente que viaja además con pantalla transparente que le protege todo menos las orejas, como un moderno soldador que cuando termina la tarea, se levanta la visera. A este virus le gusta más la nariz y la boca, y por lo que parece también los ojos en los que puedes frotarte y regarlo por tu cuerpo. Al aeropuerto solo se puede entrar por una puerta. De uno en uno, pasaporte en mano, a tres metros de distancia, aunque el virus no es un saltamontes. Hay gente que lleva máscaras antiguas, como las de la primera guerra mundial, que escribo en minúsculas para reivindicar su miseria, para el gas mostaza. Y quien juega a tener variaciones sin repetición de múltiples medidas. Algunos pasajeros parecen astronautas. A mi lado, una pareja habla en inglés y tiene un traje espacial, digo especial, que incluye desde la punta de los dedos hasta la coronilla, todo de un blanco de nave lunar. En la megafonía recuerdan las nuevas reglas del amor en pandemia, cuídate de lejos. A la entrada al aeropuerto, como si fueras al quirófano, una máquina de fotos trucada no te retrata, sino que te toma la temperatura.

II

El piloto tiene unas palabras de bienvenida. Se agradece cuando esa voz te habla a este oído compartido. Tal vez este viaje tiene algo de odisea. La voz dice para tranquilizarnos que por fin cerraron la puerta y que estamos a salvo:

ya están en casa. Aunque vamos a un lugar donde hay 24.000 muertos por el coronavirus y en Colombia hay hoy menos de 324. En terminología de las catástrofes estamos yendo de la zona de destrucción a la zona de impacto central. La esperanza tras tanta mascarilla es que nos esperen abrazos. Esa esperanza, aquí y allá, se ha convertido en un indicador que mide la curva que se aplana y un virus que ojalá muera poco a poco sin alimento. En medicina, los bichos infectados, o sea esta humanidad compartida, se llaman huéspedes, como si le hubiéramos dado la bienvenida. Nada que ver con el lenguaje de la guerra tan de moda en estos tiempos.

III

Películas del futuro. Para este largo viaje, voy a tratar de buscar algo adecuado. “2001 Odisea del Espacio” fue hecha en 1968 y cuenta un viaje para seguir las señales de un extraño objeto hallado en la luna que podría venir de una civilización extraterrestre más inteligente, una película futurista con escenas psicodélicas y surrealistas, basada en un cuento escrito 20 años antes de la película. La capacidad de explorar pertenece más a la literatura que a la tecnología. O lo que es lo mismo, a la imaginación.

Al inicio de la película, un grupo de primates descubre cómo usar el hueso para golpear a otros primates y matar al líder, en una metáfora de la guerra y la destrucción ecológica de la que nos salva ese otro viaje con el que se conecta de repente. Esta primera historia y la segunda del viaje espacial, se unen porque el hueso con el que golpean sale volando y, en su vuelo, nos lleva a otro tiempo del futuro. En la película, las naves se acoplan con la música del Danubio Azul, tal vez la imagen que más recordamos, como si la falta de gravedad fuera eso, no solo que las cosas no pesan, sino que levedad del vals fuera el mensaje de la vida. Los científicos se comunican por videoconferencia con su familia, mientras hay rumores de epidemia. Hemos pasado 20 años del título y estamos así. Ahora que estamos en modo pandemia, tal vez esas videoconferencias sean una forma instrumental de cordón umbilical que nos une al mundo, aunque eso los que saben hacerlo son los afectos.

IV

A mi lado un viajero habla con su empresa. Enfundado en su mono blanco, repasa las oportunidades de negocio, hablando de la protección. Chalecos con mascarilla incluida, los diálogos sobre dónde comprar la tela y los artículos que pueden producirse para este nuevo tiempo. Respira agitado, no por el coronavirus sino porque ve también el futuro.

V

El futuro es una imagen que siempre hemos explorado con la ciencia ficción, que cada vez es menos su apellido que su nombre. El protagonista de la película lucha con la máquina HAL, que muestra cómo la inteligencia artificial también puede aprender sus artimañas para quedarse con todo, como los primates con el hueso. La guerra y la acumulación parecen unas siamesas que persiguen a la humanidad porque vienen de la mano del poder. Mientras el astronauta sobreviviente viaja a Júpiter a encontrar el origen del extraño monolito cósmico, aprende en la realidad virtual de un futuro que no tocamos.

VI

Me despierto en este avión, como si fuera uno de esos personajes. Yo estaba cruzando el charco. Este avión es de repatriados, o sea como si uno volviera del exilio. ¿Cuándo podremos organizar en Colombia miles de vuelos para que la gente que quiera pueda de verdad, regresar, esta vez sin que lo que nos mueva sea el riesgo?

VII

Ahora que lo pienso, llevamos estos meses en un viaje que desconocemos. No hay meteorito cuyo origen descubrir, ni lecciones que vengan de civilizaciones más adelantadas que la nuestra. Como dice el poema del maya Humberto A'kabal, si caminara solo hacia delante, te podía contar cómo es el olvido. Las civilizaciones más adelantadas son ancestrales, el mensaje llega del pasado y los meteoritos que tratamos de descifrar solo pueden entenderse si se aprende a escuchar esa inteligencia que nos une con otros lazos umbilicales al destino colectivo y a la naturaleza. Las lecciones que vienen de este futuro de ciencia ficción nos enseñan la realidad de lo que aún tenemos que aprender.

| La conciencia de la hospitalidad

La hospitalidad es la máxima expresión de una razón universal que ha tomado conciencia de sí misma, dice el filósofo coreano Byung-Chul Han, hablando de otro filósofo más antiguo que se lee como si fuera escrito hoy, llamado Immanuel Kant. En un clásico las páginas no se desgastan con el tiempo. Las lecturas de estos días son una forma de pensamiento colectivo, lo que el otro, la otra, me regala, esas formas de hacer tantas cosas nuestras. Mientras las cosas pasan a una velocidad de curva que sube o se aplanan y miedo que acecha, la primavera en este lado del mundo nos recuerda ese poder de la naturaleza que solo tiene la urgencia de ser ella misma, aunque estemos empeñados en no dejarla y no dejarnos ser.

No hay lugar más hospitalario que el desierto. No solo porque ahí no hay fronteras, entre la tierra y el cielo hay un tipo de continuidad que solo puedes ver en la noche y su cúpula de estrellas de la que formas parte. La gente más hospitalaria son los beduinos del Sahara. Probablemente es una de esas exageraciones que son también verdad. Cuando encuentras alguien en el desierto que está allí a lo lejos, que apenas se ve si no tienes esa capacidad de percibir los detalles que constituyen la diferencia entre la vida y su ausencia, tienes conciencia de una forma de extrema de cercanía. En medio del desierto no hay nada, parece. Y el pastor de camellos no tiene más que leche y dátiles tal vez, y su jaima, que es una tienda de tela como un microcosmos de vida en medio de una tormenta de arena. Todo eso te ofrece la familia. En las situaciones más extremas, la solidaridad te hace tomar conciencia de la distancia, a base de hacerla pegadiza. Estos días probamos la distancia como una forma de hospitalidad. La probamos por internet o saludándonos con esa parte inservible del codo o estando a unos metros mientras agudizamos el oído o leemos los labios.

La antítesis de la hospitalidad lingüística es el discurso del enemigo, en el que entran los disidentes, los poco aptos para el sistema o los indeseables. Todos ellos han sido víctimas de esta guerra en Colombia y también de este sistema que llamamos neoliberal, aunque la única libertad asegurada sea

para el dinero. Como escucho esta mañana en un diálogo en la radio que estos días nos conecta, algo que nos afecta a todos, como es esta pandemia, muestra la desigualdad social que está debajo de la apariencia. Radio París se escuchaba en la dictadura franquista como la única palabra que pasaba los controles de la censura que no podía con las ondas que llegaban de lejos. Era esa forma de cercanía de una realidad que te reconciliaba con el mundo, aunque no la vieras más que allá a lo lejos. La hospitalidad lingüística es esa tarea de descubrir las palabras que no te expulsan de la realidad que otros describen, y que no permite que se conviertan en una nueva forma de exclusión social.

La Comisión de la Verdad tiene que hacer un informe en la que la gente reconozca su experiencia y la de lo distinto. También para el exilio, que es una lejanía que se mueve desafiando la distancia. Un tipo de desierto que, a base de sufrir la exclusión, es un territorio de hospitalidad. Siguiendo al filósofo, esta es parte de la tarea de la verdad, volver la hospitalidad conciencia.

| Distopias

La utopía, siguiendo la reflexión de Fernando Birri, dice que es ese horizonte que no se alcanza y que sirve precisamente para eso, para caminar. La distopía de la que se habla tanto en estos días, es lo contrario a la utopía. Si lo vemos así, no sería solo un horizonte negativo al que vamos, como si fuéramos quitando cosas de un futuro cargado de precariedad, sino algo que nos paraliza. Visto así, podríamos decir que tiene la misma función, ponernos delante lo que queremos poner tierra de por medio. Entre los sinónimos y antónimos, la cuestión está en donde queremos situarnos.

Macedonia ha congelado su historia. Termina en 1991. En Serbia predomina el silencio y la falsificación. Existe Srebrenica pero el Tribunal de la Haya esta hecho contra Serbia. La única apelación que se dice que sí existe es Tormenta, donde las víctimas fueron serbias.

Croacia es una copia de Serbia, cambiando su propio nombre. Eslovenia es la más avanzada, pero no hay referencia a los 30.000 “tachados” no eslovenos que vivían ahí en el momento de la independencia y que desaparecieron de registros y de derechos.

Montenegro mejora un poco, pero no hay referencias en su historia a que participaron en Dubrovnik.

En Kosovo, más de los mismo. Se obvian los crímenes contra los no albaneses. En Bosnia, por influencia del Consejo de Europa, se evitan las referencias a la guerra en los textos escolares, no se estudia lo que pasó en los años 90. Este es el diagnostico de Marijana, de Centro de Derecho Humanitario – Humantarian Law Center.

Los pocos docentes que trabajan sobre estas verdades escondidas, descubren que la combinación de verdad judicial y voces de las victimas es lo que contribuye a generar la conciencia. Estas experiencias son lo que más interesa a los jóvenes.

Después de separar el grano de la paja buscar, entre el grano, los rostros. Dejarte tocar es el único antídoto contra el olvido programado y el complot del silencio.

Marijana es de estos círculos de debates feministas. Cuando conversamos sobre este control de la historia, toma la palabra. La palabra circula entre viejas y jóvenes, entre profesionales y campesinas, en esta mezcla de colores donde se produce el conocimiento ligado a la experiencia. En esta vida en movimiento.

– En mis círculos cercanos, cuando les hablo de todo esto me dicen: no es verdad.

En la escuela media se estudia hasta la segunda Guerra mundial. Como en el franquismo la historia saltaba de 1808 a 1936/39. El control del pasado para imponer el presente.

Después habla de la importancia de la educación informal:

– Si yo no hubiera ido a Srebrenica, no habría conocido nada.

| Suma de historias y agujeros de gusano

I

Los agujeros negros son sistemas astronómicos que se constituyen a partir de la explosión de una estrella que concentraría tanto su materia, es decir que tendría tanta fuerza de gravedad que lo absorbería todo. Incluso las ondas electromagnéticas de la luz, por eso lo oscuro. La física está llena de conceptos que no hay manera siquiera de imaginar. Parece una fe o una poesía. Y las dimensiones astronómicas, por ejemplo 3.500 millones de veces más grande que el sol, son tan fantásticas como las subatómicas y nanopartículas aún más pequeñas que el coronavirus del que tanto hablamos en estos meses, que sería del tamaño de una gallina si nuestro cuerpo fuera la tierra entera.

Colombia es un agujero negro de la verdad. Cada escándalo de escuchas o persecuciones por inteligencia militar, pasa la página de otras cosas que siguen pasando como los asesinatos de líderes hoy en día, y en el pasado las masacres que se repitieron ante los ojos de todos hace apenas 18 años, lo hacían con la impunidad que da mirar hacia otro lado, mientras los grandes medios de comunicación hablaban siempre de la violencia execrable de los mismos. El país es un agujero negro de tragarse verdades, que no hay forma de que salgan a la luz más allá de un rato, antes de ser nuevamente engullidas. Así, lo que se sabe, no se queda a transformar la convivencia. La frontera alrededor del agujero negro, ese espacio al que uno se va acercando antes de ser engullido, se llama horizonte de sucesos. Así podríamos llamar a tantos artículos periodísticos o investigaciones que han ido sacando estas cosas a la luz, antes de convertirse de nuevo en oscuridad. El olvido es una forma de agujero negro también.

II

Las neuronas pueden tener hasta 100.000 sinapsis una con otra, para comunicarse a través de neurotransmisores, como barquitos que llegan a una orilla y pasan el lago hasta la siguiente con el mensaje. Si tene-

mos 80.000 millones de neuronas, las medidas del cerebro son también de fantasía. Estos días leo las vidas de John Archibald Wheeler y la de Richard Feynman, este último el concepto de una suma de historias en física cuántica, para dar cuenta de todas las posibilidades en los movimientos de las partículas como electrones y aún más chiquiticas, que se mueven por probabilidades, aunque tomen luego solo un camino. Las decisiones en la guerra son así, se basan también en caminos que se toman y apuestas que se hacen, no son casuales, son intencionales, aunque a veces los autores no sean conscientes de sus consecuencias. Tomo en estos días el testimonio de un empresario secuestrado durante dos meses por una de las guerrillas, y que finalmente fue liberado. Sus captores murieron en el enfrentamiento. Durante muchos años, él hizo una misa ese día por ellos, nada que celebrar, pero sí por conmemorar. Me asombra que, en ese mapa de posibilidades, su decisión fuera estar en el lugar más insospechado. Ningún investigador encontraría el corazón de ese hombre en ese lugar que consideraría equivocado. Y, sin embargo, era el lugar.

III

No hay que fiarse de la estadística en esos casos. La suma de historias tal vez sea esa suma de lugares equivocados que nos hablan de una manera que no solo cuentan, sino revelan. Wheeler es el físico que inventó un nuevo concepto para explicar el universo, el de los agujeros de gusano, que unen dos agujeros negros, y por ellos se pueden colar sucesos que viajen hasta el otro extremo, donde tal vez alguien escuche. Los agujeros de gusano que transforman el olvido y la suma de historias son dos conceptos para la verdad. Hace 23 años los paramilitares mataron a Mario y Elsa y a sus familiares, se salvó solo el bebé que guardaron en el armario. El siguiente aniversario apareció una pintada firmada por ellos en una de las paredes cercanas, que decía: “No nos mitifiquen, pero no nos olviden”. Aunque sea un instante, los aniversarios son una especie de agujero de gusano que unen dos puntos oscuros de la historia, y traen a la luz lo que parecía olvido.

| Veci

Los tiempos de emergencia deconstruyen el orden. Y, como en las catástrofes y la guerra, ponen la defensa del peligro en el centro de la vida. Todo pasa a un segundo plano, porque el primero está lleno de neuronas ocupadas y tareas que no pueden esperar. También las catástrofes ponen todo patas arriba. Las tareas cotidianas, que eran en centro de todo, andan en la orilla. Aunque siempre hay que comer, descansar y cobijarse de las inclemencias. En estos días, el mundo anda paralizado y corriendo. Las dos cosas son caras de la misma moneda.

Las catástrofes son como el exilio, que es un desastre a escala personal o familiar. Es decir, nacen de una ruptura. Lo que se cae, se rompe, se pierde, se desgarra. El exilio te aísla de tu propia vida, pone distancia con los afectos, o estira los vínculos con miles de kilómetros por medio. Estos días, los comunicados oficiales, los mensajes de familias, amores, amigos y amigas son el mundo en que vivimos. Los tiempos de pérdidas colectivas nos acercan por la comunalidad del peligro. Entonces toca sacar fuerzas de ese ser compartido que tantas veces se nos olvida. Y las fuerzas nos sorprenden, con abrazos, aplausos en la ventana o cacerolas que suenan a un lazo compartido.

Los miedos que se generalizan, desorganizan la conducta. A eso lo llamamos pánico. Aunque el pánico es muy fotogénico, la verdad es que la gente en general se comporta de forma constructiva y tantas veces salvarse uno es un comportamiento colectivo de salvar la especie, la humanidad y la naturaleza.

Es viernes en la noche. En otro tiempo, las ganas andarían de rumba. En estos, que andamos encerrados, paradójicamente el aislamiento es una forma de solidaridad. Como si el vínculo tuviera que inventar una nueva forma de abrazo. El exilio se parece al impacto de la pandemia del coronavirus porque lleva a un aislamiento social. El exilio te separa de todo, y esa tierra de por medio te salva. Pero convertir un impacto sufrido en un afrontamiento activo es la diferencia entre ser víctima y sobreviviente.

No dejar que el aislamiento social se convierta en emocional es parte de esa explosión de abrazos que nos llegan en estos días de concentración y de trabajo.

Buscamos en estas semanas como seguir con el trabajo por otros medios, y aprender a convivir en unos metros cuadrados, y sobre todo continuar con esa tarea de siempre de no olvidarnos de seguir naciendo.

En tantas catástrofes, este orden que se deconstruye ha puesto las cosas en otro sitio. Tras el terremoto de 1976 en Guatemala, se reorganizaron las comunidades mayas buscando otro futuro, fue el tiempo de creación del Comité de Unidad Campesina, el CUC, que puso en cuestión el desorden establecido. Tras el terremoto de 1985 en México, un rico movimiento vecinal se organizó para el tiempo de reconstrucción, proponiendo nuevos lazos donde había distancia ciudadana.

Nos toca reinventarnos en este tiempo, mientras amigos pierden familiares y hay una parte de la vida que se va entre los dedos o entre respiradores. En Colombia, en los últimos años, cuando vas a comprar algo en la tienda de la esquina o el taxista, te dice veci. Eso viene de vecino, de vecina, y es una parte del cariño que habita en las palabras. Como los diminutivos que usamos para hacer a la gente más nuestra. También es un tipo de vínculo.

¡Saludos vecis!



| El día que busca su noche

Uno no sabe si los aniversarios son circuitos sociales o las neuronas se activan como un ciclo de uno mismo, lugares a los que volver porque son partes claves de nuestras vidas. Las percepciones del tiempo no son lineales, vienen y van como las estaciones o el día que busca conocer su noche sin saber que es parte de él. Hace 22 años, una tarde estaba pensando en el tesoro que acabábamos de publicar con el informe “Guatemala Nunca Más”. En la noche, mientras todos dormíamos, sonó el teléfono, era de madrugada, cuando el reloj te dice que no pueden llegar noticias buenas: “Han matado a Monseñor”.

El mundo se destruyó en un instante. Una muerte puede ser una catástrofe que solo el shock entiende en su sinsentido. Hay cosas que no se pueden creer, porque creerlas así nomás, sería minimizar lo que significan. Habíamos presentado hacía dos días el informe que las víctimas de cada región se quedaron abrazando en la Catedral de Guatemala, cuando llegaron los primeros ejemplares. Muchas no iban a leerlo, pero iban a quererlo. Como si todo se redujera no a tener las grandes explicaciones que intelectualizan la apisonadora de la historia. Como si en realidad se tratase de abrazar las certezas.

Hoy es 27 de abril de 2020. En este tiempo de tantas palabras, historias, ires y venires de la verdad en Colombia, buceo en los significados de las cosas que tal vez hemos conocido, pero no hemos dejado que nos toquen. Porque no hablamos de un conocimiento que te aclara las cosas, sino del que te quita el aire. Bucear tal vez sea la palabra que te permite conocer y maravillarte, que te lleva a lugares insospechados, ser parte de ese paisaje y, sobre todo, te hace vivir el riesgo de la asfixia. Y también de esa manera en que la confianza es más grande que ese miedo.

Como esa llamada aquella noche, que me hizo tener otra dimensión de a qué nos enfrentamos, algo que precisamente habíamos investigado, pero con otra conciencia de lo que se trata, de lo que se juega. Los mayas del Quiché y tantas comunidades, que vivieron en ese submundo tantas ve-

ces, llegaron en esos días a la Catedral de Guatemala, primero a escuchar y recibir el informe y, unos días después, a despedir al obispo. Como dos historias, el día que no sabía de su noche. Después, porque primero es el respeto, llenamos las calles de indignación y de silencio, mientras la G2 seguía nuestros pasos, como si eso fuera importante ya.

Todas esas otras verdades que nacieron de la presentación del informe estaban hechas carne, piel, entraña. Tal vez esa sea la verdad que esta noche vuelve, este abrazo.

| Trilogía del sí

Un 1 de mayo empezó el trabajo de escribir el informe “Guatemala Nunca Más”. Como la memoria a veces no es buena para las fechas, me acuerdo que era el 1 de mayo porque hay momentos que se asocian a algo más grande o a esos detalles que nos acompañan. Las conmemoraciones son un tipo de memorias tatuaje.

¿En qué momentos podríamos decir que algo empieza? Los sindicalistas son uno de los colectivos que más ha tenido que salir al exilio en Colombia. El exilio es a veces el inicio de otra vida, que se desgaja de la que era hasta entonces. Para no poner el énfasis en lo que se rompe que lo es todo, se podría decir que algo empieza cuando te toca salir, aunque sea por una rendija. Hay fechas que conmemoramos en la calle que son un tipo de grito en el cielo, por eso hay que caminarlas. Las manifestaciones son un tipo antiguo de movilización, y desde luego no el único, pero tienen algo de verdad trajinante como el exilio. Él salió de Colombia cuando ya no se podía más, tomando un bus hasta donde más lejos se pudiera. El autobús más largo no podía cruzar el mar, pero sí las cumbres de los Andes, y tras días sin bajarse más que para estirar las piernas e ir al baño, allí abajo en el mapamundi, llegó a Chile. A él, que era un dirigente sindical, allí le tocó volver a empezar.

Cuando tomamos un testimonio, estamos a la vez en dos lugares. El lugar del crimen es uno. El segundo es este en el que nos encontramos, es una atmósfera de confianza. Como si estuviéramos a la vez en los dos extremos de la vida. La historia terrible que se cuenta, y la confianza en la humanidad que permite hablar de ella. En la primera, las balas lo rozaron por tratar de mantener las conquistas laborales y los derechos de salud y educación que habían logrado, cuando la empresa iba a ser vendida. El capital solo se fija en los detalles cuando hace números. Los emisarios de la muerte casi lo alcanzaron dos veces, pero él no se lo tomó en serio, y volvió a empezar.

Un informe no empieza cuando te pones a escribir, ni siquiera cuando alguien sistematiza, ordena, o se deja tocar por lo que escucha. Empieza

mucho antes de todo eso. Cuando la persona, este ahora Antonio de carne y hueso, se negó a obedecer el mandato de silencio, e incluso el de esas ganas de poner tierra por medio de ti mismo. Así empezó todo, con una desobediencia. El 1 de mayo es en realidad una lucha contra la impotencia. Como tantos sindicalistas han muerto en Colombia por hacerlo suyo no solo hoy sino cada día del año, en estas reuniones con los sindicatos recordamos sus nombres. Sintraminenergética, Sintraofam, USO, CUT, CGT, CTC, Fecode, Telecom, Colcheras, todos ellos tienen fotografías colgadas al hombro de los que ya no están. Cada vez que en una reunión donde se convocan sus memorias, nombran a alguno de los muertos o desaparecidos, ellos y ellas, todos respondemos: “¡Presente, Presente, Presente!”.

Hoy, que es 1 de mayo, traemos a todos los Antonios de nuevo de vuelta, los hacemos parte de esa trilogía del sí.



| Las dos catástrofes

Muchos países del norte del mundo, están viviendo en su propia carne lo que tantos del sur han sufrido durante décadas. La normalidad en muchos países ha sido la catástrofe, ya sea por el hambre, la malaria o la guerra, y el desastre de la inequidad que siempre está detrás. Ahora, un virus extiende la amenaza a proporciones que no conocíamos. Hasta ahora los países, o los sectores, más ricos tenían la ilusión de que podían detener las amenazas poniendo barreras, expulsando gente, haciendo vallas, aunque eso no fuera cierto para nada. Pero no hay mascarilla cuando la amenaza viene de ti mismo. Al norte le toca aprender del sur, de la creatividad, lo comunitario y la solidaridad. Y al sur no olvidarse de sus fuentes de sentido.

La ilusión de invulnerabilidad

Para hablar del hoy, vuelvo a las cosas que escribí hace 20 años sobre catástrofes y comportamiento colectivo. La ilusión de invulnerabilidad que lleva a no tomar decisiones y esperar, como en la crisis de las vacas locas en Europa que llevó a difundir un tipo raro de encefalopatía a través de pienso contaminado a los animales, y de ahí a estos otros bichos que somos los humanos. Como Boris Johnson, que pensó que era mejor esperar a que el 60% hubiera pasado el coronavirus, hasta que le tocó a él. Aunque parece contradictorio, no hay nada como la experiencia directa para que dejes de pensar en ti mismo.

Presión para la conformidad

Durante un par de meses, la represión de la verdad del coronavirus en China fue una que venía de lejos y llevó a silenciar a Li Wenliang, el médico que alertó de la pandemia en Wuhan, y que después de morir se convirtió en héroe de la gente. En tantos lugares, las autoridades tienden a tildar de alarmistas a quienes advierten de un peligro que no quieren ver. La presión de grupo para minimizar la amenaza llevó a que no se evacuara Armero en 1985, cuando aún la catástrofe se

podía evitar, por las presiones de gremios de Caldas. El VIH se extendió en Francia de forma fatídica cuando se minimizó el contagio por medio de transfusiones que los hemofílicos necesitaban, lo que llevó a que muchos enfermaran cuando se trataban de curar. En el caso de la explosión del transbordador espacial Challenger en Estados Unidos, hubo también presiones para la conformidad: los administradores de las compañías que trabajaban para la NASA les pidieron a los ingenieros que opinaran como administradores y no como ingenieros. O sea, a los científicos como políticos. El resultado fue que explotó en el aire. El ministro de Salud de Brasil fue cesado hace unas semanas por pensar en salud en lugar de en propaganda.

Exposición al peligro

Habitualmente tiende a pensarse que las personas se exponen a circunstancias peligrosas por falta de conocimiento, o por mala intención o desinterés, en vez de porque no tienen otras posibilidades. Las encuestas muestran que a mayor cercanía de una central nuclear más cree la gente que está segura. En el mismo sentido, los trabajadores de industrias de fuerte riesgo profesional se niegan a reconocer la peligrosidad de sus trabajos, hasta el punto que resulta difícil hacerles aplicar las indispensables medidas de seguridad. La convivencia diaria con el peligro también puede dar lugar a un comportamiento de indiferencia aparente, que corresponde ya sea a la resignación o a la negación del peligro, centrándose sin cambios en las actividades cotidianas, como si no pasara nada. Además de esta actitud de negación, frecuentemente una parte de la colectividad tiene un comportamiento de aprensión o exageración de la amenaza. Esos extremos que no nos dejan ver.

Pensar, hablar, guardar

En el momento de la catástrofe, o cuando ésta amenaza de forma persistente, aunque los rumores sobre el fenómeno circulen, las personas prefieren no hablar ni reflexionar sobre el tema. Este mecanismo de evitación cognitiva y comunicacional se puede explicar como una forma adaptativa de enfrentar momentos de gran tensión.

James Pennebaker, un profesor de psicología social de Texas, Estados Unidos, comparando dos comunidades que afrontaron una catástrofe colectiva (erupción de un volcán), encontró que en la comunidad en que el volcán había afectado poco y aún podía afectar, la gente rechazaba más ser entrevistada sobre el hecho y declaraba no sentirse alterada afectivamente, en comparación con la comunidad en que la erupción ya había ocurrido y que sentía que la catástrofe ya había pasado. La gente que está en medio de una tarea inacabada, como afrontar una catástrofe, puede tratar de enfrentarla inhibiendo los pensamientos y sentimientos.

Así que esta pandemia que supone una catástrofe que se alarga, toca tomársela como una tarea inacabada porque todavía no ha terminado, y a la vez como si la erupción ya hubiera ocurrido para no dejarnos llevar por la minimización o por el silencio. Pero también toca protegerse del efecto rumiación. Tras los terremotos de El Salvador en 2001, uno de los factores de mayor estrés era escuchar repetitivamente las noticias de la televisión sobre el desastre. Esa incapacidad de desconectar está asociada a retomar el control de la propia vida y evitar ese efecto olla a presión de dar vueltas y vueltas a lo mismo.

Una lógica que no lo es

Svetlana Aleksándrovna escribió sobre Chernóbil, en esos intersticios de la mitad del camino que son los más fértiles, entre la literatura y el periodismo, con ese método de escuchar a la gente, cerca de 500 personas fueron su testimonio, no solo su fuente. Algo así como el maestro Alfredo Molano en Colombia. Entre tantas experiencias, cuando las cosas se cubrieron con un manto de silencio en ciudades cercanas, la gente había buscado mecanismos de negación del peligro para disminuir su ansiedad (“no queremos tener información”) manteniendo actitudes de pasividad, impotencia y uso de alcohol. Sin embargo, la parálisis comunicativa e inhibición se asocian a tasas de mortalidad y morbilidad comunitarias más elevadas, en función del tiempo. El riesgo para el futuro pasa por esas formas de limitar la comunicación y la movilización social. Después de hechos traumáticos graves, se necesitan respuestas colectivas. En Guatemala, las comunidades afectadas por masacres colectivas tenían un mayor impacto, pero a la vez eran las que más se movilizaban por una memoria que se aferraba a la vida.

Las formas de negación del peligro también han sido frecuentes frente a amenazas sociopolíticas graves. Por ejemplo, en Colombia, ante el enésimo escándalo por chuzadas de servicios de inteligencia del Estado, la tendencia es a minimizar los hechos como si de personas sueltas se tratara. He conocido ya varias veces en que Colombia ha necesitado que periodistas decentes le despierten de su mismo sueño. Estas cosas tienen impactos en la democracia. Además de la incapacidad de ver el peligro, estas formas de minimización de la amenaza hacen que las víctimas pierdan el marco de sentido. Cuando no se reconoce la responsabilidad, las víctimas parecen las culpables. A pesar del peligro, el discurso de la lógica de proporcionalidad, “si nada debes, nada temes”, ha sido en muchas guerras determinante para justificar el asesinato o la persecución y olvidar al responsable.

La falta de respuesta frente al peligro

En Colombia, muchas comunidades y líderes siguen viviendo en lugares de peligro, donde la vida está amenazada no solo por el virus, sino por el miedo y las balas. Algunos se desplazan, otros se exilian, la gran mayoría se queda porque quiere defender su territorio o porque no ve otro remedio. El asesinato de líderes antes y durante la pandemia muestra que es un fenómeno con un fuerte arraigo, y que las políticas de protección no funcionan si la protección no se convierte en fundamento de la política. Para proteger la vida de los y las líderes hay que proteger el proceso de paz, antes de que termine entre las buenas propuestas de la historia. Tras el atentado a un grupo de líderes afrodescendientes del norte del Cauca hace unos meses, la asamblea de víctimas a un lado tenía asamblea de escoltas al otro lado. La acumulación de carros y de armas no sirve frente a esa otra pandemia de muertes y amenazas. Uno de los factores que lleva a no tener respuestas adecuadas, es minimizar lo que está sucediendo, “eso es solo en algunos lugares” dicen.

La respuesta frente al coronavirus nos enseña algunas cosas para esa epidemia de muertes de líderes y sus impactos en las comunidades afectadas, la confianza política y la reconstrucción del tejido social. Si se necesita una política grande como es la de confinamiento en una, en otra necesitamos una política también amplia, de un Estado que no deje a la gente sola, y que ponga en el centro de nuevo el proceso de paz. Si de la pandemia se va

saliendo por fases políticas y económicas, en esa otra también se necesitan fases de implementación de lo pactado y de ampliación de la paz.

La pandemia y el proceso de paz

La fase de reconstrucción en una catástrofe se caracteriza por actividades de reorganización social y medidas de apoyo para retomar la vida cotidiana. En esa fase, la gente tiene que aprender a vivir una cierta normalidad y reconstruir sus proyectos vitales con el impacto de la situación vivida. En la salida de la guerra, las fases se acumulan. En la epidemia por un virus, se concentran en que disminuyan los contagios y haya medidas adecuadas de atención. Las medidas generales de desescalamiento del conflicto armado, por una parte, y las UCI de atención a los casos o amenazas graves, por otra. Ahora que toca hacer dos cosas a la vez, en vez de verlas como opuestas, tal vez se puede aprender de una para la otra.

Las víctimas y sobrevivientes en Colombia han demostrado muchas veces su capacidad de recuperación, pero el efecto a largo plazo del estrés colectivo en el país puede llevar a una visión de que no hay otra posibilidad que seguir así. El “sálvese quien pueda” no es remedio para la guerra ni para la pandemia, es la continuación de las dos. En cada país, una catástrofe deja lecciones aprendidas. En Colombia, la gran política nacional para la que fue creado el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición, no puede seguir esperando las fases de la pequeña política del poder. Los ejemplos positivos, como el de la verdad de Li Wenliang tendrían que ser lecciones que no se nos olviden.

| Lo que nos cambia la escucha

La escucha es un método universal de cambio. El yo que se deja en el otro. Pensándolo bien, todas las formas de imposición se dan evitando escuchar, desde los gulags para la disidencia a la Doctrina de la Seguridad Nacional, todas las formas de dictadura se basan en sesgar la escucha.

Como método de cambio, el psicoanálisis y otras muchas terapias se basan en la escucha, porque es un espacio social compartido, aunque sea de dos en dos o en reunión. En la guerra, donde la escucha está suprimida por definición, no solo se oye el ruido de las balas, también el silencio impuesto o elegido en condiciones extremas para sobrevivir. La guerra que es un hecho social y político, no deja que haya espacios sociales de reconstrucción. A veces, ni siquiera en la familia o con los amigos.

Desde los griegos el derecho de ciudadanía era el derecho a la palabra en la asamblea, en la política, y la supresión de ese derecho no te quitaba la palabra en realidad, sino la escucha. En las comunidades indígenas, el palabrero es en realidad alguien que escucha. Vivimos en tiempos en que la sobredosis de palabras está acabando con el tiempo y los espacios para la escucha. De escucharse a sí mismo, cada uno aprende a conocer esa diferencia entre lo que se es y lo que no se sabe que se es. De escuchar al otro, a la otra, aprendemos de otra manera, no hincando los codos sino abriendo la mente.

Una Comisión de la Verdad es un gran ejercicio de escucha. Hemos escuchado en Colombia las historias de más de 12.000 personas, hasta ahora, en testimonios y reuniones más de 1.200 en el exilio. Las escuchamos cuando tomamos testimonio. Cuando alguien transcribe y codifica. Cuando alguien lee y analiza. Una cadena de escucha, como una carrera de relevos en las que se pasa ese palito que se llama por algo testigo. Hacer un informe, es también dejar que otros escuchen ese proceso del que formamos parte.

Tomando el testimonio de una víctima de secuestro, que había pasado semanas deshojando la margarita de si quería o no quería hablar, volvimos juntos al escenario de la pesadilla. Como dice mi amigo ruandés Tye Mugreyfa, nosotros no somos víctimas, pero cuando tomamos un testimonio tenemos que estar dispuestos a hacer parte de ese camino. Cuando te adentras en historias de dolor y resistencia, biografías con duros golpes de la vida, acampas un rato ahí y otro allá, bebes agua en un riachuelo, te quitas el sudor del sol con la mano, guiado por quien lo ha vivido. Cuando terminamos esta entrevista, en ese tiempo de volver aquí y ahora, el aquí y ahora de hace un rato han desaparecido. Hay veces que necesitas días para volver de ese viaje. Mi guía esta mañana, dice al terminar que ahora entiende por qué esto es importante.

En estos días de pandemia del virus 19, pasamos a nuevas fases de apertura. Los medios hablan de la nueva normalidad. Cuando se viven hechos traumáticos que rompe el sentido de continuidad de la vida, no hay normalidad a la que volver, porque se cuestiona lo que significa. La normalidad debe estar a estas alturas aturdida de que tanta gente vaya a la biblioteca de las palabras a buscarla, y a cada uno le tenga que contar una historia. A ese hombre entrañable con el que hablé, a quien escuché, después del testimonio se le quitaron las dudas de que la palabra es un camino para la paz. Yo aprendí nuevas maneras de darme cuenta de que se puede recorrer, en un ratito, la distancia entre lo que se es, a lo que no se sabe que se es. En eso estamos.

El derecho al refugio: entre la herida y el abrazo

El poeta dice que la función de la poesía no es unir lo que está roto, sino desafiar las orillas del desgarro. Cuando tomas un testimonio, nada de lo que ahí se cuenta se puede probablemente reparar, pero el esfuerzo por la reparación es ya, tal vez, una transformación de lo vivido. Vivimos en tiempos en que se habla de una nueva normalidad, respecto las acciones orientadas a ir saliendo del aislamiento de la pandemia y retomar las actividades cotidianas con las precauciones necesarias y los impactos acumulados estos meses.

Javier, que es un veterano abogado en demandas de refugio además de presidente de CEAR en el País Vasco, dice que en la nueva normalidad quiere recuperar los viejos afectos para que el lenguaje no nos haga perder la perspectiva. Cristina, desde Washington, nos recuerda que estos encuentros que llamamos virtuales, porque los hacemos a través de internet, son en realidad de carne y hueso. Rosario habla de que en los tiempos de pandemia se han llevado a cabo acciones humanitarias para el regreso de turistas de Colombia que se quedaron varados en otros países. Pero no hay ningún operativo en estas décadas organizado para que la gente que tuvo que huir por la guerra pueda retornar. Claro que ahí no solo se necesitarían fletar cerca de 3.000 aviones sino de políticas que lo hagan posible.

Conmemorábamos el día 20 de junio, el día del refugiado y refugiada, de un derecho que está tan amenazado en los últimos años. El refugio es una doble historia, la de la herida y la del abrazo. La herida que llevó a tener que salir y la de la ruptura del exilio, habla de la falta de un ejercicio de la democracia en Colombia. El abrazo se refiere, ojalá, a las políticas de acogida. Pero la acogida anda de rebajas, y además no se refiere a “los otros” que llegan, sino que habla de nosotros mismos, de la calidad de la democracia cada vez más amenazada por el autoritarismo con políticas restrictivas. Las políticas para “los otros” son también para nosotros mismos. Como el poema de Martin Niemöller, que habla de que se llevaron a los

comunistas, pero no hice nada porque no era comunista. Se llevaron a los judíos, pero no hice nada porque no era judío. Hasta que vinieron por mí, y ya no había nadie.

Las víctimas que han tenido que salir de Colombia han sufrido el estigma de ser enemigo interno. Los exiliados y migrantes forzados, cuando llegan, están muchas veces sometidos al estigma del enemigo externo, que viene a quitarnos el trabajo o amenazar nuestra forma de vida. El problema de la estigmatización es que se normaliza, no nos escandaliza.

Tantas formas de resistencia comienzan porque alguien dijo no, como los campesinos que desobedecieron el mandato de no recoger los cuerpos que bajaban por el río. He conocido jueces en el exilio que dijeron no a la tentación de la corrupción o al mandato de la amenaza. Mujeres que dijeron no al mandato de silencio. Hoy Aura dice que, aunque es exiliada, no se ha ido del país, porque lleva a Colombia dentro. Esas modalidades del no son una forma de poesía.

| Los lugares donde habita la dignidad

La dignidad humana habita en cada persona, en cada pueblo, como parte de su esencia, del ser lo que somos. La violencia, y sus hermanas la desigualdad, la pobreza y la exclusión social, tantas veces la desprecian: tu vida no vale nada. Pero una cosa es lo que nos constituye como personas, y otra, sin embargo, es el ejercicio que hacemos de ella. Cuando estas dos cosas se juntan en situaciones extremas, no surge un cortocircuito sino una luz.

Esta mañana, ella es un ejemplo en esta voz entre los carros y los pájaros, que se abre paso en un parque cualquiera de una ciudad que ya no lo es, y que, como esas cosas que nos tocan en la vida, tiene ahora el nombre de un testimonio. Pasó aquí. En este banco.

Ella es una mujer valiente, con tanto coraje que te preguntas de dónde sacó su fuerza. Para volver a lo que somos, tenemos tantas veces que retornar a lo que nos ha constituido.

– Soy de una familia humilde, campesina, en la que aprendí el valor de la honestidad.

A veces, las cosas más sencillas son la gran explicación. La dignidad de los humildes la ejerció luego siendo jueza. Cuando fue a recoger la respuesta a su demanda de exilio, un año después de su huida, llegó donde el funcionario que le dio un sobre. Lo abrió con ese tipo de temblor del tener una decisión de alguien de la que depende tu vida. Se echó a llorar, y en brazos de ese llanto el policía le preguntó si lloraba de felicidad. Supongo que cada uno juzga por lo que ha visto o se imagina o cree.

– Es de dolor, le dijo.

Pienso en el funcionario que tal vez ahora comprenda mejor a lo que la gente se enfrenta. No fue un triunfo, sino la confirmación de una pérdida.

Ella no quiere ser desagradecida por todo lo que ha tenido en el exilio, por el país, por el apoyo de numerosas organizaciones, por la gente, por vivir sin tener terror a las motos o a que alguien llame a la puerta. En la nómina de los asesinos, estaba el escolta que la cuidaba. Para ella, los factores de persistencia del conflicto armado en Colombia son la corrupción y el narcotráfico que la alimenta, el miedo que bloquea el comportamiento decente y la política que administra la guerra.

En esta plaza, las cacatúas fueron testigo de que en el exilio habitan historias para entender el conflicto armado en Colombia, dolores que parecen sin fondo y donde viven milagros.



| Diez exilios y un estigma

Óscar tuvo diez exilios. Las Alemanias de antes de la caída del muro de Berlín, el Uruguay y Ecuador la mayor parte de las veces, fueron sus refugios durante trayectos de meses. Si juntas todo eso, da muchos años, miedos, esperanzas, frustraciones y nuevos intentos. Pero el exilio no puede contarse solo en meses o años de calendario, esos son iguales para todos, sino en ese tiempo profundo de la duración de las cosas de la vida, que no se mide, se siente.

La mayor parte de la gente en el exilio que hemos entrevistado y que he conocido, pensaron en salir unos meses, pero tuvieron que quedarse. Los diez exilios de Óscar son de antes de 1991. Cuando otros empezaban, él ya había explorado todas las posibilidades de estar a punto de morir y florecer de nuevo. Cuando mataron a Bernardo Jaramillo en 1990, le tocaron ser presidente de la Unión Patriótica (UP). Antes de eso, lo detuvieron varias veces. Sufrió tortura acusado de ser del M-19. Fue detenido en un consejo de guerra, que llamaron del siglo, contra el ELN, cuando él ejercía de abogado de los acusados. Cuando lo llevaron ante el juez penal militar, el juez recibió una llamada de teléfono, así delante suyo, que le ordenaba que lo mandara de nuevo a la cárcel. Pero el juez eligió no seguir las órdenes, no ser parte de eso, y le dijo: “Váyase”. Ese fue uno de los diez exilios, todos de urgencia. Y se acuerda del juez, quien después de eso perdió su puesto.

Varias veces Óscar llegó con su escolta a Ipiales, Nariño, en la frontera con Ecuador, y el escolta dejaba su arma y lo acompañaba a tomar el bus en Tulcán, ya del otro lado, a cualquiera de las ciudades que lo refugiaron. En octubre de 1987, poco antes del asesinato de Pardo Leal candidato a la presidencia del país por la UP, se vieron en una manifestación en Bogotá, así en la esquina de la Carrera Séptima con la Calle 26. Cuando lo cuenta, pienso no solo en la precisión de la memoria flash, esos destellos que nos acompañan toda la vida, sino en cuantos lugares deberían tener una inscripción en el cemento que diga lo que han vivido. Una ciudad que hable contra la guerra. Cuando estaba en la manifestación, un señor

se le acercó y le regaló un limón. Entonces se dio cuenta de que eso era un señalamiento, y que ahora lo habían identificado. Una hora después, un agente de la policía sacó una mini UZI para dispararle, pero ya los compañeros estaban alertados, y en medio de la bulla, salió corriendo a refugiarse a una estación de policía. Esa vez se exilió en Uruguay, viajando en autobús desde Ecuador hasta Buenos Aires, Argentina, es decir, 5.740 kilómetros, uno a uno. Pero hasta ahí le llegó la amenaza, y tuvo que reexiliarse en Montevideo, Uruguay. Cuando regresó, también volvieron las amenazas. Logró una entrevista con el entonces presidente de Colombia que, en lugar de ofrecerle ayuda, le pidió consejo. De ahí salió pensando en el sinremedio.

Óscar está hecho de otra pasta, de otro tiempo. En estos tiempos del yoísmo, donde la autorreferencia están tan extendida, él tiene una cabeza bien puesta. Cuando le pregunto por qué toda esa persecución, no le da muchas vueltas, lo tiene claro, con precisión matemática:

– El común denominador de todos esos hechos, es el anticomunismo.

Las matemáticas aplicadas a la historia del conflicto ayudan a ver eso que llamamos “patrones” que muestran regularidades en la violencia y contribuyen a explicarla. El anticomunismo llegó a Colombia antes que el Partido Comunista. Ya está en una sentencia de la Corte Suprema sobre la masacre que se llama de Las Bananeras, donde en 1928, trabajadores de la United Fruit Company fueron masacrados en una huelga. El embajador de Estados Unidos en un cable a su gobierno, dijo que fueron más de 1.000 los muertos. El Partido Comunista se fundó en Colombia en 1930.

| Hacer de tripas corazón

Cuando todo lleva al abismo, cuando no puedes soportar el dolor o la infamia, el cuerpo tiene que transformarse para ayudar a seguir adelante. A Miguel, que era un parlamentario en la época, lo acusaron de secuestrador y de asesino. Cuando fue a reunirse con el procurador, con las pruebas de medicina legal que mostraban las torturas de sus compañeros, la respuesta que obtuvo fue que en todo caso serían unos malos tratos. Poca cosa. Por su parte, el juez quería que fuera a declarar en la brigada militar, porque él despachaba sus asuntos allá. Un periodista le entrevistó para la radio, y le hizo repetir varias veces una frase con el nombre de una organización a la que había pertenecido hacía años, y que, al parecer, era lo único que no entendía de todo lo que le contó Miguel, ¿cómo dice? ¿puede repetir el nombre? Antes de la edición de videos, que tantas joyas de la manipulación nos ha dejado en la memoria, una de las cuales sufrió Pacho de Roux al inicio del trabajo de la Comisión de la Verdad donde quitando trocitos el manipulador quería crear una pieza en apoyo al ELN, hubo otras que se hicieron en las ondas, donde los cortes no se pueden ver. En este caso, se decía que su voz era idéntica a la que pedía rescate por ese secuestro. Un congresista, contrario a la lucha armada que otros proclamaban, llamando por teléfono para pedir un rescate, y yendo a hablar con las autoridades no cuadra con nada. Poco después mataron a dos de sus amigos, altos cargos del Partido Liberal, de esa corriente del Nuevo Liberalismo que quería cambiar las cosas desde adentro.

Cuando estaba en el exilio, en Quito, la responsable de ACNUR que le había proporcionado unas noches de hotel mientras buscaban qué hacer, le dijo que tenía que salir porque hasta allá llegaron preguntando por él. Así que le tocó primero España, y luego a Austria. Entre la idea de volver pronto y tener que aprender alemán para quedarse, también le tocó hacer de tripas corazón.

Esta tarde, después de unas horas que pasaron poco a poco, porque toda la historia tiene detalles importantes, y a la vez volando, le doy las gracias por su testimonio. Pero él, que sobrevivió a base de reconvertir tantas veces la anatomía, tiene una verdad que te deja sin palabras, que suena hasta ahora como un eco del sentido:

– Llevo 40 años esperando este momento de hablar.

| El poder del saber

El sindicato se dedicó a aprender de la empresa, a saber todo lo que se pudiera. Los planes de privatización tantas veces pasan por conseguir liquidez, y acabar con la propiedad y la gestión de los servicios públicos. Esas políticas se han dado en muchos países, pero en Colombia el neoliberalismo, esa palabra grande, se impuso tantas veces a punta de pistola. En Antioquia, el sindicato de trabajadores municipales fue amenazado de muerte así en una mesa con una pistola encima, porque sus demandas resultaban caras.

En 1999, la privatización de los servicios públicos en Cali pasaba por grupos paramilitares que buscaban sicarios del narco dispuestos a ser el brazo ejecutor. Pero a cada propuesta de la empresa, el sindicato iba con su informe bajo el brazo, con sus análisis financieros y técnicos que desmontaban uno a uno los argumentos. 25 intentos tuvieron que enfrentar, como si la pelea fuera siempre volver a empezar. Estudiar bien todo fue su alternativa, y también comprar horas de radio y televisión, porque se necesita llegar al tejido social y convencer a la opinión pública.

Por esas cosas milagrosas de la vida, uno de los encargados de asesinarlo para acabar con tanta pendejada, se presentó en su oficina y quiso contarle todo. Varias veces esos quiebres han salvado la vida y proyectos colectivos como este en Colombia, como le pasó también al presidente del sindicato de la empresa Ecopetrol en una época que se salvó de chiripa. Recordando eso, porque el recuerdo en el exilio no solo es nostalgia también moviliza, regresó de Europa donde tuvo que refugiarse con la ropa puesta por si acaso.

Las convicciones a veces se pasan como un mal de juventud, y la gente se cambia con el tiempo de lado o de chaqueta. La política de medio mundo está repleta de estas experiencias, y el viento sopla casi siempre en ese sentido acomodado. Otros viejos, como Pere Casaldàliga, nos han enseñado esa sabiduría que con el tiempo, más se atreve.

Pero sus convicciones eran tozudas. Saber, fue su herramienta para defender la empresa. Son raros estos tiempos en que les toca a los sindicatos defender las empresas. Cuando le pregunto por la situación actual del proceso de paz, y el asesinato de líderes, vuelve al estigma que a él mismo le pusieron:

– Hay gente que necesita de la guerra. Encasillar a los sindicalistas ha sido siempre la justificación de la violencia antisindical.

La última pregunta de muchas entrevistas es sobre la verdad. Para él, conocer la verdad es el inicio de la reconstrucción de la democracia. Una última pregunta, para algo que empieza.

| La verdad sale por las rendijas

– Yo me hice abogada por obligación. Las verdades son así a veces, a bocajarro. Gloria se hizo abogada para defenderse de una historia que le pasó por encima y aplastó su vida, cuando apenas tenía 21 años, la desaparición forzada de su compañero, y padre de su niña de apenas siete meses. Una de las primeras ONG de derechos humanos de Colombia, se llama Comité de Solidaridad con Presos Políticos. En ella encontró abrazos y una luz de la mano de otras mujeres familiares de desaparecidos. En 1989, casi nadie sabía de la desaparición forzada, que parecía cosa de Guatemala o de Argentina. Le tocaron preguntas duras y convicciones que se abrieron paso:

– ¿A qué te estás enfrentando?, vas a tener que aprender a vivir con esto.

Para ayudarse a sí misma, decidió que tenía que ayudar a otros. Pero si en ese tiempo, reportabas una desaparición forzada era como si se te había perdido un bolso. Espere a ver si aparece. Cuando un año después apareció su cuerpo, no le dejaron ver siquiera el expediente, y 30 años después, aún no lo tiene. Lo peor de la desaparición no solo es la pérdida brutal sino la indefensión que viene con ella. Así que decidió estudiar derecho en las noches, después de la jornada en la tienda de antigüedades y del trabajo de ASFADDES, la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos.

Un 25 de noviembre, iba a sufrir un atentado en la puerta de la universidad, le salvó una compañera que se percató de que un tipo con arma la esperaba y que, al pasar cerca, otro dijo: “Es aquella”. A ellas y tantas compañeras de ASFADDES las persiguieron con ese método de la sin piedad. Tuvieron que reunirse en casas, para que las reuniones parecieran meriendas. La búsqueda de los desaparecidos siempre fue una lucha de riesgo. En Argentina desaparecieron a varias madres de Plaza de Mayo y a las monjas francesas que las apoyaban.

En Colombia, mataron a Elizabeth Cañas que buscaba a su hermano e hijo desaparecidos en Barrancabermeja, después de una sesión de un Tribunal de Opinión, donde ella desafió el silencio. Una noche en que el horror me tocó de cerca, desaparecieron a Ángel y Claudia, que eran miembros de ASFADDES en Medellín, y que buscaban a sus desaparecidos. Ángel había organizado hacía poco un taller psicosocial con familiares, que yo facilitaba y a la vez recibía de la gente, donde hablábamos del duelo y de la búsqueda de la desaparición forzada y del apoyo mutuo en esa familia extensa en que se convierten los afectos con los iguales.

La entrevista para la demanda de asilo de Gloria en Londres, Inglaterra, duró dos días. Y después de varios meses, la respuesta fue no. Cuando examinas los argumentos de las respuestas, te encuentras con cosas inverosímiles. En este caso, como ella no era parte de un partido o movimiento político, no había razones para el refugio, porque no las había para la persecución a una organización de víctimas. Tantas veces, la lógica del refugio recibe mensajes en frecuencia modulada, y las dinámicas de la guerra son de onda corta. Así no hay manera de que una entienda a las otras.

Cuando un año después, fue a pedir su pasaporte para regresar a Colombia, el funcionario de migración que la había entrevistado, le dijo:

– No te vayas, te van a matar.

El mismo que hacía parte del sistema que la negaba. Gloria lo miró, y a él se le escurría una lágrima por la mejilla. Esa lágrima la acompañó en su retorno. A veces así es la verdad, sale por las rendijas.

| Sin muletas

Con los años de exilio a la espalda, le tocó ir a terapia, la depresión le dio muy duro. El proceso para salir de ella le ayudó a ver todo el impacto de la guerra y la persecución de que habían sido objeto la organización de familiares de la que hacía parte, más desde el fondo.

– El atentado contra nosotras era porque hacíamos mella.

El ataque contra los líderes de organizaciones de víctimas, no solo es un intento de acabar con el tejido social, sino con el tejido reconstruido. Como un golpe que viene con otro cuando la gente se levanta. En los años que le tocó el exilio, le dio una depresión muy fuerte y le tocó tomar medicación, porque los fármacos no son la solución, pero a veces se necesitan muletas.

La terapeuta hablaba francés, y a María le tocaba hablar de esas cosas íntimas de lo vivido y de lo que seguía sintiendo, en una lengua en que no se reconocía. Pero puso todo su empeño. La terapeuta dominaba bien el idioma, pero no entendía cómo y por qué María había tenido que vivir toda esa historia imposible. Tenía que entender para poder ayudar, pero le faltaba un mundo de sensaciones y vivencias para acompañarla a ponerlas en su sitio y no solo ese tipo de mundo que es también el idioma. ¿Cómo explicarle que el chaleco antibalas pesaba más que la tristeza y que no podía usarlo en Colombia, o que el escolta que le habían puesto, la acompañaba en el bus a su trabajo, o que en la asamblea de familiares los miembros de un operativo de inteligencia que fue descubierto, les dijeron que estaban protegiéndolas de un atentado, sin siquiera decirles a ellas nada? ¿O que a los familiares tantas veces los habían acusado de ser auxiliares de la guerrilla, una coletilla de moda durante décadas?

La terapeuta estaba tan asombrada que se quedaba abrumada por una historia de horror incomprensible. Es difícil entender los sentimientos si no comprendes siquiera los hechos de carne y hueso. A María le tocó ayudarle a la terapeuta a entender. Y ese esfuerzo, hecho en otro idioma, de explicar lo inexplicable, le llevó a sí misma, a dejar de usar las muletas. Es loco que cuando vas a pedir ayuda tengas que proporcionarla, pero también hemos aprendido que ayudando se aprende. A pesar de que ella estaba en el pozo, encontró así su orilla.

| Honestidad con respaldo

La honestidad necesita una silla con respaldo, si eres funcionario judicial. En la época en que a Carlos le tocó salir, el narco ejecutaba una política que trajo decenas de muertos cuando las investigaciones avanzaban.

– El que ejercía de abogado, muchas veces era parte del sistema, te amenazaba, o plata o plomo. Los paramilitares eran la parte correspondiente al plomo.

El Tribunal de Cali estaba muy infiltrado por el Cartel de ese mismo nombre. En una de las fotos que tenían en el archivo, de 12 miembros del tribunal 8 aparecían en una foto con uno de los capos Rodríguez Orejuela. En esa época, había jueces decentes que tenían escoltas oficiales, y luego se pagaban otra escolta privada porque no se fiaban de la primera. Asonal, de la que él hacía parte, era un sindicato, una asociación de profesionales de la justicia que buscaba dignificar su profesión, con salarios dignos y condiciones de trabajo, con una carrera judicial por méritos y no por enchufes. Eso les llevó a enfrentar todo tipo de amenazas.

De la época de los años 80, varios de sus dirigentes fueron asesinados y otros tuvieron que huir al exilio, con un programa de apoyo que tenía el gobierno español y luego los jueces de Alemania.

Carlos no tuvo estatuto de refugiado, porque reconocer el refugio es una forma de decir que el país del que viene no lo protege. Le tocó de todo: clínica privada para sacar sangre, cocinero, guía del Camino de Santiago, paellero, fontanero, transportista, repartidor de paquetería, gestor de una empresa. Después de pasar por todas esas profesiones, estudió algo que ya se sabía de memoria y cuerpo, especialista en migraciones en la universidad de Madrid. Los trayectos del exilio pueden verse en esos otros viajes hasta tener un trabajo o algo de lo que tenías en la vida.

Saber que por hacer bien tu trabajo, te matan, es muy duro. Nunca se llega a estar tranquilo con eso. Varios funcionarios que hablan con la libertad de la distancia, coinciden en que las cosas no pueden cambiar si quienes dirigen las instituciones no creen o manipulan el Estado de derecho. Fiscales a quienes cambian de puesto en investigaciones de casos complejos. Amenazas. Mandarte en comisión a otra región. Pasar el caso a otro. Hay muchos mecanismos de impunidad en los que hay consenso en estas reuniones que hacemos en la pandemia entre aquí y allá.

Para que Colombia se transforme, no hay que cambiar de mobiliario. Una de las claves de la justicia, según Carlos, es que los funcionarios honestos que asumen riesgos importantes, tengan respaldo.

Para Ángela, Luisito y familia (y los que te queremos)

La primera vez que llegué a Urabá, en 1997, tú habías organizado un taller con mujeres viudas, era un taller psicosocial para expresar tantas vivencias que ahogaban el alma y compartir la confianza que hacer que se pueda hablar del miedo y del duelo, en un ejercicio de apoyo mutuo que nacía de estar juntas. Así se llamaba el grupo, Compartir. Me traje de allá la profundidad de una historia que apenas vislumbraba, pero que sentía. El trabajo psicosocial se convirtió luego en un hilo invisible que volvió a juntarnos varias veces, con el movimiento de mujeres, con los manuales de apoyo, con las comunidades afro. Antes de llegar a Urabá, las historias tan duras que había escuchado habían dibujado un paisaje pajizo. Conocerme y trabajar con las mujeres, lo volvió verde. Tenías ese poder, que nace de algo que es auténtico.

“Tal vez soy bruta”, decías muchas veces para disculparte por decir las cosas como son. No solo no se necesitan muchas palabras, sino que tú nos has enseñado en medio de los temas a discusión y las dificultades que se acumulan, la actitud de escucha y la mirada de donde está lo importante. Lo importante es la gente.

Viniste a Antofagasta hace un año a conocer esa parte de la Colombia negra, ese exilio que habita en las favelas, allá en lo alto, de ese desierto polvoriento. Allá cuesta subir por esas rampas de tierra que se deshace, en algunas de esas casas de palo compartimos con la gente de Buenaventura y de Tumaco un agua, un café y, sobre todo, confidencias de esas verdades de las que ni siquiera allá se puede hablar. Estabas en una tierra que era más tuya que chilena, porque estaba tu gente nuestra. De ese exilio volviste siempre recordando la importancia de ese otro olvido, y celebrando la vida. Era un 20 de julio, porque en esa favela, una de las asociaciones comunitarias había organizado una fiesta. O sea, música y algo de tomar, el resto lo pusiste tú, y yo me pegué a ese baile encendido. Tengo fotos

que dan su testimonio, pero son esas memorias pegadas al cuerpo que nos acompañan toda la vida, las que lo certifican. Como esas heridas de las que quedan cicatrices, hay historias lindas que se quedan en el cuerpo.

Cómo será este dolor que duele tanto, que me niego a tapanlo con recuerdos, porque este dolor es también tu presencia. Hay gente que trata de enseñar a los demás con una pedagogía que nace de una distancia. Aprendimos de ti a no tenerle miedo a la cercanía, porque de ese ser pueblo, de esa impotencia compartida, nace la resistencia. Apenas ayer, después de los saludos y abrazos, y de preguntarte como estabas, empezaste a hablarme de lo étnico en la comisión, de la importancia de que lo afro se vea en las regiones. Yo te decía, ya hablamos cuando te recuperes. Pero tenías prisa. Con esa tozudez campesina también yo te abrazo. Seguiremos esa lucha tuya, nuestra, solo si nos dejas esta cicatriz de vida, nada de despedida.



| Una palabra que lo define todo

El sicario entró hasta la oficina de la jueza. Sacó su pistola y la puso encima de la mesa. Tenía silenciador. Quería saber sus planes y los de otros miembros de la justicia. Ese día no la iba a matar. Pero quería contrapartidas. Así que a ella le tocó llamar a quien el señor armado decía. El coordinador de fiscales, una fiscal, un jefe. Pero nadie se presentó. Por fin unos magistrados acudieron a su llamada, y escucharon atentos la amenaza. Después de eso, en lugar de reforzarla, perdió su escolta. Todos los números del horror contra ella. Entonces, tuvo que salir con su familia a Ecuador. He escuchado varias historias así, de sicarios que fueron a advertir a sus víctimas. Algunas querían dinero, otras pedían información, otras tenían su minuto de compasión. La jueza había condenado a un paramilitar que estaba implicado en una masacre, que sin embargo intercedió por ella. Las cosas que nos salvan por la última rendija, a veces están en la frontera del absurdo y de eso que toca la humanidad cuando menos se lo espera. La jueza buena gente, había ayudado a una mujer que le pidió ayuda para poder tener a su bebé que venía en camino. La solidaridad entre mujeres llegó a oídos del paramilitar que era el padre de la criatura. Hay hilos que cruzan territorios imposibles. Ahora, él le devolvía algo de eso.

En el Sahara occidental, Abdalahi un amigo querido y el mejor traductor del hassenia que tuve tomando testimonios, murió hace un año de un infarto. Había sobrevivido a unos meses de tortura y hambruna en un centro clandestino de detención llamado Agdes bajo control marroquí, en 1980. Había adelgazado tanto por la hambruna a la que fueron sometidos, que comenzó a consumir sus músculos y quedó apergaminado, en cucullas, como un feto sin vientre materno apenas pesaba unos pocos kilos que podía tomar en brazos otro de los presos para llevarlo al baño. Cuando estaba a punto de morir, en el patio de la cárcel clandestina, uno de los militares propuso no esperar más y matarlo para que no les despertaran en la noche. Pero llegó el comandante y decidió dejarlo hasta mañana. Al día siguiente, llamó a un enfermero que le puso vitaminas y le empezaron a dar alimento. Cuando ya se estaba recuperando maltrecho, un día lo llamó el comandante:

– ¿Sabes por qué lo hice? Lo hice porque te miré y te parecías a mi hijo.

Ella salió al exilio aún más lejos, en Estados Unidos le dieron el refugio. Pero cuando llegó, se le juntaron todas las soledades para las que no había tenido tiempo. La desesperación la tuvo sentada varias horas en las escaleras de una estación de tren, llorando con sus dos niñas. Cuando le pregunto de donde ha sacado la fuerza para enfrentar esa persecución de la que este eslabón es solo una pequeña parte, no tiene un relato de su fortaleza, sino una metáfora que junta la convicción por el valor de la justicia, y de un Estado de derecho en el que cree, a pesar de que el Estado del que era parte no la protegió, y el amor por la gente. Y las tres veces que lo repite, se renueva mi sorpresa: es que soy muy romántica.

Italo Calvino, en sus Lecciones Americanas, donde analizaba las propuestas para la literatura del próximo milenio en el que estamos, tomó como primera palabra la levedad, frente al peso. Si la hubiera conocido, estoy seguro que ella sería su ejemplo.

| Un honor

Hubo un tiempo en los años 80, que los jueces en Colombia trabajaban intensamente de una forma tan precaria que tenían que hacer el aseo de los juzgados y comprar el papel para escribir los oficios. Desde entonces, ella trabajó duro para que el ideal de la justicia pasase a abrir las ventanas de las instituciones del Estado. Le tocó ser fiscal sin rostro, que habían sido instaurados supuestamente para enfrentar las amenazas del narcotráfico, pero su propio teléfono fue interceptado por la Fiscalía. Se enteró porque uno de los empleados se llegó a quejar de las bobadas que hablaba con su familia. El fiscal jefe le dijo que era por prevención, porque era familiar de un dirigente sindical. Un día de marzo, llegó el Cuerpo Técnico de investigaciones a levantar su cadáver:

—Un jefe paramilitar había avisado a la Policía de que me habían matado.

Otros presos le escribían desde la cárcel, avisándole que se cuidara. Esta mujer, como otras muchas que he tenido el honor de escuchar, ha sobrevivido a todo, y a todo lo ha vencido, aunque para ello le tocara salir al exilio. Cada historia tiene su polo a tierra en la que sustenta su sentido. Ella tiene dos. Si yo hago bien mi trabajo, soy muy correcta, no voy a tener problemas. Trataron de comprarla varias veces, pero el dinero no pudo con esa conciencia. Cuando la cosa se hizo inminente, echó mano del otro polo, que sus hijas no vieran un día su cuerpo tendido en las noticias. Sacarlas adelante se convirtió en el único objetivo.

Cuando hablamos de la verdad, habla de la educación a las nuevas generaciones, sobre lo que representa el presente y el futuro. Y no es ingenua sobre otras cosas. El Estado tiene que sufrir un revolcón, sin un cambio estructural y que las elites compartan su poder, la educación tiene el camino parecido a una pared de dificultad 9c imposible de escalar. Después pasamos a ver si hay un futuro compartido. Cuando la gente habla del futuro, la distancia de la esperanza se mide a veces en el tiempo de vida.

– Que Colombia tenga una mejor vida, aunque no me toque a mí, dice ella.

Hay gente extraordinaria en Colombia, que escuchándola no puedes siquiera imaginarte el país que sería si cualquiera de ellas hubiera seguido en su trabajo, o hubiera llegado más arriba. Sin duda, escucharla y hacer algo con esta historia, es un honor, esa palabra tan mancillada que ahora viene a abrazarme.

| El último centavo

A veces, las cosas pasan en un tiempo en que no pueden ser vividas. La desaparición forzada es un tiempo interminable y cuando has tenido que salir al exilio a la carrera, la ruptura te acompaña con ese sentido de urgencia en una distancia que tratas de cerrar a cada rato. Los traumas son tareas incompletas que, durante años o toda la vida, tienes que ver qué hacer con ellas y a la vez tratar de dejarlas atrás. Eso último que te llevas, lo ligado al por qué te tocó salir, te acompaña. Y tienes una sensación frecuente de que es algo a completar.

Wilson Gutiérrez, que fue detenido arbitrariamente acusado de extorsionador y que sufrió tortura a quemarropa, pasó mucho tiempo con esas heridas abiertas. Su familia sufrió atentados con bombas cuando él denunció sus torturas. Cuando diez años después, en 2005, ganó su caso ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos me dijo que lo que más le importaba era que su familia le creyera. Ety Hillesum en el Corazón pensante de los barracones, sus cartas en el campo de Westerbork antes de ser llevada a Auschwitz de donde ya no salió, dice que a los humanos nos faltan órganos para procesar el desconcierto y que hay que olvidar solo lo justo, lo que no se puede asimilar. Gloria, en su testimonio como familiar de desaparecido, dice:

– Nos falta procesar, y para ello se necesita poder reflexionar y cerrar un tiempo para asimilarlo y empezar otros.

Supongo que las metáforas del cierre y la apertura tienen que ver con cómo lo que estás haciendo te ayuda. Para sobrevivir, para enfrentar toda esa historia de persecución, duelo y miedo, además del apoyo mutuo con los otros familiares y la búsqueda que es central, repasa los sucesivos intentos de rehacerse en estos tres exilios que le tocó vivir, y en el desexilio que fue su cuarto desplazamiento forzado, su retorno. Un grupo que se juntaba para hacer natillas y celebrar el 20 de julio, el día de Colombia, rescatando los lazos comunes de la cultura y los sabores en Londres. Otro, en otra etapa, para ayudar a refugiados en Montreal.

Otro, en Bogotá, para pensar juntos cómo reintegrarse en un país que ha cambiado cuando también nosotros no somos los mismos. Los proyectos comunes nos salvan, porque de esto va la vida, como la búsqueda de los desaparecidos que es lo que ha traído crisis saludables en países empeñados en cerrar procesos por encima de la gente.

Su testimonio es un ejemplo permanente de volver a empezar. Su abuela decía que cuando tratas de recoger el poco dinero que tienes para una urgencia, siempre te falta un centavo para completar el peso. Tal vez la cuestión sea tolerar la incertidumbre del centavo, y reforzar el valor del esfuerzo por completarlo. Ese aprendizaje de la resistencia que está dispuesto a seguir luchando.

| Antídoto y principio

El exilio es muy cruel. El sindicalista del Valle habla de él como si tuviera personalidad esa situación, como un peso que te aplasta. He entrevistado en este año mucha gente que tuvo que sacrificarlo todo para salvar la vida. No solo es víctima de una situación no reconocida, también tiene ideas, acciones y propuestas. Hay gente que se cansó de contar los muertos que se siguen acumulando de forma insoportable, pero no se cansó de seguir empujando y ahora busca en la salud, la educación, el empleo las claves de la prevención de la violencia. Un viejo militante que salvó el pellejo varias veces, y que había sufrido atentados a su vida, muerte de compañeros, desplazamiento y exilio, me dijo, cuando nos separamos al final del testimonio, que la clave de todo está en esos derechos económicos y sociales. Esos que fueron separados de los civiles y políticos, como si la familia pudiera dividirse en etapas o mesas separadas. Lo que pasa entre los dos no está conectado por pasadizos secretos, están en la misma mesa, pero la luz de los focos no deja ver sus conexiones.

La violencia contra los sindicalistas se basó en el estigma de comunista o guerrillero, pero al otro lado de la mesa estaban las políticas de privatización. Si en Colombia hay que sacar las armas de la política, también habría que hacerlo con la economía. El desplazamiento masivo de población campesina, muestra la voracidad por la acumulación y el desprecio a la vida que viene de todos los lados. Las comunidades afro e indígenas viven en territorios no solo de donde son, sino que con ellos son. Por eso los ataques a la tierra y la naturaleza lo son también contra la gente y viceversa.

La guerra extendida tiene ahora un antídoto para ese veneno que ha tratado de ir pudriendo todo. Siempre queda la respuesta fácil de fue el narcotráfico que se ha usado aquí para explicar y ocultar casi todo en la misma proporción. O que en Colombia gobierna la desconfianza, como si fuera una dama perversa de una obra de teatro, y no una trastienda de la que hay que correr el velo. El Acuerdo de Paz tiene que extenderse

y fortalecerse. No hay otro camino, en un país donde los profetas del resentimiento y los dueños del miedo se han empeñado tantas veces en hacer descarrilar los procesos de paz.

El exilio, habitado de tanta gente querida busca su sitio, que es el de tener reconocimiento para dejar de serlo. Así llegamos a las situaciones estructurales que pasan por la historia y la biografía. Las de Eloína, campesina exiliada del Urabá, donde quedó su finca arrancada pedazo a pedazo desde que empezó a comprarla con la fuerza de su trabajo a los 15 años de edad, y que desde el exilio necesita recuperar. Su primera vaca se llamaba como una promesa que aún necesitamos: Principio.

| El arte exiliado

Dos artistas pintan en las ferias de barrios, viajan a exposiciones y hacen cerámica o lo que sea. Hay un alma de artista que se pasa de un lenguaje a otro, a lo Da Vinci. Uno de ellos ganó el premio del Festival Nacional de la Cultura en Colombia. Del mercado de Usaquén, los invitaron a uno de esos barrios de Bogotá donde no hay saneamiento y la gente rebusca para otra vida, un colectivo de artistas al que les hacía falta el pintor, tenían música, danza, poesía y daban clases a los chicos los sábados en el pequeño centro cultural del barrio. Cuando regresaron de un viaje, el colectivo con el que habían empezado a trabajar estaba amenazado. Paramilitares en los barrios de Bogotá. El colectivo, al que se habían adherido, sin saberlo hacía parte del Congreso de los Pueblos y trabajaba en esos barrios en donde no se puede hacer una exposición de pinturas ni un taller de creatividad con los jóvenes si no estás bajo control, y pagas la extorsión.

El mundo del arte a veces es otro mundo. Pintar caballos o paisajes te transporta desde una realidad de la que te olvidas que formas parte, a otra de la que te sientes parte. Pero ellos no lo sabían. Cuando se enteraron de las amenazas, no se las creían. Que esto no puede ser real es parte de lo que la mayor parte de los amenazados han vivido. Será algún vecino chismoso, una envidiosa. ¡Si no hemos hecho nada! Pero en las noticias apareció un hombre muerto, era uno de los artistas del colectivo, y los insultos y amenazas empezaron a llegar por todos lados.

- Empiezas a desconfiar hasta del teléfono, tan es así que no tengo uno acá.

Denunciar o no denunciar. La margarita que deshojas siempre queda en el no. Aunque lo intentaron otras veces, el último pétalo siempre decía: no. Tienes miedo, desconfías de todo, de todos ¿quién te cree sin pruebas concretas? Cuando sales de tu país, dejas de estar como pez en el agua y te das cuenta de esa otra agua que es la cultura en la que vives. Ella pensó en la cantidad de veces que pasó por los semáforos viendo gente desplazada en las esquinas, en los semáforos, y que, a pesar de que los vio, eran invisibles. Piensas que eso nunca te va a tocar a ti, ves las noticias y dices, eso solo

pasa en las zonas rojas y ya. Ves el conflicto desde lejos. Nunca imaginó que ella estuviera al otro lado, como ahora en el exilio, viendo cómo la gente le tomaba como si fuera invisible.

– Nosotros aquí no estamos en condiciones óptimas, pero nos sentimos libres. Supimos del refugio aquí en Brasil, que es un tema que está inspirando novelas, campañas. Todo el mundo te habla de la inclusión de los refugiados, cuando en Colombia es un tema que no se habla.

La familia cruzó cuatro países, Ecuador, Perú, Bolivia y muchos meses para llegar finalmente a Brasil. Pedir refugio no estaba entre las opciones. El viaje hasta entonces era para buscar otra vida. Vender su arte aquí y allá, hacer cerámica, tejer con los niños y niñas. Todo eso fueron las formas de tirar p'adelante sin tener tiempo de pensar, mientras el propio tiempo te va convirtiendo en lo que no sabes. Una noche, cuando los niños estaban ya durmiendo, en ese otro tiempo más suyo, se preguntaron: ¿por qué salimos? Necesitaban saber si lo que estaban viviendo era verdad. Él, que pintaba caballos incluso para el Batallón de Caballería de su ciudad, pensó en voz alta: ¿quién me va a proteger?, ¿de quién me van a proteger? Cuando el cerebro entra en shock, solo piensas en huir.

– A nosotros nos cuesta todavía muchísimo hablar, le cogimos mucho miedo a hablar. Después de años acá, tú no hablas con un colombiano de tu historia ni por el berraco. Imagínate, si yo todavía tengo tíos en Colombia que me dicen, ¿pero usted es refugiada, por qué? Y empiezas a sentirte como culpable de algo que no tienes culpa. Como señalado y avergonzado, sin saber por qué. Por eso hablamos hoy, este es nuestro testimonio.

| Los papeles

Salir con los hijos menores si estás separada, no se puede. Los detalles de la historia de los refugiados y refugiadas están habitados de cosas pequeñas convertidas en imposibles. Ahí te das cuenta de que la vida está llena de papeles, y que cuando estos te faltan, tienes una desnudez que de deja por todos lados vulnerable.

En medio de la huida, llegó a la frontera de Ipiales. Del otro lado, Ecuador y el suspiro. Pero necesitas el permiso paterno con una vigencia de un mes para poder salir con ellos. Y el papá, que no los ve hace años, vive a 800 km. En este caso, el papá estaba de acuerdo y le tocó ir a la notaría, y allí hacer un nuevo documento y mandarlo en un sobre sellado por bus hasta Ipiales. Que no venga por correo para que nadie sepa. Te vuelves paranoico, aunque la paranoia es la de quien te amenazó con pegarte un tiro por trabajar en los barrios.

Una vez que cruzas una frontera, piensas que ya estás a un tipo de otro lado. Pero ese lado te persigue aquí en forma de nuevas trabas imposibles. Para que los niños puedan ir a la escuela, necesitas los documentos anteriores de su escuela apostillados. Ahora sí, no hay bus que valga a 3000 km. Aunque todo se le vino al piso, tuvo manera de recogerse, cuando una mano amiga ayudarefugiados, les llevó de aquí para allá a hacer gestiones y exponer su caso. Tal vez eso nos da una medida de lo que hablamos, tu vida, convertida en caso. Tramitar el protocolo de refugio fue otro dolor de cabeza. Cuando eres refugiado, además del del alma tienes todos los días varios dolores de cabeza. A pesar del documento de refugio, que casi nadie conoce, era casi imposible tramitar una cuenta bancaria, una carta de trabajo, alquilar un lugar para vivir. Mejor presentar la cédula colombiana, porque con ese carné de refugiado todo el mundo sospecha.

– Antes luchábamos porque queríamos comprarnos un apartamento, ahora lo importante es que estamos vivos y estamos juntos.

Vivos y juntos. Y la belleza de esa fortaleza.

| Una grieta en la guerra

Rubén tuvo un título de quien lo podía todo y que es anterior a la revolución rusa, para hacer frente a un flagelo cuyo impacto no puede conocerse si no te ha tocado. Antes, había sido negociador para buscar la paz con el ELN, y esa guerrilla le secuestró a su hija. Le tocó hacer de mediador de sí mismo para encontrar un camino que pusiera en el centro la libertad y la vida. Después, cuando fue nombrado con ese título de quien tiene el poder de coordinar y tomar decisiones sobre la política, hizo lo mismo. Lo que quiso para su familia, lo hizo para todas. Hay pocas cosas que son un principio infranqueable, pero esa es una.

Pienso en que la humanización no es hacer la guerra menos dura sino atacar el corazón de la barbarie. Como si eso fuese horadar un muro que poco a poco se caerá. Para otros, sin embargo, eso es poner una pieza debajo de la pata de la mesa que está coja, para dejarlo todo como está. Los partidarios de la solución militar piensan en orgullo y en enemigo. Aunque algunos de ellos llegaron a su mesa en voz baja para pasarse solo por un ratito al otro lado, cuando el secuestro les afectaba.

El secuestro pasó a degradar el conflicto como luego, o en medio, lo hizo el narcotráfico. 500 liberados no es una cifra, es un mundo de gente y sus familias y amigos. En esa época, el secuestro era una industria al alza. Hemos conocido secuestros extorsivos de la guerrilla para tener plata. Otros, que fueron tomados como prisioneros de guerra. Otros, hasta comprados a la delincuencia. Otros, de paramilitares que secuestraron hasta a empresarios que los financiaban, por no financiar suficiente. Empresas que cobraban seguros de uno o dos millones de dólares si había secuestros y hasta alguna que los negociaba. Meterte a fondo en esto hace que te salgan enemigos por todos lados. Él tuvo que exiliarse en España, y aunque las condiciones fueron mucho mejores que la gran mayoría, agarrar cuatro cosas y salir corriendo, el desarraigo, las pérdidas y el trauma que ello conlleva, no te lo quita nadie.

De todo ese testimonio pienso en el valor de la humanización. La guerra se hubiera terminado hacía mucho en Colombia si esa tarea hubiera sido de otros zares no solo antisequestro sino de la política toda. El número de víctimas dice que es tarde, pero el futuro de las nuevas generaciones dice estamos a tiempo. Las dos cosas son ciertas de otra manera, si ponemos esa humanización en el centro.

| El carro refugiado de Copacabana

El viaje desde la frontera a Rio de Janeiro duró un mes. Antes, ese mismo carro había cruzado varias fronteras más, pero se dañó, se acabó la plata, y no sabían portugués. Sin licencia, el vehículo no se podía mover, porque la policía se lo podía quitar. Así que decidieron mantenerlo porque era lo único que tenían. Un objeto-casa-mundo. Pero había que pagar medio dólar al día para tenerlo parado. El carro era el lugar donde ir a mostrar algunos trabajos o a echar una cabezadita. Tres años, un carro refugiado pagando aparcamiento en la playa considerada el paraíso.

– Al salir de Colombia, yo nunca había estado envuelto en cosas de conflicto, ni me interesaba por eso, pero ahora si me doy cuenta que a un gran número de colombianos nos da igual el conflicto armado, la idiosincrasia colombiana es como de no ver, no hablar y no oír. Tú puedes percibir que las cosas están mal, pero no miras, haces caso omiso de las cosas y por eso no nos unimos... Acá en Brasil la gente habla de más, en Colombia tenemos esa doble moral, somos conscientes, pero nos hacemos los locos con los conflictos reales.

Los hijos e hijas son, para tanta gente que entrevistamos, la fuente de sentido.

– Colombia no es un lugar donde quiero que mis hijos estén. Es complicado porque añoras muchas cosas, pero no extrañas nada. Aquí no tengo ninguna garantía, pero me siento segura. En Colombia no sabría cómo recuperar esa confianza. Me encanta Colombia, pero por la confianza que perdimos en los habitantes, en la comunidad, no creo que pudiera volver. Aunque la xenofobia aquí es dura, como en tantos lugares, solo te tratan bien si eres turista.

Cuando Lorena, que toma ese testimonio se despide, por si un día hay retorno él tiene una certeza:

– Después de haber sido señalado como militante, sin serlo, ahora me gustaría ser militante para actuar contra tanta indiferencia.

| La cercanía de lo distinto

El tiempo que habita en estas páginas ha sido escrito como parte de un camino lleno de voces y silencios, un camino de vuelta que se adentra en la experiencia compartida con víctimas y testigos en el exilio, ese no lugar en la historia de Colombia, convertido en uno de los mayores desafíos de la política internacional en la actualidad. En este caso, la política contra el distinto, empezó con su expulsión de Colombia, y teje de tantas maneras los procesos de acogida en otros países que se vuelven cada día más difíciles. El enemigo provee una identidad al que lo nombra, y un estigma al que se dirige. Si como dice Byung-Chul Han, saber es comprender, la verdadera resonancia supone la cercanía de lo distinto. Siguiendo a Walter Benjamín, señala que el rastro es la manifestación de una cercanía, por muy lejos que pueda estar aquello que lo deja.

Tal vez estas historias son eso entonces, huellas. Las del exilio y la guerra de Colombia andan repartidas por las paredes de las escuelas en los Montes de María y por las calles de Barcelona, con las que Alfredo Molano decía que se pasó un tiempo haciendo las paces, hasta que se dio cuenta de que nunca le habían declarado la guerra.

Las historias son en realidad de una derrota. La de la humanidad doliente frente a esa otra insensible que se impone. Cada vez que me ha tocado ponerme delante de ese dolor, al lado de la gente, sin saber cómo, ha nacido algo nuevo. Hace años, trabajando entre Colombia y Guatemala, las comunidades del Cacarica en el Urabá. me pidieron un contacto en Guatemala que fuera a compartir su experiencia en el trabajo de memoria y resistencia a la guerra. Les propuse a la hermana Rosario, amiga muy querida que había vivido en el corazón del horror y no había salido indemne, se quedó con la gente que es la condición para sobrevivir. Los puse en contacto y me olvidé del asunto. Meses después, fui a verla a Guatemala:

– Carlos, fue muy bello ese encuentro y aprendimos muchas cosas de esas comunidades afrodescendientes que están resistiendo a la guerra, no como nosotros aquí que ya estamos como vencidos.

Tiempo después, me encontré con un líder del Cacarica, que me dijo:

– Esa mujer fue muy chévere. Aprendimos mucho de ella y de toda la experiencia de Guatemala. No como aquí, que ya estamos debilitados y divididos. Nos dio mucha fuerza.

Uno de esos ejemplos de cómo juntando dos impotencias, si la gente se identifica entre sí, no sale una depresión, sino que nace una resistencia.

En esas estamos.

Una maleta colombiana

Una maleta colombiana
Recuerdos e insistencias
Maletas
Abriendo espacio
Verdades incluyentes
Nomás
Bajando por la escalera
La culpa que sobrevive
Líder
Cuánto tiempo lleva cruzar una frontera
El nivel de donde empiezas
Sudor
El dolor y la confianza
Los nombres del exilio
Marcando ocupado
La necesaria hospitalidad
Un tipo de bicho
Vale la pena
La importancia de la memoria
Violencia sexual y las pruebas del exilio
La reconstrucción
Refugiados y migrantes
La verdad verdadera
Los significados de naturalizarse
Las pruebas
Miedo y valor
¿Quitarte los sueños?
Tomando un testimonio
30 vacunas
El sol del idioma
Traducción húmeda
El cuarto renglón y la fuente
Antofagasta futurista
Las cosas por su nombre
Todos mis nombres
Los otros repatriados
Cambiando la cultura
Visas y estadísticas

Pensando en los hijos e hijas
Un abrazo
La mesita y el yo
Investigaciones sobre migraciones
Visa Mercosur
El tiempo antes
Lo necesario inexistente
La tortura invisible
Amnesia fría
Vergüenza reintegrativa
Lo que pasa después
Los despropósitos del desamparo
Korpilombolo
¿Pero por qué?
Lo que pasa por la cabeza
Ideología
Pensar diferente
La guerra y sus nombres
Rupturas de historias invisibles
Cicatrices y oportunidades
El pensamiento crítico como objetivo
Choques culturales
Cuatro formas y dos cosas
San Andrés
Un camino de vuelta
El retorno y un banco
Contar para reconstruir
43 desaparecidos
Política
Duelo de mujer
Nombrar lo intolerable
Los zapatos del otro
Medidas del tiempo
El tiempo de las 7
La segunda que es primera
Idiomas y medidas
Es posible
Tipos de salidas

| | |
|---|---|
| <p> Arraigos y desarraigos Para qué hacemos lo que hacemos Tres idiomas Conversaciones de viaje La resistencia de las mujeres Poetas Fracasos y esperanzas Una cita con él Tiempos E/A=S Silencios entre generaciones Pecho y balas Crisis de humanidad Amar y extrañar Geoestratégico Liderazgos y pérdidas Las explicaciones debajo de las explicaciones Violencia y naturaleza La experiencia subjetiva Vínculos Las cosas no son así Tres presencias ¿Cómo es la reconciliación en las relaciones asimétricas? Significados para entendernos Los periódicos y la paz Lecciones de física El exilio que necesitamos para la vida Reterritorializar el exilio Pasados que son presentes Prevención del exilio Guerra y violencia crónica Extravíaos lejos y cerca de Colombia Conceptos y experiencias El miedo y el pensamiento Sintraexilio y el derecho al futuro Defensa de la vida </p> | <p> El chip y los vínculos Extrañeza Tiempos fundacionales Cuando las cosas no se pueden hacer La ecuación de la protección Del otro lado de la frontera Nos ha tocado duro La ética del desorden - Para Alfredo Molano Una lección A la manera afro Lo importante es la gente Diálecticas del exilio Dejar de correr ¿Con cuántos años? Las otras resistencias Secretos a voces Leyendas y verdades trans Chasquis del exilio Historias de memorias y de exilios El derecho al abrazo Circulos de resistencia Diálogos de Argentina Por eso estamos como estamos El detalle que lo es todo Hay dos orillas Mochilas Líneas del tiempo El cuarto oscuro y la luz Formas de transmitir La rabia y la convivencia Desacralizar para humanizar Plan A La conciencia de la medida del conflicto armado interno Esa cosa del sanar Desdibujando al refugio Datos, estadísticas, números que hablan </p> |
|---|---|

Una maleta colombiana

| | |
|--|----------------------------------|
| Condiciones para la reconciliación desde el exilio | El limbo |
| El refugio y la denuncia | La paz desde el exilio |
| Imagina el futuro | Sabidurías escondidas |
| El país de los centenares de miles de hogares | Iniciativa Baudó |
| Presentaciones de un nosotros compartido | Refugiados autoclandestinos |
| El otro derecho a saber | Sabores y aprendizajes |
| Cada lengua tiene su mundo | Miradas desde el exilio |
| Exclusiones y milagros | Combatir el sufrimiento |
| Prejuicios y convicciones | De eso nunca se habla |
| El exilio de todas las ramas | Foto grande y foto pequeña |
| Las lágrimas de los hombres | Diccionario |
| Contradicciones y verdades | De los dos lados, una convicción |
| Del mismo lado | Presentes |
| La inteligencia del peluquero | No ha sido fácil venir y hablar |
| Querer hablar | Los nombres que no sabemos |
| Llenar el agujero con lo que sea | Maestros de guerra |
| 5 camionetas | ¿Para qué? |
| Preparada para la vida | El fondo de las cosas |
| El precio en la vida | Para los efectos |
| Detrás de la cortina | La rebelión que te da libertad |
| El exilio y toda la familia | Exilios y resistencias |
| La otra frontera | Los tiempos de volver |
| Astronomía de los desaparecidos | Gracias Hernando |
| Nudos en la garganta | Las calles llenas |
| Una verdad que explique | Nueve niños y el abrazo |
| La vida que se empeña | Navidad en tierra extraña |
| Sacar el petróleo de la guerra | El hambre del elefante |
| ADN | El primer eslabón de la palabra |
| Contextos favorables | Familiografías |
| Palabras clave | Entre los dientes |
| Lo que hay que cambiar | El ferrocarril subterráneo |
| Ser testigo | Las lógicas de la guerra |
| Solidaridades contra polarización | La indignación que moviliza |
| De dentro | El parqueadero de Medellín |
| Para pacem | La lucha por la justicia |
| | Un colibrí |
| | Una política para la esperanza |

| | |
|---|----------------------------------|
| El ADN de la escucha | Antídoto y principio |
| Desexilios | El arte exiliado |
| Salir del armario | Los papeles |
| Dilema | Una grieta en la guerra |
| Caer el 20 | El carro refugiado de Copacabana |
| Día de las víctimas | La cercanía de lo distinto |
| Gotitas de Flügge | |
| La mejor canción del mundo | |
| Una traición protesta | |
| Desafiar la distancia | |
| Los dos tiempos, Eduardo y el insilio | |
| Una verdad en la que reconocerse | |
| El hueso de la espalda | |
| Regreso al futuro. Viaje a través de la pandemia | |
| La conciencia de la hospitalidad | |
| Distopias | |
| Suma de historias y agujeros de gusano | |
| Veci | |
| El día que busca su noche | |
| Trilogía del sí | |
| Las dos catástrofes | |
| Lo que nos cambia la escucha | |
| El derecho al refugio: entre la herid y el abrazo | |
| Los lugares donde habita la dignidad | |
| Diez exilios y un estigma | |
| Hacer de tripas corazón | |
| El poder del saber | |
| La verdad sale por las rendijas | |
| Sin muletas | |
| Honestidad con respaldo | |
| Para Ángela, Luisito y familia (y los que te queremos) | |
| Una palabra que lo define todo | |
| Un honor | |
| El último centavo | |

Este libro es sobre todo un camino de vuelta y agradecimiento a las víctimas y sobrevivientes en el exilio colombiano que han dado su testimonio a la Comisión de la Verdad de Colombia.

Cuando el destierro no conlleva solo desolación, sino también pobreza y carencias, la situación es doblemente dolorosa, pero los textos de Martín Beristain, tienen la capacidad empática, el buen oído y el buen corazón, de hablar de todos ellos, con una mirada siempre solidaria, que además intenta conservar y resaltar siempre la dignidad del desarraigado, sin caer en esa lástima que, en últimas, no es sino una forma del desdén.

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE